

LA HIJA DEL MARQUÉS

Alejandro Dumas

Capítulo primero

Los voluntarios del 93

El 4 de junio de 1793 salían de París, por la puerta de la Villette, dos coches de posta, uno de ellos tirado por cuatro caballos y el otro por dos.

Dado los tiempos que corrían, era un gran lujo que dos coches de posta saliesen de París sin más explicaciones.

Del segundo coche, una especie de calesa descubierta, lo que por otra parte indicaba que las tres personas que la ocupaban nada tenían que temer de la policía, salió un hombre de unos cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, vestido totalmente de negro y, cosa extraordinaria en aquel entonces, con calzón corto y corbata blanca.

Por ello, su sola presencia avivó la curiosidad de la guardia, que le rodeó, sin prestar atención a los dos o tres viajeros, que permanecieron en el interior y que llevaban el uno el uniforme de sargento del ejército voluntario y el otro el de ciudadano, es decir, gorro rojo y chaquetilla. Pero apenas el hombre vestido de negro hubo enseñado sus documentos, el círculo creado a su alrededor se disolvió, después de haber echado una rápida mirada, puramente rutinaria, al interior del primer coche y levantar la lona que lo cubría.

Evidentemente, en este hombre vestido de negro habrán reconocido mis lectores a monsieur de París, quien se dirigía hacia Cháons con el segundo de sus ayudantes, llamado Legros, y el hijo de uno de sus amigos, llamado León Milcent, sargento de voluntarios, para entregar una bella guillotina, totalmente nueva, a los «maratistas», del estado del Mame que iba a inaugurarse y quizá pusiese en movimiento el verdugo de París en persona.

Su segundo ayudante, chico muy experimentado, permanecería allí hasta que el verdugo de Cháons estuviese bien al corriente. En cuanto al hijo de su amigo, el sargento de voluntarios, iba destinado a Sarrelouis, cuya guarnición se reforzaba, dado que nuestras pérdidas en Bélgica hacían temer una segunda invasión en Champagne.

En su ruta debía incorporarse a una veintena de voluntarios, reclutados para el mismo fin.

Todos sus papeles y ordenanzas provenían de la Comuna, máximo poder en el momento y estaban firmados: Pache, alcalde, y Henriot, general.

La víspera, monsieur de París había solicitado un permiso, cuya demanda por demasiado patriótica no obtuvo la mínima objeción, puesto que, además, dejaba en su lugar a su primer ayudante, es decir, su segundo yo. Se le había entregado además, sin discusión alguna, una hoja de ruta para el ciudadano León Milcent quien ya había hecho la primera campaña de 1792 y que, una vez terminada, regresó a sus tierras, pero que, al primer llamamiento de la patria, corrió de nuevo hacia las fronteras.

Todo era cierto salvo la identidad de León Milcent, quien, como ya mis lectores habrán adivinado, no era otro que Jacques Mérey.

Monsieur de París se había encargado no sólo de hacer salir al fugitivo de París, sino de conducirlo a Cháons desde donde, provisto de un buen salvoconducto y de sus conocimientos de la localidad, alcanzaría fácilmente la frontera.

Al siguiente día, hacia mediodía, los dos coches entraban en Cháons. Toda relación entre Jacques Mérey y monsieur de París terminaba aquí. Monsieur de París así lo exigió y aconsejó además a Jacques Mérey que se presentase inmediatamente en el ayuntamiento para informarse si en Cháons o sus alrededores había otros voluntarios con destino a

Sarrelouis.

Había once en Chálons, siete u ocho en los alrededores y cinco o seis debían unírseles antes de llegar a Sarrelouis.

Jacques Mérey estaba por encima de todo prejuicio y debía, además, demasiados favores a monsieur de París para no darle, al marcharse, sus más sinceras y expresivas gracias.

La marcha de los voluntarios se fijó para los dos días siguientes y se dio orden a los habitantes de los alrededores para que se encontrasen a las nueve de la mañana en la plaza principal. Después de haber fraternizado en una buena comida con la guardia nacional, nuestros dieciocho o veinte voluntarios se pondrían en camino.

Está bien claro que Jacques Mérey fue el primero en alistarse. Su grado de sargento le obligaba además a ser exacto.

Por su parte, la guardia nacional, compuesta por unos sesenta hombres, se había ocupado de los preparativos de la comida. Una larga mesa, a cuyo alrededor podían sentarse cien comensales, se levantaba en la plaza de la Libertad. Los cubiertos restantes estaban destinados a los miembros del ayuntamiento, que harían el honor de compartir su comida con la guardia nacional y los voluntarios.

A las diez todo el mundo estaba en la mesa.

La comida fue alegre y ruidosa. En Chálons, capital de la Champagne, las comidas, sobre todo cuando están llegando a su fin, se parecen al fuego de un pelotón de voluntarios, con la única diferencia que las botellas de vinos generosos y espumosos sustituyen a los fusiles. Todo ello hace que los muertos y heridos repartidos por el campo de batalla puedan dormir durante una o dos horas. Después, siguen con sus tareas como si realmente nada les hubiese ocurrido.

En medio del fuego de descargas de champagne se elevaron varios brindis a los cuales se hizo honor, incluso por León Milcent. Primeramente brindis por la Nación, a la República, por la Convención, desfilaron con un formidable cortejo de bravos y a los que siguieron los brindis por Danton, Robespierre, Saint-Just.

Los últimos brindis fueron aclamados por todos, incluso por nuestro sargento de voluntarios. Jacques Mérey era demasiado inteligente para no darse cuenta, a través de su niebla, que los odios políticos vierten sobre las reputaciones, cuan grandes ciudadanos y profundos patriotas eran Robespierre y Saint-Just.

En cuanto a Danton, puesto que nadie brindó en su honor, fue el propio Jacques Mérey quien lo propuso.

Un entusiasta brindó por Marat, los aplausos fueron moderados, pero todo el mundo se puso de pie.

Jacques Mérey se levantó como todos los demás, pero ni levantó su vaso, ni bebió.

Un fanático se dio cuenta de esta frialdad del sargento; bebió por la muerte de los girondinos. Un escalofrío recorrió los comensales. Se levantaron, pero sin aplaudir. Jacques Mérey permaneció sentado.

—¡Eh, sargento! —exclamó el que propuso el brindis—, ¿se ha quedado por casualidad clavado en su silla?

Jacques Mérey se levantó.

—Ciudadano —dijo—, habiendo combatido por la libertad desde hace cinco años, creí haber adquirido por lo menos la de quedarme sentado cuando me plazca.

—Pero, ¿por qué te quedas sentado? ¿Por qué no bebes por la muerte de los traidores?

—Porque abandono París harto de ver cómo los ciudadanos se estrangulan los unos a los

otros y me voy a la frontera a matar el mayor número posible de prusianos. En lugar del brindis propuesto, les ofrezco este otro:

»Por la vida y la fraternidad de todos los hombres de gran corazón y buena voluntad y por la muerte de todo enemigo, francés o extranjero, que levante sus armas contra Francia.

El brindis del sargento fue acogido con unánimes bravos y Jacques Mérey aprovechó el entusiasmo que había levantado e indicó que quería seguir hablando.

Todo el mundo guardó silencio.

—Dada la calurosa acogida que habéis dispensado a mi anterior brindis, quisiera únicamente proponer éste:

»¡Por nuestra marcha inmediata y nuestro rápido y victorioso encuentro con el enemigo. Redobla, tambor!

Deberá tenerse en cuenta, que en tiempo de revolución, ninguna concentración de hombres, tanto armados como desarmados, deja de tener su tambor. Nuestros voluntarios tenían el suyo y entregóse a redoblar la marcha. Voluntarios y guardias nacionales abrazáronse y la pequeña tropa se puso en marcha cantando la *Marsellesa* al grito de: «Viva la Patria.»

Al dejar Chálons, al sargento León Milcent le cupo aún la alegría de hacer un último signo de adiós y de gracias a un hombre que apareció, solo, en la ventana de una pequeña y aislada casita.

Era su huésped de la calle des Marais.

Como el día estaba ya avanzado, no se recorrieron más de cinco leguas y pararon en Somme-Vesle, es decir, el primer puesto después de Chálons. Allí, el sargento Milcent recibió las felicitaciones más sinceras por parte de todos los hombres por el brindis que había propuesto durante la comida. En general, los voluntarios no eran ni fanáticos ni energúmenos: eran verdaderos patriotas que demostraban su patriotismo por la vía de las exclamaciones.

Ya dijimos que León Milcent les había sido presentado como veterano de la campaña de 1792. Por eso, los soldados, que por primera vez iban a reunirse con su bandera, le rogaron que acampase en el lugar desde donde mejor se divisase el campo de batalla de Valmy.

El falso sargento se lo prometió puesto que el hecho le era sumamente fácil.

En realidad, la campaña comenzaba en Pont-Somme-Vesle ya que, en este pueblo, por componerse únicamente de dos o tres casas, hubo que organizar un campamento.

Afortunadamente los guardias nacionales habían atiborrado los sacos de los voluntarios con toda clase de provisiones. Los unos sacaron un pollo, los otros un paté, aquél una botella de vino, éste un salchichón, de forma que la cena se pareció en prodigalidad a la comida.

En cuanto a la noche, era el 5 de junio y el tiempo suave, se pasó bajo las estrellas y los árboles magníficos, situados a la orilla izquierda del camino hacia Sainte-Menehould.

Los voluntarios nacidos en la comarca contaron cómo allí, es decir, en Pont-Somme-Vesle, sufrió el rey, con motivo de su huida, su primera decepción al no encontrar a los húsares que debían esperarle y a los cuales habían dispersado los campesinos.

Además, la leyenda sobre Luis XVI en Varennes, permanece aún viva en la comarca.

Durante la noche, un cochero de Sainte-Menehould pasó conduciendo caballos de la posta de Drouet.

Jacques Mérey lo detuvo y dióle una asignación de cinco francos con la condición de que,

al pasar por el «Albergue de la Luna», dijese al hotelero que enviase al encuentro de los voluntarios un asno cargado con pan, vino y toda la carne asada que pudiese conseguir.

Se invitaba, además, al hotelero a preparar, durante cuatro horas, una comida para veinte personas.

Al día siguiente, a las seis, el tambor despertó a los durmientes.

Despabiláronse, bebióse el resto de aguardiente que contenían los bidones y pusiéronse en marcha no sin cierta inquietud.

Seis leguas separaban Pont-Somme-Vesle de Sainte-Menehould y ninguno de ellos tenía conocimiento de las medidas tomadas.

La primera hora de marcha transcurrió alegremente, pero al final de la segunda nuestros voluntarios luchaban contra un descorazonamiento creciente cuando, el sargento León Milcent observó a la altura del arroyo del Aisne, un asno guiado por un pobre campesino.

—Amigos míos —dijo—, si yo fuese Moisés y vosotros los hebreos en lugar de ser franceses, y si os condujese a la tierra prometida en lugar de conducirlos al enemigo, pensaría en la necesidad de un milagro para sostener vuestro valor y os diría que Jehová nos enviaba ese asno y ese campesino. Pero prefiero deciros simplemente que es el dueño del «Albergue de la Luna» quien nos lo envía y que, además, trae nuestro desayuno. Por lo tanto, y dado que el lugar me parece propicio, permitidme que os grite ¡alto! y que os invite a que dejéis en el suelo vuestros fusiles.

Nunca discurso alguno, por elocuente que fuese, fue recibido con tales aclamaciones, y jamás ningún guía de tribu, aun siendo profeta, recibió ovación comparable a la del falso sargento.

Apenas los voluntarios podían dar crédito, cuando el campesino se paró y detuvo su asno.

—¿No sois vosotros —dijo—, quienes han pedido que se os traiga un desayuno y que os prepare en la posada una comida para veinte personas?

—¡Ay, el desgraciado! —exclamó León Milcent—, está echando a rodar todos mis trucos.

Volviéndose hacia sus voluntarios, les dijo:

—Amigos míos, habéis tenido a bien erigirme en vuestro jefe, por lo tanto, es misión del jefe el preocuparse por sus soldados.

—¡Ah, bien! ¿Entonces es aquí? —repitió el campesino.

—¡Claro, imbécil!

—Pero, mi sargento —dijo un hombre del grupo, después de haber consultado a dos o tres de sus compañeros—, algunos de nosotros no disponemos de dinero y contábamos con la paga del gobierno para hacer el camino; preferimos decíroslo inmediatamente, mi sargento, antes de vernos tratados como grandes señores, cuando no somos más que pobres diablos.

—No os inquietéis, queridos compañeros —dijo Jacques Mérey, que iba recobrando su alegría a medida que se acercaba el momento de volver a encontrarse con Eva—. Al igual que estoy encargado del alimento de mi tropa, estoy igualmente encargado de su paga. Cuando llegemos a nuestro destino recibiréis vuestros atrasos y arreglaremos todo esto. Mientras tanto, ¡a la mesa!

La mesa fue un bello tapiz verde donde cada uno se acomodó para comer al estilo de Roma.

Cogido de improviso, la profusión no reinaba en el envío del hotelero de «La Luna», pero, de todas formas, era suficiente.

El desayuno fue tanto más alegre cuanto inesperado. Cada uno repuso sus fuerzas para continuar su camino. Un cojo, que se había distendido un pie durante la mañana, se hizo cargo del asno y todo fue de maravilla.

Únicamente el muchacho se sentía ofendido, puesto que según él, el asno le pertenecía, pero un vaso de vino y diez céntimos le devolvieron su buen humor.

Llegaron a las cuatro al «Albergue de la Luna» y encontraron la mesa puesta. Siguiendo las recomendaciones de Jacques Mérey, se había levantado ésta al extremo del pequeño jardín de la posada, que dominaba todo el valle de Valmy.

Jacques Mérey y sus voluntarios estaban precisamente apostados en el mismo lugar donde, el día de la batalla, se encontraban el rey de Prusia, Brunswick y el estado mayor.

El campo estaba cubierto de trigales y sus ondulaciones marcaban los lugares donde los prusianos muertos reposaban en grandes fosas.

Gracias a esos desniveles, Jacques Mérey reconocía perfectamente el terreno. A poco más de un kilómetro, al fondo de un pequeño valle muy semejante al de Waterloo, cesaban las ondulaciones.

Los prusianos no habían llegado siquiera a alcanzar el pie de la colina de Valmy.

Sobre esta colina acampaban Kellermann, sus dieciséis mil hombres y su batería de cañones.

Detrás de él, sobre el monte Ivron, los seis mil hombres que Dumouriez había hecho desfilar para impedir que su colega fuese engañado.

A su izquierda, el molino de viento detrás del cual un obús prendió fuego a unos carros de municiones, lo que sembró el desconcierto en las filas de los franceses.

—Y vos, ¿dónde os encontrabais? —preguntaron los voluntarios.

Lanzando un suspiro, el falso sargento señaló con su mano el espacio comprendido entre Sainte-Menehould y Braux-Sainte-Cu-bière.

—Entonces —dijo uno de los voluntarios—, ¿estabais con Du-mouriez?

—Sí —contestó Jacques Mérey—, soy de esta región y le serví de guía en el bosque de Argonne.

Jacques dejó reposar su cabeza entre sus manos.

Apenas nueve meses habían transcurrido desde lo de Valmy, aquella maravillosa aurora de la República y de la libertad, y ya la República se desgarraba, y ya la libertad estaba, más que nunca, amenazada por el enemigo. E incluso él, Jacques Mérey, que en medio de los aplausos de la Convención, de París, de Francia entera, había anunciado las dos grandes victorias que se creyera que eran la salvación de la patria, él, estaba obligado a huir de la Convención, a salir de París entre el verdugo y su ayudante como si estuviese en el patíbulo, y cruzaba Francia, fugitivo, disfrazado, proscrito, disimulando y escondiéndose bajo el uniforme de un voluntario, por las mismas tierras donde, nueve meses antes, su marcha había sido triunfal.

Y Dumouriez... él sí que debía ser desgraciado.

Víctima de un cataclismo revolucionario, Jacques Mérey volvería a ver, quizás un día, una Francia gloriosa. Entonces recuperaría el rango que sus méritos le otorgaban. Pero Dumouriez, traidor, matricida, no volvería jamás. Todo esto arrancó lágrimas de los ojos del falso sargento.

—Lloras, ciudadano —le dijo un voluntario.

Jacques, encogiéndose de hombros, mostró con un gesto circular todo el campo de batalla.

—Lloro, sí. Lloro por todos aquellos días, que, como los de la juventud, no vuelven jamás.

Capítulo segundo

La familia Rivers

Terminada la cena, como aún había dos horas de día, no se emprendió el camino de Sainte-Menehould, sino que fueron de peregrinación a Valmy.

Llegaron a Sainte-Menehould un poco más tarde, pero poco importaba. Se cenó bien, la fatiga había desaparecido, los voluntarios admiraban al sargento que proveía a las necesidades del cuerpo y que se bastaba, para las del espíritu, con sus propios recuerdos.

Todos, sin excepción, le hubiesen seguido al fin del mundo y se hubiesen dejado matar por él.

Y él, aunque impaciente por reunirse con el alma de su vida, con aquella estrella de su corazón llamada Eva, se aprestaba a tomar con paciencia la obligación de ganar la frontera en pequeñas etapas.

Pisaba todavía la tierra de la patria que, en tres o cuatro jornadas abandonaría, para, quizá, no volver a verla nunca más.

De tiempo en tiempo sentía el deseo de tirarse contra la tierra y de besar esa madre de todos que, desde hacía dos mil seiscientos años, Brutus había besado como a la madre de las madres.

Todo le parecía bello, todo se le volvía encantador. Se detuvo para recoger una flor, para oír el canto de un pájaro, para ver correr el agua de un arroyuelo.

Para cada cosa tenía un suspiro de melancolía.

Liquidó sus cuentas con el hotelero y, en un campo de cebada y centeno tomó un sendero que sólo permitía el paso de uno en uno y que conducía a Valmy.

Los habitantes del pueblo viéronle venir desde lejos y, como ocurría a menudo en aquella época, pensaron que llegaba como visitante.

Se adelantaron a ellos.

Pero cuando supieron que era la simple curiosidad que les traía, todos quisieron hacer de cicerone y acaparar su atención.

Jacques Mérey sentóse sobre el banco de piedra a la puerta del molino, cuando uno de los mozos molineros ofrecióse a contarle la batalla:

—Inútil, amigo mío —respondióle el falso sargento—, ¡yo estaba allí!

—¿De los de «este lado»? —preguntó el molinero.

—No —respondió Jacques sonriéndole y señalando el campo de Dumouriez—, de «los del otro».

Pusiéronse de nuevo en marcha y, bordeando una corriente de agua y por otro sendero, fueron a alcanzar la bajada a Sainte-Menehould, donde el 23 de junio de 1791 murió M. de Dampierre. Extraña cosa y sin embargo corriente en las guerras civiles: el tío moría en la bajada hacia Sainte-Menehould gritando: «¡Viva el Rey!» y el sobrino moría en los bosques de Vicoigne gritando: «¡Viva la República!»

Entraron en Sainte-Menehould durante la noche. Los voluntarios fueron alojados por el ayuntamiento. Sin embargo, Jacques Mérey prefirió dormir en la posada.

Antes de separarse de sus compañeros, Jacques Mérey les propuso para el día siguiente una gran etapa. Una etapa de nueve leguas y pernoctar así en Verdún.

Desayunarían en Clermont.

Pensando que alguno de los voluntarios temiese esta etapa de nueve leguas, Jacques Mérey se procuró un carro tirado por dos caballos bien provisto de paja entre la que irían, primero, el desayuno, y además, los fusiles, los sacos y los cojos.

Tomadas estas precauciones, debiera llegarse a Verdún a las ocho de la noche.

El falso sargento temía ser reconocido en Verdún, deseaba llegar ya anochecido para salir antes del alba.

Se desayunaría y se haría una pausa de cuatro o cinco horas, o quizá de mucho más, bajo los grandes árboles que bordean el Aire.

Durante la espera comerían un trozo de pan y echarían un trago en Islettes, un pueblecito encantador, situado en el mismo corazón del bosque de Argonne.

Partieron al alba de Sainte-Menehould y llegaron a la cima de la montaña, detrás de la que se escondía el bosque, a esa hora encantadora de la mañana en la que en la cima de los árboles flota ese vapor transparente y azul. De pronto parece que la tierra falla bajo los pies y la vista se extiende sobre un océano intensamente verde, el camino se hunde como un torrente en este océano al que separa y donde, a veces, oleadas de hojas vuelan sobre la cabeza del viajero.

Las trincheras de la batería de Dillon todavía estaban en pie, intactas, como si acabaran de llevarse los cañones.

Dillon, como es sabido, resistió hasta el último momento y allí se replegó Dumouriez.

El descanso fue alegre; los comienzos del camino en los cuales todos se sienten alertas y relajados son siempre alegres.

La jornada transcurrió según el programa previsto: se desayunó a la orilla del Aire, se descansó, se jugó a las cartas y se dormitó sobre la hierba durante cuatro o cinco horas.

A las ocho entraron en Verdún.

Verdún pagaba cara su debilidad. Todos aquellos que tomaron parte en la traición a la ciudad estaban detenidos. Se instruía el proceso contra las jóvenes que habían entregado flores y dulces al rey de Prusia. La ruta ofrecía por lo demás poco interés. La marcha de los prusianos y su entrada en Francia no ofreció obstáculos hasta más allá de Argonne. Pernoctaron en Briey, después en Thionville.

Una jornada les separaba de su destino. Jacques Mérey citó a sus compañeros de ruta en Sarrelouis para los dos días siguientes, anunciándoles que iba a visitar a uno de sus familiares que vivía en un pueblecito de los alrededores.

Antes de dejar a los voluntarios, el buen sargento León Milcent, que tan paternalmente había cuidado de sus necesidades mientras estuvo entre ellos, informóse de quiénes, durante su ausencia, podrían necesitarle.

Unos cientos de francos aseguraron el alimento de los más necesitados hasta el momento en que, en Sarrelouis, cobrasen su paga.

La Convención asignaba, hecho extraordinario, cuarenta céntimos por día a sus voluntarios.

Los que estaban a las órdenes de León Milcent despidieron a su jefe agradeciéndole los cuidados que por ellos tuvo y prometiéndose la gran fiesta a su llegada a Sarrelouis.

Pero inútilmente le esperaron al siguiente día e inútil fue la espera del siguiente y, como no dejó dicho hacia dónde se dirigía, no pudieron obtener información alguna.

Sin embargo, no perdían las esperanzas, pero pasó una semana, quince días y un mes sin noticia alguna y el tiempo transcurrió sin que jamás se oyese volver a hablar de él.

¿Qué había sido de él?

Jacques Mérey, quien, con razón, pensaba no tener más que temer, alquiló un coche en Thionville, cuyo propietario, mediante el pago de seis libras, prometió conducirlo a la granja de las «Tres Encinas», una de las más bellas de la orilla derecha del Moselle y situada a legua y media de la frontera.

A las diez de la mañana, con su uniforme de sargento de voluntarios, Jacques Mérey descendió frente al portón de la granja, y, bajo la sombra de las tres encinas, de donde provenía su nombre, y con la seguridad que da al hombre la certeza de ser bien recibido, pagó y despidió al coche. Paseó su mirada por el edificio tratando de reavivar sus recuerdos.

Un perro corrió ladrando hacia él, pero lo calmó con sólo extender la mano.

Al oír los ladridos del perro, un niño, rubio como un rayo de sol, acudió corriendo.

—Cuidado, señor —dijo—. *Thor* es malo.

Thor era el nombre del perro.

—Conmigo, no —dijo el voluntario—. ¿Ves?

Hizo un gesto a *Thor*, y *Thor* vino a lamerle.

—¿Quién eres? —preguntó el niño al voluntario.

—Yo no necesito preguntarte quién eres, eres el nieto de Hans Rivers.

—Sí.

—¿Dónde está tu abuelo?

—En la granja.

—Llévame hasta él.

—Seguidme.

Cogió al niño de la mano y avanzó con él hacia el porche donde un anciano, de unos sesenta años, hizo su aparición.

—Abuelo —dijo el niño, corriendo hacia él—, aquí hay un señor que nos conoce.

El anciano, levantando su gorro de lana con la mano a modo de saludo, interrogó con la mirada.

—Señor —dijo Jacques—, tenía la edad de este niño cuando vine aquí, y fue la sola y única vez que estuve. Vine con mi padre, Daniel Mérey, con él firmasteis el subarriendo de esta granja que yo he renovado, creo, hace tres años.

—¡Dios me bendiga! —exclamó Hans—, ¿sois acaso nuestro amo Jacques Mérey?

Jacques lanzó una carcajada.

—No soy el amo de nadie —dijo—, puesto que a mi entender, el hombre es el único dueño de sí mismo. Soy, solamente, vuestro propietario.

—Juana, María, Thibaud, venid todos —exclamó el anciano—, hoy es un día feliz. Venid, venid, venid.

Y a medida que los llamaba, corrían todos colocándose a su alrededor.

—Mirad bien al caballero; todos vosotros, todo lo que sois, y vosotros también —dijo, extendiendo la mirada a dos palafreneros, a un pastor y a una guardadora de gansos—, se lo debemos al caballero; él, Jacques Mérey, es nuestro benefactor.

Un grito unánime salió de sus gargantas y las cabezas se descubrieron.

—Entrad en vuestro hogar —dijo el anciano—. Desde el momento en que vuestros pies pisaron el umbral de esta casa, somos vuestros servidores.

Colocáronse todos en fila. Jacques Mérey entró.

—Id a buscar a Bernardo a la cochera y a Rosina al establo... ¡Bah! Hoy es fiesta y descanso para todos.

Bernardo era el hijo mayor y Rosina la nuera del anciano, padres del niño rubio.

Una hora más tarde estaban todos reunidos alrededor de la mesa. Era mediodía.

Hans, era el abuelo; Juana, la abuela; Bernardo, el hijo mayor; Rosina era su mujer; Thibaud, el segundo hijo, de veintidós años; María, una hija, de dieciocho; Ricardo, el niño rubio, de diez años, hijo de Bernardo y de Rosina. Todos ellos componían la familia.

El anciano cedió su sitio a Jacques, quien presidía la mesa.

Llegados a los postres, Jacques preguntó:

—Hans Rivers, ¿cuánto tiempo hace que sois granjero de nuestra familia?

—Hace..., ¡un momento, señor Jacques!, fue entre el nacimiento de Thibaud y de María, hace veintiún años.

—¿Durante cuántos años habéis pagado vuestras rentas?

—Durante el tiempo en que vuestro padre, el señor Daniel, vivió, es decir, quince años.

—Por lo tanto... ¿hace siete años que no pagáis nada?

—Es cierto, señor Jacques, pero por orden vuestra.

—Os dije: «Sois gente honrada, guardad vuestras rentas, comprad bienes con ellas; cuanto más ricos seáis, más rico seré yo.»

—Palabra por palabra, fue lo que nos dijisteis, señor Jacques, y diciéndonoslo, comenzasteis nuestra fortuna.

—Y cuando se pusieron en venta los bienes de los emigrados, es decir, de todos aquellos que lucharon contra Francia, os dije: «Guardad dinero como mío o como vuestro, poco importa; comprad bienes de los emigrados, son buenos bienes que no se venderán a más de doscientos o trescientos francos la media hectárea, y que valdrán seis y ocho.»

—Hicimos como lo dijisteis, señor Jacques, de forma que hoy poseemos ciento cincuenta hectáreas de tierras. Ello hace, Dios nos perdone, que seamos casi tan ricos como nuestro amo. Es cierto que de ello le adeudamos, con los intereses compuestos, casi cuarenta mil francos. Pero estamos dispuestos a devolvéroslos y no en mal papel, sino en buen dinero, tal y como os lo debemos.

—Esta no es la cuestión, mis queridos amigos. Por ahora, no preciso de ese dinero, pero quizá, más tarde, lo necesite.

—En ese momento, señor Jacques, hacédnoslo saber, y ocho días más tarde, palabra de Hans Rivers, se os pagará.

Jacques se puso a reír.

—Tendréis un medio más fácil y rápido de pagarme —dijo—, simplemente deberéis denunciarme. Soy proscrito. Me cortarán el cuello y ya no me deberéis nada.

Al oír estas palabras el padre y los hijos se levantaron y lanzaron un grito.

El padre levantó los brazos al cielo.

—Os han proscrito —dijo—, a vos, a vos que sois la rectitud, a justicia, a vos que sois la representación de Dios sobre la tierra, pero, ¿qué es lo que quieren?

—Quieren el bien, al menos creen quererlo. Por ello, y como estoy obligado a abandonar Francia y puesto que puedo ser arrestado en la frontera, he pensado en vos, Hans Rivers.

—He ahí una buena cosa, señor Jacques.

—Pensé, Hans Rivers se ocupa de una granja de mi padre en el Roselle, a dos kilómetros de la frontera y, seguramente, es cazador.

—Ya no lo soy, pero mis dos hijos Bernardo y Thibaud, sí lo son.

—Es lo mismo, ¿no poseen acaso una barca?

— ¡ Ah! Eso sí —dijo Thibaud—, y una buena barca. Soy yo personalmente quien se encarga de ella. Ya la veréis, señor Jacques.

—¡Pues bien!, pondré en ella las ropas de Hans o de uno de sus hijos y subiremos a la barca como cazadores de aves acuáticas. La caza está siempre permitida en el río. Iremos a la deriva hasta Tréves y, una vez allí, fuera de las fronteras francesas, estaré a salvo.

—Todo se hará según vuestros deseos, señor Jacques —dijo Hans—. En el acto, si lo mandáis.

—¡Diablos, no!, mi buen amigo —respondió Jacques Mérey—, nos queda tiempo hasta mañana. Pensaríais que he tenido miedo de pasar una noche bajo vuestro techo.

Al siguiente día, al alba, tres hombres vestidos de cazadores y acompañados de dos perros de agua, soltaban una barca atada con una cadena al pie de un sauce, situada en una pequeña bahía del Moselle y subieron a ella.

Dos de estos tres hombres iban a comenzar a remar cuando, el tercero, sentado al timón, les indicó que guardasen silencio.

—Siempre iré demasiado de prisa —dijo con una triste sonrisa.

Estos tres hombres eran los dos hijos de Hans Rivers y Jacques Mérey. Jacques Mérey había encomendado con gran cuidado a los dos jóvenes que le indicaran, exactamente, dónde terminaba la frontera francesa.

Al cabo de un cuarto de hora de navegación, le señalaron un mojón: era la frontera. De un lado, Luxemburgo; del otro, el Palatinado. De acá del mojón, la patria; de allá, la tierra extranjera.

La barca se paró al pie del mojón. Jacques Mérey quiso, una vez más, pisar el suelo sagrado de Francia.

Rodeó con sus brazos el mojón, como si ese pedazo de madera inerte fuese un hombre, un compañero, un hermano.

Apoyó su cabeza contra él, como lo hubiese hecho sobre el hombro de un amigo.

Su dolor era doblemente profundo: abandonar Francia y dejarla en el estado en que se encontraba.

Todo un ejército sitiaba Mayence. El enemigo en Valenciennes, nuestra última esperanza. El ejército de Midi en retirada; el español marchando sobre Francia; Saboya, nuestra hija por adopción, vuelta contra nosotros por la voz del clero; nuestro ejército de los Alpes hambriento; Lyon en plena revolución ametrallando a los comisarios de la Convención, quienes, por desgracia, pagarían con la misma moneda; y como final, los Vendéens victoriosos en Fontenay y prestos a marchar sobre París.

Nunca nación alguna sin perderse, estuvo tan cerca de su pérdida. Ni siquiera Atenas arrojándose al mar para huir de Jerjes, y alcanzar a nado la isla de Salamina.

A pesar de que la ciencia había hecho un materialista de Jacques Mérey, no por ello dejó de pensar que los acontecimientos que se sucedían sobre la tierra obedecían a un poder misterioso escondido en las profundidades de la eternidad y que, sin duda, desde nuestro punto de vista, debían terminar en algo más inteligente y humanitario.

Elevando los ojos al cielo, murmuró:

—Tú, al que busco con cualquiera de estos nombres: Zeus, Uranio, Jehová, Dios, creador invisible y desconocido de los mundos, esencia celeste o materia inmortal, no creo que el hombre, como tal individuo, merezca ni siquiera una de tus miradas, pero creo que cubres

con tu protección omnipotente a toda nuestra especie y al igual que las flotas sucumben con el viento, los grandes acontecimientos de los pueblos deben inclinarse ante tu gran fuerza. De cualquier manera que el hombre haya sido creado, viene de Ti; y si lo creaste solo, pobre y desnudo, era para concederle el mérito de darle la experiencia de crear, a su vez, la familia, después la tribu y por fin, la sociedad. Una vez constituida la sociedad, debe enriquecerla con el trabajo e iluminarla con su inteligencia. Hace ya seis mil años que cada uno coopera a este fin según su fuerza y su genio. Pero, ¿cuál es el resultado que quieres esperar de tanto esfuerzo? La mayor cantidad de posible felicidad propagándose sobre el mayor número de individuos. ¿Quién ha hecho más para realizar esta obra inmensa, las monarquías de toda clase que se suceden desde hace mil años, desde la monarquía feudal de Hugo el Capeto hasta la monarquía constitucional de Luis XVI, o cinco años de revolución que acaban de terminar? ¿Quién ha otorgado al hombre la igualdad de derechos? ¿Quién le ha dado el pan del espíritu por medio de la educación y el pan del cuerpo por el reparto de sus tierras? Nuestra santa Revolución y nuestra bien amada República lo han logrado. Francia es tu elegida, ¡oh, Señor!, puesto que, en cierto modo, la elegiste como víctima y la ofreciste como ejemplo al ser humano. ¡Pues bien, que su sangre corra y la mía por encima de todas; que sea el Cristo de las naciones como Jesús fue el de los hombres y que estas palabras: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD, pronunciadas por El y adoptadas por El sean el sol luminoso del futuro! ¡Adiós, patria; adiós, patria; adiós, patria! Y ahora —dijo Jacques Mérey, dejándose caer en la barca—, llevadme donde os plazca, puesto que, donde quiera que me llevéis, ya no será mi Francia.

Capítulo tercero

Ocho días después

Los dos hermanos Rivers depositaron a Jacques Mérey en la orilla del Moselle, aproximadamente a un kilómetro de la ciudad de Tréves.

Jacques los abrazó tiernamente; eran los dos brazos de Francia que le depositaban en tierra extranjera.

Tristemente, Jacques, apoyado sobre su fusil, vio cómo se alejaban; le saludaron con sus remos en el primer recodo del Moselle, él con su sombrero. La barca desapareció y todo terminó.

Jacques calóse el sombrero, saludó a su Francia con un largo y último adiós, colocóse el fusil en la espalda, y, cabizbajo, siguió el camino trazado por los que recorren la orilla del Moselle, a lo largo de ese caminito que llega a Tréves.

Jacques Mérey hablaba alemán como un nativo. Siempre precavidos, sus compañeros de ruta colocaron en su mochila algunos pájaros ribereños.

No se le planteó ningún problema. A las puertas de la ciudad le tomaron por un burgués que volvía de caza.

Pero, una vez pasada la puerta, se dio prisa en preguntar que le dijeran la dirección del alcalde.

Cuando llegó a casa del alcalde, Jacques Mérey se dio a conocer; ya sabían la catástrofe del 31 de mayo. Sin haber tenido tiempo de hacerse célebre, el nombre de Jacques Mérey era suficientemente conocido. El alcalde se inclinó ante él, como todo hombre de gran corazón se inclina ante un proscrito. En todos los países del mundo civilizado en honor de la humanidad y del progreso, y para vergüenza de los gobiernos, la proscripción es una majestad.

Adornando sus palabras con todas las delicadezas propias de un hombre de mundo, el alcalde le preguntó si necesitaba socorros, de esos que los gobiernos extranjeros habían puesto a disposición de las autoridades para aliviar a los emigrados en su huida. Jacques Mérey contestó que, por ser proscrito y no emigrado, sus bienes no habían sido confiscados y que, además de los diez mil o doce mil francos que tenía en su poder, dejaba en Francia una buena fortuna.

Por lo tanto, su único deseo era el de disponer de un pasaporte hasta Viena.

A causa de las circunstancias, se vio obligado a trazar el camino que quería seguir hasta llegar a Viena. Era el más directo: Karlsruhe, Stuttgart, Augsburg, Munich y Viena.

Una vez fuera de Francia y cuando ya sólo quedaba el espectro de su patria en el corazón de Jacques Mérey, la viva imagen de Eva fue recobrando poco a poco su fuerza; el recuerdo, momentáneamente borrado por los acontecimientos, esos acontecimientos del pasado, que se hacen presente, y que, al igual que el alba se levanta detrás de las montañas, se levantan detrás de la silueta árida y descarnada del pasado para iluminar un nuevo futuro.

Ahora que se encontraba en suelo extranjero, ahora que no pisaba esa tierra de Francia en la que Danton quiso morir, no pudiendo llevarla «en las suelas de sus zapatos». Sintió que su pensamiento se impregnaba de nuevo de su amor, y ese amor se difundió por todo su cuerpo como una savia regeneradora.

No había recibido ninguna carta de Eva; pero ese silencio no le inquietaba, puesto que sabía que las cartas de Eva eran generalmente confiscadas.

Sin embargo, lo que le inquietaba era que Eva, sin sospechar de su doncella, debía extrañarse por su silencio. Sin duda, en las cartas que le escribía y que Eva creía que él recibía, le indicaban la dirección a la que debía contestar.

¿Por qué no le contestaba él?

¿No debía sentirse olvidada y creyéndose olvidada...?

Pero el corazón de Eva no era un corazón vulgar; conocía el inmenso amor que Jacques Mérey le tenía; había visto cómo por ella renunciaba a toda ambición política, cómo renunciaba al puesto de diputado que, más tarde había aceptado como venganza y que, por divisiones internas no había logrado ser esa arma con la que esperaba defender la República y vencer a sus enemigos. Eva no podía pensar mal de su amigo, ni, en consecuencia, de ella misma. Eva no podía sentirse olvidada.

Jacques llevaba constantemente encima de él la carta de Eva, sustraída de entre los papeles del marqués de Chazelay, y que el joven ayudante de campo del general De Custine le había entregado.

Aunque se sabía esta carta de memoria y no cesaba de leerla, la palabra es impalpable y los objetos materiales, por la vista y el tacto, tienen más potencia que tendrá nunca aquélla.

Del más recóndito rincón de su cartera, sacó la carta; la miró, la tocó y la besó. A los treinta años y por su modo de vida, Jacques había vuelto a encontrar todas las ilusiones de un joven; sólo había tenido dos amores: la ciencia y Eva y sacrificó el primero en favor del segundo. Por otra parte, nada favorece más el ensueño que el balanceo de un coche. La monotonía del ruido de las ruedas nos aíslan de los demás ruidos y mientras avanzamos nuestros pensamientos nos acercan. Jacques se puso a meditar sobre los acontecimientos a los que debía agradecer la dicha de volver a encontrarse con Eva y de volver a encontrarla libre.

No, Dios no era en modo alguno un Dios personal que se mezcla en la vida del hombre e influye en el hombre. Pero, ya lo hemos dicho, Jacques creía en la influencia y hasta en la voluntad de Dios sobre los grandes acontecimientos de las naciones, que se desprenden de los pequeños hechos de la vida humana; y así es como, por un pequeño hilo invisible que lo acercaba a las creencias comunes, relacionaba todo con Dios, pero sin imponer a esta suprema majestad, que llamaba Dios, Naturaleza, Providencia, con la responsabilidad de los pequeños accidentes de la vida o de la muerte, que el hombre se disputa como si de dos divinidades se tratara: la fatalidad o el azar.

Y así, por muchos favores que Jacques hubiese otorgado a Eva y en contrapartida al marqués de Chazelay, haciendo que su hija recobrase la salud, la inteligencia y la razón, no podía salvar el abismo que, en esta época de prejuicios sociales, lo separaba de la amada, incluso echando en el abismo los servicios prestados. Pero si Jacques hubiera sido uno de esos cristianos egoístas que todo lo relacionan con ellos, que se convierten en el centro de todo y piensan que Dios está dispuesto a hacer caer una estrella del cielo para que ellos enciendan su lámpara, se hubiese dicho: «Francia hizo la Revolución para que el marqués de Chazelay me quitase su hija a la que, por otra parte, no hubiera podido tomar por mi amante, ni por mi esposa, sino de manera subrepticia; hizo su revolución para que emigrase con ella, dejándola bajo la protección de su tía; para que se hiciese matar luchando contra su país, lo que priva a Eva, no sólo de su padre, sino también de su fortuna, puesto que la confiscación de los bienes sigue inmediatamente a la muerte del emigrado que es capturado con las armas en la mano y todo para que sin padre ni fortuna volviera a sentirse dueña de sí misma encontrando el apoyo y la fortuna perdidos.»

Y aunque sin hacerse semejantes reflexiones, Jacques Mérey no dejaba de asombrarse,

como hombre de ingenio que era, ante todas esas ramificaciones extrañas que sirven de trama a la vida del hombre, que sin ver el árbol recogen el fruto.

Únicamente salía de su ensueño, que le llevaba de lo conocido a lo desconocido, de lo material al ideal, para gritar al cochero:

—De prisa, más a prisa.

Se había jurado que no saldría del coche antes de recorrer las ciento setenta leguas que le separaban de Viena; pero no había contado con las dificultades que los acontecimientos políticos creaban al viajero francés que se encontraba en frontera alemana. Para todos los príncipes alemanes, en completa oposición con nuestros principios, todos los franceses eran unos incendiarios dispuestos a prender fuego a sus estados.

Por ello, en cada frontera, por minúscula que fuese en el mapa, había de bajarse del coche, acreditar su identidad y soportar un interrogatorio.

Y tuvo que plegarse igualmente a este requisito y perder por ello dos o tres horas diarias en estas formalidades. Es bien cierto que, una vez llegado a Salzburgo, toda Austria fue recorrida sin más pérdida de tiempo. Una vez franqueada la frontera, quedaba libre el camino para llegar a Viena.

Por fin, después de meter prisa al cochero y a los caballos, llegaron a Viena a las cinco de la tarde.

Allí, tras un nuevo interrogatorio y revisión de documentos, concedieron al viajero un permiso de una semana de estancia, después de la cual debía renovarlo y dar parte del tiempo que pensaba continuar en la capital de Austria.

Cuando subió de nuevo al coche el postillón le preguntó a dónde debía conducirlo.

Jacques, dispuesto a jugárselo todo dijo:

—Plaza de Joseph, número once.

El cochero se adentró por un laberinto de callejuelas para desembocar finalmente frente a la estatua del emperador que daba el nombre a la plaza.

Jacques, sacando la cabeza por la portezuela, buscaba con la mirada la casa que Eva podía ocupar.

Una sola entre todas ellas tenía sus ventanas, sus puertas y persianas cerradas como una tumba.

Vio, con creciente angustia, que el postillón se dirigía hacia ella.

Paróse al fin ante esa casa ciega y muda.

—¿Y...? —gritó Jacques.

—Es aquí, señor —le contestó.

—¿Es aquí el número once?

—Sí.

Jacques saltó del coche, dio un paso atrás para comprobar si en efecto era esa la casa, revolvió en su bolsillo y leyó por centésima vez la nota de Danton. Efectivamente, en ella decía claramente: Plaza de Joseph, n.º 11.

Se lanzó como un loco sobre el pomo y la campanilla; llamó y golpeó al tiempo. Nadie contestó. El eco le devolvía un sonido mate y sordo que indicaba que todo, tanto dentro como fuera, permanecía cerrado.

—¡Ay, Señor, Señor! —murmuró Jacques—. ¿Qué habrá sucedido?

Tiraba de la campanilla cada vez más violentamente, hasta que la gente se paró a su alrededor.

Por fin, en la casa de al lado se oyó un rechinar y una cabeza se asomó a la ventana. Era la de un hombre que tendría unos sesenta años.

—Perdón, señor —dijo en buen francés con acento vienes—, ¿por qué os empeñáis en llamar a esa puerta, donde nadie puede contestaros?

—¿Cómo nadie?—exclamó Jacques.

—No, señor, desde hace por lo menos ocho días.

—¿No habitaban en la casa dos mujeres?

—Sí, señor.

—¿Dos damas francesas?

—Sí.

—¿Una joven y otra mayor?

—Creo que efectivamente eran una joven y otra mayor. Como no salgo de mi biblioteca no me ocupo de lo que ocurre a mis vecinos.

—Perdón, os ruego que me perdonéis si abuso de vuestra bondad, señor, pero, ¿qué ha sido de ellas?

—Creo haber oído que una de ellas murió; sí, era incluso católica. Recuerdo haber oído el cántico de los curas mientras trabajaba en mis investigaciones.

—¿Cuál de ellas, señor?, por amor de Dios, ¿cuál de ellas?

—¿Cómo, cuál de ellas?

—Sí, cuál de ellas murió, ¿la joven o la vieja?

—¡Oh!, eso no lo sé.

—¡Dios mío, Dios mío! —sollozó Jacques Mérey.

—Pero, si ello os interesa —repuso el anciano—, puedo preguntárselo a mi mujer, siempre se mete en lo que no le importa... Seguramente ella lo sabe.

—Id, por favor, id —contestó Jacques Mérey—, os lo ruego.

Poco después volvió el anciano, Jacques no se había atrevido ni a respirar durante su ausencia.

—¿Y...?

—Era la vieja.

Jacques se apoyó en el coche y respiró lentamente.

—¿Y la otra, la otra? —preguntó con voz apenas inteligible.

—¿La otra?

—Sí, la otra mujer, la que no murió, ¿dónde está?

—No sé, tendré que volver a preguntarle a mi mujer.

El anciano se apresuró en volver de nuevo a su fuente de información.

—Señor, señor —gritó Jacques—, ¿no podría yo hablar directamente con vuestra esposa?, me parece que sería mucho más rápido.

—En efecto, me parece que sería más rápido, pero deberéis dirigiros a la tercera ventana a partir de ésta, es la habitación de madame Haal. No permito que ella entre en mi gabinete.

Desapareció, y Jacques se dirigió hacia la tercera ventana.

Durante este tiempo, un gran círculo de curiosos se había formado en torno al viajero y, como los dos interlocutores hablaban francés, aquellos que lo comprendían explicaban a los demás lo que sucedía.

La ventana se abrió y madame Haal apareció.

Era una viejecilla, coqueta y atildada, que empezó por mandar a su marido a su gabinete y con toda amabilidad, se puso a disposición de Jacques.

Aquellos que conozcan la hospitalidad de los vieneses, no se extrañarán de estos detalles que forman parte de las costumbres de ese pueblo, uno de los mejores y más acogedores del mundo.

La viejecita no había tenido todavía ocasión de hablar, cuando Jacques le preguntó en perfecto alemán:

—Señora, tengo sumo interés en conocer lo que ha sido de la joven francesa que habitaba la casa de al lado.

—Señor —contestó madame Haal—, puedo decíroslo con toda seguridad. La más joven de las dos damas, que se llamaba Eva de Chazelay, marchó a Francia para reunirse con el hombre que amaba, después de haber cumplido con sus últimas obligaciones con su tía muerta.

—¡Oh! —murmuró Jacques Mérey—, ¿por qué no me habré quedado con mis amigos para morir con ellos y como ellos?

Sin tener en cuenta las personas que le rodeaban, sintiendo que su corazón se le partía, estalló en sollozos.

Capítulo cuarto

La sala «Louvois»

El día 30 del pluvioso del año cuarto (19 de febrero de 1796), día de fiesta, en que públicamente acababa de suprimirse la época de los asignados, después de la emisión de cuarenta y cinco mil millones, lo que no impedía que el luis de oro valiese siete mil doscientos francos en papel, esa noche el teatro «Louvois», grandiosamente iluminado, hacía resaltar más todavía la sombría masa del teatro de las Artes, comprado un año antes a la Montansier, que lo había hecho construir no sin gran asombro de las gentes de letras, de los sabios y de los bibliófilos, a unos cincuenta pasos de la Biblioteca Nacional, donde hoy en día no se atisban más que unos frondosos árboles que dan sombra a una bella fuente, imitación de las «Tres Gracias» de nuestro gran escultor Germain Pilón.

Este teatro, llamado primeramente Montansier y después de las Artes, se convirtió en teatro de la Opera hasta el momento en que, el 13 de febrero de 1820, el duque de Beryl fue asesinado en la escalinata por el guarnicionero Louvel. Este asesinato decretó su destrucción.

Una larga fila de coches, que se extendía desde la calle Richelieu hasta la casa que dio su nombre a la fuente de Moliere, depositaba a los elegantes en la puerta del teatro «Louvois», como ya hemos dicho espléndidamente iluminado, y desaparecía por la calle Santa Ana en la que los lacayos se disputaban con los comisionados el derecho a abrir las puertas de las carrozas.

Es evidente que con los amos, también habían reaparecido los lacayos y carrozas.

—¿Necesitáis un coche, señor burgués?

Ese fue el grito que un mozalbote, como heraldo de la aristocracia, lanzó la misma noche de la ejecución de Robespierre, saludando así la llegada de la contrarrevolución.

Y desde aquel día los coches aparecieron en mayor número que antes. No diremos, sin embargo, como muchos historiadores lo han hecho, que después de este terrible día la vieja Francia levantó su cabeza. No, la vieja Francia había desaparecido en la emigración, en la plaza de la Concordia, como ahora la llaman, y la barrera del Trono, que recuperó su antiguo nombre.

Como una sola guillotina, la de la plaza de la Revolución, era insuficiente, se había colocado otra en la barrera del Trono.

Por el contrario, una nueva Francia amanecía, tan nueva, que únicamente los parisienses que la habían visto nacer la conocían.

Trajes, costumbres, modos, esta nueva Francia no conservaba nada de la anterior, ni siquiera el idioma. Si Racine y Voltaire, esos dos grandes modelos del buen y bello francés, hubiesen vuelto al mundo, se hubiesen preguntado qué jerga hablaban los increíbles y las maravillosas.

¿Quién había traído esta transformación en las costumbres, trajes, modos e idioma? En primer lugar la necesidad que Francia sentía de echar tierra y cubrir con ella las manchas de sangre que el reinado del terror había sembrado.

Y, como en toda renovación, un solo hombre se había convertido en la encarnación de las necesidades del momento: ansia de vivir, de gozar, de amar.

Este hombre era Louis Stanislas Fréron, ahijado del rey Stanislas e hijo de Elie Catalina Fréron, fundador, después de Renandot, del periodismo en Francia.

En medio de las excentricidades sangrientas de la época, en medio de los Hébert, de los

Marat, de los Collot-d'Herbois, Stanislas Fréron fue una especie de monstruo aparte. No creemos en los caprichos espontáneos de la naturaleza. Para que un hombre se convierta en un Collot-d'Herbois, un Hébert, un Marat, para que como locos furiosos golpeen a la buena de Dios a la sociedad, es necesario que, justa o injustamente, ésta les haya golpeado antes. Es necesario que, como le sucedió al comediante Collot-d'Herbois, haya sido herido por el abucheo y los silbidos de toda una sala; es preciso que, igual que al mercader de contramarcas Hébert, hayan sido lacayos al servicio de gentes injustas y violentas, mercaderes de contramarcas y reventadores en la puerta de los teatros, sin que este doble empleo haya calmado su hambre, y que, como Marat, haya sido marcado por la naturaleza, ridiculizado por todos por la fealdad de su rostro, que sea veterinario cuando hubiese deseado ser médico y que haya sangrado caballos cuando su vocación era la de sangrar hombres.

Stanislas Fréron sentía el peso de una de estas fatalidades. Hijo de uno de los críticos más inteligentes del siglo, que había juzgado a Diderot, Rousseau, D'Alembert, Montesquieu, Buffon, había visto a su padre cometer la imprudencia de atacar a Voltaire. No se atacaba impunemente a ese gigantesco espíritu. Voltaire tomó con sus manos huesudas el periódico que publicaba Fréron, *L'Année Littéraire*; pero él, que no solamente había destrozado la *Biblia*, sino que la redujo a la nada, no logró hacer lo uno ni lo otro con el periódico.

Por lo tanto, su rencor cayó sobre el hombre.

Todo el mundo sabe cómo estalló esa inmensa cólera de la Ecossaie. Todo cuanto un hombre puede soportar en injurias e insultos, Fréron tuvo que sufrirlos por parte de Voltaire. Fue tratado como un lacayo, humillado en su hombría, sus hijos, su esposa, su honor, su probidad literaria, sus buenas costumbres dentro de su irreprochable hogar. Fue llevado al teatro, lo que no ocurría desde los tiempos de Aristófanes, es decir, dos mil cuatrocientos años antes.

Allí todo el mundo pudo abuchearle, silbarle, escupirle al rostro.

Fréron lo vio todo desde su butaca sin quejarse, sin decir una sola palabra. Vio como el comediante que le representaba, le había usurpado uno de sus trajes con la complicidad de un ayuda de cámara, imitaba sus gestos y avanzando hacia las candilejas decía de sí mismo:

—Soy un idiota, un ladrón, un miserable, un mendigo, un periodista venal.

Pero durante el quinto acto una mujer, lanzando un grito, cayó desvanecida en uno de los palcos.

Al oír el grito Fréron se volvió y exclamó:

—¡Mi esposa, mi esposa!

En medio de la hilaridad general, de los abucheos y silbidos un hombre ayudó a Fréron a levantarse de su butaca. Este hombre era Malesherbes, ese honrado ateo que defendió a Luis XVI, y que aun cuando pagó con su vida su intervención en los procesos, no dejó de dar cuerda a su reloj a las doce en punto, sabiendo que sería guillotinado a la una.

A pesar de todo ello y de la carta de desprecio enviada por Rousseau que, en su odio, tomó el campo de Voltaire, Fréron se mantuvo firme. Continuó ensalzando a Corneille, Racine, Moliere en contra de Crébillou, Voltaire y Marivaux. Pero en esta lucha en la que se encontraba solo contra toda la *Enciclopedia*, cayó enfermo de cansancio.

En cama, sin fuerzas, pero manteniéndose como dictador, supo que el ministro de Justicia Miromesnil había anulado el privilegio concedido a *L'Année Littéraire* y que, por lo tanto, no solamente quedaba arruinado, sino también desarmado. Dejando caer su cabeza sobre la almohada, lanzó un suspiro y murió.

Gracias a la influencia de algunos protectores suyos, que todavía quedaban, la viuda de Fréron pudo recuperar para su hijo el privilegio otorgado a *L'Année Littéraire*. Puesto que el niño no tenía más de diez años, fueron su tío Royon y el abad Geoffroy quienes redactaban el periódico, asignándole una parte de los beneficios. Arrullado por los recuerdos de los sufrimientos que atormentaron a su padre, y muy joven todavía, sintió nacer en él un profundo odio hacia la sociedad.

En Louis le Grand, la suerte quiso que fuese condiscípulo de Robespierre, de forma que, al estallar la revolución el hombre corrompido por excelencia se encontró al lado del incorruptible.

El periódico, que había sido hasta entonces una potencia literaria, se convirtió en manos de Marat en una potencia política. Junto con *L'Ami du Peuple*, Fréron publicó *L'Orateur du Peuple*. Volcó en sus páginas todos los excesos del hombre tímido que no sabe contenerse ante la crueldad y tampoco sabe hacerlo ante la debilidad. Nombrado miembro de la Convención, votó por la muerte del rey y fue enviado a Marsella con Marat. Sabemos lo que hizo. Sus dardos son de todos conocidos. La historia registró estas terribles palabras, después de los cañonazos:

—¡Que aquellos que no estén muertos, se levanten, la patria los perdona!

Y cuando, ante esta promesa, sanos y salvos, se levantaron los heridos, una sola palabra todavía más terrible, puesto que era una mentira sangrienta:

—¡Fuego!

Esta segunda vez nadie volvió a levantarse.

Como ya hemos dicho, para que este odio albergase en el corazón del implacable procónsul, era preciso que de niño, educado en el gabinete de su padre, recordase que en pago a un trabajo constante, a su sacrificio por mantener sus principios conservadores, su padre no había recogido más que insultos e ingratitud por parte de aquellos a los que defendía.

Este eclecticismo en el crimen le hizo abandonar el partido de Robespierre para tomar el de Tailien, pasar de terrorista a asesino, denunciar a Fouquier-Tinville y a todos sus cómplices, uno tras otro y que, a la cabeza de la reacción antijacobina, crease esa juventud dorada a la que dio su nombre y que antes llamábamos una nueva Francia.

Lo que llevaba a esa juventud al teatro «Louvois» el 19 de febrero de 1796 era su reapertura, bajo la dirección de la célebre mademoiselle Raucourt, quien, reuniendo a algunos de sus compañeros del «Théâtre Français», intentaba resucitar con ellos el espíritu de la buena literatura, de la que se hacía intérprete.

En aquella época todo tenía su lado político y mademoiselle Raucourt, tenía el suyo. Bella hasta hacer que la mitad de los espectadores la envidiasen, después de haber sido aconsejada por Brizard, hizo su aparición en escena por primera vez en 1772 en el «Theâtre Français», en el papel de Didon.

Pero pronto comenzaron a difundirse extraños rumores sobre el uso que hacía de su belleza, y a pesar de los versos de Voltaire, que le aseguraban el reinado de la escena, a pesar de las recomendaciones de madame Du Barry sobre su conducta, en seguida descubrió, bajo los golpes de la calumnia o de la maledicencia —no sabríamos ser jueces de tal proceso— a sus más ardientes admiradores dispuestos a abandonarla y a sus enemigos más enconados a silbarla.

Agobiada por las deudas, sin creer ya en el futuro que le predijo Voltaire, la bella debutante se refugió en el recinto del Temple, asilo de deudores insolventes. Empujada como estaba por el demonio de la tragedia, Raucourt no podía pasar inadvertida. Se escapó una noche, pasó la frontera, hizo unas representaciones ante los soberanos del

Norte y volvió a Francia, donde María Antonieta —el hecho contribuyó a acrecentar los primeros rumores— pagó sus deudas y le abrió las puertas de la «Comedie Francaise» con el mismo papel de Didon que le había dado sus primeros éxitos.

Así fue como estudiando con gran empeño reconquistó a fuerza de talento el favor del público.

Cuando, con motivo de la representación de Pamela, la Convención ordenó el encarcelamiento en masa de la «Comedie Francaise», fue a la prisión de Madelonettes con Saint-Phal, Saint-Prix, Larive, Nandet, las mademoiselles Lange, Devienne, Joly y Contat.

El 11 de termidor salió de prisión, interpretó durante cierto tiempo en el «Odeón», pero, como se encontraba demasiado lejos del centro de la ciudad, arrastró a sus compañeros a la sala «Louvois».

La sala «Louvois» volvía, pues, a abrir sus puertas bajo sus auspicios y la puesta en escena de *Pygmalion* y *Galatea*, lo que permitía a mademoiselle Raucourt lucir sus formas en el papel de estatua y Britanicus y su talento en el papel de Agripína.

Pero si el lector desea subir por una de las dos escaleras que conducen a los palcos, entrar en la sala, bien sea por el lado del patio o por el del jardín, podrá echar una mirada al conjunto de esta admirable colmena, que al primer golpe de vista parece poblada, gracias al crujir de los tafetanes y satenes, al fuego de los diamantes y pedrería, por pájaros de los trópicos y mariposas del Ecuador.

Para dar una idea del conjunto de las toilettes de toda esa juventud dorada, hombres y mujeres, nos bastará con describir a dos o tres increíbles y a dos o tres maravillosas que marcaban el estilo de la época.

Las tres mujeres estaban situadas una en un palco que daba al escenario y las otras dos en los palcos entrecolumnas en medio de la sala. Estos últimos palcos eran los más cotizados, después de los que daban al escenario.

Estas tres mujeres, a las que la admiración pública había añadido el adjetivo de bellas, eran madame Tallien, madame Visconti y la marquesa de Beauharnais. Son las tres diosas que se reparten el Olimpo, las tres Gracias que reinan en el Luxemburgo.

La bella madame Tallien, Teresa Cabarrus, ocupaba el proscenio a la derecha de los espectadores. Era Grecia personificada en Aspasia; su vestido, de lino blanco, caía a grandes pliegues sobre un transparente rosa. Sobre este vestido llevaba una especie de peplum, como lo hiciera Andrómaca. Dos bandas de hojas de laurel de oro sostenían su velo. A pesar del vestido de lino blanco, del transparente y del peplum que lo cubría todo, en la base de su cuello de cisne entreveíase el comienzo de unos senos admirablemente moldeados. Un collar de perlas de cuatro filas hacían resaltar su cuello de un blanco mate, y este cuello, hacía resaltar las perlas, de un blanco rosado. Por encima de los mitones rosas que le llegaban hasta el codo, las mismas pulseras de perlas se anudaban alrededor del brazo.

Un periodista había comentado unos días antes:

—Hace ya dos mil años que llevamos camisas y esto empieza a hacerse aburrido.

La bella madame Visconti, que representaba Roma, tal y como su nombre se lo imponía, había comprendido la verdad de esta crítica y había, en efecto, suprimido la camisa. Al igual que madame Tallien, llevaba un vestido de muselina clara con largas mangas abiertas, de forma que dejasen ver sus brazos torneados a lo antiguo. Sobre su frente una diadema de camafeos, su cuello estaba rodeado por un collar haciendo juego, sus piernas y pies completamente desnudos, cubiertos solamente por las sandalias de púrpura que permitían a los dedos de sus pies lucir tantos anillos como a los de sus manos. Una selva

virgen de cabellos negros y rizados se escapaban de su diadema y caían sobre sus hombros. Era lo que llamaban un peinado a lo Caracalla.

Frente al palco de madame Visconti se encontraba el de la marquesa de Beauharnais, quien con su gracia criolla, representaba a Francia. Llevaba un vestido ondulado rosa y blanco adornado de cenefas negras. Ninguna capa la cubría; mangas cortas de gasa del color de sus cenefas y largos guantes café con leche que se anudaban por encima del codo. Estaba calzada con medias de seda blancas con puntos verdes y peinada al estilo etrusco. No lucía una sola joya, pero con sus dos hijos a su lado parecía decir —como Cornelia— cada vez que los miraban: «He aquí mis verdaderas joyas.»

Bien a pesar nuestro le conservamos el nombre de marquesa de Beauharnais. Hacía solamente unos días que se había casado con un joven jefe de la brigada de artillería llamado Napoleón Bonaparte. Pero como se consideraba este matrimonio inferior a su alcurnia, sus amigas, que no podían acostumbrarse a llamarla simplemente madame de Bonaparte, seguían adjudicándole el de marquesa.

El resto de las mujeres en las que todos los ojos se fijaban y que atraían las miradas de todos los monóculos eran madame de Noailles, de Fleurie, de Gervasio, de Staél, de Lansac, de Puysegurm de Perregaux, de Choiseul, de Morlaix, de Récamier, de Aiguillon.

Los tres hombres que marcaban la pauta en París, y que habían recibido el epíteto de bellos eran el bello Tallien, el bello Fréron y el bello Barras.

Había un cuarto, en la Convención, que no solamente era tan bello, sino mucho más que los otros. A él también le llamaban el bello, pero su cabeza había rodado al mismo tiempo que la de Robespierre, era el bello Saint-Just.

Tallien que iba de palco en palco, para volver siempre al de su esposa, de la que estaba enamorado como un loco, llevaba sus cabellos recogidos por una peineta de concha y unas largas patillas que le llegaban hasta el final de la mejilla. Vestía traje marrón con cuello azul cielo y corbata blanca con un enorme lazo; chaleco blanco adornado con bordados, pantalón ajustado de tela de algodón y doble cadena de reloj en acero, zapatos puntiagudos y descubiertos, medias de seda rayadas a lo ancho blanco y rosa; el sombrero de copa debajo del brazo había sustituido al gorro frigio del 31 de mayo y un nudoso bastón con puño dorado había reemplazado en su mano al puñal de thermidor.

El bello Fréron que, como Tallien, mariposeaba de palco en palco, llevaba un sombrero estilo barco, adornado con una insignia tricolor. El traje de cuadros marrones abotonado por un cuello de terciopelo negro. Los cabellos cortos a la Titus, pero empolvados, un pantalón ajustado color avellana con botas vueltas. En contra de su costumbre, y en lugar del bastón nudoso que llevaba generalmente, éste había sido sustituido por un ligero junco al que servía de puño una perla informe.

Barras había alquilado el palco frente al de madame Tallien. Llevaba un traje azul claro con btones de metal, calzón de nankin con lazos, medias achinadas, botas flexibles con la vuelta amarilla, una gran corbata blanca, chaleco rosa transparente y guantes verdes. Esta furibunda toilette se completaba con un sombrero de panache tricolor y con un sable de vaina dorada.

No debemos olvidar que el bello vizconde de Barras era, al mismo tiempo, el general Barras, que acababa de hacer el 13 vendimiaire con ayuda del joven Bonaparte, cuya oscura figura, como una antigua medalla, se dibujaba en el palco de madame Beauharnais, donde acababa de entrar.

Los otros bellos eran los Lameth, los Benjamín Constant, los Coster-Saint-Victor, los Boissy-d'Anglas, los Lanjuinais, los Talleyrand, los Ouvrad, los Antonelle.

El espectáculo que la sala ofrecía superaba al que se anunciaba.

Capítulo quinto

Un hombre de otra época

Este espectáculo parecía, sobre todo, despertar la atención de un hombre colocado cerca de la orquesta y que, por su parte, despertaba la atención de la sala.

En medio de esta multitud de jóvenes vestidos de seda y terciopelo, con colores brillantes según la moda de 1796, apareció de repente y con más justo título de bello que Tallien, que Fréron y que Barras, un hombre de treinta a treinta y dos años, vestido con toda sobriedad, como marcaba la moda de 1793. Llevaba los cabellos cortados a la Titus, pero lo suficientemente largos para que los bucles flotasen sobre su frente pálida y sobre sus mejillas. Llevaba corbata blanca, pero sin exagerar ni el nudo ni los adornos; el chaleco de piqué blanco con grandes vueltas, a lo Robespierre, el redingote granada oscuro, con cuello flotante, le caía hasta las rodillas, el pantalón amarillo claro y botas de media pierna. Su sombrero era de fieltro, sin forma determinada pero con ese aire de 1793, como el resto de su ropa, que todos trataban de olvidar.

Había entrado en el patio de butacas, no con la desenvoltura de los jóvenes, sino gravemente, tristemente, con toda educación, disculpándose ante aquellos a los que tenía que molestar y empleando los mejores términos de una lengua ya olvidada.

Se colocaban ante él mirándolo con cierta extrañeza, puesto que como hemos dicho, era el único en toda la sala que llevaba ese traje de otros tiempos.

Algunas risas desde los balcones y galerías habían acogido su entrada, pero cuando, descubriéndose se apoyó en la fila de butacas colocada delante de él para abarcar la sala de una mirada, las risas cesaron y las mujeres descubrieron la belleza sosegada y fría del recién llegado. Sus ojos firmes, claros y profundos, y sus manos blanquísimas. Como ya hemos dicho, llamaba él la atención tanto como el espectáculo que iba a representarse le atraía a él.

Sus vecinos fueron los primeros en percatarse de esta suprema distinción y, aunque intentaron entablar conversación con él, les demostró que, sin ser maleducado, no era en absoluto parlanchín.

—¿Sois extranjero? —le preguntó su vecino de la derecha.

—Esta misma mañana llegué de América —le contestó.

—¿Quiere usted que le diga las personalidades que se encuentran en la sala? —preguntóle su vecino de la izquierda.

—Gracias, señor —le contestó con toda cortesía—, pero debo conocerlas a casi todas.

Y sus ojos recorrieron, uno tras otro, a Tallien, Fréron y Barras.

Barras parecía inquieto en su palco, que no había abandonado un solo instante como lo habían hecho los otros elegantes, y desde el mismo, había saludado a las personas que conocía.

Dos o tres veces se abrió la puerta de su palco y, cada vez, hizo ademán de dirigirse a ella, pero por el rápido gesto que se dibujó en su rostro se veía que era otra la persona que esperaba.

Tres golpes anunciaron, por fin, que se levantaba el telón.

En efecto, éste se levantó, y el público sintió esa frescura propia del teatro que, por un instante, envuelve de bienestar la atmósfera cargada de la sala.

Grupos de estatuas de mármol, otras apenas esbozadas, y en el fondo una estatua

escondida bajo una tela brillante y ligera representaban el taller de Pigmalion; Pigmalion-Larive estaba en escena, Galatea-Raucourt escondida bajo el velo.

A pesar de sus velos, mademoiselle Raucourt fue recibida por una salva de aplausos.

Ya conocemos el libreto, nacido de la pluma de Jean Jacques Rousseau que, como él, es al mismo tiempo inocente y apasionado. Pigmalion se desespera ante la seguridad de no poder llegar jamás a la altura de sus rivales y abandona sus herramientas. La escena no es sino un monólogo en la que el escultor se reprocha su vulgaridad. Por fin, sabiendo que su éxito depende de la obra que nadie ha visto, se aproxima a la estatua cubierta por un velo, duda, y, por fin, lo levanta temblando, cayendo de rodillas delante de ella y exclamando:

—¡Oh Galatea!, recibid mi homenaje. Sí, me equivoqué, quise haceros ninfa y os hice diosa. La misma Venus es menos bella que vos.

El monólogo continúa hasta que, ya gracias a su amor, la estatua se anima, baja de su pedestal y comienza a hablar.

Aunque mademoiselle de Raucourt decía sólo algunas palabras, gracias a su esplendorosa belleza y a la majestuosidad de sus movimientos, en el momento en que comenzaba a animarse los aplausos la abrumaron y el telón cayó, justo es decirlo, ante el triunfo de la belleza física. Volvió a levantarse para que los dos grandes actores pudiesen de nuevo gozar de su popularidad. Después de algunos segundos de entusiasmo el telón volvió a caer separando Pigmalion y Galatea de esa sala que todavía temblaba bajo la impresión sensual de la escena que acababa de aplaudir.

Fue en ese mismo instante cuando se abrió la puerta del palco de Barras y, como con temor a hacer sombra a Raucourt, una mujer desconocida, de una belleza incomparable, apareció en la penumbra y avanzó lentamente, tímidamente y como a pesar suyo.

Todos los ojos se dirigieron hacia la recién llegada de la que, en cierto modo, sólo podía adivinarse su rostro celestial perdido entre los pliegues de su gasa. Sus ojos recorrieron toda la sala, se posaron en el patio de butacas donde su mirada, como atraída por una fuerza invencible, se cruzó con la del desconocido.

De repente, los dos lanzaron un grito, el uno corrió hacia la salida de la sala, la otra hacia la del palco y los dos se encontraron en el corredor.

Pero en el mismo instante en que el extranjero llegaba a la escalera, una mujer, que parecía bajar los escalones sin tocarlos, cayó en sus brazos, deslizándose hasta sus rodillas a las que besó con pasión estallando en llanto.

El desconocido la miró dejándola hacer y, con una voz que salía de lo más hondo de su pecho, exclamó:

—¿Quién sois y qué queréis de mí?

—¡Oh, mi bienamado Jacques! —le dijo—, ¿no reconoces a tu Eva?

—Lo que está en el palco de Barras, pertenece a Barras —respondió fríamente el extranjero—. No es mío, ni jamás lo fue.

En ese instante, Barras que se había extrañado de la huida de Eva y la había seguido, apareció en lo alto de la escalera.

—Ciudadano Barras —dijo Jacques Mérey—, esta mujer debe estar loca; invitadla, os lo ruego, a volver al sitio que debe ocupar en vuestro palco.

A estas palabras, con un gemido de dolor, como si un puñal le hubiese atravesado el pecho, Eva sujetó a la fuerza a Jacques y, mirándole con una expresión de la que nadie dudaría, díjole:

—Sabes que si repites esas palabras me mataré con la primera arma que encuentre.

—Muy bien —dijo Jacques—. La sangre purifica. Muerta, quizá vuelvas a ser mi Eva. Levantándose, volvióse hacia Barras, pero sin soltar por ello el brazo de Jacques, que sujetaba con la fuerza de un hombre.

—Ciudadano Barras —dijo—, éste es el hombre que yo amaba, el hombre que me dijiste que había muerto el treinta y uno de mayo y había sido encontrado apuñalado en las landas de Burdeos, medio devorado por las alimañas. Ese hombre está vivo. ¡Aquí está y le quiero! No intentes hacerme volver contigo o te juro que te acuso, que diré de qué artimañas te valiste para tenerme. Y tú, Jacques, por el amor de Dios, llévame contigo, y si muero, que sea bajo tu mirada.

—¿Sois Jacques Mérey? —dijo Barras.

—Sí, ciudadano.

—¡Esta mujer ha dicho la verdad, siempre proclamó su amor por vos y os creía muerto!; yo también lo creía cuando se lo dije.

—¡Qué importa que estuviese vivo o muerto puesto que cree en un Dios que junta a las almas! —respondió Jacques.

—Señor —dijo Barras—, reconozco no tener ningún derecho sobre esta mujer. Su fortuna es suya, la casa que habita ha sido comprada con sus bienes, y... como nunca tuve su corazón, no tendrá necesidad de recuperarlo.

Saludó con un gesto caballeresco y desapareciendo por el corredor entró en su palco.

—¿Lo oíste, no es cierto, Jacques? Ese hombre me dijo que habías muerto y yo también quise morir, pero no pude, ya te contaré. Fui con la carreta hasta la guillotina y la guillotina no quiso saber nada de mí. A pesar mío fui salvada, no quise salir de prisión, fue madame Tallien quien vino a buscarme y me sacó por la fuerza. ¡Si supieses cuántas lágrimas derramé, cuántas noches sin sueño, cuántos gritos lancé para recuperarte de entre los muertos!

Y dejándose deslizar hasta sus rodillas, a las que de nuevo besó, dijo:

—¡Me perdonarías!

Jacques inició un movimiento.

—No —dijo Eva—, no me perdones. No te pido que me perdones. No soy digna de tu perdón. Pero puedes hacerme morir lentamente con tus reproches; si me matase, moriría demasiado de prisa, no expiaría, ¿comprendes? Dime que no me quieres, que no me querrás jamás. ¡Mátame con tus palabras!, he vivido por ti y por ti deseo morir.

—El ciudadano Barras dijo que teníais vuestra propia casa, madame; ¿a dónde debo conducirlos?

—No tengo hotel propio, ni nada mío. Me encontraste sobre un montón de paja, en una miserable choza de campesinos. ¡Devuélveme a la paja de donde me recogiste! ¡Oh, mi pobre *Escipión*, pobre perro mío, si estuvieses aquí, al menos tú no me abandonarías!

Jacques miró a Eva, pero sin que sus ojos fijos y terribles cambiasen su expresión. La joven estaba tendida a sus pies como la Magdalena lo estuvo a los de Jesús.

Pero Jesús, por encima de las pasiones humanas, tenía la bondad de un Dios, mientras que en Jacques se anidaba el invencible orgullo de los hombres.

Había dicho la verdad. Hubiese preferido encontrar muerta a la que tanto había amado antes de encontrarla en las condiciones en que se hallaba. La tierra de su tumba le hubiese parecido dulce al besarla y un escalofrío recorría su cuerpo ante la sola idea de sentir los labios de Eva sobre su rostro o sus manos.

—Estoy esperando —dijo.

Parecía salir de la agonía, su cabeza cayó y sus ojos agonizantes le miraron.

—¿Qué? —dijo—, ¿qué esperáis? No comprendo.

—Espero que me digáis dónde vivís para que pueda llevaros a vuestra casa.

Se incorporó sobre una rodilla y, volviendo de nuevo al dolor y a la vida; dijo:

—¡Te dije que no habitaba en parte alguna, te dije que no quería más que la fosa de los suicidas, con el último de los miserables, o bien quisiera un poco de paja a tus pies para vivir solamente a pan y agua y morir de hambre contemplándote! Aquel perro, aquel perro rabioso que había mordido a tantos hombres, le llevaste contigo, no quisiste que le matasen y le permitiste ser tu amigo, ¿soy para ti menos que ese perro?

Jacques no respondió pero intentó desprenderse de los lazos de Eva.

Ella notó el esfuerzo que él realizaba para alejarla.

—¡Sea! —dijo apartándose de él—. Puesto que sientes tan profundo horror hacia mí, ¡eres libre!, pero no puedes impedir que te siga. ¡Pues bien!, te juro por la paja donde me encontraste y a la que anhelo volver, te juro que, a falta de armas, me tiraré a las ruedas del primer coche que vea pasar.

—Venid —dijo Jacques—, olvidaba, además, que debo entregaros una carta de vuestro padre.

Le tendió el brazo.

Pero, por la forma de hacerlo, Eva se dio cuenta que no era un perdón, sino simplemente un acto de piedad o quizá de deber. ¿Acaso no había dicho que la acompañaba únicamente porque debía entregarle una carta de su padre?

—No —dijo moviendo la cabeza—, no quiero abusar de vuestra bondad, id delante, yo os seguiré.

Jacques Mérey marchó delante, Eva le seguía enjugándose las lágrimas con un pañuelo. Jacques llamó a un coche y señaló a la joven con la mano la puerta abierta. Eva subió.

—Por última vez, ¿no deseáis darme vuestra dirección? —preguntó Jacques.

Lanzando un grito de profundo dolor, Eva hizo un movimiento para precipitarse fuera del coche.

—¡Ah! —dijo—, pensé que habíais terminado con semejante tortura.

Jacques la sostuvo.

—Plaza del Carrusel, hotel Nantes —indicó al cochero.

Subió al fiacre, quien aceleró y rodó en la dirección indicada. Jacques se sentó en el asiento de delante.

Eva se dejó deslizar de los cojines donde estaba sentada y, cayendo sobre sus rodillas, abrazó las de Jacques Mérey.

Siguió en esta humilde postura durante todo el trayecto, bastante corto por cierto, que separa la plaza Louvois de la del Carrusel. Allí el fiacre se paró.

Capítulo sexto

La carta de monsieur de Chazelay

Jacques Mérey era un filósofo, pero en cuestión de amores no hay filosofía.

El corazón del hombre está hecho así. Cuando sufre por la mujer que ama y cuanto más la ame, más grande será su deseo de hacerla sufrir porque en este sufrimiento, que él le impone, encuentra un amargo e inextinguible placer.

Jacques Mérey se hubiese desesperado si Eva le hubiese dado su dirección. Porque, ¿qué hubiese sido de él cuando ya no hubiese podido hundir en su corazón las garras de los celos?

Hubiese pasado la noche deambulando por las calles de París.

Todos a los que había querido estaban muertos y todas las cabezas en las que sus labios se apoyaron, habían caído.

Danton estaba muerto, Camille Desmoulins muerto, y Vergniaud muerto también.

Ya no quedaba ni el padre Sansón, a quien pidió asilo y le había salvado, ni ese buen monárquico que murió de pena al tener que matar al rey.

Jacques Mérey, refugiado en América, al otro lado del océano, había seguido desde allí los acontecimientos que se sucedían en Francia. Vio a Marat asesinado en su bañera; a Danton, Camille Desmoulins, Fabre d'Eglantine, Héroult de Séchelles, ir al cadalso, vio la caída de Robespierre el 9 thermidor; los progresos de la reacción, vio a los diputados proscritos como él volver a sentarse en los bancos de la Convención; y finalmente había visto cómo el 13 vendimiaire se constituía un nuevo gobierno y, sin ninguna seguridad para su persona pero movido por su amor por Eva, había vuelto.

Después de una travesía de cuarenta y nueve días, los fuertes vientos y el mar embravecido que le habían arrojado sobre las arenas de Terra-Nova, aquella misma mañana había llegado a El Havre y se había alojado en el hotel Nantes con la misma naturalidad con la que el conejo se acerca al cazador. Había oído decir que esa misma noche en el teatro «Louvois», se representaba una gala teatral y allí se dirigió con la esperanza de encontrar algún conocido al que pudiese interrogar.

El destino le había servido más allá de sus deseos.

Le hemos visto bajo el aspecto débil y de hombre de corazón duro, sin poder escapar a su mísera condición. Llevaba a Eva a su casa, y ella era feliz, con el pretexto de entregarle la carta de su padre pero, en realidad, para torturarla durante más tiempo. Cuanto más grande era su amor, más grande su necesidad de hacerla sufrir.

Entró en su cuarto, y mientras el muchacho del hotel encendía las velas al tiempo que miraba con extrañeza a la bella criatura, de extrema elegancia, derrumbada sobre el sillón donde se había sentado, fue directamente hacia su «secrétaire», de donde cogió el portafolios en el que guardaba sus más queridos recuerdos.

Se sentó junto a una pequeña mesa de mármol, en la que había un candelabro, y sacó varios papeles del portafolios.

El muchacho había salido y cerrado la puerta.

Su plan de dolor era claro.

Se daba cuenta de que no sólo como amante, sino también como ser humano, su comportamiento era malo, pero una gran fuerza le impulsaba a buscar, en ese corazón hecho girones, una mayor prueba de amor que las lágrimas y los suspiros.

—¿Puedo hablar y me escucharéis? —preguntó con voz firme a fuerza de voluntad.

—¡Oh, sí!, te escucho igual que escucharía al ángel del juicio final —dijo.

—No estoy aquí como vuestro juez, sino únicamente como el mensajero que quiere haceros conocer algunos detalles que os interesan.

—Sé para mí lo que desees ser. Te escucho.

—Inútil deciros que ignoraba dónde os habían llevado aquellos que os arrancaron de mi lado. Conocí al mismo tiempo la emigración y la muerte de vuestro padre, a quien creí reconocer en una noche de combate bajo el fuego de los mosquetes, en el bosque de Argonne. Esperando conocer algo sobre vos en los papeles que vuestro padre dejó, pedí autorización para verlos y, con este fin me trasladé a Mayence. El cuartel general francés estaba en Francfurt. Allí encontré a un ayudante de campo del general Custine; he cometido la ingratitud de olvidar su nombre.

—El ciudadano Andrés Simón —murmuró Eva.

—Sí, eso es.

—Yo sí que me acuerdo —dijo Eva levantando los ojos al cielo.

—Dejó que viese los papeles.

Jacques Mérey se calló un momento, notó que su voz se alteraba.

—Entre estos papeles —continuó—, había una carta vuestra dirigida a mí y que vuestra tía envió a vuestro padre. Hubiese dado cualquier cosa porque supieseis que vuestra camarera os traicionaba. He aquí la carta, os la devuelvo puesto que ya no tiene objeto.

—¡Oh! —dijo Eva cayendo de rodillas—, guárdala, guárdala.

—¿Para qué? —dijo Jacques, abriéndola—. ¿Habéis olvidado lo que dice? —Leyó en voz alta las primeras líneas:

Mi amigo, mi dueño, mi rey, debiera decir mi dios, si no necesitase a Dios para pedirle que me reúna pronto contigo.

—Dios os ha escuchado —dijo Jacques con acento de profunda amargura—, puesto que estamos juntos.

Acercó la carta a la llama de las velas.

Eva se precipitó sobre él arrancándosela de las manos y apagando con ellas una primera llama.

—No —dijo ella—, si la has guardado durante tres años significa que me amabas, que la has leído y releído, que la has besado miles de veces y que la has llevado en tu pecho. No tengo ninguna carta tuya, ésta tomará su lugar. Moriré con ella en mis labios, la pondrán en mi tumba y si Dios me pregunta, le enseñaré esta carta diciéndole: «Mira como le quise.»

Cubriéndola de besos y lágrimas, la escondió en su pecho.

—Continúa —dijo ella—, me matas y ello me hace bien.

Se dejó caer en la alfombra.

—En cuanto a ésta —dijo Jacques, intentando inútilmente esconder la alteración de su voz—, es del marqués de Chazelay; la enviaba a vuestra tía a Bourges cuando supe que estabais allí e iba a buscaros. Puesto que iba a vuestro encuentro, consideré que más valía que cogiese la carta en vez de dejarla debajo de la puerta donde el cartero la había tirado. No os encontré cuando llegué a Mayence, ya os habíais marchado. Tuve noticias vuestras por Andrés, quien os habló de mí.

Un gemido fue la respuesta de Eva.

—Proscrito el treinta y uno de mayo, un rayo de esperanza me iluminó y bendije esta situación que me permitía seguiros a Austria, donde os habíais retirado. Atravesé Francia y gané la frontera sin accidentes; tomé un coche hasta Viena sin pararme ni de noche ni de día: no nos detuvimos hasta llegar a la plaza de Joseph, número once. Os habíais marchado hacía una semana... Fue mi última decepción; mejor dicho, no fue la última —dijo Jacques Mérey.

Apoyó un codo sobre la mesa y la cabeza en sus manos.

—Tomad, señora y leed la carta del marqués de Chazelay aunque solamente sea por respeto a su memoria: debe contener su última voluntad. Está dirigida a vuestra tía y ella ha muerto, a vos pertenece abrirla.

Eva la abrió maquinalmente y, como obedeciendo la orden de un ser superior que le hubiese devuelto momentáneamente sus fuerzas, leyó, aproximándose al círculo luminoso que proyectaba el candelabro.

Mayence, a 1793.

Hermana:

Olvidad mi última carta como si no la hubieseis recibido, y si todavía no os habéis marchado, quedaos.

He sido juzgado y condenado por los republicanos; dentro de doce horas todo habrá terminado para mí.

En este momento solemne, en el que voy a presentarme ante Dios, mis ojos se vuelven hacia vos y hacia mi hija.

A vuestra edad y con vuestros principios religiosos, no sois para mí motivo de inquietud. Os retiraréis de la vida y escaparéis a la proscripción, o subiréis al patíbulo con la cabeza alta, como debe hacerlo una Chazelay.

Pero no será así con mi pobre Héléne; tiene quince años, apenas conoce la vida, no sabrá ni vivir, ni morir.

—¡Oh! —se interrumpió Eva, levantando la cabeza—, os equivocáis, padre mío.

De cara a la nada, no creo poder asumir sobre cosas de este mundo, una vez muerto, una responsabilidad que, vivo, no me hubiese asustado.

Vivo, tenía sobre mi hija una autoridad de dirección que muerto ya no tendré.

Una vez muertos nosotros, nadie la quiere aquí abajo aparte de ese hombre, y ella únicamente le quiere a él.

No es hombre de nuestra casta, pero (como lo habéis oído veinte veces) es honorable y honrado; no es un noble, sino un sabio, y parece ser que en estos días es mejor ser sabio que noble.

Eva levantó los ojos hacia Jacques Mérey, que permaneció impasible.

Además —continuó leyendo Eva—, si alguien tiene casi los mismos derechos que yo sobre ella, es el que la ha cogido, cuando era una masa inerte y abandonada por mí a villanos, y que ha hecho de ella esa criatura bella e inteligente que tenéis ante vuestra mirada.

Eva se calló, había leído los renglones siguientes y se ahogaba. —Bien —dijo Jacques con voz tranquila. Eva hizo un esfuerzo y continuó:

Doy por lo tanto mi consentimiento a su matrimonio, y, con los pies en la sepultura, les envío mi bendición paterna.

Deseo que mi hija, que no tuvo tiempo de quererme en vida, me quiera después de mi muerte.

Vuestro hermano,

Marqués de Chazelay

Eva dejó caer la carta de sus manos y apoyándolas en sus rodillas inclinó la cabeza sobre su pecho como la Magdalena, de Canova.

Sus largos cabellos se habían soltado, formando un velo a su alrededor.

Jacques la miró con esos ojos duros que los hombres tienen para la mujer culpable, y como si considerase que ella no había sufrido lo bastante, le dijo:

—Recoged esa carta, es importante.

—¿Por qué? —preguntó Eva.

—Es el consentimiento a vuestro matrimonio.

—Contigo, mi bien amado —dijo con voz resignada y dulce—, pero no con otro.

—¿Por qué? —preguntó Mérey.

—Porque en ella está tu nombre.

—Puesto que mi nombre se borró de vuestro corazón, también puede borrarse de ese papel.

Eva se levantó tambaleando. Se oyó llegar un coche, apoyándose en los muebles fue hasta la ventana y la abrió.

—Esto es demasiado —murmuró.

Lanzó un ronco grito que hizo volver la cabeza al cochero, quien viendo una ventana abierta y una forma blanca en ella, comprendió que era una mujer la que le llamaba y aguardó.

Eva se volvió.

—Adiós —dijo a Jacques—, adiós para siempre.

—¿Adonde vais? —preguntó Jacques.

—Adonde me enviasteis, a mi casa.

Jacques la dejó pasar.

—¿Me darás la mano por última vez? —dijo ella con acento angustioso.

Jacques se contentó con despedirla.

—Adiós, señora —dijo.

Eva bajó corriendo las escaleras murmurando.

—Espero que Dios sea más piadoso que tú.

¿Oyó Jacques estas palabras? ¿Diéronle qué pensar? ¿Intuyó los planes de Eva? ¿Se consideró lo suficientemente vengado, o, por el contrario, quiso saber dónde encontrarla para prolongar el sufrimiento de la que el día anterior, y sólo por evitarle un suspiro, hubiese dado su vida?

Volvió a la ventana, escondiéndose, para poder verlo todo sin ser visto.

Eva llegó a la puerta del hotel y dio un luis al cochero, que movió la cabeza.

—¿Cómo queréis que os dé las vueltas, mi pequeña dama? —dijo el cochero—; no tengo cambio en plata y en cuanto billetes, no soy lo suficientemente rico.

—Quedaos con todo, amigo mío —dijo Eva.

—Cómo, ¿que me quede con todo? Entonces, ¿no me paga la carrera?

—Sí, claro.

—Pero...

—Quedaos con la diferencia.

—No hay que rechazar el bien que el cielo nos otorga.

Y guardó el luis en su bolsillo.

Eva subió al fiacre, el cochero cerró la puerta tras ella.

—¿A dónde debo conducirlos, mi pequeña dama? —preguntó.

—Al centro del puente de las Tullerías.

—Eso no es una dirección.

—Es la mía. ¡Id!

El cochero subió a su asiento y partió hacia la dirección que le había dado.

Jacques Mérey había visto todo. Se quedó un momento inmóvil y después dudó. De pronto:

—¡Oh, no! —dijo—. Yo también me mataré.

Sin coger su sombrero se lanzó fuera de la casa dejando puertas y ventanas abiertas.

Capítulo séptimo

El inflamiento

Cuando Jacques Mérey llegó a la plaza del Carroussel el fiacre apenas se distinguía bajo los arcos de la orilla del río.

Lo persiguió con toda la rapidez de que era capaz, pero cuando llegó al muelle, el coche rodaba ya sobre el puente. El coche se paró en el centro, Eva bajó y se fue derecha al pretil.

Jacques Mérey calculó que llegaría demasiado tarde para impedir que se tirase al agua. Se dejó deslizar a lo largo del talud y se encontró en la orilla del río.

Una forma blanca apareció encima del pretil.

Jacques Mérey se quitó la chaqueta y la corbata y avanzó cuanto pudo hacia el centro del río, por entre los barcos amarrados a la playa.

De repente oyó un grito, una blanca visión rasgó las sombras, sonó un golpe seco, el río se volvió a cerrar.

Avanzó cortando el agua para encontrarse delante del cuerpo; por desgracia la noche era oscura; se hubiese dicho que por el río corría tinta.

El nadador abrió bien los ojos sin poder ver nada, pero por la agitación del agua, no debía encontrarse lejos de Eva.

Necesitaba respirar.

Subió a la superficie y vio algo blanco girando a tres pasos de él. Respiró profundamente y se sumergió de nuevo.

Esta vez sus manos se trabaron en los vestidos de Eva. La tenía, podía subirla a la superficie, pero lo que había que sacar al aire era su cabeza.

Sus cabellos flotaban, la cogió por ellos y, dando un fuerte impulso, subió con ella, abrió los ojos y vio las estrellas.

Eva, desvanecida y totalmente inerte, ni le ayudaba, ni le entorpecía.

La corriente era rápida y les había arrastrado a los dos a treinta pasos del puente.

Jacques Mérey calculó que, ayudado por la corriente y nadando en diagonal, podría alcanzar la orilla, cuando oyó un grito detrás de él.

—¡Eh, nadador!

Jacques volvió la cabeza y vio que se acercaba una barca. Se sostuvo sosteniendo a Eva en el agua. La barca, arrastrada por la corriente, llegó al alcance de su mano.

Se agarró a ella y tendió a Eva al hombre que la guiaba.

El hombre atrajo a Eva hacia sí, la extendió sobre la barca con la cabeza en alto. Seguidamente ayudó a Jacques Mérey a subir.

Jacques se dio cuenta que no había remos, únicamente la cuchara de madera que sirve para achicar.

Con esta cuchara, utilizándola como timón, había llegado al lugar donde estaban la ahogada y su salvador.

El batelero no era otro sino el cochero, que, viendo lo que ocurría, bajó a la orilla, saltó a una barca, desamarrándola y no encontrando los remos, que habían sido quitados por precaución, se sirvió de la cuchara como timón.

Maniobrando de esta forma, al cabo de uno o dos minutos, se encontraron en la orilla.

Subieron la barca a tierra y los dos hombres transportaron a la desvanecida Eva a lo largo del talud.

Una vez en el puente el cochero fue a recoger su fiacre donde lo había dejado, lo llevó al malecón, junto al arco, levantó por los hombros a Eva, que estaba sostenida por Jacques, y la atrajo hacia él.

Jacques escaló a su vez el talud y, tomando a Eva entre sus brazos, la transportó al coche. Como la primera vez, el cochero preguntó la dirección, Jacques dio la del hotel, y el fiacre partió al galope.

Se detuvo en la puerta. Jacques bajó con Eva y metió la mano en su bolsillo para recompensar al cochero quien, viendo el movimiento, apartó el brazo de Jacques.

—No se moleste —dijo—, la pequeña dama pagó ya la carrera, y por cierto, muy bien pagada. —Y alejóse al trote en dirección a la calle Richelieu.

Jacques llevó rápidamente a Eva y encontró su habitación como la había dejado.

Colocó a Eva sobre una cama y se aseguró de que la respiración y la circulación estaban detenidas; la sangre, no pudiendo ya penetrar en los vasos pulmonares, había afluido a las cavidades derechas del corazón.

Puso a Eva en un plano inclinado y, con el cuchillo rasgó su vestido de arriba abajo, descubrióla el torso inclinándola sobre el lado derecho y bajándole ligeramente la cabeza le abrió la boca con la lámina de su cuchillo.

Temiendo que el agua helada de donde la había sacado la impidiese reaccionar puso a calentar una manta de lana, y mientras ésta se calentaba en la chimenea apoyada en el respaldo de una butaca, desgarró el resto de las ropas que cubrían el cuerpo inerte de la asfixiada. Una vez envuelta en la manta bien caliente, Jacques pasó a medios más activos, es decir, a practicarle la respiración artificial.

Comenzó presionando con la mano sobre el pecho y el abdomen, simulando la respiración.

Sin dar síntomas de vida, Eva comenzó a expulsar parte del agua que había tragado.

Ya era un éxito.

Jacques había preparado su maletín. Si la inmovilidad continuaba y la respiración no se restablecía, estaba decidido a hacer una incisión en el tubo laringo-traqueal, operación por entonces nada conocida, pero que siempre se había prometido poner en práctica en caso de necesidad.

Puso su oído sobre el corazón, asegurándose que continuaban las contracciones; redobló las presiones respiratorias, lo que hizo expulsar a Eva cierta cantidad de agua.

Recurrió a los medios supremos que hasta entonces había dudado en utilizar. Por aquella época, en la que Chaussier no había todavía inventado el tubo laríngeo, se empleaba la insuflación pulmonar, es decir, el boca a boca, medio por el cual se introducía el aire en los pulmones de los ahogados.

Jacques Mérey acercó sus labios a los de Eva, pero no queriendo insuflarle un aire ya viciado, es decir, cargado de ácido carbónico, llenó su boca de aire atmosférico y labios contra labios, apretando las narices para evitar las fugas, insufló por tres veces consecutivas pequeñas cantidades de aire de forma intermitente para devolver la elasticidad a los pulmones.

Un débil movimiento indicó que Eva retornaba y que, insuflándole su aliento, Mérey le había insuflado también la vida.

El tratamiento que el doctor acababa de utilizar, unido a esa suprema prueba de amor que

Eva le había dado queriendo morir porque él la abandonaba, influyó sobre él. La tensión nerviosa bajo cuyo imperio había actuado y que durante tanto tiempo le hizo despiadado comenzó a desaparecer; su contraído corazón que no latía más que en el centro, se dilató poco a poco, se llenó de suspiros y, por decirlo así, se humedeció de lágrimas.

Tomó en su boca una cucharada de agua de melisa y apoyando nuevamente sus labios sobre los de Eva, y en esta ocasión no para insuflarle el aire sino para la dilatación, dejó caer gota a gota el licor astringente, que, encontrando un obstáculo en el esófago, provocó una ligera tos. Esta tos indicaba el retorno a la vida, y al tiempo que aún había algo de agua que expulsar.

Jacques bajó la cabeza de Eva; el agua cayó en la alfombra.

Volvió a sus insuflaciones y no quisiéramos decir que esta vez la ciencia del médico fue sólo el pretexto que dejó paso a los deseos sensuales del amante.

De pronto, Jacques sintió la boca de Eva animarse bajo la suya; hizo un movimiento para apartarse, pero los brazos de la joven le envolvieron y captó las palabras murmuradas por esa boca que ya creía muerta en el mismo momento en que retornaba a la vida:

—¡Dios mío, te doy las gracias por habernos reunido en el Cielo!

Mérey se desasíó rápidamente. No quería tanto. Todavía estaba lejos de perdonarla y a medida que Eva volvía a la vida, él retornaba a su dolor y severidad.

Después de las palabras que había pronunciado, Eva dejó caer su cabeza y ese dulce sopor que envuelve casi siempre a los asfixiados y sobre todo a los asfixiados por agua, la envolvió.

Tocó sus pies, que, todavía fríos, indicaban que la circulación no se había restablecido totalmente.

Llamó y subió una camarera del hotel. Le ordenó que pusiera sábanas en la cama calentándolas suficientemente.

La camarera obedeció. Jacques cogió a Eva, siempre envuelta en la manta, y sentándose delante del fuego la colocó sobre sus rodillas como si fuese un niño.

Notando el dulce calor del fuego que penetraba bajo su manta, Eva abrió los ojos; pero temiendo estar soñando, o bien que Jacques viéndola volver en sí se alejase, los cerró nuevamente sin decir nada, abandonándose a la dulce sensación de sentirse mecida por los brazos del hombre que amaba.

Jacques llevó a Eva a la cama, ya hecha y caliente, dejó caer la manta que la envolvía y extendió ese bello cuerpo apartando los cabellos, que, todavía húmedos, hubiesen podido enfriar sus hombros. Miró un instante esa bella estatua con un escalofrío casi convulsivo y no pudiendo contenerse por más tiempo, ahogándose bajo la acción de la sangre que se precipitaba en su corazón, la tapó rápidamente dejándose caer en una butaca, y, con las manos hundidas en sus cabellos, estalló en sollozos provocados por su dolor y su cólera.

Al oír los sollozos, Eva, que simulaba su sueño únicamente para prolongar la situación en que se encontraba, se levantó suavemente y extendiendo sus bellos brazos hacia Jacques quedó un momento inmóvil, como la estatua de la plegaria, pero no pudiendo contener su falsa insensibilidad por más tiempo ante ese gran dolor, murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Oh, Jacques, Jacques!

A pesar de lo quedas que habían sido pronunciadas estas palabras, el corazón de Jacques, más que su oído, las oyó. Saltó de la butaca, avergonzado por haber sido sorprendido en un momento de debilidad.

Fue solamente entonces cuando Eva se dio cuenta de que estaba sin corbata y sin

chaqueta; las había dejado a la orilla del Sena sin acordarse de recogerlas.

Estuvo tan preocupado en socorrer y salvar a Eva que no había pensado en él y continuaba con las mismas ropas con las que se había hundido en el río. Sus cabellos estaban pegados a sus sienes y su húmeda camisa desprendía vapor en sus hombros y su pecho.

Eva comprendió todo.

—Jacques —dijo—, escúchame, no voy a implorarte más por mí, sino por ti, por ti, cuya vida es mil veces más preciosa que la mía, por ti que eres un apóstol de esa gran religión que es la humanidad y que tantas veces he oído predicar y tan pocas he visto practicar. Jacques, no permanezcas más tiempo mojado, he oído decir que se puede morir de un enfriamiento.

—¿Creéis que sería una gran desgracia para mí, si muriese? —preguntó Jacques.

Eva sacudió la cabeza.

—Desde el momento en que me has salvado la vida no tienes ya derecho en morir o abandonarme, ¿por qué, entonces, me la salvaste? Si querías morir debías haberlo hecho cuando los dos rodábamos en las aguas negras y heladas. Por un instante lo vi todo claro, cuando te sentí la primera vez y adiviné quién eras. ¿Qué otro ser misericordioso se hubiese molestado por una miserable criatura como yo? Entonces, todavía estaba consciente y por un momento quise abrazarte y hundirte conmigo en lo más hondo del río. Pero luego me dije: «Quizá lo que hace lo haga por simple humanidad, quizás él no quiera morir.» En ese momento perdí el conocimiento y todo desapareció. Me sentí morir, lo vi todo negro, o mejor dicho, ya no vi nada. Solamente un dolor obstinado en mi corazón, era un estado dulce; la sensación general era de frío. Me sentía helada y después sentí en mi pecho como golpes de láminas de fuego, saltos en mi corazón y después como una catarata que surgía en mi cerebro, más tarde mi alma se concentró sobre mis labios. Me dije: «¡Oh, todavía me quiere, me besa!» Me equivocaba, no era el beso que se da a la mujer, sino el socorro a la ahogada. Pues bien, he aquí que la ahogada ha vuelto en sí y es ella la que ruega a Jacques que la obedezca. ¡Dios mío!, no hay amor en mis palabras, si fueses un extraño también te suplicaría. Desde el momento en que me salvaste por piedad, desde el instante en que no era un beso lo que me diste, que no vuelvo a la vida unida a ti, desde el momento en el que me dices que morir no sería para ti una gran desgracia, quiere decir que todo acabó entre nosotros, pero ¡Señor!, a cambio de tu amor, que te devuelvo, te ruego que sigas viviendo.

Jacques Mérey no tenía ya ni suspiros ni sollozos, únicamente las lágrimas corrían silenciosamente por sus mejillas.

Llamó. Subió un camarero.

—Haced fuego en la habitación de al lado —dijo—, y llevad allí mis maletas. La señora permanecerá en ésta.

Jacques Mérey salió pero comprendió la mirada suplicante de Eva que le acompañó hasta la puerta.

—Volveré —dijo.

Eva respiró.

Apenas se había cerrado la puerta y Eva se encontró sola, sin salir de la cama, alargó su brazo y cogió el vestido que Jacques, para desvestirla más de prisa, había desgarrado con su cuchillo. Entre el corsé de este vestido Eva había guardado la carta que arrancó de las manos de Jacques cuando éste intentó quemarla.

Temblaba al pensar que con los acontecimientos de la noche la carta hubiese podido

extraviarse.

Buscó ansiosamente en los pliegues del vestido, en los del corsé, en los de la camisola. Lanzó un grito de alegría porque, al fin, sus manos habían rozado un papel.

Ese papel era esa carta bienamada que tantas veces había sido leída y releída por Jacques y la que tantas veces había besado.

Desgraciadamente, mojada por las aguas del Sena, una parte de sus caracteres habían sido borrados.

Era un recuerdo más, un terrible recuerdo que debía unir a los dulces recuerdos que la carta le despertaban.

Capítulo octavo

La separación

Cuando, después de un cuarto de hora de ausencia de la habitación de Eva, Jacques volvió a entrar, no solamente su traje era diferente, sino también su rostro. Su frente, todavía triste, hacía presentir que no durante largo tiempo, sino para siempre, seguiría perdido entre nubes sombrías; pero su fisonomía, durante tantas horas cargada de amenazas y odio, había alejado la tempestad y cobrado el aspecto de una profunda serenidad.

La joven lo miró con expresión inquieta; fue él quien habló primero.

—Eva —dijo (era la primera vez que le llamaba Eva y ella se sobresaltó)—; Eva, vais a enviar una nota a vuestra camarera para que os envíe vuestra lencería y vestidos. Me encargaré de hacer llegar vuestra carta.

Pero Eva sacudió la cabeza.

—No —dijo—, es la segunda vez que me salváis la vida: la primera la de la inteligencia, la segunda, la del cuerpo y entonces como ahora me arrebatasteis desnuda a la muerte. No deseo tener más pasado hoy que hace nueve años; en vos está el vestirme; no será caro; no preciso finas ropas ni vestidos caros.

—¿Pero qué haréis de vuestra casa y de todo lo que hay en ella?

—Jacques, lo venderéis todo y emplearéis el importe de la venta en buenas obras. Recordad, amigo mío, que siempre decíais que cuando fueseis rico construiríais un hospital en Argenton; la ocasión ha llegado, no la dejéis escapar.

Jacques miró a Eva, quien sonreía con la sonrisa de los ángeles.

—Está bien —dijo—, apruebo vuestra idea y desde mañana la pondré en ejecución.

—No os dejaré jamás, Jacques. —Jacques hizo un movimiento. Eva sonrió tristemente.— Jamás una palabra de amor saldrá de mi boca, Jacques, tan cierto como que me habéis salvado la vida, ya lo veis, ya he dejado de tutearos. ¡Oh!, me cuesta mucho —dijo limpiando con las sábanas gruesas lágrimas que caían de sus ojos—, pero me reharé. No solamente es necesario que me arrepienta, sino que expíe.

—No tomemos decisiones eternas, Eva. Son, como sabéis, demasiado difíciles de mantener.

—No os dejaré a menos que me rechacéis, Jacques —repuso Eva—; ¿es mejor así?

Jacques no respondió; apoyó su ardiente frente sobre el cristal de la ventana.

—Aunque os quedéis en París o volváis a Argenton, necesitáis a alguien cerca de vos. Si os desposáis y vuestra esposa quiere tenerme a su lado —añadió con voz alterada—, seré para ella su dama de compañía, su lectora, su doncella.

—Vos, Eva, ¿no sois acaso rica, no os han devuelto los bienes de la familia?

—Os equivocáis, Jacques, no tengo nada. Si me los devolvieron, son para los pobres; yo quiero vivir del pan que me deis; vestirme del dinero que me concedáis; quiero depender de vos, mi dulce maestro, igual que dependía en la pequeña casa de Argenton, sabiendo que dependiendo de vos, Jacques, seréis lo mejor para mí.

—Haremos del castillo de vuestro padre un refugio para los pobres de la región.

—Haced lo que os plazca, Jacques. Lo único que os pido es que llegue a tener una pequeña habitación en la casa de Argenton, me enseñaréis a cuidar de los enfermos, ¿no es cierto?, las pobres mujeres y los niñitos y, si hay alguna enfermedad contagiosa y enfermo, me cuidaréis vos. Quisiera morir en vuestros brazos, Jacques, puesto que estoy

segura de que cuando muera, cuando sepáis que ya no podré regresar, me besaréis y me perdonaréis.

—Eva.

—No hablo de amor, hablo de muerte.

En ese instante dio la hora el reloj de las Tullerías.

Jacques contó las tres.

—¿Recordaréis todo lo que acabáis de decir, Eva? —preguntó Jacques con cierta solemnidad.

—No olvidaré ni una sílaba.

—¿Recordaréis que habéis confesado que hay faltas de las que no basta arrepentirse, sino que deben expiarse?

—Recordaré haberlo dicho.

—¿Recordaréis por fin que practicaréis la caridad aun a riesgo de vuestra vida?

—Por dos veces he rozado la muerte con mi mano. Ya no le tendré miedo.

—Dormid sobre esta triple promesa, Eva, y mañana, cuando despertéis, encontraréis sobre la cama todo cuanto necesitéis.

—Buenas noches, Jacques —murmuró Eva.

Sin responder, Jacques fue a su habitación, donde, una vez cerrada la puerta, contestó con un suspiro, diciendo:

—Es mejor así.

A la mañana siguiente, Eva encontró seis camisas de fina tela sobre una silla al lado de su cama y sobre la cama dos peinadores de muselina blanca.

Jacques había salido al despuntar el día y él mismo había hecho las compras.

Una bolsa conteniendo quinientos francos de oro estaba sobre la mesa de noche.

Durante toda la mañana se sucedieron las compras: costureras, modistas, sombrereras; todas venían de parte de la misma persona, quien las enviaba a elegir entre lo ya escogido por ella.

A las dos de la tarde el guardarropa estaba completo; pero cosa extraña, lo que mayor alegría había producido a Eva fue el dinero, el dinero era signo de independencia. Y Eva quería, a toda costa, pertenecer a Jacques.

A las dos, Jacques apareció con un poder notarial a nombre de mademoiselle Héléne de Chazelay para vender y disponer de todos sus bienes, muebles e inmuebles, desde la casa y los muebles de la calle...

El nombre estaba en blanco. Eva solamente tenía que llenarlo y firmar. Ni siquiera lo leyó, enrojeció al poner la dirección, sonrió al firmar, y devolvió el poder a Jacques.

—¿Qué pensáis hacer con vuestra doncella? —preguntó Jacques.

—Le abonaré su mensualidad, le daré una gratificación y la despediré.

—¿Qué debo entregarle?

—Su sueldo es de ciento cincuenta francos, pero generalmente le doy un luis de oro.

—¿Su nombre?

—Artemisa.

—Está bien.

Jacques salió.

La casa, cuya dirección figuraba en el poder, estaba sita en la calle Provence, número

diecisiete.

El notario ante el cual se había firmado se llamaba Loubou.

Había pagado cuatrocientos mil francos en una época en la que, estando devaluados, los cuatrocientos mil francos valían sesenta mil francos oro.

Jacques fue a la pequeña casa de la calle de Provence. Se dio a conocer a mademoiselle Artemisa, quien ya estaba intranquila al no ver entrar a su señora. Le entregó tres luisas, uno por sus honorarios, dos como gratificación y le anunció su despido.

Una vez solo en la casa, comenzó su inventario.

La primera cosa que encontró en un pequeño «secrétaire» de Boule, fue un largo manuscrito con este título:

Relato de todo lo que he pensado, hecho, de cuanto me ha sucedido desde la separación de mi bienamado Jacques Mérey. Escrito para él por si ya no nos volvemos a ver.

Jacques lanzó un suspiro, enjugó una lágrima al leer estas palabras y puso aparte el manuscrito.

Era, de todas las cosas que la casa contenía y de la misma casa, la única que no debía venderse.

Jacques envió a buscar a un comisario subastador.

En aquel tiempo, en el que el lujo hacía en París su bulliciosa y fastuosa entrada, todos los objetos elegantes, en lugar de desvalorizarse, aumentaban cada día su valor.

El comisario aconsejó a Jacques que enseñase la casa tal y como estaba a alguno de sus fastuosos clientes y que la vendiese en bloque, tal y como estaba.

Por otra parte podía hacer un cálculo exacto y detallado, que le presentaría al día siguiente.

En el mismo instante puso manos a la obra.

Jacques, por su parte, con el manuscrito en su pecho entre el abrigo y el chaleco, escribió a Eva la siguiente carta:

Eva:

Como nada os retiene en París, y esperando que seáis de la misma opinión, considero inútil que esperéis hasta finalizar los negocios que me detienen aquí, podéis partir esta noche en la diligencia de Burdeos y deteneros en Argenton, por donde pasa.

No sé si la vieja Marta vivirá todavía; llamad a la puerta y si vive, os abrirá; si ha muerto y no contestara nadie id a casa de monsieur Sergent, notario, calle del Pavillon, le enseñaréis el párrafo de la carta que a él se refiere y le pediréis la llave de la casa así como una mujer para que os sirva.

Si monsieur Sergent también hubiese muerto o ya no habitase en Argenton, haced llamar a Bautista o a Antonio y, con ayuda de un cerrajero, abrid la puerta.

Una vez dentro, huelgan las recomendaciones.

Como todo cuanto habéis elegido pasa a mi cuenta no tenéis por tanto nada que gastar.

Os quedan los veinte luisas que os dejé esta mañana. Es más que suficiente para llegar a Argenton, donde no tardaré en reunirme con vos.

He encontrado el manuscrito y voy a leerlo.

Jacques Mérey

Jacques llamó a un comisionado. Le dio cien francos y le mandó llevar la carta al hotel de Nantes.

Tomando de nuevo la pluma, escribió a cada uno de sus granjeros.

Mi querido Rivers:

Esperando hacer nuestras cuentas que, según mi criterio y salvo verificación, os convierten en mi deudor de unos sesenta mil francos, enviadme, si podéis, treinta mil, es decir la mitad, a la dirección de monsieur Sergent, notario de Argenton.

Si esta suma os parece demasiado alta y no pudieseis entregarla en este momento, hacédmelo saber. Sabéis que soy para vos más que un amigo, un hombre al que habéis dado hospitalidad cuando era proscrito y al que vuestros hijos, aun a riesgo de sus vidas, condujeron fuera de Francia.

Os queda siempre reconocido

Jacques Mérey

Escribió a sus dos otros granjeros en términos parecidos, salvo en el reconocimiento que debía a Rivers y no a los otros.

Se las había arreglado para poder cobrar una suma de ochenta mil francos que, con el producto de la venta de los muebles y la casa de la calle Provence, debían bastarle para realizar sus proyectos.

Después de haber echado una mirada al conjunto el comisario subastador había estimado la casa en unos sesenta y cinco mil francos y aproximadamente la misma cantidad para lo que contenía, lo que pondría unos doscientos mil francos a su disposición.

El comisario, tal y como lo había dicho, haría un resumen exacto de su inspección a la mañana siguiente.

El comisionado traía una respuesta. No contenía más que estas cuatro palabras:

Me voy. Gracias. Eva.

En efecto, a las cinco, partía de la calle de Bouloy la diligencia de Burdeos; en ella había una excelente plaza de coupé que tomó Eva.

No llevó consigo nada que no procediera de Jacques.

No le quedaba más que el recuerdo incesante y doloroso del pasado que no había podido dejar en el fondo del Sena.

Al día siguiente por la noche llegaron a Argenton. El coche se detuvo en el hotel de la Poste, donde Eva y su equipaje bajaron.

Llamó a un maletero para que le llevase su baúl y se encaminó andando hasta la casa del doctor.

Eran las ocho de la noche; una lluvia fina caía; todas las puertas y contraventanas estaban cerradas.

Abandonando París, tan ruidoso en esa época y tan resplandeciente de luz a esa hora, al llegar a Argenton se hubiese pensado que llegaba a una necrópolis.

El hombre iba delante, el candil en la mano, el baúl a la espalda.

Eva le seguía llorando.

Esa oscuridad, ese silencio, esa tristeza le encogieron el corazón. Le parecía llegar a Argenton bajo un funesto presagio. Hizo lo que cualquier corazón tierno y creyente hubiese hecho: los corazones tiernos y creyentes son siempre supersticiosos.

Se hizo una pregunta sobre su felicidad o desgracia futuras, y dejó que el tiempo se encargara de contestar.

Se dijo:

«Si Marta ha muerto y la casa está vacía, seré para siempre desgraciada; si Marta vive, mis desgracias no serán eternas.»

Y aceleró el paso.

A pesar de que la noche era negra, vio como una masa más negra levantarse en la noche, la casa del doctor con su laboratorio.

El laboratorio estaba oscuro, las contraventanas cerradas, ningún hilo de luz se escapaba por ventana alguna.

Se paró, con una mano en su corazón, y volvió la cabeza atrás.

El maletero, no escuchando su paso detrás de él, se paró también.

—Estáis cansada, señorita —dijo—; éste no es tiempo para detenerse en la calle. Os prevengo, una pleuresía se coge en seguida.

No era la fatiga lo que retenía a Eva, sino la masa de sus recuerdos que la aplastaba. Cuanto más se acercaba, la casa se la imaginaba más triste, sombría y solitaria.

Por fin llegaron a los pocos escalones que conducían a la puerta.

El maletero dejó el baúl en el primer escalón.

—¿Hay que llamar? —preguntó.

Eva recordó que tenía la costumbre de llamar de cierta manera.

—No —dijo—, quedaos aquí, yo misma llamaré.

Al subir la escalera, le temblaban las rodillas. Puso su mano en el llamador y su mano estaba tan fría como él.

Llamó con dos golpes seguidos, el siguiente más espaciado, esperó.

Un buho que tenía su refugio en el granero encima del laboratorio de Jacques, fue el único que respondió.

Llamó por segunda vez; para ver mejor, el maletero alzó su linterna.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Eva.

En este momento el buho, atraído por la luz pasó entre Eva y la linterna.

Eva sintió el roce de su ala. Lanzó un débil grito. El maletero tuvo miedo, dejó caer el candil, que se apagó.

Lo recogió; una luz brillaba a través de una pequeña ventana estrecha y baja.

—Voy a encender mi candil —dijo.

—No, quedaos —dijo Eva poniendo la mano sobre su hombro—; me parece haber oído un ruido dentro de la casa.

En efecto, se había escuchado el ruido de una puerta al cerrarse y el pesado caminar de alguien que bajaba lentamente la escalera.

Estos pasos se aproximaban a la puerta. Eva estaba muda y temblorosa como si de su vida se tratara.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz temblorosa.

—Yo, Marta, yo —respondió Eva con voz alegre.

—¡Ay, Señor, nuestra querida señorita! —exclamó la anciana que había reconocido la voz de Eva después de tres años de ausencia.

Y corrió a abrir la puerta.

—¿Y el doctor? —preguntó.

—Vive —contestó Eva—. Está muy bien, dentro de unos días estará aquí.

—¡Que vuelva! ¡Que le vea de nuevo y ya podré morirme! —dijo la vieja Marta—. Es todo lo que pido a Dios.

Al abandonar la casa de la calle de Provence, Jacques Mérey volvió al hotel de Nantes que encontró vacío.

Lanzó un suspiro.

Quizá se encontrase triste por haber ido tan pronto y sido tan bien obedecido. Hizo venir a una compradora a la que dio todas las ropas que Eva llevaba cuando se arrojó al Sena, incluidas medias y zapatos, ordenándole que diese a cambio diez francos al primer pobre con el que se encontrara.

Volvió a colocar en su cartera la carta del marqués de Chazelay.

Seguidamente se encerró en el cuarto de Eva, donde se hizo servir su cena, desenrolló el manuscrito y empezó a leer.

El título del primer capítulo era: *En Francia*.

Capítulo noveno

El manuscrito

Fue el 14 de agosto de 1792, día de crueles recuerdos, cuando fui separada del lado de mi bienamado Jacques, con el que estaba desde hacía siete años y al que adoraba desde que tuve conciencia de mí misma.

Se lo debo todo. Antes no veía, no entendía, no pensaba; era como esas almas que Jesús ha sacado del limbo, es decir, «de los bajos lugares», para conducir las hacia el sol. Por lo tanto, maldita sea si olvido, aunque sólo sea por un instante, a aquél a quien todo se lo debo.

(Llegado aquí, Jacques lanzó un suspiro, dejó caer la cabeza en su mano y una lágrima se deslizó de sus párpados sobre el manuscrito. La limpió con su pañuelo, se secó los ojos y empezó a leer de nuevo.)

El golpe era tanto mayor por ser inesperado.

Una hora antes de la llegada del marqués de Chazelay —no me atrevo a llamar padre a este hombre al que sólo conozco a través del dolor— no había en el mundo ser más feliz que yo. Una hora después de haberme separado de mi Jacques, no hubo criatura más desgraciada.

Estaba loca de dolor, más que loca, idiota. Se hubiese dicho que Jacques se había quedado con todas las ideas, que con tanto trabajo, durante siete años, había hecho penetrar en mi cerebro.

Me llevaron al castillo de Chazelay.

Del castillo de Chazelay, de sus inmensas salas, de sus muebles espléndidos, de sus retratos de la familia, no me queda más que el recuerdo de un solo cuadro: el retrato de una mujer en traje de baile.

Me lo mostraron diciendo:

—¡He aquí el retrato de tu madre!

—¿Dónde está mi madre? —pregunté.

—Ha muerto.

—¿Cómo?

—Una noche se vestía para acudir a una fiesta, una llama prendió su vestido, corrió de sala en sala, el viento avivó el fuego, cayó asfixiada cuando llegábamos a ella para socorrerla.

En los alrededores se decía que si alguna desgracia ocurría a cualquiera de los habitantes del castillo, se oían gritos y por la noche se veía a través de las ventanas danzar el fuego.

Solamente se hablaba de la castidad de su vida, del bien que había hecho y del reconocimiento que las gentes humildes le tenían.

Fue al mismo tiempo santa y mártir.

En el estado de ánimo en que me hallaba, mi madre se me antojaba como mi solo refugio; era mi intermediario ante el Señor.

Pasaba horas de rodillas ante su retrato y a fuerza de mirarla, creía ver iluminada su aureola.

Cuando me levantaba de estar ante ella era para poner mi rostro a los cristales de una ventana del mismo salón que daba al camino que conducía a Argenton. Esperaba siempre,

aunque comprendía la locura de esta esperanza, esperaba siempre verle llegar para salvarme.

Ordenaron primero que no me dejaran salir; pero cuando monsieur Chazelay vio el estado de estupor en que me hundía cada vez más, ordenó que me fuesen abiertas todas las puertas. Había tantos servidores en el castillo, que cualquiera de ellos podía siempre vigilarme.

Un día, viendo las puertas abiertas, salí maquinalmente; a cien metros del castillo me senté en una piedra y me eché a llorar.

Al poco tiempo vi una sombra proyectada sobre mí; levanté la cabeza: un hombre estaba de pie y me miraba con expresión de piedad.

Le miré con expresión de terror, era el mismo hombre que acompañaba al marqués y al comisario de policía cuando el marqués vino a reclamarme; era el mismo que te había visitado unos días antes, mi amado Jacques, y que tan bella me había encontrado: era el marido de mi ama de cría, Joseph, el leñador.

Este hombre me causó horror; me levanté y quise alejarme.

Pero dijo:

—No debéis odiarme por lo que he hecho, mi querida señorita, puesto que no podía actuar de otro modo. El marqués tenía un documento de mi puño y letra haciendo constar que os había recibido de él y en el que me obligaba a devolveros a él al primer requerimiento. Ha venido y pedido mi testimonio. Se lo he dado.

Había en la voz de este nombre tal acento de veracidad, que volviéndome a sentar le dije:

—Os perdono, Joseph, a pesar de que habéis contribuido a hacerme muy desgraciada.

—No es mi culpa, mi querida señorita, y si de algún modo puedo recompensaros, ordenadme y os obedeceré de todo corazón.

—¿Iríais a Argenton si os lo pidiese?

—Sin duda.

—¿Le entregaréis una carta?

—Seguro.

—Esperad. Pero no tengo pluma, ni tinta, en el castillo no querrán proporcionármelas.

—Voy a procuraros lápiz y papel.

—¿Dónde lo encontraréis?

—En el pueblo próximo.

—Os espero aquí.

Joseph partió.

Desde que había traspasado las puertas del castillo oía ladridos desesperados. Me volví hacia el lado de donde provenían. Era *Escipión*, a quien habían atado a una cadena, que hacía esfuerzos desesperados por reunirse conmigo.

Mi pobre *Escipión*, ¡desde ocho días atrás, comprendes mi bienamado Jacques, lo había olvidado!

¡Hubiese olvidado hasta mi vida, si no hubiese sufrido!

Fue para mí una gran alegría volver a ver a *Escipión*. En cuanto a él estaba loco de felicidad.

Joseph volvió con lápiz y papel, te escribí una carta insensata en el fondo de la cual sólo había estas dos palabras: «Te quiero.»

Mi mensajero partió. Al día siguiente debía verlo a la misma hora y en el mismo sitio.

Temía que no permitiesen llevar a *Escipión* a mi cuarto, pero ni siquiera le prestaron atención.

No me cansaba de hablarle y, loca como estaba, de hablarle de ti. No sé si era tu nombre el que reconocía o el acento con el que lo pronunciaba, pero cada vez que lo oía *lanzaba* un pequeño y tierno grito como si él también dijese: «Le quiero.»

Desde el alba estuve en la ventana; supuse que Joseph habría pasado la noche en tu casa de Argenton y que llegaría por la mañana.

Me equivoqué, regresó aquella misma noche. Cuando salí del castillo vi, en el sitio donde estuve sentada la víspera, un hombre tumbado sobre la hierba y que simulaba dormir.

Me acerqué, era él, pero al primer golpe de vista me di cuenta que las noticias que traía no eran las que yo esperaba.

En efecto, habías partido, mi bienamado Jacques, y sin decir a dónde te dirigías.

Joseph me devolvió mi carta.

La rompí en pequeñísimos trozos que entregué al viento. Me parecía estar rompiendo mi corazón.

Joseph estaba desesperado.

—¿No puedo hacer nada por vos? —me preguntó.

—Sí, podéis hablarme de él.

Empezó a contarme hechos en relación con la forma en que me habías encontrado y cosas desconocidas para mí. Esas especies de milagros operados por ti sobre los animales furiosos; cómo domabas a los caballos, a los toros, cómo habías domado a *Escipión*; me mostró la grieta del muro donde el perro se refugió cuando le forzaste a volver arrastrándose hasta tus pies. De los animales pasó a los hombres y me habló de las maravillosas curas que habías realizado: un niño mordido por una víbora y al que habías salvado chupándole la herida, un cazador que se había mutilado el brazo con su escopeta, cuyo brazo lograste conservar; qué puedo decirte, mi bienamado Jacques, los mismos recuerdos que siempre me parecían nuevos. Un día, sin embargo, la conversación cambió de rumbo.

—Señorita —me dijo Joseph antes de que hubiese tenido tiempo de dirigirle la palabra—, ¿conocéis la noticia?

—¿Cuál?

—El marqués se va, emigra.

Inmediatamente imaginé el cambio que la partida del marqués supondría en mi existencia, la libertad que ello me procuraría.

—¿Estáis seguro? —le pregunté con un movimiento de alegría que no pude ocultar.

—Esta noche se reúne con sus amigos en el castillo; hablarán sobre el modo de poder emigrar, y cuando cada uno de ellos sepa cómo huir, partirán.

—¿Quién os lo ha dicho, Joseph? No me parecéis uno de los consejeros del marqués.

—No. Pero como sabe que tiro limpiamente con el fusil, que puedo matar un conejo a tenazón y una becada en su tercer rizo, quisiera tenerme a su lado.

—¿Os ha hecho alguna propuesta?

—Sí, pero yo soy del pueblo y por lo tanto pertenezco a él. Así es que le dije: «Señor marqués, si nos encontramos allí será el uno frente al otro, y no el uno al lado del otro.»

»"Sé que eres honrado —me dijo—, y que guardarás el secreto de mi marcha." Pero como este secreto no debe serlo para vos y no denunciaréis a vuestro padre, os lo digo para que, por vuestra parte, toméis las medidas oportunas.

—¿Qué medidas queréis que tome? No dispongo de nada, pero disponen de mí; dejaré que la Providencia actúe.

Al día siguiente de esta conversación, mi padre me llamó.

Solamente le había hablado dos veces, mi bienamado, desde que me arrancó de tu lado. Me preguntó si deseaba comer con los demás o en mi cuarto: rápidamente respondí: «En mi cuarto.» Cuando se está alejado del ser amado, estar solo es estar a medias con él. Entré en los aposentos del marqués.

Abordó inmediatamente la cuestión.

—Hija mía —me dijo—, las circunstancias se presentan de tal modo que debo abandonar Francia inmediatamente; además, mi opinión, mi puesto en la sociedad y entre los nobles de Francia, me obligan a ofrecer mi espada a los príncipes. Dentro de ocho días me habré reunido con el duque de Bourbon.

Hice un movimiento.

—No os inquietéis por mí —dijo—; dispongo de medios seguros para abandonar Francia. En cuanto a vos, que no corréis peligro alguno y no tenéis ningún deber que cumplir, permaneceréis en Bourges con vuestra tía: vendrá a recogeros mañana. ¿Deseáis decirme algo?

—Nada, señor, sólo puedo obedeceros.

—Si nuestra permanencia en el extranjero se prolongase, o si corrieseis algún peligro en Francia, os escribiría para que os reunieseis conmigo y fijáramos nuestra residencia fuera de Francia mientras dure su infame revolución que, por otra parte, y así lo espero, no puede durar mucho. Puesto que solamente nos quedan tres o cuatro días para estar juntos, me sería muy grato si quisieseis tomar vuestras comidas al mismo tiempo que nosotros y en nuestra compañía.

Me incliné en señal de asentimiento.

Sin lugar a dudas los jóvenes nobles que se habían reunido la noche anterior en el castillo se habían quedado, puesto que el marqués tenía una docena de invitados.

Me presentó a ellos y pude darme cuenta de cuál era el motivo de estas presentaciones. Tres o cuatro eran elegantes, y bien parecidos. Mi padre deseaba saber si alguno de ellos lograría llamar mi atención.

Mi padre no debió amar jamás cuando semejante idea acudió a su espíritu. Doce días después de haberte dejado a ti, a ti, que eres mi vida, mi alma, a ti, mi amado Jacques, ¡pensar que mis ojos podían posarse sobre otro hombre!

Ni siquiera me enfadó semejante suposición, me encogí de hombros.

Al día siguiente llegó mi tía. No la había visto nunca.

Era alta y seca, devota y casta. Nunca debió ser bonita, por lo tanto nunca debió ser joven. Su padre, al no poder casarla, la convirtió en religiosa.

En 1789 salió del convento y volvió a la sociedad con seis u ocho mil libras de renta que mi padre le pasaba. Pero no quiso abandonar Bourges, su ciudad querida, para venir a habitar el castillo de Chazelay.

Alquiló, por lo tanto, una casa en Bourges.

Algunos años después de mi nacimiento le habían hablado de mi fealdad e idiotez, después nadie se tomó la molestia de volver a hablarle de mí.

Cuando el marqués le dijo que viniese por mí, esperaba encontrarse con cualquier ser inútil que moviese su cabeza a derecha e izquierda, con ojos mongólicos y que expresase sus deseos con palabras ininteligibles.

Hacía una media hora que me encontraba frente a ella, cuando todavía me buscaba. Por fin pidió que le llevasen a su sobrina y cuando le explicaron que era la que tenía ante sus ojos su único movimiento fue de extrañeza.

Pienso que mi digna tía, en reconocimiento a las larguezas que el marqués tuvo con ella, hubiese preferido que fuese más fea y más tonta. Quedamente le dije:

—Es así como me ama, mi buena tía, y aunque ello os disguste, así seguiré.

Nuestra marcha se fijó para el día siguiente y la del marqués para la noche del siguiente. Tenía por estado mayor una parte de la nobleza del Berri y unos cincuenta aldeanos a los que prometió un sueldo de cincuenta céntimos por día.

El día de mi marcha me despedí de Joseph, que me dijo:

—No conozco la dirección de Jacques Mérey, pero como miembro de la Asamblea Nacional, estoy seguro que recibiría vuestras cartas si se las dirigís a la Convención.

Fue el último favor que este hombre excelente me rindió.

Al día siguiente de nuestra partida del castillo de Chazelay, llegamos a Bourges. Realizamos el viaje en un pequeño coche propiedad del marqués tirado por un caballo de sus cuadras; un aldeano lo conducía.

Mademoiselle Chazelay debía reenviar al aldeano y quedarse con el coche y el caballo.

Moría de deseos de poder escribirte, mi bienamado Jacques, pero sin duda el marqués había advertido a su hermana, puesto que no me apartaba ni un momento de sus ojos, haciéndome acostar en su habitación.

Esperaba estar más libre en Bourges y, en efecto, tuve una habitación para mí, que daba a un jardín.

Apenas habíamos llegado, mademoiselle Chazelay se puso a organizar toda la casa. Tenía una vieja sirvienta, llamada Gertrudis que la había seguido al convento, pero que, al verme, dijo que no admitiría una sobrecarga en su trabajo.

Al día siguiente mi tía, por mediación de Gertrudis, pidió a su confesor una doncella. El mismo día envió a una de sus penitentes llamada Julia. La observé, pero no conozco todavía suficientemente el corazón humano, ni siquiera el de las doncellas. Al tercer día creí poder confiarme a ella y le entregué una carta para ti; me aseguró haberla llevado al correo, así como una segunda y una tercera, pero como hasta la fecha no he recibido contestación por tu parte, temo que se las haya entregado a mi tía.

Aparte tu ausencia, amado mío, y la duda que me embargaba, no de tu amor, puesto que siento que me amas todavía, sino de nuestro encuentro, el mes que pasé en Bourges no fue desgraciado. Sin quererme, mi tía tenía ciertas atenciones hacia mí. Había conservado al aldeano, al que había vestido con una especie de casaca y al que había convertido en su cochero. Todos los días, con pretexto de mi salud, y de la suya, nos paseábamos durante dos horas y, el resto del tiempo, salvo la hora de las comidas, estaba libre en mi habitación.

Disfrutaba estando sola.

Desde el instante en que supuse que Julia me había traicionado la detestaba tanto como soy capaz de detestar, lo que por otra parte no es mucho, mas para evitar su desagradable presencia, ya que por otra parte su despido me producía lástima, le prohibí su presencia en mi habitación.

Mi tía estaba suscrita al *Moniteur*. Todos los días yo devoraba el periódico con la esperanza de ver tu nombre. Por dos o tres veces mi deseo se cumplió. Primeramente vi tu nombre entre los diputados de Indre al hacer la relación nominal, después supe que te habían enviado en misión cerca de Dumouriez, que habías actuado como guía en el

bosque de Argonne y que, finalmente, habías entregado a la Convención las banderas tomadas en Valmy.

Pero ocho o diez días después de la batalla de Valmy recibimos una carta del marqués en la que nos anunciaba que los acontecimientos políticos no se desarrollaban según sus deseos y que estuviésemos dispuestas a reunimos con él al primer aviso.

Hicimos los preparativos para el viaje para poder ponernos en camino en cuanto nos llamase.

Le encontraríamos en el asedio de Mayence.

A pesar de que la emigración de los hombres comenzase a hacerse severa, puesto que ello significaba que emigraban únicamente para poder combatir contra Francia, apenas si prestaban atención a las de las mujeres. Además, las autoridades de Bourges, todavía monárquicas, nos proveyeron de todos los documentos necesarios para asegurar nuestro viaje y partimos en nuestro pequeño coche.

Llegamos y pasamos la frontera sin haber corrido ningún peligro real, pero, poco más allá de Sarrelouis, nos tropezamos con prisioneros emigrados, a los que llevaban a una fortaleza o a una ciudadela para fusilarlos.

Llegamos hasta Kaiserslautern.

Allí supimos la toma de Mayence por el general Custine. Como dos mujeres que van a la búsqueda de un hermano y de un padre no corren jamás peligro por parte de un general francés, llegamos hasta Oppenheim. Allí las noticias fueron más precisas e inquietantes.

Durante uno de los últimos combates que habían tenido lugar unos días antes, cierto número de emigrados habían sido hechos prisioneros y, cuando mi tía pronunció el nombre de Chazelay, aquel a quien interrogaba le dijo que, en efecto, creía haber oído ese nombre. Vivos o muertos, los prisioneros habían sido conducidos a Mayence, donde únicamente podían tenerse noticias suyas.

Llegamos a Mayence. Se nos detuvo en las puertas.

Tuvimos que escribir al general Mayence. No le ocultamos nada; le dijimos quiénes éramos y la misión sagrada que hasta allí nos llevaba.

Un cuarto de hora después uno de sus oficiales vino a buscarnos.

—¡Ay, amado mío, las noticias eran terribles! Mi padre, hecho prisionero con las armas en mano había sido condenado y fusilado en veinticuatro horas.

No tenía especiales motivos para adorar a un padre que me había abandonado durante mi infancia y que me había vuelto a llevar a su lado para romperme el corazón. Sin embargo, cuando supe la horrible catástrofe, lo lloré.

Pero un incidente totalmente imprevisto dio tregua a mi dolor. El joven oficial al que el general había asignado para acompañarnos dijo que debía comunicarme algo importante. Con una mirada solicité a mi tía permiso para escucharle. Ella creyó que, al haber mandado el pelotón de ejecución, debía transmitirme algún mensaje de parte del marqués. Le seguí a un gabinete mientras mi tía, para hacerle constar el fallecimiento, escuchaba la notificación de la ejecución.

Pero, cosa increíble, ¿de quién piensas que me habló el desconocido? De ti, mi bienamado Jacques. Habías venido dos días antes a Mayence para saber, si entre los papeles de mi padre, había alguno que hablase de nuestro paradero. Además de saber que estábamos en Bourges encontraste una carta mía, dirigida a ti, que mi tía había interceptado y enviado a su hermano. ¡Mi bienamado Jacques! Fue él quien me dijo con cuánta alegría la habías leído, cómo habías pedido una copia y cómo, una vez hecha, habías cogido la carta, la habías besado y colocado junto a tu corazón.

¡Dios mío, pensar que la voz de la sangre, por sí misma sea tan poca cosa! ¡Que esas palabras dichas de pronto referidas a aquel que creíamos un extraño —«tu padre»— representen tan poco, porque frente a su tumba apenas sellada tu nombre quedamente pronunciado me hacía olvidarlo todo! ¡Tan poco, que sólo pensé en ti! ¡Porque tú eres mi verdadero padre! Salvo la vida material, a ti te debo todo. Soy tu hijo, tu obra, tu creación y con ello, Dios en su suprema bondad, hizo que pudiese ser otra cosa.

¡Qué cierto es que el amor es todo cuanto me dijiste, la creación entera, el fluido obstinado que perpetúa la vida y que, de pequeñas partículas de nuestra vida, crea la eternidad de los seres! Soñamos a Dios, sentimos el amor. ¿Pero no será el amor el único y verdadero Dios?

Escondía mi felicidad bajo mi velo. ¿Qué hubiese pensado la rígida religiosa viendo mis falsas lágrimas y mi verdadera sonrisa?

Mi esperanza renació. Desde que nos habíamos separado, era la primera vez que oía algo sobre ti. El hilo de mi vida, casi roto, volvía a anudarse, más ardiente que nunca, al amor y a la felicidad.

Y tú, mi bienamado, ¿qué hacías? Correr tras una nueva decepción. Te veía tomando la posta con la esperanza de encontrarme en Bourges, inclinándote hacia adelante, acuciando al cochero y llegar a nuestra sombría calle, a nuestra triste casa para encontrarla cerrada y conocer mi marcha.

Pero, ¡no importa!, me decía egoístamente. Todas esas decepciones harían revivir tu amor al igual que la que acababa de recibir había galvanizado el mío.

El resto del día estuvo dedicado a visitar la tumba del marqués. Allí, volví a llorar. El general nos permitió colocar una piedra con su nombre sobre la tumba que le cubría. Mademoiselle de Chazelay se obstinaba en inscribir: «Muerto por su rey», pero el general le hizo comprender que semejante inscripción haría saltar la piedra

en pedazos por los soldados de la República antes de las veinticuatro horas.

Partimos de Mayence esa misma noche y fuimos camino de Viena, donde mademoiselle Chazelay quería fijar su residencia. Tenía con ella una docena de miles de francos oro. Era toda nuestra fortuna y no podíamos contar con otra cosa.

Era evidente que la República heredaba algunos bienes del marqués de Chazelay, emigrado y preso con las armas en la mano y fusilado.

Marchamos hacia Viena pero dejamos de viajar por la posta. Tomamos una diligencia y rogaba por que dejasen viajar al pobre *Escipión* con nosotras.

Escipión era la enciclopedia de mi vida pasada.

Llegamos a Viena y nos instalamos primeramente en el mejor barrio de la ciudad, en el «Cordero de Oro».

Mi tía confió al dueño del hotel que deseaba instalarse en un barrio tranquilo y retirado y alquilar allí alguna casa. Tres días después una vieja dama nos recogía en coche y nos conducía a la plaza del Emperador Joseph, donde disponía de una casa amueblada.

La casita nos convenía desde todos los puntos de vista. El propietario pedía cien luises por año. Mi tía, tras largas discusiones, consiguió obtenerla por dos mil francos y renovar el alquiler año tras año, a medida de sus deseos.

Al finalizar el año podía resolver el contrato, pero una vez empezado el año debía pagarlo por entero.

Nos instalamos en la plaza de Joseph.

Una vez instaladas y puesto que ya no tenía doncella que me espiase —mi tía había juzgado que podíamos valemnos solas y que por lo tanto este gasto era inútil— te escribí

una larga carta que yo misma llevé al correo.

Ni ésta, ni otras tres que te envié, obtuvieron respuesta.

Me desesperaba. ¿Me habías olvidado? Me parecía imposible.

Desgraciadamente fue más tarde cuando reflexioné.

Había una doble razón para que mis pobres cartas no te llegasen.

No sabía tu dirección y mis cartas iban dirigidas a:

«Monsieur Jacques Mérey, diputado del departamento de Indre en la Convención.»

Ignoraba la desconfianza del gobierno austríaco. Mis cartas eran abiertas y leídas.....

El encargado de ese triste oficio de leer las cartas no juzgaba necesario volver a cerrarlas y hacerlas seguir su curso.

¡Para un indiferente son tan poco importantes las cartas de amor!

Hubiese dado la mitad de mi sangre por una sola carta tuya.

Y, aun suponiendo que mis cartas hubiesen vuelto al correo, ¿la policía francesa hubiese hecho llegar al «monsieur» Jacques Mérey, diputado de la Convención, cartas procedentes de Viena?

Este calificativo de «monsieur», completamente abolido en París, olía a aristocracia desde una legua.

Me sentí muy desgraciada cuando, las observaciones que hago ahora, me fueron hechas por un viejo sabio, vecino nuestro, cuya mujer y mi tía jugaban de cuando en cuando al *whist*.

Te gustará saber una cosa, querido Jacques, y es que a este viejo sabio le gustaba charlar conmigo, porque decía que yo también lo era.

¡Yo sabía! La primera cosa que hubiese debido saber para que mis cartas llegasen a su destino era escribir «ciudadano» en lugar de «monsieur» Mérey.

Una vez hallada la razón de tu silencio, mi amado Jacques, en lugar de odiarte te amaba cada vez más. Pero quererte no era todo, quería que tú también me amases.

Una vez aclarada la causa de tu silencio y sabiendo que me amabas, el resto no tenía importancia. ¿No era tu amor lo más importante para mí?

La vida que mi tía y yo llevábamos en Viena, era muy parecida a la que llevábamos en Bourges.

Habíamos tomado una mujer para que nos sirviese, era una vieja francesa cuyo marido, al servicio de un agregado de embajada, había muerto en Viena.

Mientras la embajada francesa estuvo en Viena, el antiguo amo del marido de Teresa había ayudado a la viuda, pero desde la guerra con Austria el embajador se había marchado y Teresa servía a sus compatriotas emigrados.

Desde la muerte de mi padre, mi tía había caído en una especie de sopor y no se ocupaba, o parecía no preocuparse, por nuestros amores.

Era libre, tenía mi propia habitación, podía permanecer en ella cuanto quisiera y disponía de todo el tiempo para escribirte.

Durante el primer mes te escribí todas las semanas, pero mi tristeza era inmensa porque aunque te conjurase, en nombre de nuestras más dulces horas de amor, para que me escribieses, no contestabas a mis cartas. No podía nacerme a la idea de que mis cartas eran interceptadas puesto que, por dos o tres veces, yo misma las llevé al correo.

Hacia el tercer mes de nuestra estancia en Viena tuve una enorme pena. Mi pobre *Escipión* se moría de viejo.

Era, junto contigo, el solo ser que me había amado. Pero él, que te había dejado voluntariamente para seguirme cuando el marqués me separó de tu lado, él, que me había seguido en el exilio, ¿no me amaba quizá más que tú, cuyo incomprensible silencio acusaba olvido?

Si tu silencio provenía de tu amor propio herido, lo hubiese comprendido mientras el marqués vivía, pero, una vez muerto, no tenías ningún motivo para no escribirme. Además, ¿no me había dicho el ordenanza del general Custine que todavía me querías? ¿No había llorado yo de alegría al saber la tuya cuando leíste mi carta? Me dije que sin duda cierta parte de mi cerebro no estaba lo suficientemente desarrollada por ti, te había faltado tiempo para acabar tu creación, y en esta parte incompleta me perdía totalmente.

Escipión no se apartaba ni un solo momento de mí; se hubiese dicho que su cariño hacia mí le presagiaba su muerte próxima.

Y yo, al ver su debilidad cada día mayor, le miraba tristemente. *Uscipión* era el catálogo de mi vida. Antes que nadie me amase, me amaba; cuando yo sólo era una masa inerte, me daba calor; cuando yo era impotente para sentir moralmente, le sentía físicamente. Fue, cuando recobré la vista, el primer ser que vi y del que aprecié los movimientos. Fue mi primer medio de locomoción. Se mezcla con todos tus recuerdos y fue en cierto modo a través de él como llegué hasta ti. Desde que nos separamos sólo le tuve a él para hablarle de ti; y hoy, cuando su muerte se acerca y su mirada apenas me intuye, si le pregunto dónde se halla nuestro amado amo, comprende cuál es mi pregunta y parece que con dulces gemidos me responde: «Como tú, no sé dónde está, pero al igual que tú, yo también le lloro.»

Los periódicos franceses están prohibidos aquí, pero como gracias a ti el alemán es mi segunda lengua, leo los alemanes. He visto tu voto en el proceso de ese desgraciado rey del que no nos ocupamos nunca y del que apenas si hablamos dos o tres veces y cuya existencia ignoraba casi absolutamente. Cuando en nombre de la patria fueron a buscarte para que luchases contra su ya muerto poder, tú, corazón misericordioso, te has expuesto a las murmuraciones y quizás a la venganza de toda la Asamblea para ser fiel —no a tu fe, porque sé lo que piensas—, sino a la humanidad.

No tienes idea de cómo nos ilusionamos aquí. Todos los emigrados pasan por aquí y a pesar de su gran número vemos cómo algunos hablan de su retorno a Francia como de un hecho inminente y seguro. Según ellos, la muerte del rey, en lugar de empeorar las cosas, las vuelve más factibles. Si la cabeza del rey cae, dicen, toda Europa se levantará. A pesar de mi gran deseo de volver a Francia, puesto que ello significaría acercarme a ti, no quisiera que fuese a ese precio, puesto que me parece una impiedad esperar semejante cosa.

Creo inútil decirte que mi tía es de las que esperan entrar en Francia a semejante precio.

Mi bienamado Jacques, si no fuese porque estoy tan triste, me reiría de la extrañeza de mi tía ante las sucesivas e inesperadas pruebas de la educación que me has dado.

Cuando llegamos a Alemania su gran preocupación era saber cómo podría hacerse comprender cuando, de repente, me oyó hablar en alemán con los postillones y posaderos. Primera sorpresa.

Hace unos ocho o diez días visitamos los invernaderos de palacio, por cierto de una gran belleza. El jardinero es también francés y viendo en mí a una compatriota, quiso hacerme personalmente los honores de su reino.

Tras unas primeras palabras vio en seguida que la botánica no me era extraña. Me hizo visitar entonces sus orquídeas más raras; había algunas magníficas, cuyas flores imitaban

insectos, mariposas, cascos; viendo mi interés por los misterios de la naturaleza, me mostró su colección de híbridos.

Pero este hombre excelente no conocía más que los híbridos naturales, fruto y resultado de un accidente cualquiera de la naturaleza. No conocía el modo de crearlos artificialmente quitando la etamina de la flor antes de su fecundación y rociando sobre el pistilo el polen de otra especie.

Se quejaba también de que sus híbridos, a pesar de su fecundidad retornasen espontáneamente al tallo materno, es decir, al «atavismo». Le indiqué el modo de combatir este retorno por doble aspersión en las generaciones subsiguientes del polen materno.

El jardinero estaba tan maravillado que me escuchaba como si el propio Koelreuter en persona le estuviese hablando. En cuanto a mi tía, puedes comprender, mi bienamado Jacques, que después de llegar a la edad de sesenta y nueve años sin saber distinguir una anémona de un tubérculo, estaba como estupefacta.

Pero ayer fue todavía peor cuando, a propósito de mi pobre *Escipión*, que morirá mañana, entablé con el confesor de mi tía, un pobre cura francés, que no llegó a hacer los votos, una discusión sobre el alma de los hombres y la de los animales y le expuse que era el orgullo humano el que había convertido en alma la inteligencia humana, mucho más perfeccionada gracias a la mayor cantidad de materia cerebral contenida en el cráneo humano que en el de los animales, y que, personalmente, atribuía a cada animal un alma en armonía con su inteligencia. Inútilmente intentaba hacerle comprender que la naturaleza no era otra cosa, en su eterno palpar, que esta cadena general de los seres, que la savia de las plantas era la sangre en el hombre y que la más insignificante planta, a un nivel inferior, tenía su vida sensitiva a niveles cada vez mayores, igual que el molusco, el insecto, el reptil, como el pez, el mamífero y finalmente el hombre. El cura me acusó de panteísmo y mi tía, ignorando lo que es el panteísmo, me acusó de atea.

¿Cómo es posible, mi querido maestro, mi bienamado Jacques, que sea precisamente a nosotros que vemos a Dios en todas las cosas de los mundos que giran alrededor nuestro, en el aire que respiramos, en el océano que no puede abarcar la mirada, en la planta que se pliega al viento, en la flor que se abre al sol, en la gota de rocío que mueve la aurora, en lo infinitamente pequeño, en lo visible y en lo invisible, en el tiempo y en la eternidad, cómo es posible que sea precisamente a nosotros a los que acusen de ateos, es decir, de no creer en Dios?

Nuestro pobre *Escipión* ha muerto esta mañana. Ya conocerá en este momento, como nosotros lo conoceremos un día, el gran secreto que no revela la tumba, desde el momento en que no contestó a la sublime interrogación de Shakespeare.

Cuando esta mañana no le vi entrar, al abrir la puerta de mi habitación, supuse que había muerto o que se encontraba demasiado enfermo para venir a buscarme.

Fui a su caseta.

Vivía todavía, pero estaba demasiado débil para andar. Su mirada estaba fija en la puerta, por la que esperaba verme aparecer.

Al verme, su mirada se animó. Dejó escuchar un pequeño grito de alegría, movió su rabo y salió a medias de la caseta.

Cogí un taburete y me senté cerca de él, viendo cómo se esforzaba, le cogí la cabeza y la puse sobre mi pie. Era lo que quería.

Una vez así, sus ojos fijos sobre mí, de vez en cuando volvía su mirada para perderla en el infinito, como si te buscase, pero inmediatamente se volvía hacia mí, no ocupándose más que de morir.

En realidad, aquel que otorga un alma al asesino sin piedad que estrangula por cuarenta ochavos a mujeres y niños a la puerta de una prisión y la niega a este noble animal que, como el pescador privilegiado de las Escrituras, se arrepiente de haber hecho mal, y consagra el resto de su vida al bien y al amor, ése, no solamente me parece fuera de razón, sino de inteligencia.

Mi bienamado Jacques, el día que leas estas líneas, si llegas a leerlas, y vuelvas a estas fechas, 23 de enero de 1793, probablemente me consideres muy infantil por estar absorta en la contemplación de un perro que muere en el preciso instante en el que tú te encuentras frente al patíbulo de un rey, en medio de los escombros de un trono que se hunde. Pero todo es relativo. El amor que se tiene a su rey, es decir, a un desconocido al que nunca se ha visto, a quien nunca se ha hablado, es una convención social, una razón de educación, mientras que la amistad que siento por el pobre animal que agoniza ante mis ojos pensando en mí, en la capacidad que su inteligencia le permite, es un sentimiento casi de igual a igual, y ello suponiendo que *Escipión* no haya sido en determinados momentos superior a mí.

En cuanto a este trono que se hunde, cae minado por ocho siglos de despotismo, bajo la palabra de los grandes filósofos y espíritus sublimes de nuestro tiempo, y sus escombros, símbolos de odio y venganza, intentan, rodando hacia el abismo, arrastrar con ellos todo, la lealtad y el patriotismo que todavía queda en nuestra época. Nuestro pobre *Escipión* acaba de morir.

Un último estremecimiento de agonía ha recorrido su cuerpo, sus ojos se han cerrado, ha lanzado un débil gemido y todo ha terminado para él.

¡Oh, muerte, oh eternidad! ¿No eres la misma para todos los seres, o por lo menos para todos aquellos que han amado?

Escipión ha sido enterado en el jardín y sobre la piedra que lo cubre he grabado esta sola palabra: *FIDELIS*.

A pesar suyo Jacques Mérey dejó la lectura. Ese hombre, que con ojos secos, había visto tantos acontecimientos, notó cómo el llanto oscurecía su mirada. Una lágrima de Eva había dejado su huella sobre el manuscrito; una lágrima de Jacques cayó a su lado. Miró tristemente la cama donde se había acostado, la silla sobre la que se había sentado, la mesa en la que había comido, dio varios paseos por la habitación, volvió a tomar el manuscrito y empezó a leer de nuevo.

Había una gran laguna entre el final de su lectura y el lugar donde comenzaba de nuevo. La fecha señalaba el 26 de mayo de 1793.

Mañana por la noche salgo para Francia. Es el primer uso que hago de mi libertad. No creo correr peligro alguno, y si lo corro, lucharé alegremente pensando que es por ti por quien lucho.

Mi pobre tía murió ayer de una apoplejía. Estaba jugando al *whist* con dos ancianas damas y su director espiritual. Era su turno, tenía las cartas, pero no jugaba.

—Jugad —le dijo su compañera.

Pero en vez de jugar, lanzó un suspiro y cayó sobre la butaca.

Estaba muerta.

¡Qué felicidad, a más tardar el 4 de junio estaré entre tus brazos, puesto que no puedo creer que me hayas olvidado!

Quizá te extrañe que no tenga ni una palabra de sentimiento por la pobre mujer que conduciremos mañana a su último alojamiento, cuando llené seis páginas explicándote la muerte y agonía de mi pobre perro; pero, qué quieres, soy una criatura de la naturaleza y

solamente lloro por aquello que siento y, realmente, no puedo sentir la muerte de un pariente al que sólo he conocido como mi carcelero.

He aquí el epitafio que le he compuesto. Espero que, si pudiese leerlo, su orgullo heráldico quedaría satisfecho.

AQUÍ YACE LA MUY ALTA Y DISTINGUIDA
 MADEMOISELLE CLAUDE-LORRAINE-ANASTASIE-
 LOUISE-ADELAIDE DE CHAZELAY
 EN VIDA RELIGIOSA Y SUPERIORA DE LAS MADRES AGUSTINAS DE BOURGES
 EL VIENTO DE LAS REVOLUCIONES LA LLEVO
 A TIERRAS EXTRANJERAS DONDE MURIÓ
 EL XXV DE MAYO 1793
 ROGAD A DIOS POR SU ALMA

¡Adiós, mi bienamado, la próxima vez que te diga «te quiero» será de viva voz!

—¡Oh, desgraciada criatura! —exclamó Jacques Mérey dejando caer el manuscrito—, llegaría a París al día siguiente en que yo lo abandoné.

Pero como su interés aumentaba lo recogió con un suspiro y púsose ávidamente a leer.

Decididamente fui maldita antes de mi nacimiento, y la maldición que por un momento alejaste, vuelve sobre mí con mayor fuerza.

Llego a París. Me hospedo en el mismo hotel de la diligencia. Dejo mis maletas en mi habitación. Corro a la Convención y me precipito en una de sus tribunas, te busco con la mirada entre los diputados, no te encuentro, pregunto dónde están los girondinos. Me señalan unos bancos vacíos.

—Aquí estaban —me dijeron.

—¿Estaban?...

—¡Arrestados! ¡Presos! ¡Fugitivos!

Bajo con intención de preguntar a algún diputado cuya fisonomía me inspire confianza. Me cruzo con un representante en el corredor, en el mismo instante una voz llama:

—¡Camille!

Se vuelve.

—Ciudadano —le digo—, acaban de llamaros Camille.

—Sí, ciudadana, es mi nombre de pila.

—¿Seréis por casualidad el ciudadano Camille Desmoulins?

—Estaría encantado si pudiese seros útil.

—¿Conocisteis al representante Jacques Mérey? —le pregunté vivamente.

—Aunque fuese de un partido opuesto al mío, éramos amigos.

—¿Podéis decirme dónde se halla?

—¿Sabéis si está arrestado o en fuga?

—Hace diez minutos ni siquiera sabía que era proscrito. Llego de Viena. Soy su prometida. Le amo.

—¡Mi pobre niña! ¿Habéis estado en su casa?

—Nos separamos hace ocho meses durante los cuales no hemos tenido noticias el uno del otro. No sé dónde vivía.

—Yo lo sé. ¿Querréis darme vuestro brazo? Iremos a su hotel, quizás el propietario pueda darnos alguna información; al menos podrá decirnos si fue arrestado en su casa.

—¡Me salváis la vida! Vayamos.

Tomé el brazo de Camille, atravesamos la plaza del Carrusel y entramos en el hotel de Nantes.

Camille Desmoulins se dio a conocer, preguntamos por el propietario, nos introdujeron en un pequeño gabinete, cuya puerta el propietario cerró con cuidado.

—Ciudadano —dijo Camille—, hospedabas aquí a un diputado amigo mío y prometido de la ciudadana.

—El ciudadano Jacques Mérey —dije prontamente.

—Sí, estaba en el entresuelo, pero desde el 2 de junio ha desaparecido.

—Escucha —dijo Desmoulins—, no somos de la policía, ni de la Comuna, ni partidarios del ciudadano Marat, por lo tanto puedes tener confianza en nosotros.

—Lo haría con gusto, pero ignoro qué ha sido del ciudadano Mérey. La noche del 2 de junio un gendarme vino a arrestarlo, viendo que no estaba se quedó en su habitación esperándole durante todo el día de anteayer; cuando se dio cuenta de que era una espera inútil, se marchó.

—¿Desde cuándo no habéis vuelto a ver a Jacques Mérey?

—Desde el día 2 por la mañana. Salió, como de costumbre, para dirigirse a la Convención nacional.

—Le vi sentado en su banco hasta las cuatro —dijo Camille.

—¿No fue a vuestra casa? —preguntó Eva.

—No he vuelto a verle.

—De creeros —dijo Eva—, deberíamos pensar que marchó sin pagarnos, y ello es poco probable.

—El ciudadano Jacques Mérey pagaba todos los días el importe del alojamiento con un día de anticipación, previendo precisamente el momento en el que tuviese que huir sin perder ni un minuto.

—Un hombre que toma semejantes precauciones —dijo Camille—, no las toma para dejarse arrestar. Seguramente se ha dirigido hacia Caen con los demás proscritos.

—¿Con qué amigos de la Gironda estaba especialmente ligado?

—Con Vergniaud —dijo el dueño del hotel—. Es quien venía a visitarle más a menudo.

—Vergniaud debe haber sido arrestado —dijo Camille—. Es demasiado perezoso para haber intentado una fuga.

—¿Cómo podríamos asegurarnos de si está o no arrestado?

—Es muy fácil —dijo Camille.

—¿Cómo

—Julie Candeille debe saberlo.

—¿Quién es Julie Candeille?

—Es una encantadora actriz del Teatro de Francia que hizo *La bella granjera* con Vergniaud.

—Pero seguramente mademoiselle Julie Candeille temerá comprometerse.

—¡Hija mía!, se dejaría matar por él.

—Pero, ¿comprometería a Vergniaud?

—Únicamente le preguntaré: ¿está o no arrestado? Ella contestará «sí» o «no». No veo en qué puede comprometerle.

—Vayamos a casa de mademoiselle Candeille.

El propietario del hotel llamó a un fiacre, subimos y Camille le dio la dirección de la actriz. Cinco minutos después llegábamos ante el número doce de la calle Bourbon-Villeneuve.

—¿Subís conmigo —preguntó Camille—, o preferís esperarme aquí? Por muy rápido que sea, el tiempo os parecerá largo.

—Subo con vos. ¿Pero no le inquietará mi presencia?

—Me esperaréis en la antecámara —dijo Camille—. Si tardo demasiado, cometeréis la inconveniencia de entrar.

Subimos por una elegante escalera. Camille llamó. La doncella abrió.

—¡Oh! —exclamó, antes de que Camille le hubiese dirigido la palabra—. La señorita ha prohibido que la llamen; ya ha avisado al teatro diciendo que no actuará más. La señorita no puede recibir.

—Mi bella Marton —dijo Camille sin preocuparse por la respuesta—, decid simplemente a la señorita Candeille: «El ciudadano Camille.»

La doncella entró y casi inmediatamente se oyeron estas palabras:

—¡Oh!, si es Camille, que pase, que pase.

Camille me hizo una seña y pasó a las habitaciones de mademoiselle Candeille. Cinco minutos más tarde me llamaron.

Estaba en la cama, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Pero como la coquetería conserva siempre sus derechos sobre la mujer, llevaba un *négligé* encantador.

En ningún momento las facilidades y ventajas para el llanto tuvieron mejor encuentro.

—Señorita —me dijo la bella actriz—, veo que padecemos los mismos temores y que el sufrimiento nos hace como hermanas; aunque soy muy desgraciada, si pudiese servir de ayuda, calmaría en algo mis penas.

Con un gesto me indicó que me sentase sobre la cama.

Así lo hice y me cogió las dos manos.

—Y ahora, hablad —me dijo.

—Desgraciadamente sólo tengo una cosa que preguntaros. Parece ser que el hombre que amo tenía amistad con el que amáis. ¿Han sido arrestados juntos, han huido juntos, dándome noticias de uno, podréis dárme las del otro? El hombre que amo se llama Jacques Mérey.

—Lo conozco, señora, me fue presentado por Vergniaud como uno de los hombres más distinguidos del partido. El 1.º de junio, es decir, hace cuatro días, asistió a la última asamblea en la que los girondinos decidieron retirarse a provincias y levantar los departamentos.

—¿Creéis que Jacques haya adoptado esa decisión? En ese caso estoy casi segura de que podría encontrarle.

—No lo creo, puesto que no era del mismo parecer. Declaró que no se creía con derechos de ser en el exterior un aliado de Austria, y en el interior de la Vendée. Vergniaud era de la misma opinión.

—¿Y desde entonces no habéis tenido más noticias?

—Ninguna. De un momento a otro espero saber que Vergniaud ha sido arrestado.

Mademoiselle Candeille llevó a sus ojos, de donde corrían verdaderas lágrimas, un pañuelo de batista bordado y perfumado.

—Por lo que aquí se ha dicho y por lo que veo —dijo Camille Desmoulins—, deduzco que lo más conveniente sería que la señorita —me señaló con la mirada— se alojase en algún sitio retirado, lejos de miradas indiscretas. Como hija de un emigrante y prometida de un girondino su presencia en París no está exenta de peligro y el tribunal revolucionario termina pronto con aquellos de los que sospecha, y más aún, de los que no sospecha. Mientras ella permanece en su casa, me encargaré de obtener información y Lucille o yo le llevaríamos las noticias.

Miré a mademoiselle Candeille interrogándola con la mirada.

—Creo que, en efecto es lo más razonable —dijo—. Si veo a Vergniaud, lo que dudo, no porque ignore su paradero, sino porque la policía debe tener sus ojos fijos sobre mí y ello me hace ser discreta, si logro verle, le preguntaré y si algo sé os lo comunicaré inmeditamente, mi querido Camille. Contad conmigo en la medida de mis posibilidades, mi joven y bella amiga —continuó, volviéndose hacia mí—. Por haber nacido de las lágrimas, espero que nuestra amistad sea más duradera.

Abrazándome por última vez se dejó caer sobre su almohada con un gesto lleno de gracia.

—¿Qué decidís? —preguntó Camille ya en el fiacre.

—Seguiré vuestro consejo —le respondí.

—Bien, no perdamos tiempo y pongámoslo en práctica. En la calle de Gres conozco un pequeño apartamento que os irá de maravilla. Tomad vuestro equipaje de la diligencia y vayamos a verlo.

—¿Y si no me conviene?

—Buscaremos otro y hasta que no lo hayamos encontrado no dejaremos el coche. Gracias a Dios las casas de alquiler no son precisamente lo que escasea en París.

El apartamento de la calle Gres era perfecto: dos pequeñas habitaciones y un gabinete, todo muy limpio, que daban a un patio. Me instalé inmediatamente.

Lucille vino a visitarme dos horas después para ponerse a mi disposición.

El único favor que le pedí fue que me encontrase una doncella en la que pudiese tener confianza. Ésa misma noche me envió a una aldeana de Arcis-sur-Aube, cuya madre era hermana de leche de Danton. Había venido a París para que Danton la recomendase, pero él se hallaba en Sévres completamente entregado a sus nuevos amores. El gladiador reponía fuerzas para futuras luchas.

Camille había tomado el puesto de Danton ante su paisana y me la envió.

Su nombre de pila era el de María y su apellido, del Rey, por lo tanto al llegar a París, por pura precaución, se cambiaron estos dos nombres por el de Jacinta Pommier. Estos dos inocentes nombres habían sustituido a los dos, cuyas circunstancias eran acusatorias.

Era una buena chica de la que sólo pude hacer elogios.

Algunos días después Camille vino a verme, traía noticias de Caen. Sabía que Guadet, Gensonné, Pethion, Babaroux y dos o tres proscritos más habían encontrado asilo en esa ciudad, pero Jacques Mérey no estaba con ellos.

Pasados unos días Jacinta me anunció la visita de Danton. Por fin había vuelto a París. Sabía que había sido el mejor amigo de Jacques y Camille Desmoulins me dijo incluso que le había ofrecido asilo, pero que Jacques lo rehusó.

Corrí a abrir yo misma la puerta de la habitación donde solía permanecer, y, aunque estaba advertida sobre la fealdad leonina de Danton, no pude menos de dar un paso atrás.

—Bueno —dijo riendo—, es otra de las gracias de mi rostro.

Y como yo quisiera excusarme:

—No digáis nada, estoy acostumbrado.

Tomó la silla que le ofrecía.

—¿Sabéis qué es lo que me ha hecho ateo? Mi fealdad. Me dije que si Dios tuviese algo que ver en la composición de la raza humana, aunque sólo fuese como consejero, no habría demasiada injusticia en haceros a vos, tan bella, y a mí, tan feo. Prefiero pensar que es obra de la suerte, es decir, de la materia ininteligente que produce sin ocuparse en saber cómo. ¡Y pensar que Marat es todavía más feo que yo! ¿Habéis conocido a Marat?

—No, ciudadano, jamás le vi.

—Vedlo y os aseguro que después me recibiréis sin pestañear.

—Os juro, ciudadano... —le dije enrojeciendo.

—No hablemos más de ello, hablemos de Jacques Mérey.

—¿Venía a darme noticias tuyas? —exclamé cogiéndole las manos.

—¡Vaya!, parece que voy embelleciendo.

—Os lo suplico, ciudadano, decidme lo que sepáis.

—Únicamente sé que os ama como un loco y, ¡por Dios!, que no le falta razón, no hay nada mejor que el amor. Tal y como me veis estoy enamorado, enamorado de mi esposa, con la que acabo de casarme. Un ángel como vos, no tan bella como vos, pero digna de llevar con vos la cola del vestido de la Virgen. Para casarme he tenido que reconocer todo esto, la Virgen, el Espíritu Santo, Dios Padre, la Santísima Trinidad y todo el acompañamiento. Me confesé de los pies a la cabeza. Si Marat supiese esto tendría por qué cortarme el cuello, pero vos no le diréis nada y a cambio os diré que probablemente, a estas horas, suponiendo que haya conseguido cruzar la frontera, Jacques Mérey está revolviendo Viena para encontraros.

—¿Quién le dijo que yo estaba en Viena?

—Yo, Josephplatz, número once. ¿No era eso?

—¡Oh, sí, Dios mío!

—Pues bien, si hubieseis tenido la paciencia de esperarle es muy probable que a estas horas os estrechase contra su corazón.

—¡Por amor del cielo!, caballero Danton —exclamé—, poned un poco de orden en lo que decís o me volveré loca.

—Bien, no pido otra cosa. Conocéis la catástrofe del 31 de mayo.

—Habláis de la proscripción de los girondinos.

—Que realmente tuvo lugar el 2 de junio. ¿No es cierto?

—Sí.

—Desde hacía tiempo Jacques me había confesado el amor que sentía por vos y me había rogado que tratase de saber dónde os hallabais. No voy a deciros por qué medios supe vuestra dirección, que no me llegó hasta el 30 de mayo. El 2 de junio me despedí de él ofreciéndole asilo en mi casa, lo rehusó con el pretexto de que conocía otro más seguro, pero en realidad fue para no comprometerme. Pude, como último adiós, ponerle una nota en la mano: Josephplatz, 11, Viena.

—¿Partió?

—Así lo creo.

—Entonces, ¿se ha salvado?

—No confiéis demasiado en ello. La Providencia es una buena chica, pero tiene sus caprichos. En cualquier caso, no tenemos noticias suyas. Ya conocéis el proverbio: «Si no hay noticias, son buenas noticias.»

—Pero... —dije titubeando.

—Hablad.

—Del mismo modo que obtuvisteis mi dirección, ¿podrías tener noticias suyas?

—Espero.

—¿Qué debo hacer?

—Lo que hacéis allí cuando estabais allí y él aquí: esperar.

—Esperar; ¡es tan larga la espera!

—¿Qué edad tenéis?

—No he cumplido los diecisiete.

—Podéis todavía esperar un año o dos, incluso tres, sin que os encuentre demasiado vieja a su vuelta.

—¿Pensáis entonces que en dos o tres años todo habrá terminado?

—¡Diablos!, cuando ya no haya nadie que guillotinar, tendrá que terminar esto, y al paso que vamos el trabajo no durará mucho.

—Pero él...

—Sí, lo comprendo, únicamente él os inquieta.

—¿Creéis que habrá logrado cruzar la frontera?

—Estamos a veinte de junio, si le hubiesen arrestado, lo sabríamos. Si se hubiese matado, y nadie se mata cuando ama, lo sabríamos también. Hay, por lo tanto, muchas probabilidades de que se encuentre en el extranjero. Voy a poner a la policía en marcha y en cuanto tenga noticias suyas volveréis a verme, a menos que...

Echóse a reír.

—Señor Danton —le dije—. ¿Permitiréis que os abraze en recompensa a las buenas noticias que me habéis traído?

—¿A mí?—dijo extrañado.

—Sí, a vos.

—¡Por mi vida!, realmente debéis amarle mucho.

Y se marchó riendo.

¡Oh, sí!, te amo, mi bienamado, y haría muchas cosas más que abrazar a Danton, para volver a verte.

Algunos días más tarde vi entrar a Danton.

—¡Pobre niña! —me dijo—, hoy no me abrazaríais.

Me quedé de pie, muda y pálida.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Ha muerto?

—No, pero ha abandonado Europa. Se ha embarcado en Stettin.

—¿Para dónde? —Para América.

—Entonces, ya no corre ningún peligro.

—Excepto el de ser nombrado Presidente de los Estados Unidos.

Lancé un gran suspiro y tendí mi mano a Danton.

—Puesto que ya no tengo por qué temer por su vida —le dije—, todo va bien. Hoy no seré yo la que os abrace, sino vos.

Dos lágrimas aparecieron en sus ojos.

¡Mi bienamado Jacques, qué corazón se encierra bajo esa dura corteza!

Jacques, amor mío, acabo de ver una cosa terrible que quedará profundamente grabada durante largo tiempo en mis ojos y en mi pensamiento.

Te dije que había alquilado un pequeño apartamento en la calle Gres.

Esta calle da sobre la de Fossés-Monsieur-le-Prince, que a su vez desemboca de la de l'Ecole-de-Médecine.

Jacinta acababa de poner la mesa y de servirme la cena cuando oí un gran ruido en la calle y entre los gritos de odio y de cólera que llegaban a mis oídos:

—¡Los girondinos, son los girondinos!

Sabía que Vergniaud y Valzé habían sido arrestados. Pensé que se habían realizado nuevos arrestos y, a pesar de lo que me dijo Danton, te vi en las manos de los gendarmes, arrastrado y hecho pedazos por el populacho. Bajé como una loca y corrí hacia donde la gente corría.

Una inmensa multitud se había reunido frente a una casa grande y triste, la número veinte de la calle l'Ecole-de-Médecine, contigua a la de la torreta que hace esquina.

Gritos furiosos, y amenazas sangrientas se mezclaban. Los gritos de muerte y asesinato temblaban en el aire. Todos los ojos estaban fijos en las ventanas del primer piso, pero los visillos, corridos con sumo cuidado, impedían que las miradas de los curiosos penetrasen.

De repente se abrió una de las ventanas y una mujer pálida, despeinada, ensangrentada apareció en ella.

—¡Ya no hay esperanza, ha muerto! ¡El amigo del pueblo ha muerto! ¡Marat ha muerto! ¡Venganza, venganza!

—¡Es Catalina Evrard, es madame Marat! —gritó el gentío.

Y quisieron forzar la puerta que guardaban dos centinelas.

En medio de todo este tumulto, oí dar la hora, la campana vibró siete veces. Cuando llegó el comisario, la guardia fue reforzada con seis hombres más del puesto cercano.

Un posticero apareció al lado de la desgraciada criatura que no dejaba de gritar retorciéndose los brazos.

—Ved —dijo blandiendo el cuchillo ensangrentado—. ¡Ved! He aquí el cuchillo con el que lo ha matado.

—Son los girondinos —gritó la mujer—; acaba de llegar de Caen, la desgraciada. ¡Ellos son los que la han enviado para degollarle!

Las miradas estaban fijas en la ventana abierta y las exclamaciones se escapaban de entre la gente.

—¡Oh! Le veo.

—¿Dónde?

—En su bañera.

—¿Muerto?

—Sí, sus brazos están colgando. ¡Está completamente ensangrentado!

Y como ráfagas de viento pasaban voces furiosas, gritando:

—¡Muerte a los girondinos! ¡Muerte a los traidores! ¡Muerte a los amigos de Dumouriez!

El gentío era tan denso que comencé a tener miedo de ahogarme y viendo que no se trataba de ti y que no corrías ningún peligro, intentaba buscar una salida, cuando noté que una mano se apoyaba sobre mi hombro.

Me volví y reconocí a Danton.

—¿Qué hacéis en medio de esta gente —me dijo—, queréis morir aplastada?

—No —le dije lo más bajo que pude—, pero oí decir: «Muerte a los girondinos», tuve miedo y corrí hacia aquí.

—¿Está realmente muerto? —me preguntó.

—Parece ser que sí. Esa mujer abrió la ventana y anunció su muerte al pueblo.

—Esta muerte es un acontecimiento que va a hacernos nadar otra vez en sangre.

—Parece ser que Marat sólo pedía eso.

—No, empezaba a cansarse. Vendrán otros con la copa vacía que habrá que llenar. Ved, hija mía, la muerte de Marat significa la nuestra.

—¡Vuestra muerte! —exclamé.

—Sobre todo la mía. Este hombre se interponía entre Robespierre y yo. Robespierre le golpeaba a él cuando no se atrevía conmigo. Lo mismo hacía por mi parte. Ahora, sin Marat, el incorruptible y yo tendremos que vernos cara a cara, ningún mediador para recibir los golpes. Será necesario que uno de los dos caiga, y, caiga quien caiga, la República habrá terminado. Volveréis a ver a Jacques Mérey antes de lo que pensabais, hija mía. Pero mientras, ¿queréis ver a Marat?

—¡Dios mío! ¿Qué me proponéis?

—Lo sentiréis, es un espectáculo que no volveréis a ver jamás. Se dice que ha sido asesinado por una jovencita de vuestra edad y tan bella como vos.

—¡Una joven! —exclamé—. ¡Imposible!

—¿Es que ya no creéis en las Judith y en las Jahel?

—¡Una joven! ¿Qué motivos podrían llevarla a realizar semejante acto?

—El amor a la patria. Vio cómo Francia había dimitido, y regresó en el lugar de Francia. Venid, os prometo que no os arrepentiréis.

—¿Cómo entraréis?

—Igual que en estos momentos entran Drouet, Chabot y Legendre; entraré como diputado.

—Pero yo, ¿en calidad de qué entraré?

—Entraréis del brazo de Danton. ¡Oh! Antes de que uno de los dos caigamos, Robespierre o yo, seremos todavía más importantes.

Danton hizo un movimiento para arrastrarme tras él. Todo mi cuerpo temblaba.

—¡Oh, no! —le dije.

—Pero yo —dijo—, quiero que contéis este espectáculo a vuestro, mejor dicho, nuestro amigo, cuando Robespierre y yo ya no estemos aquí para poder contárselo. Me dejé llevar, la curiosidad era más fuerte que yo.

Sin embargo, en la puerta hice un movimiento para escapar.

—Bueno —dijo Danton riendo—, aunque no sea más que para asegurarnos que en este mundo hay, mejor dicho, había, hombres más feos que yo.

Le seguí. Sabía que lo que iba a ver sería espantoso. Pero lo horrible tiene también su atractivo y ello me atraía.

Subí diecisiete escalones de esas escaleras mitad madera, mitad ladrillo, con una gran rampa cuadrada. Nos encontramos en el descansillo.

Dos soldados guardaban la puerta del apartamento. Pasamos la primera habitación, donde habían entrado algunos curiosos y que daba a una especie de entrada de las otras habitaciones, más oscuras, que daban, a su vez, al patio donde se componía y plegaba el periódico.

—Todo recto, todo recto —me dijo Danton—, éstos son los dominios del capataz y de los obreros.

De allí pasamos a un saloncito, no solamente muy limpio, sino también muy coqueto, que no encajaba con la casa de Marat. Es cierto que este salón no estaba «en casa de Marat». Marat no tenía hogar, el salón pertenecía a la pobre criatura que le daba asilo. Este hombre sangriento y tenebroso, este sombrío pájaro de tumultos que graznaba la muerte en todos sus tonos, tanta es la bondad de Dios, tanto la naturaleza inmensa, este hombre habían encontrado una mujer que le amase.

Era ella la que había abierto la ventana maldiciendo a su asesino.

Marat no se encontraba en el salón.

En él se encontraban los familiares de la casa, los capataces, los cajistas, los plegadores, todos los obreros que dependían de aquel otro más pobre todavía que ellos. Por fin llegamos a un pequeño cuarto oscuro iluminado únicamente por dos candelas y por un débil resto de día que entraba por la ventana.

Cuando entramos en el umbral, Danton, dominándolo todo desde su altura, yo, apoyada a su brazo, la vieja mujer se abalanzó sobre nosotros con las uñas por delante como si quisiese arañarme el rostro.

—¡Una mujer, otra mujer! —gritó—. ¡Y joven y bella! ¡Salid de aquí, éste no es vuestro sitio!

Quise huir, Danton me retuvo apretando su brazo contra el mío.

Apartando con la mano a esta furia que, presintiendo desde hacía tiempo la muerte en la puerta de Marat, únicamente había dejado entrar a Carlota Corday, contra su voluntad.

—Soy Danton —le dijo.

—¡Ah! Sois Danton —dijo Catalina—. ¿Y habéis querido verlo, no es cierto? Comprendo, el cuerpo de un enemigo muerto siempre despide buen olor.

Y, completamente rota, fue a sentarse a un rincón.

Me encontré entonces frente al horrible espectáculo que me había atraído.

Sobre una pequeña mesa, colocada en la cabecera de la bañera, un escribano tomaba las notas que le dictaba el comisario de policía, quien terminaba de redactar el atestado. Al lado de esta misma cabecera estaba una bella joven de unos veinticuatro a veinticinco años, los soberbios cabellos recogidos por un lazo verde, tocada con el típico gorro de Calvados. A pesar del intenso calor, a pesar de la lucha que acababa de sostener, su pecho estaba cubierto por un espeso chal de seda sólidamente anudado por detrás del talle, su vestido blanco estaba salpicado de sangre. Dos soldados le sujetaban las manos, dirigiéndole a media voz injurias y amenazas que escuchaba con calma, las mejillas sonrosadas y más bien con la sonrisa de la mujer satisfecha de sí misma, que con la tranquila melancolía del mártir.

Esta mujer era el asesino, era Carlota Corday.

El espantoso espectáculo se encontraba a sus pies, en la bañera.

Marat estaba en la bañera, cuya agua se había puesto del color de la sangre. Marat, cubierto a medias por una sábana sucia, la cabeza echada hacia atrás, la boca más torcida que de costumbre, los brazos colgando fuera de la bañera, los cabellos cubiertos por una sucia toalla. Marat, con su piel amarillenta, sus enflaquecidos miembros, se asemejaba a uno de esos monstruos sin nombre que los feriantes exponen en las ferias.

—¿Bien? —me dijo quedamente Danton.

—¡Silencio! —contesté—. Escuchad.

El escribano decía a la acusada:

—¿Os declaráis culpable de la muerte de Jean Paul Marat?

—Sí, señor —respondió la joven con voz firme, vibrante, casi infantil.

—¿Quién os inspiró el odio que de esta trágica manera habéis manifestado contra él?

—Nadie. No necesitaba del odio de los demás, con el mío era suficiente.

—¿Os ha sido sugerido este acto?

Carlota sacudió dulcemente la cabeza y dijo con una sonrisa:

—Lo que no ha sido concebido por uno mismo siempre se realiza mal.

—¿Qué odiabais en el ciudadano Marat?

—Sus crímenes.

—¿Qué entendéis por crímenes?

—Las llagas de Francia.

—¿Qué esperabais matándole?

—Devolver la paz a mi país.

—¿Creéis por lo tanto haber acabado con todos los Marat?

—Este ha muerto. Quizá los otros tengan miedo.

—¿Desde cuándo os forjasteis esta idea?

—Desde el 31 de mayo.

—Cuéntenos las circunstancias que precedieron al asesinato.

—Hoy, cuando cruzaba el Palacio Real, busqué a un cuchillero, le compré un cuchillo recién pulido, con mango de ébano.

—¿Qué pagasteis por él?

—Dos francos.

—¿Qué hicisteis después?

—Lo escondí en mi pecho, tomé un coche en la calle Notre-Dame-des-Victoires, y me hice traer hasta aquí.

—Continuad.

—Esta mujer no quería dejarme entrar.

—¡Oh, no! —interrumpió Catalina Evrard—, tenía como un presentimiento. Fue él, pobre hombre, quien me dijo: «Déjala pasar, quiero que pase.» ¡Ay! —continuó—, nadie escapa a su destino.

Y dejóse caer de nuevo sobre su silla.

—¡Pobre mujer! —murmuró Carlota mirándola tristemente—. Ignoraba que un monstruo de tal categoría pudiese ser amado.

—¿Qué ocurrió entre vos y el ciudadano Marat una vez que estuvisteis dentro?

—Me quedé paralizada por su fealdad y me paré al lado de la puerta.

»—¿Sois vos —me dijo—, quien me ha escrito para traerme nuevas de Normandía?

»—Sí —contesté.

»—Acercaos. ¿Han llegado a Caen los girondinos?

»—Sí.

»—¿Han sido bien recibidos?

»—Con los brazos abiertos.

»—¿Cuántos son?

»—Siete.

»—Decid sus nombres.

»—Barbaroux, Péthion, Louvet, Roland y...

»No me dejó terminar.

»—Está bien —dijo—. Antes de ocho días serán guillotinado.

»Fue su sentencia de muerte. Le clavé el cuchillo. Solamente dijo:

»— ¡ Socorro, querida amiga!

»Y expiró.

—¿Se lo clavasteis de abajo arriba? —preguntó el comisario de policía.

—Mi posición me forzaba a ello.

—Además —añadió el comisario—, hundiéndoselo horizontalmente podíais tropezar con alguna costilla y no herirle de muerte.

—Naturalmente —dijo el capuchino Chabot con su sonrisa malévola—, sin duda se había entrenado con anterioridad.

—¡Oh! El miserable monje me toma por un asesino —contestó Carlota.

Los soldados se creyeron en el deber de vengar a Chabot y golpearon cruelmente a Carlota. Danton inició un movimiento contra ellos. Le retuve.

—Venid —le dije—, ya habéis visto todo lo que queríais, ¿no es cierto?

—¿Vos también? —me contestó.

—¡Oh, yo, más de lo que quería!

—¡Bien, vamos!

Al llegar a la puerta vimos a Camille Desmoulins, que se había acercado como otros tantos curiosos.

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Danton a media voz.

—Pienso —dijo Camille, bromeando como siempre—, que es una desgracia darse un baño una sola vez en su vida y que termine tan mal.

—¡Incorregible! —murmuró Danton—. No te dejarías cortar el cuello por un príncipe, pero sí por una buena broma.

Materialmente es posible alejarse de tales espectáculos, pero el pensamiento se ensaña y es imposible huir de ellos.

Volví a casa acompañada por Danton y, una vez sola, volvía a ver en un rincón de mi habitación, como se ve la decoración de un teatro, toda la escena. La mujer Evrard caída sobre su silla, el comisario de policía, apoyado sobre sus puños encima de la mesa y dictando, la bella joven de pie, sostenida y maltratada por dos soldados, como la estatua

de la justicia arrancada de su base, y ese capuchino inmundo mirándola con ojos de odio y lujuria.

El resto de los personajes formaban un segundo y tercer plano en el cuadro, pero desdibujados y apenas abocetados.

A pesar mío tendía los brazos a esa bella heroína, y, a pesar mío la llamaba hermana. A las tres el ruido fue más estruendoso. Las calles rebosaban de gente curiosa. En medio del gentío, hombres, con los brazos desnudos, se desgañitaban pidiendo que le entregaran el asesino.

Conducían a Carlota Corday a la cárcel de l'Abbaye.

A pesar de los pronósticos, llegó a ella sin estar hecha pedazos.

Al día siguiente, y con gran extrañeza por mi parte, vi llegar a mi casa a Danton acompañado de su mujer, una bella joven rubia, como de mi edad, a la que echó en mis brazos.

La trajo para que pasase la mañana conmigo con la condición de que iría a cenar con ellos al campo donde me quedaría con ella.

Mi soledad era tal, mi bienamado, que acepté. Vi la ocasión de poder hablar de ti con una mujer, con un corazón joven que me comprendiese.

Además tú amabas a Danton, y ya que yo no podía amarle, amaría a su esposa.

Danton salió en busca de noticias: Todo el día estuvo dedicado a la joven Carlota. No era una advenediza, como en principio podría pensarse; ni una pasión amorosa por un girondino fugitivo lo que le hacía salir de su retiro y de su oscuridad; era el profundo amor a su patria. Francia se le apareció como una bella durmiente en cuyo seno se agazapaba ese monstruo llamado pesadilla. Había cogido el cuchillo y matado al monstruo.

Cosa extraña, su padre era republicano, ella era republicana y sus dos hermanos estaban en el ejército de Conde.

Únicamente las revoluciones crean estas situaciones en el seno de una familia.

Era la bisnieta de Corneille, la hermana de Emilia, de Jimena y de Camille.

Se había educado en el convento de l'Abbaye-aux-Dames de Caen, fundado por la condesa Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, donde alojaban a las hijas de la nobleza pobre. Al cerrarse las casas religiosas se refugió en casa de una vieja tía llamada mademoiselle de Breteville.

No quiso rematar la obra que la conduciría directamente al cadalso sin haber recibido antes la bendición paterna. Dio todos sus libros, salvo un volumen de Plutarco que llevó consigo, pasó por Argenton, donde estaba monsieur Corday y arrodillándose ante él recibió su abrazo y su bendición, volvió a tomar la diligencia y llegó a París el día 11, alojándose en el «Hotel de la Providence», calle de Vieux-Augustins, número diecisiete.

El pretexto de su viaje fue la necesidad de retirar del ministerio del interior ciertas piezas útiles a una amiga suya emigrada, mademoiselle de Forbin. Para este fin había conseguido una carta de Barbároux dirigida a su colega Duperret.

Todo el día siguiente, 12, lo empleó en arreglar sus asuntos. Por el interrogatorio supimos que el 13, día del asesinato y una hora antes de éste, había comprado en el «Palais Royal» el arma homicida.

¡Ah!, he olvidado decirte, mi bienamado Jacques, que su único momento de debilidad fue aquel en el que durante el interrogatorio al que asistimos, le presentaron el cuchillo ensangrentado, preguntándole si era, en efecto, el que había utilizado.

—Sí —dijo volviendo los ojos y apartándolo con la mano—, lo reconozco.

Estas eran todas las noticias que se sabían a la una del mediodía del día 14.

Había sido interrogada durante la noche por los miembros del Comité de Seguridad general y por varios diputados, y el resultado de estos interrogatorios corría por París. En cuanto Marat, para él únicamente era cuestión del Panthéon.

Durante todo el día estuve con madame Danton, le hablé de ti y me habló de su esposo.

Me dijo el miedo que en principio le inspiró y cómo fue descubriendo que bajo la ruda corteza se escondía un corazón desbordante de generosidad y cómo la mitad de su genio estaba hecha de bondad.

Es cierto que no le amaba como yo te amo, pero sí con el amor que una esposa honrada profesa a su marido. Yo te quiero como a un amigo, como a un hermano, como a mi esposo, a mi amante, a mi dueño y a mi Dios.

¿Dónde estás, mi bienamado? ¿Piensas en mí con ese pensamiento que devora y que me hace retorcerme y llamarte gritando, sin yo saber, en medio de la noche, despertando a mi pobre Jeannette, que corre alocada preguntándome lo que quiero?

—Nada —le respondo—, estaba soñando.

Danton pasó a recogernos a las seis.

Estaba entusiasmado de Carlota. Dijo que nunca había visto al mismo tiempo un corazón tan ingenuo y tan templado.

Cuando la registraron le encontraron su dedal, agujas e hilo.

—¿Por qué lleváis estos objetos encima? —le preguntaron.

—Pensé que después de la muerte de Marat sería probablemente maltratada, que mis ropas se romperían y, una vez en prisión, quería tener los medios para coserlas.

—¿No eres tú —le preguntó el carnicero Legendre—, la que viniste a mi casa disfrazada de religiosa, para asesinarme?

—El ciudadano se equivoca —respondió con una sonrisa—, jamás pensé que su vida o su muerte fuese importante para nuestra República.

Junto con el dedal, el hilo y las agujas encontraron su bolsa y su reloj. Chabot pidió verlos y como los tuviera demasiado tiempo entre las manos:

—Creí —dijo Carlota—, que los capuchinos habían hecho voto de pobreza.

Parecía como si Chabot se aferrase a ella por alguna idea obscena. Pretendió que su chal se ajustaba tanto a su cuerpo porque escondía algo y aprovechando que tenía las manos atadas se lanzó sobre ella, deslizando su mano por el escote.

Su impuro contacto inspiró tal asco a la joven, que rompió las ligaduras que sujetaban sus manos, pero este mismo esfuerzo abrió el chal dejando ver sus senos.

Las lágrimas acudieron a los ojos de los carceleros, quienes terminaron de desatarla para que Carlota pudiese anudárselo nuevamente.

Se le permitió además bajar sus mangas y ponerse guantes bajo las cadenas. Estas eran todas las noticias del día.

¡Ah!, se me olvidaba: un pintor amigo de Marat, llamado David, ha pasado el día al lado de la bañera para hacerle un retrato en la misma posición en que lo vimos.

Mañana propondrán a la Asamblea que el cuerpo de Marat sea trasladado al Panthéon.

A las seis de la tarde partimos al campo, donde Danton vive con su esposa.

Durante los ocho primeros días después de su boda, no la ha dejado ni un instante. Incluso delante de mí no puede controlarse y la colma con sus caricias. Por su parte, me parece

que ella siente más extrañeza que amor o miedo. Aunque el león lime sus uñas, y roa sus garras, no por ello me parece que ella se sienta más segura ante el monstruo sublime.

Esta noche hay reunión en la Convención. Se discutirá acerca de la sepultura de Marat.

Luisa ha incitado a su marido para que vaya a París.

—Espero —le dijo—, que no dejéis profanar el Panthéon permitiendo la entrada del cadáver de semejante vampiro. Imagínate, querido Jacques, tu amigo Danton, es decir, la revolución en persona, casado con una joven monárquica. He pasado la velada con ella en una colina que domina el Sena y desde donde se divisa todo el valle de Saint-Cloud.

¡Qué paz! ¡Qué dulce majestuosidad en toda esta naturaleza! ¡Apenas si llegas a imaginarte que estás a dos leguas de ese volcán que ruge y que lanza sus llamas, llamado París! Durante la noche su zumbido inmenso, mezclado con gritos, alaridos e imprecaciones, nos llega como un dulce murmullo de hojas agitadas, como una suave cascada, como un trino de pájaros enamorados.

Luisa y yo nos preguntábamos cómo es posible que cuando el hombre puede vivir en esta tranquilidad, tan feliz bajo la bóveda del cielo, acostado en un césped dulce y fresco, con un riachuelo corriendo a sus pies y las hojas de los árboles acariciando su frente, cómo es posible que prefiera la lucha de las tribunas, el odio de los partidos, el barro ensangrentado de las calles.

De pronto la sombra de Carlota bailaba ante nuestros ojos. Ella también estaba dulcemente acurrucada en un nido de espuma; también ella, en su bella Normandía, el país de los grandes olmos, tenía sus riachuelos, el césped y la sombra. Y ella, una mujer, lo abandonó todo y recorrió cincuenta leguas con un cuchillo en la mano para hundirlo en el corazón de un hombre al que jamás había visto, contra el que no tenía ningún rencor personal, pero al que odiaba con la misma violencia que amaba a su patria.

¡Amor mío! ¡Si acabasen las revoluciones, si Dios permitiese que los corazones separados volviesen a encontrarse, si en lugar de estos días terribles llamados el 20 de junio, el 10 de agosto, el 2 de septiembre, el 21 de enero, el 31 de mayo, tuviésemos días sin fechas, tranquilos, mezcla de sombra y sol, entonces, también nosotros tendríamos una casa, una choza, una cabaña en una colina desde donde pudiésemos ver correr el agua, crecer la mies y oír el susurro de los árboles!, y nos sentaríamos en el crepúsculo y veríamos la puesta de sol arrastrando tras de sí el misterio de la noche que pasaría ante nosotros como una mirada, como una sonrisa, como un beso.

Nos quedamos allí hasta bien avanzada la noche. Oímos cómo, sucesivamente, se extinguían los ruidos del día, el rodar de los coches en las carreteras, el eco del hacha del leñador en el bosque, el canto del vendimiador en la viña, el trino de los pájaros en los árboles, los últimos gritos del mirlo en la copa del árbol. Después vimos cómo se iluminaban los puntos dorados, estrellas de la tierra y con ellas se extendió el silencio, que vagó sobre el campo, y cómo el único ruido que atravesó el espacio y despertó al eco fue el ladrido inesperado, a veces prolongado, pero las más callándose de golpe, de algún perro que vigilaba en su caseta la puerta de una granja, o que hacía su guardia alrededor de un rebaño de ovejas.

¡Qué lejos estábamos, escuchando ese mundo que se iba durmiendo, de la Asamblea tumultuosa, de Marat posando en su bañera para el pintor David, y de Carlota Corday escribiendo a Barbaroux, con el patíbulo en su cárcel.

Danton volvió a medianoche. La sesión había sido tormentosa, los cordeleros pedían el Panthéon para Marat; los jacobinos acogieron la sugerencia con frialdad, Robespierre se declaró en contra, la propuesta fue rechazada.

Al día siguiente debían trasladar a Carlota Corday a la Conciergerie. Marat sería

enterrado en el cementerio de la vieja iglesia de Cordeliers, cerca de la trinchera donde durante tanto tiempo había escrito.

A propósito de esta muerte un gran movimiento recorría al pueblo. Los pobres sabían que había sido su defensor, que durante toda su vida escribió para ellos y aunque jamás hubiesen leído sus periódicos, le estaban agradecidos. Los funerales se celebraron desde las seis de la tarde hasta medianoche. Danton asistió a ellos y nos llevó con él. A la luz de las antorchas depositaron a Marat bajo uno de los sauces que crecían en el cementerio.

Era casi la una de la madrugada cuando terminó el último discurso.

Después de cada discurso los gritos de «¡Viva Marat! ¡Muerte a los jacobinos!» se escapaban de diez mil bocas para golpear mi corazón.

Muchos pidieron que se llevase a Carlota Corday y la ahorcasen sobre la misma tumba. Aunque Danton intentaba calmarme, a cada movimiento de los grupos me imaginaba que era a «ella» a quien traían como víctima expiatoria.

Llegamos a Sevres de madrugada. Estaba rota de terror.

18 de julio. Hace cuatro días que Marat ha muerto, desde hace cuatro días está arrestada Carlota.

Por las calles de París corrían rumores de que el proceso era demasiado largo y se preguntaban qué hacían los jueces.

La noticia de su traslado a la Conciergerie esperaba a los maratistas. Se sabía que la estancia en la Conciergerie no era nunca demasiado larga.

Carlota debía comparecer este mismo día ante el tribunal revolucionario.

Danton se había prendado de ella; quiso asistir al juicio.

Se sabía que había escrito a un joven diputado, sobrino de la abadesa de Caen. La carta no le llegó o no se atrevió a contestarla y cedió a otro el honor de la defensa.

Designaron como defensor a un joven todavía desconocido, el ciudadano Chaveau-Lagarde.

Danton volvió entusiasmado.

—¿Qué hay? —le preguntamos a su regreso.

—Es ella la que los ha juzgado a todos —nos contestó—, y les ha condenado a la cárcel de la historia.

Le pedimos detalles, pero para él todo se resumía al majestuoso conjunto de su aparición. Únicamente se había dado cuenta que durante el interrogatorio de la acusada, un joven pintor alemán llamado Hauer, al que conocía, había hecho su retrato.

Ella también se dio cuenta, le sonrió y había posado lo mejor que pudo para facilitarle la tarea.

Cuando entró en su celda, un sacerdote estaba esperándola. Pero, republicana al máximo, había rechazado su ayuda.

—Tengo la palabra de ahí arriba —dijo—, y espero que con ella me baste.

Todo esto es sublime, pero creo que supera el sentido de lo que debe ser una mujer. La ejecución tendrá lugar hoy a las ocho. Danton quiere que vayamos a presenciarla, me he opuesto, pero me ha dicho:

—Esta mujer dará, incluso a los hombres, una lección de cómo se debe morir y creo que en este momento, a todos nos conviene aprender estas lecciones. Además —añadió—, viéndola morir es el último homenaje que podemos ofrecerle.

Iré, mi bienamado Jacques, porque en el caso en que yo también fuese condenada, quiero aprender a morir para que no tengas que avergonzarte de mí.

¡Amigo mío! ¿Cómo podría explicártelo? Danton tenía razón. Es un sublime espectáculo ver cómo una persona muere noblemente por sus convicciones.

El hacha todavía no se había abatido sobre ella, cuando Carlota Corday era ya un héroe de leyenda. Sus hechos corrían de boca en boca entre los espectadores.

El pintor, que era comandante del segundo batallón de los cordeleros, y probablemente gracias a su grado, había conseguido terminar en la celda de la condenada el retrato que de ella había comenzado en la audiencia. Por lo tanto, volvió con ella a la Conciergerie.

Ignorando que sería juzgada, condenada y probablemente ejecutada el mismo día, Carlota había prometido a los carceleros comer con ellos.

Parece que son excelentes personas y que se llaman Richard.

—Madame Richard —dijo al entrar—, deberéis perdonarme que mañana no coma con vos, como os prometí, pero mejor que nadie sabréis que no es culpa mía.

Cuando entró en su celda habló tranquilamente y posó para el pintor, haciéndole prometer que enviaría a su familia una copia del retrato.

El pintor estaba dando los últimos retoques cuando el verdugo entró en la celda por una pequeña puerta situada detrás de ella.

Se volvió; sostenía en la mano las tijeras con las que debía cortarle el pelo y sobre su brazo la hopa roja que debía ponerse.

¡La hopa de parricida para esta mártir, qué profanación!

Al verlo, Carlota se sobresaltó.

—¿Ya? —dijo.

Y, como avergonzándose por este signo de debilidad, con su mejor sonrisa y su voz más dulce, preguntó al verdugo:

—Señor, ¿querréis prestarme vuestras tijeras?

El verdugo se las tendió.

Se cortó ella misma un bucle de sus cabellos que ofreció al pintor.

—No puedo ofreceros más que este bucle —dijo—. ¡Guardadlo en memoria mía!

Se decía que hasta el verdugo volvió su cara y que los mismos gendarmes lloraban.

En efecto, mi bienamado, en honor a la humanidad, se estaba produciendo un feliz cambio en las masas.

Durante los cuatro días pasados, se habló tanto de la serenidad de la presa y la energía y precisión de sus respuestas causaron tanto efecto, que la admiración sucedía a la primera reacción de horror que inspira siempre todo asesino. Tal fue el hecho que, cuando a las siete de la tarde apareció en el arco de la Conciergerie, bajo un cielo tormentoso y al fulgor de los relámpagos, tan bella y vestida con su hopa roja, se hubiese creído que era el mismo cielo que enviaba la tormenta para reprochar a la tierra el crimen que iba a cometer.

La tormenta pareció huir ante ella. Cuando llegó al puente Neuf, había desaparecido. Una gran claridad iluminaba la plaza de la Revolution donde el firmamento había recobrado toda su nitidez. En la calle Saint Honoré la última nube que ocultaba el sol se disipó y éste pudo acariciar con sus más ondulantes rayos a la virgen que iba a morir.

Danton dejó a su esposa en el palacio que da sobre la plaza de la Revolution, bien porque

temiese un accidente, bien porque la imaginó de corazón demasiado débil para asistir desde más cerca al terrible espectáculo.

Quise quedarme con ella.

—No —me dijo—, vos sois valiente y vendréis conmigo. Cuando una mujer como ésta va a morir, no se la mira desde el palco de un circo o desde el balcón de la casa, se acerca uno a ella y se le dice con la mirada: «¡Muere tranquila, no morirás del todo, víctima santa, tu recuerdo perdurará en nuestros corazones!»

Nos colocamos al costado derecho de la guillotina.

Debo confesar que andaba maquinalmente; mis piernas temblaban, mis ojos no veían más que a través de una nube y no oía más que un murmullo confuso.

Me encontraba en el estado de una persona que se desvanece y cuyo espíritu, sin haber dejado la luz, no se encuentra totalmente dentro de las tinieblas.

Grandes gritos sacudieron mi letargo. Abrí los ojos, mis pies se aferraron al suelo, me volví hacia el lado de donde procedía el ruido. La carreta había aparecido por la puerta de Saint Honoré y se dirigía al patíbulo.

¡Mi bienamado, no, nada tan bello, tan santo, tan sublime, apareció ante los ojos de los mortales desde el comienzo de los siglos, como esta segunda Judith ofreciendo su sangre para redimir a Béthanie de sus pecados, siendo ella misma inmaculada!

A partir de ese momento mis ojos no la dejaron ni un instante.

Un rayo de sol brilló en el cuchillo para mirarse en sus ojos.

Con este relámpago, precursor de su muerte, me pareció que palidecía; pero su debilidad tuvo también la rapidez del relámpago.

(Carlota se puso de pie en la carreta, se apoyó en los travesanos y sonrió dulcemente, sin ostentación ni desdén.

Bajó sola y sola subió los escalones hasta el patíbulo; el verdugo y sus ayudantes la seguían como los servidores siguen a sus reinas.

Una vez en la plataforma, miró lentamente a su alrededor. Era un ángel. Esta ejecución debía haber levantado al pueblo, pero el pueblo no estaba allí.

No eran los curiosos quienes rodeaban el patíbulo, eran observadores serios, hombres graves, médicos, diputados, eran filósofos.

Eran mujeres dulces, agradables, bien puestas, que estaban allí como ante los funerales de una hermana, de un pariente, de una amiga.

En lugar del tumulto habitual, un sombrío silencio se extendía por la plaza de la Revolución.

Este silencio fue interrumpido por un grito de la paciente. Al arrancarle el chal, el verdugo había puesto sus senos al descubierto.

Este grito no había sido lanzado por miedo, sino por pudor.

—Démonos prisa —dijo, viendo su escote desnudo.

Y ella misma se colocó en la guillotina.

Se oyó un gran grito. La cuchilla pasó como un relámpago vertical.

En el instante en que la virginal cabeza cayó, un ayudante del ejecutor, llamado Legros, la cogió por los cabellos y la mostró al pueblo.

Tuvo la poca dignidad de darle un cachete.

Los ojos se abrieron y las mejillas, ya pálidas, recobraron su color.

Un murmullo de horror e indignación se elevó de la multitud.

—¡Arrestad a ese hombre por insulto a la humanidad! —gritó Danton.

—¡Sí, sí, arrestadlo! —gritaron mil voces.

Los gendarmes que habían acompañado a Carlota Corday subieron al patíbulo y le arrestaron.

Danton tenía razón, amado mío. Gracias al ejemplo que tenía ante mis ojos, si ahora tuviese que morir, creo que me sería fácil.

Por muy terrible que fuese este espectáculo, lo había soportado admirablemente y, en lugar de abatirme, me había exaltado.

Me decía: «Si supiese que mi bienamado ha muerto, yo también compraría un cuchillo, iría a casa de Robespierre, y moriría como acaba de hacerlo Carlota.»

Por un instante envidiaba la suerte de esta bella virgen, decapitada, abofeteada por un ayudante de verdugo y hubiese querido estar en su lugar.

Pero, ¿sería tan bella como ella? ¿Jugaría el sol para mí como para ella? ¿Me enviaría como a ella, para hacerme una aureola, su más bello, su más dulce, su último rayo?

Solamente tengo un temor, bienamado, y es que vuestro viejo pagano Brutus sea destronado y se funde una religión con la sangre de Carlota Corday: ¡la religión del puñal!

Fuimos a buscar a madame Danton al balcón del palacio. La pobre mujer me confesó que había aprovechado la ausencia de su marido para refugiarse en el interior de la casa. No había visto nada.

Cogimos un coche descubierto para volver a Sévres. La tormenta había limpiado completamente el cielo. Se respiraba ese olor vivificante que flota en el aire después de las tormentas.

Danton se había vuelto soñador.

La valentía simple y grandiosa de la joven le había impresionado profundamente.

—Estaba seguro de su firmeza —dijo—, pero no de su dulzura. Es bello, a su edad, no temer a la muerte. No imaginaba su mirada penetrante, ni esas vivas y húmedas chispas de sus bellos ojos mirando al patíbulo. Todo lo que ella odiaba en Marat murió con él. Se marchó sin pensar siquiera en perdonar a sus verdugos. Su alma planea por encima de las pequeñas inspiraciones terrestres; creo que, si fuese joven, sentiría una sombría voluptuosidad en seguirla y buscarla en el mundo desconocido donde acaba de bajar.

»Normalmente los condenados se sostienen con la animación, con los cantos patrióticos, con las injurias que intercambian con sus enemigos, con las sonrisas que les envían sus amigos.

»Ella no ha necesitado nada de esto, tenía fe. Y la fe era su pilar.

«Solamente Dios sabe cómo moriré, ¡pero quisiera morir como ella!

Madame Danton lloraba, yo apretaba la mano de Danton.

El aniversario del 10 de agosto se aproxima. ¿Recuerdas, mi bienamado Jacques, que fue ese mismo día cuando llegaron a Argenton las noticias de esta terrible jornada y desde el que data nuestra separación?

La fecha sea probablemente gloriosa para la Revolución, pero es seguro, que es fatal para mí...

Las noticias del exterior eran malas; los ingleses seguían asediando Dunkerque; los ejércitos aliados marchaban sobre París; la gran fiesta tenía lugar ante los ojos de prusianos y austríacos; en cuatro días de marchas forzadas hubiesen podido participar.

Las noticias del interior eran peores todavía. Muerto Marat, el periódico el *Père*

Duchesne, había sustituido al *Ami du Peuple* y como Hébert tenía carta blanca tanto en el Ministerio de la guerra como en la Comuna, aprovechaba a manos llenas de la doble caja y, según lo considerase mejor para sus intereses, su odio, o su amistad, tiraba hasta seiscientos mil ejemplares de su periódico.

En todo momento había incendios en los puertos; se atribuían a los ingleses; Pitt fue declarado por la Convención enemigo del género humano; los clubs hablaban únicamente de matanzas. Mataremos a la reina a la primera ocasión, a los girondinos al primer capricho, mataremos a la monarquía hasta en su pensamiento, ordenaremos la destrucción de las tumbas de Saint Denis.

Danton se desgañitaba gritando: «¡Cread un gobierno!» Y, efectivamente, nadie gobierna y todo el mundo mata.

Danton está sombrío e inquieto, siente que ya no tiene los mismos medios de acción sobre el pueblo como los tuvo en 1792, el entusiasmo ha desaparecido; aunque es cierto que la lealtad perdura.

—Los hombres ya no bastan —dice Danton—; necesitamos soldados.

Nuestros federados de 1793 no se parecen en nada a nuestros voluntarios de 1792; son responsables, humildes, dan sus brazos, su vida, pero fríamente, tristemente, como hombres que cumplen con su deber.

Ya no es la *Marsellesa* lo que les hace avanzar, es el *Chant du Depart* lo que les guía. La música de Méhul es realmente espléndida, hay en este canto sonidos de trompeta que deben rasgar toda Europa.

Se dice que la Convención ha gastado un millón doscientos mil francos en la fiesta que acaba de ofrecernos.

Han abierto dos museos. Danton nos ha llevado a su mujer y a mí.

Uno es el Louvre; todo el mundo ha contribuido en él; la escuela flamenca e italiana, sobre todo, están magníficamente representadas.

Monsieur Danton, que es un excelente juez, estaba sorprendido de mis conocimientos de pintura.

El otro museo, el de los monumentos franceses, es un admirable tesoro arqueológico. Los conventos, las iglesias, los palacios, han contribuido en ello. David, el que hizo el retrato de Marat muerto en su bañera, ha sido el ordenador de la fiesta, ha clasificado toda esta gran cronología de Francia por siglos, casi por reinados.

Todos los durmientes de mármol, extendidos sobre sus tumbas con la doble rigidez de la muerte y del granito, ofrecen desde la cruz de Dagoberto hasta los bajorrelieves de Francisco I, la historia de doce siglos que hablan a la imaginación con la voz de la ciencia. Una vez más, y gracias al conocimiento que tengo de los trajes, he merecido el elogio de monsieur Danton. Parece ser que has hecho de mí, mi bienamado, una mujer más completa de lo que creía. La pobre pequeña madame Danton que nada sabe de todo esto y que nunca oyó hablar en su familia de arte ni de ciencia está todavía más asombrada que su marido. Me mira casi con admiración, lo que me hace enrojecer, pero al mismo tiempo me recuerda que todo te lo debo a ti.

Esperaba encontrar en medio de todo esto una efigie de Marat. Me equivocaba. Danton dice que Robespierre es quien se ha opuesto.

Voy a contarte las cosas tal y como Danton me las explicó.

Quizás algún día leas este manuscrito. Entonces sabrás que ni un solo momento he dejado de pensar en ti.

He aquí lo que me dijo:

David, para esta ocasión, se había convertido a la vez en historiador, arquitecto y autor dramático.

Ha hecho una obra en cinco actos sobre la Revolución.

En la plaza de la Bastilla ha levantado una estatua colosal de la Naturaleza, algo así como una Isis con cien pezones, lanzando por cada uno de ellos, en una gran pila, el agua de la regeneración.

La Libertad, coloso de la misma altura, se encuentra en la plaza de la Revolution.

Por fin, un tercer Titán, el pueblo, Hércules venciendo al Federalismo bajo la figura de la Discordia y ante el Hotel des Invalides.

Para llegar a este último grupo, es necesario pasar bajo un arco de triunfo que ocupa toda la anchura del bulevar de Italia. De este grupo de los Invalides, se llega al altar de la Patria, situado en el centro del Champ de Mars.

En cada uno de estos puntos, designados como altares para la procesión del Corpus, el cortejo que partió de la plaza de la Bastilla se paró y realizó un acto patriótico.

Danton, que estaba obligado a ir con la Convención, nos dejó aquel día a su mujer y a mí a cargo de Camille Desmoulins y de Lucile.

A pesar de que Camille Desmoulins era miembro de la Convención, no estaba obligado a asistir a estos actos. Curioso como un niño, quería verlo todo para criticarlo todo. Lucille reía como una loca de las salidas de su marido; a mí, debo confesarlo, me impresionaba la parte grandiosa que tenía todo este espectáculo.

Hérault de Séchelles, en su calidad de presidente de la Convención, estaba a la cabeza del cortejo; si le hubiesen elegido por su belleza, no hubiesen podido hacer mejor elección. Es el hombre ideal para las ceremonias nacionales y me lo imaginaba con el traje griego o la toga romana. Subió sobre las ruinas de la Bastilla, cogió una copa etrusca, la llenó de agua, la llevó a sus labios y la pasó a los ochenta y seis ancianos que representaban los ochenta y seis departamentos, cada uno con su estandarte, bebieron a su vez y después de beber dijeron:

—Nos sentimos renacer con el género humano.

El cortejo descendió por el bulevar; la terrible sociedad de los jacobinos iba al frente con su estandarte, un ojo abierto sobre las nubes, símbolo de su policía universal. Tras ellos iba la Convención.

Para simbolizar la fraternidad del pueblo con sus mandatarios, David había despojado a los representantes de sus uniformes. Vestidos como burgueses, no había ninguna diferencia entre sus trajes y los de aquellos que había elegido. Únicamente, llevaban un lazo tricolor los enviados de las asambleas primarias.

Camille no pudo ocultar su risa.

—Ved —dijo— la Convención conducida a lazo por los jacobinos.

Los jueces revolucionarios llevaban un penacho negro, símbolo de su terrible misión de duelo.

El resto, la Comuna, los ministros, los obreros, iban todos juntos. Únicamente, como símbolo a la nobleza del trabajo, los obreros llevaban sus herramientas.

Los reyes de la fiesta eran los humildes y los desgraciados de la sociedad. Los ciegos, los ancianos, los niños abandonados, iban en carros. Los bebés que no podían andar eran llevados en sus cunas. Dos ancianos, un hombre y una mujer, eran arrastrados, como Cléobis y Biton, en una pequeña carreta por sus cuatro hijos.

Sobre un carro una urna que se decía que contenía los restos de los héroes. Ocho caballos

blancos con penachos rojos, que levantaban y sacudían la cabeza a cada toque de trompeta, tiraban del carro. Los padres de aquellos que habían sido muertos este grandioso día iban detrás, con la frente alegre y coronada de flores, dando a entender que no les apenaba que murieran por la patria.

Un carro, parecido al del verdugo, conducía los tronos, las coronas y los cetros.

El patíbulo había desaparecido de la plaza de la Revolution. Al pie de la estatua de la Libertad el presidente hizo vaciar el cofrecillo que contenía las insignias de la realeza. El verdugo les prendió fuego.

Tres mil pájaros, a los que dieron libertad, volaron en todas direcciones como una nube feliz. Dos palomas se posaron en los pliegues del vestido de la estatua de la Libertad.

Al día siguiente, cuando el patíbulo volviese a estar en su sitio, se encargaría de espantarlas.

De la plaza de la Revolution fuimos al Champ de Mars; la estatua de Hércules aplastando al Federalismo estaba colocada sobre una roca, delante de la cual se había construido una plataforma. Al pie de la montaña se encontraba la Balanza de la igualdad.

Todo el mundo pasó por debajo.

Cuando llegaron a la plataforma, los ochenta y seis ancianos entregaron al presidente, uno tras otro, la pica que tenían en la mano, quien las unió con un lazo tricolor, indicando así la alianza de los departamentos con la capital. Estaban de pie y a la vista de todos, frente al altar en el que ardía incienso.

Hérault de Séchelles leyó la aceptación de la nueva ley, proclamando la igualdad. Tras sus últimas palabras, sonó un cañonazo.

Mi querido amigo, no soy más que una mujer, pero te juro que en ese momento vivía tal sentimiento de entusiasmo que mis lágrimas rodaron a pesar mío. ¡Ah! ¡Si hubieses estado allí! ¡Si mi brazo se hubiese apoyado en el tuyo en lugar de en uno extraño! ¡Cómo me hubiese estrechado contra tu pecho y cómo hubiese llorado!

¡La República francesa fundada en la igualdad! El carro que llevaba las cenizas de las víctimas del 10 de agosto avanzó hasta el templo que se había levantado en el extremo del Champ de Mars. Cogieron la urna, la depositaron en el altar y, estando todos de rodillas, el presidente tomó la urna y se le oyó decir en voz alta estas palabras:

—¡Cenizas queridas, urna sagrada, os abrazo en nombre del pueblo!

Un hombre se aproximó a Camille Desmoulins y le preguntó:

—Ciudadano, ¿puedes decirme por qué no veo, como en 1792, la espada de la justicia cubierta de crespones que llevaban hombres coronados con ciprés?

—Porque —contestó Desmoulins— cuando la justicia se siente en todas partes, no es necesario mostrarla.

He olvidado decirte, mi bienamado Jacques, que el arco de triunfo de la avenida de Italia, está dedicado a las mujeres que el 5 y 6 de octubre trajeron de Versalles al rey, a la reina y a toda la realeza.

Únicamente he oído decir que estas heroínas eran verdaderas madres de familia, que muertas de hambre habían dejado a sus criaturas. Bellas jóvenes, castas, que no osaron hablar cuando se encontraron frente al rey y que se desmayaron al ver a la reina, pero el pintor las ha sustituido por modelos brutales e intrépidos.

Las mujeres del arco de triunfo de los Italianos serán probablemente más bellas, pero estoy segura que las otras eran mejores.

A la caída de la noche todo el gentío se desparramó. Los unos, entraron tranquilamente en

París, los otros, menos pacíficos, se sentaron sobre la hierba de agosto, ya marchita, y cenaron en familia con lo que habían llevado.

Estábamos a mitad de camino de Sevres, donde Danton debía unírseos; Camille y Lucile cenarían con nosotros. Alquilamos un coche y media hora después de haber dejado el Champ de Mars, estuvimos en casa de Danton.

Danton llevó con él a un hombre al que yo no conocía, pero que tú debes conocer: se llama Carnot. Lleva calzones cortos, es bajo y va peinado a lo Jean-Jacques Rousseau, con un abrigo gris. Parece un subjefe de un Ministerio. Se cuenta con él para hacer frente por un lado a los ingleses que están ante Dunkerque, y por otro, a los prusianos que han tomado Valenciennes, o mejor dicho, a los que ha sido entregada Valenciennes.

Por su puesto en el Ministerio de la guerra conoce todas las noticias, y según parece, éstas son deplorables. Danton tiene gran confianza en él, pero parece ser que Robespierre no le aprecia. Es un trabajador obstinado, que cuando está en París, pasa su vida desde la calle Saint Florentin a las Tullerías, yendo a hurgar en los antiguos papeles que se encuentra. Cuando está en el ejército, sustituye su abrigo gris por el de general, y una vez ganada la batalla, vuelve a ponerse el abrigo gris y regresa a París siempre con su mismo plan. Le inquieta sobre todo Valenciennes, que parece haberse convertido en una hoguera reaccionaria y fanática. Sobre la tierra de Francia se canta el *Salvum fac imperatorem*; las mujeres lloran de alegría, dan gracias a Dios, desenvainan sus espadas y gritan: «¡A París! ¡A París!»

Me maravillo cuando pienso que este hombrecito, que mide apenas cinco pies y dos pulgadas, y solamente bebe agua, combate con su calzón corto y su abrigo gris al duque de York, hermano del rey de Inglaterra, que tiene seis pies de altura y bebe diez botellas de vino después de la cena. Parece ser que le hubiese gustado quedarse tranquilamente en Valenciennes, puesto que no le gusta molestar, pero las bellas damas le han atormentado tanto, y los emigrados le comparan a Marlborough, que ha terminado, como los otros, por desenvainar su espada y gritado: «*Now, or never.*» «Ahora o nunca.»

Las últimas noticias le anunciaban que la vanguardia se encontraba en Saint Quentin.

Danton ha redactado un decreto de alistamiento en masa que el hombre del traje gris propondrá y hará adoptar mañana a la Convención. Dicho decreto me parece una obra de arte.

Todos los franceses se encuentran en requisición permanente. Los jóvenes irán a combatir, los hombres casados fabricarán armas y transportarán alimentos, las mujeres montarán tiendas, coserán y trabajarán en los hospitales, los niños harán hilas, los ancianos, en las plazas, animarán a los guerreros gritándoles el odio a la monarquía y la unidad de la república.

Desde mañana empezamos con el trabajo madame Danton y yo.

—¡Oh, mi bienamado, estoy rota! ¿Cómo seguir viviendo, cómo morir? Morir me parece mucho más fácil que vivir y no es la primera vez que deseo esperarte o reunirme contigo en esa cita de la muerte de la que nadie escapa.

Tu nombre ha sido repetido diez, veinte, cien veces. Te necesitaban para redondear la cifra, veintidós cabezas. Han sustituido la tuya por la de cierto Mainvieuille, conocido y célebre por los asesinatos de la Glacière, en Avignon. Según cuentan, tú has muerto de cansancio en cualquier gruta del Jura, en compañía de Louvet, o has sido devorado por los lobos junto con Roland.

Pero para ellos has muerto, por eso no has sido juzgado con los demás.

¡Oh! ¡Si estuviese segura de que era cierto acabaría pronto con esta enfermedad del cuerpo que se llamaba vida, en beneficio del alma!

Desde hacía algún tiempo veía cómo Danton pasaba por crisis de dolor y de cólera. Siempre había esperado que el proceso contra los girondinos no se efectuase. ¿No eran ellos los que habían iniciado la Revolución? ¿No eran ellos los que habían realizado la hazaña del 10 de agosto? ¿Y, acaso no eran ellos los que habían declarado la guerra a la nobleza?

De pronto, mientras en el norte los ingleses asedian Dunkerque, los monárquicos entregan Toulon a los ingleses.

Era demasiada clemencia hacia la reina y los girondinos. ¿No acusaban a los girondinos de complicidad con la reina, y por consecuencia, con los monárquicos?

El día en que se supo en París la toma de Toulon, Robespierre, dueño de la situación, ordenó incoar dos procesos con los que nadie se había atrevido hasta entonces: contra los girondinos y contra la reina.

Cuando los prusianos entraron en Francia por Champagne, tuvo lugar la matanza de las cárceles.

Contra los monárquicos, que luchaban en el oeste en la Vendée, contra los ingleses que compraban Toulon, se oponían la cabeza de la reina y la de los veintidós girondinos.

¿Comprendes, mi bienamado? Aunque únicamente doce de tus amigos estuviesen en poder del tribunal revolucionario, y otros muertos y el resto huidos, al pueblo se le habían prometido los veintidós girondinos, y había que dárselos.

Se añadieron a la lista diputados que jamás habían jurado por la Gironda. Se propuso a Danton que entrase en el Comité de salud pública, de este modo su vida estaba a salvo. ¿Quién se atrevería a tocar a un miembro de este terrible comité?

Sin embargo, para entrar había que aceptar dos terribles condiciones:

¡ La muerte de los girondinos!

¡La matanza de la Vendée!

Una noche vimos llegar a Danton más abatido que nunca.

—¡Estoy cansado de tanta carnicería de hombres! —nos dijo.

Se dirigió a su mujer.

—Prepárate para venir mañana conmigo a Arcis-sur-Aube —le dijo.

Arcis-sur-Aube era su lugar de nacimiento. Igual que Antea volvía a reponer sus fuerzas tocando su tierra natal, Danton quería pedir a la fuente de su vida su vigor perdido.

—¿Venís con nosotros? —me preguntó.

—¡Oh, no!, debéis comprender que si tengo alguna esperanza de saber algo de «él», es siguiendo paso a paso el proceso de los girondinos.

—Ninguno de los dos tenemos razón —me dijo—, yo debiera quedarme, vos deberíais partir.

Esa misma noche vino a verle Garat. ¿Recuerdas?, fue el ministro de Justicia que le siguió a él.

Le encontró enfermo, o más que enfermo, consternado.

Hizo lo posible para retenerle en París; le mostró a Robespierre aprovechándose de su ausencia y derribando a Hebert y Chaumette; cuando volviese sus amigos serían los de Robespierre y se

volverían contra él, igual que los amigos de los girondinos se volvieron contra ellos.

—Tu marcha —dijo por fin—, es simplemente un suicidio, no te atreves a darte muerte, quieres morir.

—¡Quizá! —dijo Danton—. ¡Y la ruina de mi partido, la pérdida de mi influencia y la destrucción de mi popularidad! ¡Todo esto no es nada! Lo que me deprime, lo que me destroza el corazón es el hecho de no poder salvarlos. Vergniaud, que era la misma elocuencia; Phéthion, el honor; Valazé, la lealtad; Ducos y Fonfréde, la amistad.

Gruesas lágrimas caían de sus ojos.

—¡Y fui yo, yo, quien el treinta y uno de mayo dio el golpe terrible! Quería apartarlos de mi camino, no quería matarlos.

Garat dejó a su amigo sin haber obtenido nada de él.

Me quedaban Camille y Lucile, pero estaba muy lejos de sentirme ligada a ellos como a Danton y su mujer. Sentía hacia Danton esa amistad confiada y respetuosa que se siente hacia el hombre de genio. Incluso en sus debilidades, lo encuentro sublime.

Se marchó el 13 de octubre. El volcán se había apagado. ¿Volverá a encenderse? Lo dudo.

El 16, la reina moría en el patíbulo.

Su muerte no causó en París el efecto que se esperaba.

Se sabía que el general Jourdan estaba librando en Wattignies una batalla de la que dependía Francia.

El pequeño hombre del abrigo gris y calzón corto había dejado París. Se había ido con el ejército, se había puesto su uniforme de general y había luchado durante dos días.

La primera jornada se había perdido, pero con su ejército, que el enemigo creía en retirada, había atacado al enemigo y lo había vencido.

Volvió a colocarse su abrigo gris y retornó a París el 19, anunciando que el general Jourdan había conseguido una brillante victoria.

De él, ni una palabra.

Esta victoria daba una enorme fuerza a Robespierre, a quien, en un momento de debilidad, Danton cedió su puesto y que, erigido en único señor, se había convertido en gobierno.

Al día después de esta victoria, Fouquier-Tinville reunió las pruebas para instruir el proceso contra tus desgraciados amigos. Se habían tomado todas las medidas no solamente para matarlos, sino para deshonrarlos.

Su causa se vio inmediatamente después de la de un pobre miserable llamado Perrin, ladrón, condenado a galeras y a la exposición que con él se hizo en la guillotina. Tuvieron buen cuidado que entre él y los nobles girondinos no rodara ninguna cabeza; necesitaban un patíbulo frío.

Primeramente se les encarceló en la prisión de Carmes, todavía ensangrentada por las matanzas de septiembre. Se les encarceló apartados del resto de los presos. En una sola celda había dieciocho camas.

Vergniaud, que llevaba varios meses en la cárcel, no quiso pedir nada a nadie; sus ropas estaban hechas girones y, desde hacía tiempo, su dinero pasaba a manos de otro preso más pobre que él.

Su cuñado, monsieur Alluaud, vino de Limoges y le llevó algún dinero y trajes. Obtuvo permiso para ver a Vergniaud con su hijo, un niño de diez años.

El niño, al ver a su tío tratado como un criminal, pálido y en los huesos, los cabellos ralos, la barba crecida y las ropas desgarradas, en lugar de echarse en sus brazos, se refugió

entre las rodillas de su padre.

Pero Vergniaud le atrajo diciéndole:

—No tengas miedo y escúchame. Cuando seas mayor y Francia sea libre, cuando ya no se vea por las calles de París esa horrenda máquina llamada guillotina, dirás: «Cuando yo era pequeño vi a Vergniaud, el fundador de la República, en sus mejores tiempos y con su mejor traje, aquel, en que, perseguido por miserables, se preparaba para morir por la libertad de los hombres.»

Pero entre todos ellos Valazé era el apóstol y el mártir del suplicio, ya que por su grado en el ejército estaba familiarizado con la muerte. Pretende que toda fe y nueva religión precisa también sangre nueva, se le notaba feliz de poder ofrecer la suya en sacrificio.

—Valazé —le dijo un día Ducos—, se te castigaría si no fuese porque ya estás condenado.

El 22 de octubre se les comunicó su acusación, el 26 comenzó el proceso.

A mediodía fueron conducidos ante el tribunal revolucionario. Cada uno de ellos tenía un gendarme a su lado.

Iba del brazo de Camille, Lucile del mío. Les vimos sentarse, uno tras otro, en el banquillo de los acusados. Eran nobles mártires sobre cuyo rostro no se veía ninguno de los signos que hacen decir: «He ahí un culpable.»

Por lo menos no hubo hipocresías en el proceso. Todo el mundo vio bien claro que lo que precedía al patíbulo no era más que una forma, únicamente se trataba de matar. Los acusadores Haubert y Chaumette fueron citados como testigos. No hubo abogado para defenderlos.

Se les acusaba de cosas extrañas: los asesinatos de septiembre, que siempre quisieron castigar; se les reprochaba haber sido amigos de Lafayette, de Orleans y Dumouriez. Sin embargo, los jueces sentían vergüenza de condenarlos por tales acusaciones y semejantes testigos.

El proceso duró siete días y al séptimo se había avanzado menos que en el primero.

Fue necesario que interviniesen los jacobinos; una comisión dijo a la asamblea que decretase que el tercer día, aunque no era cierto, el jurado estaba suficientemente instruido.

Camille me dijo que se encontró la minuta totalmente escrita por puño y letra de Robespierre, que deseaba su muerte a cualquier precio.

El segundo día del proceso, cuando se vio claramente lo odioso de la acusación, Garat, a quien había visto en casa de Danton el día de su partida, pidió a Robespierre que salvase a los girondinos. Preparó una especie de contraprosceso para pedir clemencia y se lo leyó.

Contó lo que le costó a Robespierre escucharle; recubierto con su máscara, fría como un pergamino sobre la cabeza de un muerto, pero agitado por convulsiones musculares. Cuando leía determinados párrafos, se cubría los ojos con las manos para que nadie viese asomar en ellos el puñal del odio. Sin embargo, dejó que la lectura tocase su fin, y dijo:

—Me parece bien, ¿pero, qué queréis que haga? Nadie puede hacer nada. Decís que no disponen de un abogado, tampoco lo necesitan puesto que, todos ellos, lo son.

El decreto de la Convención llegó al tribunal revolucionario a las ocho de la tarde.

Gracias a este decreto, el jurado vio todo claro y consideró inútil seguir con los debates. Los jurados no hicieron más que entrar y salir en la sala de deliberación. El presidente, ¡allá su conciencia!, decretó la muerte de los veintidós girondinos.

Sentí temblar el brazo de Camille.

—¡Ay, desgraciado de mí! —dijo—. ¡Es mi libro el que los mata!

Parece ser que Camille había escrito un libro contra los girondinos.

Esta condena era tan inesperada que los asistentes apenas lo creían. Los condenados maldijeron a sus jueces. Los gendarmes estaban paralizados. Cada acusado hubiese podido desenvainar el sable de los gendarmes y matar a los jueces, sin que nadie se opusiese.

En este instante, pareció que Valazé se desvanecía y cayó sobre el parquet.

—¿Sientes miedo, Valazé? —le preguntó Brissot.

—No, me muero —le respondió.

Acababa de hundir en su corazón la punta de un compás.

Eran las once de la noche.

Pasado el momento de emoción pública, de las maldiciones de los condenados, de los inútiles cuidados prestados a *Valazé*, que había muerto, apretáronse unos contra otros y dijeron:

—¡Somos inocentes! ¡Viva la República!

El muerto y los vivos abandonaron el tribunal y fueron conducidos a la Conciergerie. Habían prometido informar de su suerte al resto de los detenidos. Para ello encontraron un medio bien simple: cantaron la primera estrofa de la *Marsellesa*, cambiando una sola palabra del cuarto verso:

¡Marchemos, hijos de la patria!

¡El día glorioso llegó ya!

Todos contra la tiranía

El «cuchillo» sangrante se levantó

Los presos esperaban y escuchaban. La palabra «cuchillo», que sustituía a «estandarte» les dio la clave.

En todas las celdas se oyeron gritos, llantos y sollozos.

Ellos no lloraban.

Una comida, enviada por un amigo, les esperaba.

Valazé, por muy muerto que estuviese, también estuvo allí. El tribunal ordenó que el cuerpo del suicida fuese reintegrado a la prisión y conducido en la misma carreta hasta el lugar de la ejecución e inhumado con ellos.

El terrible tribunal no perdonaba ni la muerte.

Dicen que es Bailleul, proscrito como ellos pero escapado y escondido en París, quien les envió esta última comida que les permitió hacer lo que los primeros cristianos, condenados al circo, llamaban la «comida libre».

Vergniaud había sido nombrado presidente de la comida, su rostro permaneció tranquilo y sonriente.

—No os extrañéis —dijo, temiendo humillar a sus amigos con su serenidad—. No dejo ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijos. Estaba solo en la vida y voy a teneros como hermanos en la muerte.

Como nadie asistió a esa última comida, ni nadie ha sobrevivido a ella, no podría decirte cuál fue el tema de la conversación.

Sin embargo, un carcelero dijo haber oído a Ducos:

—¿Qué haremos mañana a estas horas?

—Nuestro día habrá terminado —contestó Vergniaud—, y estaremos durmiendo.

El día agonizante penetró por las rejas en la celda de los prisioneros haciendo palidecer las bujías.

—Vamos a acostarnos —dijo Ducos—, la vida vale tan poco que no merece la hora de sueño que vamos a perder.

—Veamos —dijo Lassource—, la eternidad es tan terrible que mil vidas no serían suficientes para prepararnos a ella.

A las diez, los que dormían fueron despertados por el ruido de los cerrojos; los que no dormían vieron entrar a sus ejecutores que venían a preparar sus cabezas para el cuchillo.

Uno tras otro, sonrientes y humildes, inclinaron sus cabezas bajo las tijeras y tendieron sus brazos a las cuerdas.

Se permitió a otro de los presos, el padre Lambert, que se acercase a ellos en ese momento supremo y preparase, a aquellos que lo desearan, para la muerte por medio de la religión.

Gensonné recogió un bucle de sus cabellos negros y se lo dio al sacerdote.

—Decid a mi mujer que es todo lo que puedo enviarle, pero que muero con mi pensamiento puesto en ella. Vergniaud sacó su reloj, lo abrió, y sobre la tapa de oro escribió la fecha del 30 con un alfiler, encargó al abate Lambert que lo entregase a la mujer que amaba. Probablemente a mademoiselle Candeille.

Cuando terminaron con su aseo personal, los condenados bajaron al patio de palacio. Esperaban cinco carretas, rodeadas por un enorme gentío. El día había amanecido pálido y lluvioso, uno de esos días tristes que contienen toda la desesperanza del invierno. Se había ordenado que no diesen nada a los condenados, pretendiendo minar su moral.

Eran cuatro en cada carreta, únicamente en la última eran cinco y el cadáver de Valazé. Su cabeza, movida por la marcha, caía sobre las rodillas de Vergniaud, destinado a morir en último lugar, por ser el mayor culpable, es decir, el más elocuente, el más valiente.

En el instante en que las cinco carretas salieron bajo el arco sombrío de la Conciergerie, entonaron todos a una y como una marcha fúnebre, la primera estrofa de la *Marsellesa*:

¡Marchemos, hijos de la patria!

Este canto elegido por ellos, ¿no tenía el doble significado del patriotismo y la lealtad? ¿No significaba que adonde quiera que os llame la patria, incluso a la muerte, hay que ir cantando?

La primera carreta dejó sus víctimas al pie del patíbulo. Se abrazaron en señal de comunión en la libertad, en la vida y en la muerte.

Subieron uno tras otro, el que subía seguía cantando como los otros.

Únicamente la pesada masa de hierro lograba ahogar sus voces.

Todos murieron como héroes. El coro disminuía a medida que la hoja caía; las filas se aclaraban, la *Marsellesa* continuaba.

Finalmente sólo quedó una voz para entonar el himno patriótico.

Era la de Vergniaud que, como ya te he dicho, debía morir el último.

Sus últimas palabras fueron:

¡Amor sagrado de la patria!

Todo se acabó. El silencio cayó sobre el gentío y sobre el patíbulo. El pueblo se retiró

consternado. Comprendía que algo esencial para la República acababa de morir.
¿Por qué no estábamos juntos en la última carreta?

Desgraciadamente, sólo puedo hablarte de ejecuciones. La noticia de la de los girondinos llegó hasta Arcis-sur-Aube, pero no fue capaz de arrancar a Danton de su letargo.

Su mujer, que estaba encinta, me escribía que su marido pasaba a veces hasta dos y tres horas por la noche asomado a la ventana de su habitación, que daba al campo. Los ojos fijos en el cielo, escuchando todos los ruidos, aspirando la brisa, parecía que Danton, que había sido un panteísta durante toda su vida, se preparase a devolver a la naturaleza todo lo que de ella había recibido.

Reapareció el 3 de diciembre empapado de soledad y reposo. Habló con una elocuencia que no tuvo jamás, pero nadie supo de qué habló. Apenas si supimos que había reaparecido en la Convención. El *Moniteur*, había recibido órdenes de no publicar su discurso.

Encontró el vacío a su alrededor; sus amigos se habían aliado a Robespierre; únicamente uno o dos seguían siéndole fieles: Bourdon de l'Oise y Camille.

Todos recordábamos el grito lanzado por Camille durante el juicio de los girondinos:

—¡Desgraciados, yo los he matado!

El club de los jacobinos pidió cuenta de este grito. Camille, que escribía muy bien, hablaba mal. Era tartamudo y Robespierre contaba con ello y estaba seguro que no lograría hacerse entender.

Pero he aquí que para hacer frente al arte, que la naturaleza le había negado, su corazón le dio de pronto la fuerza de las lágrimas.

—Sí —dijo—, sí, lo repito aquí: me equivoqué. Siete de los veintidós eran nuestros amigos. Setenta amigos asistieron a mi boda, desgraciadamente todos han muerto. Sólo me quedan dos: Robespierre y Danton.

El discurso de Danton, que no fue publicado en el *Moniteur*, era una especie de abdicación, por su parte, de toda pretensión política.

Dijo, lo que por otra parte era totalmente cierto, que los dos años de lucha que había sostenido no le dejaron ni orgullo, ni vanidad. Esta vez, como Camille, se alió a Robespierre, se había convertido en su segundo. Su discurso terminaba con un deseo:

—¡Ojalá que la República, ya fuera de peligro, pueda un día, como Enrique IV, indultar a sus enemigos!

Dos o tres días después, Robespierre, con su voz lastimera, pedía quinientos mil francos para los indigentes.

Cambon, verdadero ministro del tesoro de la época, el dantonista Cambon, a quien tanto costaba soltar su dinero, dijo con su voz ruda:

—Quinientos mil francos no son suficientes, ofrezco diez millones.

Los diez millones fueron votados y aceptados.

Ocurrió que el 26 de diciembre, el mismo día en que Robespierre pedía más rapidez en los juicios revolucionarios, un dantonista, pálido y fuera de sí, subió a la tribuna, gritando:

—¡Van a guillotinar a un inocente, he aquí la prueba!

Era tal la necesidad de volver a la clemencia, que la Convención votó un aplazamiento y más de veinte de sus miembros se precipitaron fuera de la sala, unos hacia el Palacio de Justicia, otros a la plaza de la Revolution para impedir que ese «inocente» fuese ejecutado.

Con ello aumentaron las esperanzas de los dantonistas, y fueron más lejos que lo que Danton hubiese deseado.

Bourdon de l'Oise, una especie de jabalí de pelo rojizo, achacó todo al agente público del Comité de seguridad, Héron, que era el agente secreto de Robespierre.

El immaculado Robespierre alardeaba de no tener ninguna relación con la policía. Jamás había visto a Héron.

Desde el pequeño hotel donde estaba situado el Comité de salud pública, un pequeño y oscuro corredor comunicaba con las Tullerías.

Ahí los hombres de Héron entregaban a Robespierre los sobres lacrados que le tenían al corriente de todo lo que sucedía.

Muchas veces eran jovencitas las que llevaban paquetes a las señoritas Duplay. Robespierre las encontraba al ir a casa de su carpintero.

Robespierre, quien una vez entregada su confianza la mantenía hasta la imprudencia, había asegurado la impunidad a este agente, lo que le hacía insolente hasta el punto de insultar a los diputados.

Como muchos tenían quejas de él, la proposición de Bourdon (de l'Oise) fue aceptada.

La Asamblea votó. Héron fue arrestado.

Todos los robespierristas acudieron. Recibieron una orden de Robespierre, la decisión había sido tomada durante su ausencia y, si se mantenía, estaba, si no perdido, cruelmente atacado. Fue Couthon el que pidió a la Asamblea que devolviese su confianza al Comité de salud pública. Moïse Bayle atestiguó, cómo, en varias ocasiones, Héron había actuado con gran maestría. Finalmente fue el mismo Robespierre quien jugó al enternecimiento, hablando de las almas sensibles y de su ambición por obtener la palma del martirio.

El arresto de Héron fue revocado.

Si Héron hubiese sido arrestado, nuestro amigo Danton reinaría en lugar de Robespierre; Bruñe, el amigo de la casa, hombre decidido como ninguno, ponía la mano sobre los satélites de Héron, Westermann sableaba a Henriot y levantaba, con su amigo Santerre, la calle del gran faubourg.

Presentó a la Asamblea, que no pedía otra cosa, al hombre popular por excelencia, a Danton... Robespierre a salvo, Danton era el que había muerto.

Robespierre había visto su tumba demasiado cerca para no llenarla con cadáveres de los dantonistas. Viéndole pálido y temblando por el golpe, Billaud le cogió la mano y le dijo:

—Debemos matar a Danton, ¿no es cierto?

Robespierre saltó sorprendido al oír semejante cosa.

—¡Entonces, mataríais a los primeros patriotas! —dijo mirando a Billaud.

—¿Por qué no?—respondió Billaud.

—¿Vos? —dijo Robespierre.

—¡Sí, yo!—contestó.

Robespierre hizo llamar a Saint Just y Couthon. Les dijo que se quejaban de la inmoralidad y corrupción de Danton.

Couthon y Saint Just aplaudieron.

Se comenzó por hablar al Comité de salud pública. Lindet advirtió a Danton. Este se encogió de hombros.

—¡Pues bien, sea! —dijo—. Prefiero ser guillotinado a guillotinar.

Le propusimos que huyese.

—¿Creéis —respondió— que la patria se lleva pegada a las suelas de los zapatos?

—Por lo menos, escondeos —le dije.

—¿Puede esconderse Danton?—contestó.

Efectivamente, no podía esconderse.

Sin saber que iba a ser acusado, ya se preparaba su cementerio.

Y sin embargo, parecía que Danton tenía el presentimiento de lo que iba a sucederle.

Danton nos contó cómo, saliendo del palacio de Justicia con Souberbielle, jurado del tribunal revolucionario, y Camille, una noche oscura y fría de esas que predisponen a impresiones siniestras y dejan escapar los secretos del alma, se paró sobre el puente Neuf y miró, melancólicamente, correr el agua. Souberbielle se acercó a él:

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Mira —dijo Danton—. ¿No sientes la impresión de que por el río corre sangre?

—Es verdad —dijo Souberbielle—, el cielo está rojo, hay otras lluvias de sangre detrás de esas nubes.

Danton se volvió y se apoyó en el pretil.

—Al paso que vamos —le dijo—, ya no habrá seguridad para nadie; los mejores patriotas son tratados como traidores, la sangre que los generosos han vertido sobre los campos de batalla no les dispensa de verterla sobre el patíbulo. ¡Estoy cansado de vivir!

—¿Qué quieres? —dijo Souberbielle—, esta gente empieza por tener jueces inflexibles y he aceptado el puesto de jurado, pero sólo quieren verdugos complacientes. ¿Qué puedo hacer yo? No soy más que un patriota oscuro. ¡ Ah, si yo fuese Danton!

Danton le puso la mano sobre el hombro.

—Danton duerme, calla —le dijo—, despertará cuando llegue su hora. Todo esto me causa horror. Soy un hombre de revolución, no un hombre de carnada... ¿Y tú? —dijo dirigiéndose a Camille Desmoulins—, ¿por qué guardas silencio?

—¡Estoy harto del silencio! —respondió Camille—. La mano me pesa; a menudo quisiera convertir mi mano en estilete y apuñalar a esos miserables. Mi tinta es más indeleble que su sangre: habla de su inmortalidad.

—¡Bravo, Camille! —repuso Danton—. Empieza desde mañana. Tú empezaste la Revolución, a ti te toca fijarla, y no te preocupes, esta mano te ayudará. Sabes que es fuerte.

Tres días después, el *Vieux Cordelier* apareció.

He aquí lo que publicó su número 6, al siguiente día del arresto del poeta Fabre d'Églantin, amigo de Camille:

«Considerando que el autor de *Philinte* acaba de ser llevado al Luxembourg antes de haber visto el cuarto mes del calendario; queriendo aprovechar este momento en el que todavía dispongo de tinta y papel y en que mis dos pies reposan sobre el escabel para ordenar mi reputación, voy a publicar mi fe política, en la que he vivido y moriré, bien de un tiro, o de una puñalada, o por la muerte de los filósofos, como dice el compadre Mathieu.»

Este número, bastante violento, anunciaba la aparición de otro más violento todavía.

Viendo que Camille iba a perderse y no olvidando que era uno de los dos amigos a quien me habías legado y que me habían acogido en París, corrí a la calle de la Ancienne Comedie, donde otras veces me había recibido Lucile, en los tiempos en que él y Danton eran todopoderosos y en el que sus amedrentados amigos venían a rogarle que cesase, cuando aún era tiempo.

Había con él un oficial muy patriota llamado Bruno, y que no parecía nada tímido. Comía con Camille y le aconsejaba prudencia. Pero Camille estaba lanzado; pretendía que un paso atrás era una cobardía.

Le trajeron las pruebas, las corrigió tranquilamente, y entre dos artículos, añadió:

—¡Milagro! ¡Un hombre ha muerto esta noche en su cama!

Vio que Bruñe se encogía de hombros.

—*Edamus et bibamus* —dijo en latín, para no ser oído por Lucile.

Creyendo que no le entendía, continuó:

—*Cras enim moriemur.*

Fui donde estaba Lucile y le dije lo que acababa de oír.

Estaba haciendo chocolate.

—Dejadle, dejadle —me dijo—; está cumpliendo su misión, será él quien salve a Francia; los que piensen de otro modo, no tomarán mi chocolate.

El lugar donde Danton debía ser enterrado, ya estaba señalado, sólo había que arrestarle.

Camille hizo desbordar el vaso pidiendo, a través de su periódico, un tribunal de clemencia.

El 28 de marzo, Danton nos anunció que cenaba con Robespierre. Amigos comunes habían intentado, en un último esfuerzo, unirlos de nuevo.

Decidí quedarme en Sévres aquella noche, para tener noticias de la reunión, en la que la cena era sólo un pretexto.

Se celebraría en casa de Pañis, en Charenton.

Danton volvió hacia la una de la mañana.

—¿Qué ha ocurrido? —le dijimos viéndole aparecer.

—Nada —dijo este hombre impasible—; no es un hombre, es un espectro. No se sabe por donde cogerle, no le queda nada humano; creo que estamos más embrollados que nunca.

—Pero, ¿qué ha sucedido? —dijo madame Danton—, danos detalles.

—¿Para qué? ¿Acaso sé yo de qué hemos hablado? ¿Puede sacarse algo de las palabras blandas y viscosas de Robespierre? Recriminaciones por las dos partes. Me ha reprochado septiembre, como si no supiese que fue Marat quien lo provocó. Le he reprochado Lyon y Nantes. Total, hemos terminado mal.

Al día siguiente, las noticias de lo sucedido se habían extendido ya.

Robespierre dijo a Pañis:

—Ya ves, no hay forma de volver a traer a este hombre al gobierno; dentro, corrompe, fuera, amenaza. No somos tan fuertes como para despreciar a Danton, somos demasiado valientes para temerle; queríamos la paz, él quiere la guerra, la tendrá.

Los amigos de Danton acudieron a Sévres, suplicándole que conjurase la tormenta que se estaba fraguando, todos le decían que resistiese:

—La Montagne es tuya —le decía el carnicero Legendre.

—Las tropas son tuyas —decía el Alsacien Wertermann.

—El pueblo está con nosotros —decía Camille Desmoulins, quien a través de los números del *Vieux Cordelier*, sentía palpitar el corazón de Francia.

Pero Danton respondía con una sonrisa de indiferencia y orgullo, diciendo:

—¡No se atreverán, soy más fuerte que ellos!

Al día siguiente, 31 de marzo, él y su amigos fueron arrestados.

Fue el pobre Camille el más afectado por este arresto.

Los gendarmes entraron en el preciso momento en que abría una carta y que empezaba por estas palabras: «¡Tu madre ha muerto!»

Al mismo tiempo supo la detención de Danton.

—Está bien —dijo—, donde vaya él, iré yo.

Abrazó a su hijo, el pequeño Horacio, que dormía en su cuna, y se entregó a los gendarmes.

Le condujeron a la prisión de Luxembourg. Llegó al mismo tiempo que Danton y entraron juntos. Lo primero que vieron fue a Héroult de Séchelles, que esperaba la muerte jugando con el hijo del portero.

Corrió hacia ellos y los abrazó.

Cuando París supo su arresto, París se consternó.

Camille Desmoulins estaba como enloquecido. Se golpeaba la cabeza contra las paredes, lloraba y llamaba a Lucile.

—¿Por qué estas lágrimas? —dijo Danton—, nos envían al patíbulo, ¡vayamos alegremente!

Una débil voz les llegó de una celda vecina.

Era la de Fabre d'Eglantine.

—¿Quién eres, desgraciado en tu desesperación? —preguntó la voz.

—Soy Camille Desmoulins —respondió el prisionero.

—¿La contrarrevolución está por lo tanto en marcha? —gritó Fabre.

Al entrar en el Luxembourg y agachando la cabeza bajo el arco, por el que sólo vuelve a pasarse para morir, Danton murmuró:

—Pido perdón a Dios y a los hombres por haber constituido el tribunal revolucionario.

El 2 de abril, a las once, se llevaron a los acusados.

Madame Danton, que por su estado se encontraba enferma, no había tenido el coraje de asistir a la sesión. El proceso se realizaba junto con el de dos o tres hombres, manchados por sus manejos con dinero, para que el público pensase que Danton, Camille Desmoulins y Héroult de Séchelles eran cómplices de estos miserables.

A la vista de Danton entre esos dos ladrones, Delaunay y Despagnac, el escribano del tribunal no pudo contenerse y, tirando su pluma fue a abrazarle.

—Vuestra edad, nombre y domicilio —preguntaron a Danton.

—Soy Danton —respondió—; tengo treinta y cinco años; mi domicilio será mañana la nada, mi nombre pasará al Panthéon de la Historia.

La misma pregunta fue hecha a Camille Desmoulins.

—Soy Camille Desmoulins —dijo—, tengo treinta y tres años, la edad de Cristo.

Desde que estaba en prisión Camille había escrito dos cartas a su mujer.

Rota de dolor, Lucile vagaba alrededor del Luxembourg. Camille, pegado a los barrotes, intentaba verla. Pensaba únicamente en ella y en la muerte.

Había escrito a Robespierre, se dirigió a él, le recordó que su marido había sido amigo suyo y que había asistido a su boda como testigo.

Robespierre no contestó.

Fue a buscar a madame Danton. Quería llevarla a casa de Robespierre y que, las dos, de rodillas, pidiesen gracia para sus maridos. Madame Danton se negó.

—Aunque estuviese segura de salvar así a mi esposo —dijo—, jamás lo haría. Siendo un Danton, se puede morir, pero nunca envilecerse.

—Sois más grande que yo —dijo Lucile a madame Danton.

Y, desesperada, nos dejó.

Inútil es decir que fueron condenados.

A las cuatro, los ayudantes de los verdugos ataron sus manos y se prepararon para cortarles el pelo.

Danton los dejó hacer y se miró en un espejo.

—Han logrado —dijo— hacerme más feo que de costumbre; afortunadamente no apareceré de este modo ante la posteridad.

Camille Desmoulins nunca pensó que Robespierre consentiría que muriese. Cuando vio entrar a los ejecutores, un ataque de rabia le dominó. No esperó que llegasen a él, se echó contra ellos y luchó desesperadamente.

Hubo que forzarle para atarle las manos y córtale los cabellos.

Con las manos atadas rogó a Danton que le pusiera en ellas un bucle de los cabellos de Lucile, que llevaba en su pecho. Quería sentirlos en el momento de su muerte.

Eran catorce en una misma carreta.

A lo largo del camino, Camille se dirigió al pueblo:

—¡Pueblo! —dijo—. ¿Es que no me reconoces? Soy Camille Desmoulins. ¡Yo hice el 14 de julio, y te di la insignia que llevas!

A sus gritos, el gentío contestaba con insultos. Danton trataba de calmarle.

—Muere tranquilo, y deja a esa vil canalla.

Cuando llegaron a la calle Saint Honoré, ante la casa del carpintero Duplay, habitada por Robespierre, las puertas y las ventanas estaban cerradas. El gentío redobló sus gritos. Pero Danton se puso de pie en la carreta, y la gente se calló.

—Por muy escondido que estés —gritó—, escucharás mi voz. ¡Te arrastro, Robespierre, tú me seguirás!

Robespierre le oyó, y aseguran que bajando la cabeza dijo:

—Sí, tienes razón, Danton, inocentes o culpables todos entregaremos nuestras cabezas a la República. La Revolución reconocerá a los suyos al otro lado del patíbulo.

Hérault de Séchelles bajó el primero, pero se volvió antes para abrazar a Danton.

El ejecutor no se lo permitió.

—¡Imbécil! —murmuró Danton—, no impedirás que nuestras cabezas se besen luego cuando estén en la misma cesta.

Camille Desmoulins le siguió, y recobrando su calma en el patíbulo, miró la cuchilla cubierta de sangre y dijo:

—He aquí el fin del primer apóstol de la libertad. —Y mirando al verdugo:— Entrega a mi suegra los cabellos que encontrarás en mi mano.

Danton subió el último. Jamás en la tribuna estuvo tan soberbio ni imponente. Miró con piedad al pueblo y se dirigió al verdugo:

—Les enseñarás mi cabeza —dijo—, merece la pena.

Cuando al día siguiente fui a Sévres para unir mis lágrimas con las de madame Danton, encontré puertas y ventanas cerradas. La familia entera, decapitada en la persona de su jefe, había abandonado el país sin decir dónde se dirigía.

Fui a casa de Lucile. Había sido arrestada esa misma mañana.

Ocho días más tarde, también ella subía al patíbulo.

Con ella perdí a mi única amiga. París era un desierto.

Las ideas más descabelladas pasaron por mi espíritu.

Por un momento tuve intención de dejar Francia, ir a América, buscarte y llamarte en ese nuevo mundo.

Desgraciadamente no había pensado en una cosa. Solamente me quedaban unos cientos de francos. ¡No tenía suficiente para pagar la travesía!

A partir de ese momento, me sentí tan sola, totalmente abandonada, sin noticias tuyas, sin saber de tu vida, que caí en una especie de letargo del cual salí momentáneamente para volver a caer más profundamente en él.

Ya te he dicho que conmigo estaba una chica llamada Jacinta. Dos días después de la muerte de Danton, me pidió permiso para ir a visitar a una tía suya que vivía en Clamart.

Le di permiso para ir.

Sabiendo que solamente la tenía a ella, dispuse todo para que nada me faltase durante las veinticuatro horas que iba a durar su ausencia.

Volvió al día siguiente antes de lo que yo esperaba. Algo extraordinario había sucedido en Clamart.

A las nueve de la mañana un joven con larga barba, ojos extraviados, y ropas desgarradas entró en el cabaret del «Puit-sans-vin». Pidió algo de comer y comió ávidamente para despertar la curiosidad de los campesinos que estaban a su lado y que formaban parte del comité revolucionario de Clamart.

Al tiempo que comía se puso a leer volviendo las páginas con unas manos tan blancas y cuidadas que los «sans-culottes» no dudaron que tenían que habérselas con un enemigo de la República.

Los campesinos le arrastraron y le condujeron al distrito. Pero como sus pies estaban maltrechos, y no podía dar un paso, tuvieron que ponerle sobre un caballo y le llevaron a la prisión de Bourg-la-Reine.

Estaba ansiosa por conocer la edad del joven.

Jacinta me dijo que estaba tan maltrecho por la fatiga y las privaciones que era realmente imposible saber su edad. Me dijo que había oído decir que era uno de aquellos proscritos del 31 de mayo y del 2 de junio que, con los girondinos, había logrado escapar.

La esperanza y el dolor se aferraron a un tiempo en mí, mi bienamado, al pensar que pudieses ser tú. Envié por un coche, hice subir a Jacinta conmigo y partimos al instante mismo hacia Clamart, aunque sabía que él ya no estaba allí, pero no quería perder ningún detalle.

Empecé a dudar que fueses tú, las señas que me daban del preso no tenían relación contigo. Pero el sufrimiento nos marca de tal forma que seguí con mis pesquisas.

Llegamos de noche a Bourg-la-Reine; el prisionero estaba en el calabozo y al día siguiente lo llevarían a París.

Nos hospedamos en un pequeño hotel donde esperé con impaciencia el día sin acostarme y sin dormir.

Allí me informaron que el preso, escondido desde hacía un año, bien en Francia o en el extranjero, había sido arrestado al volver a París.

Se equivocaban. Fue precisamente en el momento en que intentó salir de París.

Al amanecer abrí la ventana. Un gran tumulto reinaba en el pueblecito, todos corrían hacia la prisión.

Envié a Jacinta. Sentía que las fuerzas me faltaban. Jacinta volvió totalmente horrorizada. El prisionero se había envenenado durante la noche. Le encontraron muerto en su celda.

Mientras supe que vivía, me faltaron las fuerzas, pero una vez muerto no dudé ni un momento.

Cuando llegué a la cárcel, supe su nombre. Era un nombre que había oído pronunciar muchas veces, y con gran respeto, a Danton y Camille Desmoulins. Se llamaba Condorcet.

Quise verle.

Entramos en la celda, estaba acostado en su cama. Parecía dormir.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, casi calvo. Su rostro era dulce, grave y lleno de nobleza. Me incliné sobre su cama y le miré durante largo tiempo.

¡Era eso, la muerte!

Por segunda vez me invadió el sentimiento de la envidia. ¡No era mil veces mejor ese reposo que la vida agitada que llevaba!

¿Para qué continuar? Para conocer tu muerte un día u otro, como madame Condorcet había conocido la de su esposo. Indudablemente el veneno que había tomado debía ser dulce y fácil para darle ese aspecto de tranquilidad. Tampoco hacía falta demasiado. Vi la sortija que lo encerraba.

¿Dónde encontraría ese veneno y por qué no te había dicho, amor mío, que me preparases una sortija semejante en el caso que tuviese que separarme de ti?

Sabía que madame de Condorcet era una mujer joven y bella. Sabía que tenía un niño y que quería con verdadera ternura a ese hombre, que podía haber sido su padre. Sabía también que vivía en la calle Saint Honoré, número trescientos cincuenta y dos, en una pequeña tienda de ropa blanca. Hacía también retratos y de este trabajo, de la venta de su tienda, vivían ella, su hermana enferma, su gobernanta y su pequeño.

Me concedieron, según pedí, que el cadáver no fuese enterrado hasta el día siguiente. Tomé una pluma y escribí a madame Condorcet:

Señora:

Como vos, lloro al hombre del que estoy separada quizá para siempre. El destino me ha guiado hasta el lecho de muerte de uno de los más grandes hombres de nuestra época. No os digo su nombre, señora, adivinaréis quién es. Os envío a mi doncella y el coche que la condujo hasta aquí, él os traerá también. No es a mí a quien está reservado el honor de realizar las últimas obligaciones para con el hombre por el que rezo.

Di la carta a Jacinta, diciendo que la llevase a París a la dirección indicada.

Hacia la noche, los visitantes que habían rodeado la cama durante todo el día, se hicieron más raros.

La influencia piadosa es tal, que entre todos esos hombres groseros, ninguno de ellos me insultó ni se mofó de mí.

Cuando cayó la noche, el carcelero trajo dos velas, que depositó sobre la chimenea, preguntándome si deseaba algo.

Pedí un caldo, que me trajeron, y volví a quedarme sola.

¿Quién puede decir, mi bienamado Jacques, que la muerte es algo espantoso, cuando el amor, que es el alma de la vida, se escapa dulcemente en el horizonte, igual que el sol lo hace todas las noches? La vida es entonces como la noche, y la noche la hermana de la muerte.

Durante las cinco o seis horas en que velé este cadáver, tomé mi resolución.

Tengo dinero para aproximadamente unos dos meses. No quiero mendigar. No sé trabajar. Viviré todavía dos meses esperando que la Providencia me permita recibir noticias tuyas. Si no llegan dentro de dos meses y teniendo en cuenta que el hambre es demasiado dolorosa, iré un día de ejecución a la plaza Luis XV y gritaré: «Viva el rey.» A los tres días todo terminará y dormiré con la misma tranquilidad que este cuerpo con el que he pasado la noche.

Cuanto más miraba ese cuerpo, más me hundía en la creencia fatal de la nada. Ese cadáver era el de un genio, el de un hombre de bien, el de un hombre con el corazón de Cristo. Si alguna vez un alma con esencia celestial ha habitado un cuerpo, ha sido ésta.

Cuántas veces le pregunté durante la larga velada, sola con él en medio de la soledad, del silencio, cuando era la única en velarle en la prisión, quizás en todo el pueblo, cuántas veces le pregunté: «Cadáver, ¿qué has hecho de tu alma?»

Pienso que si el alma existiese, cuando se la llama así, en la solemnidad de la noche, debiera dar algún signo de su presencia. Únicamente lo que no existe no puede responder.

Si el alma tuviese que responder, hubiese respondido a Shakespeare a través de Hamlet. Nunca nadie le dirigió jamás un ruego más apremiante.

¿Y qué hace Shakespeare? Viendo que la muerte permanece muda, envía al mismo Hamlet a buscar en la muerte su secreto.

¡Si este secreto fuese simplemente la nada, si el hombre hubiese vivido toda una vida de angustia y dolor, suspendido por esta esperanza vaga y frágil, para ver cómo esa esperanza se rompe en el último suspiro, sin luz, de allí de donde salió el día de su nacimiento!

¿Qué sería entonces de nuestros bellos proyectos de vida eterna uno al lado del otro?

¡Tras las ilusiones del tiempo perdido vendría la pérdida de las ilusiones de la eternidad!

¡Si pudiésemos comprender cuál ha sido la voluntad de Dios al dejarnos en la duda!

¡Pero no, sus actos son tan incomprensibles como El!

Cuando un rey envía a un mensajero al otro lado de los mares, y por miedo a que el mensajero pueda perderse en ruta, le explica el fin de su mensaje.

Cuando Luis XVI envió a La Pérouse a Oceanía, le trazó la ruta que debía seguir en ese mundo desconocido.

La Pérouse murió, pero sabía con qué fin había sido enviado, qué es lo que buscaba, y qué debía traer si hubiese sobrevivido.

A nosotros nos envían a un océano mucho más tormentoso que el océano Indico, pero no nos dicen qué es lo que debemos hacer, ni lo que seremos cuando la tormenta nos trague.

Cuando pienso que los más grandes espíritus creados por ese Dios mudo e invisible llamados Hornero o Moisés, Solón o Zoroastro, Escilio o Confucio, Dante o Shakespeare, se han visto frente al cadáver de un hermano, de un amigo o de un extraño, habrán hecho las preguntas que yo le hago y debiera estar más dispuesto a contestarme que cuando él lo estuvo ante la muerte, y que, sin embargo, ninguno de ellos ha visto estremecerse una fibra del cadáver para que pueda contestarles sí o no.

¡Amigo mío!, cuando estabas aquí, creía, porque es mucho más fácil creer cuando se está

llo de esperanza, amor y alegría. Lejos de ti, en mi aislamiento, en mi soledad, en mi dolor, ni siquiera me paro ante la duda. Únicamente creo en la ausencia del bien y del mal, en el reposo eterno, en la disolución de nuestro ser en esa naturaleza ignorante que produce, sin más cariño por uno que por otro, el árbol venenoso y la planta bienhechora, el perro que lame a su amo y la serpiente que muerde al que le ha vuelto a dar la vida.

A las tres de la mañana oí rodar un coche sobre el pavimento del pueblo. Se paró ante la puerta de la prisión.

Llamaron, las puertas se abrieron y conducida por el carcelero y facinta, que se quedó a la puerta, entró madame de Condorcet.

Su primer gesto fue el de echarse sobre la cama donde reposaba el cuerpo de su marido.

Aproveché el dolor en que se hallaba sumida para salir de la habitación, bajar a la calle y huir rápidamente.

A las seis llegaba a mi casa y me dormí tranquilamente. Mi decisión estaba tomada.

Lo primero que hice al despertarme fue contar el dinero que me quedaba.

Ciento diez francos en plata, treinta o cuarenta mil en billetes. Ello no cambiaba nada, puesto que un pan que costaba doce céntimos en plata, costaba ochenta francos en billetes.

Debía un mes a Jacinta, le pagué ese mes y dos más por adelantado, en total, setenta y cinco francos.

Me quedaban treinta y cinco.

No dije nada a la pobre chica sobre mi decisión y reemprendí mi vida de costumbre.

Desgraciadamente nadie vivía como de costumbre. No nos encontrábamos en la noche eterna, pero sí en el crepúsculo que lleva a ella. Era el año 1793 un volcán y su llama una luz.

En aquella época se vivía y se moría, ahora se agoniza.

Escuché gritos en la calle. Anunciaban el *Ami du Peuple*.

El amigo del pueblo había muerto.

Gritaba el *Veré Duchesne*.

El padre Duchesne ha muerto.

Gritaban el *Vieux Cordelier*.

El viejo zapatero ha muerto.

Decían: «Pasa Danton», y corrían para verle.

Hoy dicen: «Pasa Robespierre», y las puertas se cierran para no verle.

Le he visto por primera vez y le reconocí inmediatamente.

He ido al cementerio Monceaux, no diré a rezar sobre las tumbas de Danton, Camille Desmoulins y Lucile, no me enseñaste a rezar, pero sí a hablar con ellos.

Esperaba que las tumbas de los tribunos fuesen más elocuentes que el cadáver del filósofo.

La muerte no es sólo la noche, sino también el silencio.

Las tumbas de nuestros amigos están cerca del muro que separa el cementerio del parque privado de Monceaux.

Oí voces al otro lado del muro. Tuve curiosidad por saber quién osaba molestar a los muertos con sus voces.

El muro no era muy alto y me subí a una piedra que me permitió mirar por encima.

Miré. Era él, Robespierre.

Parece ser que necesita darse un paseo diario de unas dos horas y ha elegido el parque reservado de Monceaux.

¿Sabrá que la muerte está a dos pasos de él?

¿Sospechará que solamente un pequeño muro le separa del encierro árido de cal viva y abrasadora donde ha encerrado a Danton, Camille Desmoulins, Héroult de Sechelles, Fabre d'Eglantine? ¿Será esto un desafío que lanza a los muertos igual que hizo con los vivos? Andaba de prisa. Sus compañeros le seguían con dificultad. Los ojos parpadeantes, los músculos del rostro agitados, agotados, delgado; ¿dónde se dirige y cuándo se detendrá? Ya es hora, sin embargo. A fuerza de ver guillotinar mujeres y niños, el miedo a la guillotina ha desaparecido.

El periódico de Prudhomme, el único que queda, y que después de haber sido suprimido ha vuelto a aparecer, cuenta que hace unos días uno de los curiosos que volvía de ver funcionar la guillotina, preguntó a su vecino:

—¿Qué podría hacer para ser guillotinado?

El otro día uno de los condenados estaba leyendo, cuando le llamaron. Se dejó hacer su aseo sin abandonar la lectura, continuó leyendo hasta el patíbulo, hasta el pie de la guillotina, marcó su página, dejó el libro encima del banco de la carreta y entregó sus manos a la cuerda.

Anteayer, Jacinta me contaba que cinco presos se escaparon de la vigilancia de los gendarmes, no para salvarse, sino para volver una vez más al Vaudeville.

Uno de los cinco volvió ante el tribunal que le había condenado y preguntó:

—¿Podéis decirme dónde están mis gendarmes?, los he perdido.

Un hombre dormido, ha sido encontrado en las tribunas de la Convención.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntaron.

—Vine para matar a Robespierre, pero como ha empezado a hablar, me he dormido.

Madame Condorcet me ha visitado para darme las gracias.

Es una virginal figura que Rafael hubiese tomado como modelo de la metafísica. Tiene treinta y tres años. Fue primero religiosa. Condorcet no expuso su libertad por volver a su lado, sino al contrario. Se había escondido en la calle Servandoni y ella le visitaba una vez por semana con el corazón roto y tembloroso.

Se asustó de los peligros que corría su mujer. Cadonís le había proporcionado un veneno seguro. Como yo, había marcado un final a su suplicio. Debía terminar su libro *El progreso del espíritu humano*. El 6 de abril escribió durante la noche su última línea. Se marchó al alba.

Como has visto, no llegó muy lejos. Fue reconocido en Clamart; en Bourg-la-Reine se envenenó.

A esta mujer, que como dice el *Evangelio* «triste hasta la muerte», le estaba reservado el derecho de traerme un poco de alegría.

Sabe que todavía hay cuatro girondinos escondidos, dos en Burdeos y dos en la gruta de Saint Emilion.

No sabe sus nombres, pero espera recibir noticias y me las comunicará.

¡Oh, mi bienamado Jacques! ¿Por qué no podrías ser tú uno de esos cuatro?

De aquí a uno o dos meses, todo puede cambiar. Te juro que la gente odia a Robespierre.

Desde la muerte de Danton, todo recae sobre él. Nadie olvida que fue su llamada a la clemencia lo que envió a nuestros amigos a la tumba.

Robespierre ha matado muchas mujeres, serán las mujeres las que lo maten, no en el sentido físico de Carlota Corday, sino en el moral.

La muerte de Carlota Corday, tranquila, intrépida, sublime, ha fundado una nueva religión, la de la admiración.

La de la Du Barry, pobre criatura gritando sobre el patíbulo: «Todavía un momento, señor verdugo, un momento nada más», ha fundado la religión de la piedad.

Pero la ejecución de nuestra pobre Lucile ha hecho mucho más. No hubo criatura humana, cualquiera que fuese su opinión, que no tuviese el corazón destrozado por esta muerte. ¿Qué había hecho? Quería salvar a su amante, había vagado alrededor de la prisión, rogado, llorado. Había escrito a Robespierre: «Me habéis amado, quisisteis desposarme.»

Quizás en eso radicase su crimen, sobre todo si mademoiselle Cornélie Duplay había leído la carta.

Cuando condenaron a Lucile todos pensaron: «¡Oh, esto es demasiado! »

Voy a darte la prueba de lo que te contaba, mi bienamado Jacques. Como ya te dije, madame Condorcet tiene una pequeña tienda y un pequeño taller de pintor cerca de la casa que habita Robespierre. Un gran gentío y griterío la hizo asomar a su ventana.

El ruido venía de delante de la casa del carpintero Duplay.

He aquí lo que sucedió: una joven monárquica, hija de un papelerero de la Cité, se presentó tres veces para ver a Robespierre.

A la tercera vez, mademoiselle Cornélie empezó a sospechar y mandó a los obreros que la arrestasen.

Llevaba dos pequeños cuchillos dentro de un cesto.

Interrogada sobre su insistencia ha respondido únicamente que quería ver de cerca lo que era un tirano.

Ha sido conducida a La Forcé y formará parte de una gran hornada que matarán, bajo el título de «los asesinos de Robespierre».

Han pedido, llorando de miedo, a los jacobinos Legendre y Rousselin, que monten una guardia alrededor de Robespierre.

Cuando un hombre está condenado, y éste lo está, amigos y enemigos se reúnen para perderle.

La pequeña Renaud, su enemiga, le llamaba tirano cuando lo que quería era matarle.

Rousselin y Legendre, sus amigos, le han procurado una guardia al tiempo que le llaman tirano.

He pasado toda la noche soñando y preguntándome si, puesto que estoy decidida a morir, no sería mejor morir por algo.

Parece ser que van a hacer una gran fiesta al Ser supremo, en la que él mismo se simbolizará como redentor del mundo.

A este hombre no le es suficiente con ser dueño, quiere ser Dios.

Me pregunto si no sería un buen ejemplo a dar, el de golpearle en medio de su triunfo. Pero si es un gran ejemplo, ¿por qué Dios no lo da?

Desde el momento en que este hombre existe, es porque Dios permite su existencia. Desde el momento que permite su existencia, es que vale a sus fines.

¿Acaso vive como instrumento de castigo divino? No, puesto que sólo castigaría a los malvados. No, puesto que no se ensañaría con los niños y las mujeres.

¿Vive por olvido o por indulgencia? ¿Debe entonces el hombre corregir las debilidades de Dios?

No, mi bienamado Jacques, no tengo el alma de Jahel, ni de una Judith, ni de una Carlota Corday. Prefiero presentarme ante el ser desconocido que me recibirá en la otra vida con las manos limpias de sangre. Tengo bastantes cuentas que dar con las mías propias.

La famosa fiesta se ha celebrado. Nunca hubo tantas flores diseminadas por el camino. Se dice que el reino de la sangre ha muerto para dar paso al de la clemencia. Robespierre ha oficiado como pontífice del Ser supremo.

¿Ha desaparecido la guillotina de la plaza de la Revolution? Sí, igual que el sol desaparece para volver al siguiente día. Igual que el sol, se ha acostado por el occidente, para reaparecer por el oriente.

De ahora en adelante las ejecuciones tendrán lugar en el faubourg Saint Antoine. Es todo lo que París ha ganado con la fiesta del Ser supremo.

Las ácratas ya no pasarán por el Neuf, la calle Roule ni la de Saint Honoré.

Robespierre quiere condenar, pero no quiere que los condenados griten, como Danton, al pasar frente a la casa del carpintero Duplay:

—¡Te arrastro, Robespierre, tú me seguirás!

Sin embargo, la fiesta que se le prepara, es una buena fiesta.

Cincuenta y cuatro personas en un solo día, entre ellas siete u ocho bellas mujeres y dos o tres muy jóvenes.

Si el proceso tardase un poco, tendría la esperanza de encontrarme entre ellas.

Todos los días cuentan cosas terribles que hacen aumentar la cólera como la lava de un volcán.

He aquí lo que sucedió ayer en Plessis:

Un condenado llamado Osselin, nombre de una triste celebridad, al ser llamado para subir a la carreta, y a falta de otra arma, se hundió un clavo en el corazón.

Le cogieron y se lo llevaron. Hacía penetrar el clavo, pero no logró matarse.

Los carceleros tuvieron piedad de él y lo arrastraron diciendo:

—Está muerto. - Los ayudantes del verdugo tiraban de él también, diciendo:

—Está vivo.

Fueron los más fuertes. Pusieron la carreta al trote y pudieron guillotinarle antes de que muriese.

¿No encuentras, mi bienamado Jacques, que tales cosas corrompen la existencia de Dios y que debemos avergonzarnos de vivir cuando se han visto?

Me dan ganas de tirar los dos o tres luises que me restan en el Sena, y terminar cuanto antes. Acostumbrémonos a la muerte, hablando del cementerio.

Recuerdas, amor mío, esa maravillosa escena de Hamlet, en que los sepultureros ríen entre sí y se preguntan el uno al otro cuál es el monumento que más perdura, y el uno, viendo que su compañero se pierde cada vez más, le dice:

—¡La sepultura, imbécil!, puesto que únicamente el juicio final verá su fin.

Pues bien, en esta época en que nada es sólido, la sepultura ha alcanzado la fragilidad de todas las cosas humanas.

Aquella gran piedad que inspiró la muerte de las mujeres y que la muerte de Lucile hizo exclamar: «¡Es demasiado!», pues bien, esa gran piedad se ha extinguido.

¿Cómo podría ser de otro modo? Cuando murieron Danton y Lucile las carretas contenían veinte o veinticinco condenados, ahora contienen sesenta.

Es una enfermedad aguda que está degenerando en crónica.

La guillotina tiene por costumbre almorzar entre las dos y las seis de la tarde. La vemos devorar como los animales feroces del Jardín des Plantes. A la una las carretas se ponen en camino para llevarle su carnada.

En lugar de los quince o veinte bocados, su comida se compone de cincuenta o sesenta.

Comiendo, le ha entrado apetito.

Es como una especie de rutina, una mecánica arreglada.

Fouquier-Tinville gira la rueda y se emborracha girándola. Hace dos días propuso colocarla en el mismo teatro.

Pero todo ello produce muertos, y los muertos precisan sepultura.

El plétoris cadavérico ha comenzado en la Madeleine. Es cierto que el rey, la reina y los girondinos están allí.

Los vecinos dijeron: «¡Basta!» y han cerrado el cementerio para abrir el de Monceaux.

Danton, Desmoulins, Lucile, Fabre d'Eglantine, Hérault de Séchelles, etc., lo inauguraron. Pero como no tiene más que veintinueve metros de largo por diecinueve de ancho, pronto estuvo lleno. La guillotina ha cambiado de sitio.

Le cedieron el cementerio de Sainte-Marguerite. Con sesenta cadáveres diarios estaba colmado. No tardó en rebosar.

Hubo remedio, echaron cal sobre cada muerto, pero los torturados se encontraban entre los muertos. Había que quemarlo todo, los muertos del faubourg y los de la ciudad.

Por una piedad bien comprensiva, los primeros no dejaron quemar sus cadáveres.

Los transportaron a la abadía Saint Antoine, pero a siete u ocho metros de profundidad encontraron agua y todos los pozos del barrio corren el riesgo de envenenamiento.

Los hombres callan, pero la tierra habla; dice que trabaja demasiado; que le dan más muertos de los que puede descomponer.

Te aseguro, mi bienamado Jacques, que cuanto más próximo está el fin que me fijé, más pienso en mi pobre cuerpo. ¿Qué dirá mi alma que siempre ha tenido gran cuidado de él, cuando vuela por encima y le vea, lanzado por la arcilla, fundirse y cocerse al sol?

Tengo deseos de escribir a la Comuna, que ya me parece bastante intranquila, y decirles que hagan quemar los cuerpos como lo hicieron en Roma.

No puedo perder tiempo; estamos a 9 de junio y dentro de algunos días...

Afortunadamente han devuelto la guillotina a la plaza de la Revolution. ¡Qué tranquilidad!

Estaba muy contrariada de no poder morir en el sitio de la gente bien.

¡Qué quieres, mi bienamado Jacques, la sangre no miente!, y aunque no me queden de mis tierras, de mis castillos, de mis casas, de mis granjas, más que ocho francos en el cajón, no por ello dejo de ser mademoiselle de Chazelay.

Por lo menos no dudo de una cosa, de la inmortalidad del alma. Desde el momento en que Robespierre, en nombre del pueblo francés, la aceptó, es que existe. Un pueblo entero, tan inteligente como el nuestro, no habría reconocido unánimemente semejante hecho si no estuviese materialmente probado.

La fiesta de las camisas rojas se acerca. Dicen que tendrá lugar el 17 de este mes. Será

probablemente el último espectáculo que vea.

Los dos principales personajes de este terrible drama son madre e hija; madame y mademoiselle Saint-Amarante.

La madre dice ser viuda de un guardia de cuerpo que murió el 6 de octubre. La hija está casada con monsieur de Sartines.

Estas damas, monárquicas en sus ideas, recibían mucho. Vivían en la casa que hace esquina con la calle Vivienne.

En el salón donde jugaban tenían varios retratos del rey y la reina. Cuando Robespierre era joven, fue uno de los asiduos a la casa.

Se esperaba que el Robespierre joven guardaría a sus dos amigas y que Robespierre adulto tendría clemencia. Pero volvía a la carga por medio de mujeres monárquicas y criaturas taradas.

La calumnia era un buen terreno a explotar.

Pero Robespierre no tenía la fibra fraternal tan acusada como para no caer en la trampa. Ordenó que a la lista se sumase la hija Renaud, la que se presentó en su casa para ver qué es lo que era un tirano y a aquel hombre que vino para asesinarle y que se había dormido en las tribunas.

Como era el padre de la patria, se convino que la hornada de asesinos fuese al patíbulo en camisas rojas.

Era una gran fiesta, tanto más cuanto que el 17 coincidía con el fin de mis reservas.

Mi bienamado, ayer cumplí mis diecisiete años. Durante diez años no fui ni feliz, ni desgraciada, puesto que no sentía ningún sentimiento de alegría ni de pena. Durante cuatro años fui tan feliz como puede serlo cualquier mujer; amaba y era amada.

Desde hace dos, mi vida transcurre entre la desesperanza y la angustia. Como no he hecho daño a nadie no creo que Dios quiera probarme ni castigarme. A esta hora, quizá fuese mejor que en lugar de haber recibido la educación filosófica que me diste, hubiese recibido de un sacerdote la católica que dispone al cristiano a recibir tanto el bien como el mal, bendiciendo el nombre del Señor. Pero mi razón me permite un solo pensamiento: O Dios es bueno, o es malo.

Si es bueno, no puede enviar el mal a quien nunca lo hizo.

Si es malo, reniego de él. No es mi Dios.

Nada podrá hacerme creer que algo injusto descienda de una esencia celestial.

Prefiero volver a esa gran e inteligente filosofía que no admite un Dios personal que se ocupe de los individuos cuando debe arreglar el orden universal de la naturaleza.

«Necesitamos el mandato de Dios para que un gorrión caiga», dice Hamlet.

Pero Dios dijo una vez por todas: «Los gorriones caerán», y los gorriones caen.

Cuándo, dónde, cómo, a Dios no le preocupa.

A nosotros, mi bienamado, nos ocurre como a los gorriones. Dios ha poblado la tierra con todas las razas vivientes, desde el enorme elefante hasta el invisible microbio; uno como el otro le costaron lo mismo y a ambos los quiere del mismo modo. Ha tomado sus medidas para la conservación de las razas.

¿Por qué piensa la raza humana que tiene un Dios únicamente para ella? ¿Será porque es la menos sometida, la más feroz y la más orgullosa de todas? Así podemos ver el Dios que ha creado, el Dios de las armas, de la venganza, de las tentaciones. ¿Acaso no ha introducido esta blasfemia en su más santo rezo: *Ne nos inducas in tentationem*? ¿Te imaginas a Dios aburrido por su grandeza eterna, su enorme majestad, divirtiéndose en

hacernos caer en la tentación?

Y nos ordenan que recemos a Dios por las noches y las mañanas y le roguemos que perdone nuestras ofensas.

Pidámosle primero que perdone nuestras plegarias, puesto que son una ofensa.

¿Y qué me dices de nuestro orgullo de poder ofender a Dios, cuando sólo somos unos pobres pigmeos? ¿En qué, cómo, desconociéndole? No lo desconocemos. Lo buscamos.

Si hubiese querido ser conocido, hubiese vuelto.

¿Te imaginarías a Dios convirtiéndose en enigma y dejando que el hombre le adivine por toda la eternidad?

Así cada pueblo se ha forjado un Dios, que sólo le vale a él y que no puede servir a los demás.

Los hindúes se han creado un Dios con cuatro cabezas y cuatro manos, y en sus manos sostiene las cadenas que sujetan el mundo, el libro de la ley, el punzón para escribir y el fuego del sacrificio.

Los egipcios tienen un Dios mortal, cuyo espíritu, a su muerte, pasa al cuerpo de un buey.

Los griegos un Dios parricida, tan pronto cisne, tan pronto toro, arrojando del cielo, para enviarle a la tierra, al único hijo legítimo que engendró.

Los judíos crearon un Dios celoso y vindicativo, que ahoga a la tierra para crear hombres mejores y que, más tarde, se da cuenta que son peores que al principio.

Únicamente los mejicanos han creado un Dios visible, el sol.

Nosotros, los privilegiados de la creación, hemos tenido un Hombre-Dios con una santa moral; nos ofreció una religión hecha de amor y lealtad.

Pero, vete a buscarla, perdida como está entre los dogmas de la Iglesia, con el sacerdote —rey de Roma— que, en lugar, como lo hizo del divino fundador, de dar al César lo que es del César, hace comercio con su trono, que ni siquiera a este mundo pertenece.

¡Señor, Señor!, en el instante en que voy a aparecer ante vos, quizá sería mejor que rogase, que me humillase, que creyese, que sometiese mi inteligencia a la fe, es decir, que dejase de creer lo que veo y creyese en lo que no puedo ver. Pero si me disteis inteligencia es para que la utilice. Lo dijisteis: la luz no ha sido hecha para ocultarla. El sol ha sido creado para iluminar la tierra.

¡No, Señor, no, alma del mundo, no, creador de lo infinito, no, dueño de la eternidad, no, no creo que tu máxima alegría sea la de ser adorado por este vulgar rebaño que te recibe de manos de los predicadores y te encierra en el dogma estrecho de la creencia irrazonada, cuando el universo entero no es lo bastante grande para recibirte!

Hoy se celebra la misa roja en el gran altar de la Revolución.

Madame de Condorcet vino ayer a visitarme; tenía algo que decirme.

Fui al cementerio Monceaux a despedirme de mis tumbas.

Hoy hacia las dos iré a casa de madame Condorcet; vive en la calle Saint Honoré, número 352. Estaré magníficamente colocada para ver pasar el cortejo.

Ahora ni siquiera yo misma sé lo que va a suceder, ni si recibirás nunca este manuscrito puesto que no tengo noticias tuyas, ni si vives o mueres.

Madame Condorcet es la única persona a la que conozco. Si únicamente estás exiliado y vuelves a Francia, ella lo sabrá mejor que nadie. Por lo tanto, a ella confío este manuscrito.

¿Podré continuarlo en prisión? ¿Podré, hasta el momento fatal en que suba a la carreta decirte: «Te amo»? No, escribirte: «Te amo.» Siempre podré decírtelo y será la última

palabra que pronuncie, después el hacha cortará estas palabras en mi garganta. De todas formas lo llevo conmigo, quizá lo que tenga que comunicarme sea importante y pueda añadirle algo.

He hecho bien en traer así, amado mío, sabrás que he muerto después de perder toda esperanza.

Ayer, en la Convención, leyeron esta carta del agente de Robespierre en Burdeos:

Burdeos, 13 de junio, noche

¡Viva la República, una e indivisible!

Los girondinos que se ocultaban en Burdeos han sido denunciados y arrestados. Uno de ellos se apuñaló y murió en el momento.

Los otros están en la gruta Saint-Emilion, donde se les persigue con perros.

Ocho de la noche.

Acabo de saber que los han arrestado. Desgraciadamente uno de ellos ha sido degollado durante la lucha.

Los dos sobrevivientes se han negado a dar sus nombres. Son desconocidos en Burdeos.

Mañana por la noche la guillotina habrá hecho justicia.

¡Viva la República!

Hace cuatro días que esta carta fue escrita, ¡por lo tanto, han muerto!

¿Si eras una de las víctimas, cómo no ha venido tu alma a decirme adiós?

Una vez muerto, sabías donde encontrarme. Los muertos lo saben todo. O no estabas entre ellos, o no hay alma.

Si vives, iré a decirte adiós donde quiera te encuentres, a menos que...

Está pasando el cortejo de los asesinos de Robespierre.

¡Una maravilla: cincuenta y tres camisas rojas, imagínate! Las diez carretas han tardado dos horas para llegar desde la Conciergerie.

¡Y la casa del carpintero Duplay sigue tapiada como el día de la ejecución de Danton y de Camille Desmoulins!

Comprendía que aquel día hubiesen cerrado las ventanas, al fin y al cabo eran amigos.

Pero hoy, Robespierre, son tus asesinos. ¿Es que no estás seguro, no lo crees realmente?

En ese caso, tiende una cadena a través de la calle y que el cortejo de inocentes no pase de tu puerta.

¿No serás clemente ni una sola vez, tú que matas a diario?

He aquí una bella ocasión para jugar a ser dios.

Vamos, extiende tu mano, soberano pontífice y pronuncia el famoso *quos ego* de Neptuno.

Esta vez la ofrenda es digna de la divinidad.

Te han entregado este ramillete humano con todos los grados de la escala social. Madame Saint-Amarante y su hija, cuatro municipales; Marino, Soulés, Froidiez y Daugé; mademoiselle de Grand-maison, actriz en los Italianos; Luise Giraud, que quería saber cómo era un tirano. Lo ha visto.

Y esa pobre niña de dieciséis años, cuyo único delito ha sido el de llevar comida a su ama.

¡Qué regalo para la mirada, la ejecución durará por lo menos una hora!
Cañones, soldados. No se ha visto cosa igual desde la ejecución de Luis XVI.
Adiós, amigo mío; adiós, mi bienamado; adiós, vida mía; adiós, alma mía; adiós a todo lo que amo y amaré siempre. ¡Adiós!

(Continuación del manuscrito de Eva, en hojas sueltas.)

La Forcé, 17 junio 1794, por la noche.

Estoy en La Forcé, en la celda que durante tiempo fue ocupada por Vergniaud. He aquí lo ocurrido.

Como quería asistir a la ejecución, bajé de casa de madame Condorcet y me coloqué, no detrás, sino delante de la carreta.

Un nombre con uniforme de general, cubierto de plumas y penacho, y haciendo el molinete con su sable, abría la marcha.

Era el general de la Comuna, Henriot. Tuvieron buen cuidado en informarme que únicamente representaba el papel de mariscal de la guillotina, en ocasiones solemnes.

El que me dio estas explicaciones era una especie de burgués de unos cuarenta y cinco años, ancho de espaldas y muy conocido, al parecer, por el pueblo de París, puesto que no tenía que utilizar su fuerza ya que el gentío se apartaba ante él y le saludaba.

—Señor —le dije—, tengo gran interés en ver lo que va a ocurrir. ¿Podrías permitirme caminar a vuestro lado y beneficiarme así de vuestra fuerza y popularidad?

—Mejor que eso, mi pequeña ciudadana —me contestó el hombre gordo—, tomad mi brazo pero no me llaméis «señor», es una palabra, que, añadida a mi apellido, suena a demasiado aristócrata para mí. Tomad mi brazo, y si queréis ver, quedaréis satisfecha.

Tomé su brazo. Deseaba ver, pero sobre todo, ser vista.

No había prometido más de lo que podía sostener. Aunque enorme, el gentío seguía abriéndole paso a fuerza de saludos con el sombrero y, al cabo de diez minutos, nos encontramos en el mismo sitio donde estuve con Danton el día de la ejecución de Carlota Corday, es decir al lado derecho de la guillotina.

Detrás de mí se encontraba la famosa estatua de la Libertad, que David mandó esculpir para la fiesta del 10 de agosto.

¿Qué era de las dos palomas que se refugiaron entre los pliegues de su vestido?

Los carros se pararon siguiendo el orden que habían traído desde la Conciergerie, en medio de los gritos de insulto.

No habían colocado a los condenados por orden de culpabilidad, con el fin de comenzar por los unos y terminar por los otros. No, todos sabían esta vez que eran inocentes.

No puedes hacerte idea, mí bienamado Jacques, del aspecto que ofrecía esta carnicería.

Una hora, durante toda una hora, una larga hora, funcionó la máquina, cayendo cincuenta y cuatro veces y cortando, a cada vez, una vida llena de ilusiones y esperanzas. Los verdugos estaban hartos, los pacientes les empujaban.

—¡Oh, es demasiado, demasiado, los hombres...! ¿Pero, y las mujeres?

Solamente faltaba la jovencita, la pequeña obrera que llevó la comida a mademoiselle de Grandmaison. El bribón que la había arrestado contaba que cuando llegó al séptimo piso, donde vivía, no vio más muebles que un jergón y se le saltaron las lágrimas y que también dijo al comité que era imposible matar a esa criatura. Pero no fue escuchado, había sido

juzgada, condenada y colocada en la carreta con los demás. Había visto guillotinar a sus cincuenta y tres compañeros y había muerto con ellos cincuenta y tres veces, antes de morir ella misma.

Llegó su turno.

— ¡Oh! —murmuró mi protector—, ¡ella también, también! ¿No encontráis que es infame? ¡Delante de tantos hombres que nada dicen! ¡Ya la cogen! ¡La hacen subir al patíbulo! ¡No les da vergüenza! ¡Mirad, mirad, ella misma se coloca...!

—Señor verdugo, ¿estoy bien así?

La plancha se lanceó y se oyó un golpe sordo. El hombre sobre el que me apoyaba cayó como herido por un rayo, yo, en medio de este lúgubre silencio, grité:

—¡Maldito sea Robespierre el día en que ha dado este espectáculo al cielo y a la tierra, maldito, maldito, maldito sea!

Se inició un gran movimiento, me sentí transportada y oí estas palabras:

—El ciudadano Santerre se ha encontrado mal. Sin embargo, ¡es un hombre!

Cuando recobré suficientemente el sentido para darme cuenta de lo que ocurría, me encontré dentro de un fiacre con dos agentes de policía que me conducían a prisión. Como no conocía el barrio de París por donde pasábamos, pregunté a dónde me llevaban. Uno de los agentes respondió:

—A La Forcé.

En el momento de llegar pude leer en la esquina «calle Pavee» y una gran puerta se abrió. Me encontré en un patio, me hicieron bajar y entrar en una celda. Allí me preguntaron por mi nombre.

—Eva —respondí.

—¿El de vuestros padres?

—No tengo padres.

—¿Qué han hecho? —preguntó el carcelero.

—Lanzar gritos sediciosos.

Mi escrutinio fue rápidamente hecho.

—Está bien —dijo el carcelero—, ahora podéis retiraros.

Los dos hombres salieron.

El portero me hizo subir al segundo. Una vez en el corredor silbó a un enorme perro.

—No tengáis miedo, jamás ha hecho daño a nadie.

Dejó que me olfatease.

—Ahora —dijo—, he aquí vuestro verdadero guardián. Si alguna vez intentaseis huir, cosa que dudo, él se encargará de impedirlo. Pero no os hará ningún daño. ¿No es cierto, *Plutón*? El otro día un preso intentó evadirse. *Plutón* me lo trajo cogido por la muñeca, pero sin el menor rasguño.

Una vez en mi celda, le pregunté:

—¿Pensáis que estaré aquí mucho tiempo?

—Tres o cuatro días, quizá.

—Es demasiado —murmuré.

El carcelero me miró con extrañeza.

—¿Tenéis prisa, por casualidad?

—Y mucha.

—En efecto —dijo filosóficamente—, cuando hay que terminar...

—Es mejor cuanto antes —respondí.

—Si estáis verdaderamente decidida, volveremos a hablar de ello.

—¿Cómo haréis?

—Como se dice en el teatro, os ofreceré un papel especial. Esta es la prisión de los comediantes: hemos tenido lo mejor de la Opera; en este momento tenemos parte de la Comedia Francesa. Mientras tanto, ¿de qué viviréis?

—Como es la primera vez que vengo —dije sonriendo—, no conozco las costumbres de la casa.

—Quiero decir, si tenéis dinero para haceros comida aparte, o comeréis la del rancho.

—No tengo ni un céntimo —respondí—. Pero tomad mi sortija, me alimentaréis con su venta, espero que tendré suficiente para dos o tres días.

El carcelero la examinó como hombre entendido en joyas. Hacía diez años que estaba en La Forcé y muchas habían pasado ya por sus manos.

—¡Oh! —dijo—, os alimentaré durante dos meses y todavía saldré ganando en el negocio.

Llamó a su mujer.

—Madame Ferney —dijo.

Madame Ferney se acercó.

—Os presento a la ciudadana Eva, que os recomiendo. Arrestada bajo culpabilidad de gritos sediciosos. Dadle una buena habitación y todo cuanto desee.

—¿También papel, tinta y pluma? —pregunté.

—También. Es lo que todas nuestras presas nos piden al llegar.

—Entonces —dije—, no tendré tiempo de aburrirme.

—Tengo miedo —dijo el carcelero—, me gustaría guardaros durante más tiempo.

—¿Aunque se termine el dinero de la sortija? —pregunté riendo.

—Todo el que Dios quiera.

La dulzura del carcelero, la educación de su mujer, la palabra Dios vibrando bajo el techo de la prisión, no dejaron de extrañarme.

A fuerza de tratar con aristócratas, la rudeza de los carceleros había terminado por desaparecer.

Lo que todavía no sabía, y no conocí hasta más tarde, es que los Ferney tenían buena reputación entre los prisioneros.

Al tiempo que limpiaba mi cuarto, ponía sábanas limpias a mi cama, me llevaba tinta, plumas y papel, para esa misma noche, madame Fresnay me preguntó por qué estaba encarcelada.

—Ya lo sabéis —le dije—. Proferí palabras sediciosas contra el rey Robespierre.

—¡Silencio! —me dijo—, callaos. Hay en esta prisión gente que hace el terrible empleo de espía. Se acercarán a vos y os contarán supuestos crímenes para arrancaros los verdaderos. Los hay para mujeres y para hombres. Desconfiad. Estamos obligados a tener semejante canalla, pero siempre que podemos advertimos a los prisioneros como gente honrada que somos.

—¡Oh!, yo no tengo nada que temer.

—¡Ay, hija mía, hasta los inocentes tienen por qué temer!

—Pero yo soy culpable, he gritado: «Abajo Robespierre, abajo el monstruo!» Lo he maldecido.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Para morir.

—¡Para morir! —dijo la mujer con extrañeza.

Cogiendo una palmatoria me la acercó para mirarme a la cara.

—¿Morir? ¡Vos! ¿Qué edad tenéis?,

—Acabo de cumplir diecisiete.

—Sois bonita.

Me encogí de hombros.

—Vuestro informe dice que sois rica.

—Lo fui.

—¿Y queréis morir?

—Sí.

—¡Paciencia! —dijo—. ¡Esto no puede durar eternamente!

—Poco me importa que dure mucho o que termine.

—Ya veo —dijo la madre Ferney poniendo la luz sobre la mesa y siguiendo con su barrido—. ¡Pobre juventud! Han guillotinado a vuestro amante y queréis morir.

No contesté. La carcelera continuó con su trabajo y, una vez terminado, me preguntó qué deseaba para la cena.

Le pedí un vaso de leche.

Poco después subió con el vaso, papel, tinta y pluma.

—¿No sabéis a quién acaban de traer? —me dijo.

—No.

—Santerre, el famoso Santerre, el rey del faubourg Saint Honoré. ¡Ah!, ése no morirá sin ser abucheado. ¿Queréis verle?

—Le conozco.

—¡Bah!

—No solamente estaba de su brazo cuando me arrestaron, sino que, probablemente, sea yo la causa de su arrestamiento. Quisiera que me perdonase. ¿Podría hablarle?

—Voy a decírselo a Ferney. ¡Si por lo menos los prisioneros pudiesen verse y consolarse!. Salió. Me hice esta pregunta: ¿Qué es el destino?

He aquí un patriota conocido por su exageración más que por su indiferencia. Ha tomado parte en todo cuanto ha pasado desde la toma de la Bastilla. Ha tenido su distrito como un león a su cadena, ha prestado grandes servicios a la Revolución. Como yo, siente curiosidad por ver la última ejecución, le encuentro, el miedo a ser aplastada me hace apoyarme en su brazo. La vista del mismo espectáculo nos causa diferente reacción. A él le aplana, a mí, me exaspera. Maldigo al verdugo, y henos aquí, a los dos, en la misma prisión, probablemente destinados al mismo carro y al mismo patíbulo. Si no le hubiese encontrado, a mí me hubiese sucedido lo mismo, puesto que era una decisión tomada. Pero a él, ¿le hubiese ocurrido del mismo modo?

En ese momento se abrió mi puerta y oí la bronca voz del cargador que decía:

—¿Dónde está esa pequeña ciudadana que quiere que la perdone? No tengo nada que perdonar.

—Sí —le dije—, probablemente soy la causa de vuestro arresto.

—¿Qué decís? Soy yo el que se desmayó como una mujer. ¡Desmayarse es un crimen! ¿Quién iba a pensarlo de un elefante como yo? Sin embargo reconoceréis que la dulce voz de la pequeña Nicole diciendo al verdugo: «Señor verdugo, ¿estoy bien así?», arranca el alma de cualquiera. No habéis podido tragaros vuestra maldición y se la habéis lanzado a la cara, habéis hecho bien; que rompa las entrañas de aquellos que no tuvieron valor para escupírsela en la cara. ¡Oh!, serán las muertes de las mujeres las que terminarán con él.

—Entonces, ¿me perdonáis?

—¡Naturalmente! ¡Os ensalzo, os admiro! Tengo una hija de vuestra edad, no tan bella como vos. ¡Pues bien!, quisiera que hubiese hecho lo que vos habéis hecho, aunque hubiese tenido que morir como vos moriréis y aunque yo mismo la condujese hasta el patíbulo.

—Me hacéis mucho bien, señor Santerre. Sabiendo que no moriréis por mi causa, yo moriré tranquila.

—¡Muerta!, todavía no lo estáis. ¡Cuando sepan en mi distrito que me han arrestado, va a organizarse una buena bacanal! Quisiera estar allí para ver a mis obreros.

—Sí, pero dejemos una cosa bien sentada, señor Santerre, pase lo que pase, no haréis nada por salvarme, quiero morir.

—¿Vos, morir?

—Sí, y si os lo pido, me ayudaréis.

Santerre movió la cabeza.

—Decidme una vez más que me perdonáis y entrad; la ciudadana Ferney me está haciendo señas que debemos separarnos.

—Os perdono de todo corazón —dijo—, aunque nuestro encuentro deba conducirme al patíbulo. ¡Hasta mañana!

—De acuerdo. ¡Hasta mañana!

Me volví hacia madame Ferney:

—¿Podríamos vernos mañana?

—A las horas de paseo, sí.

—Entonces digo como vos, ciudadano Santerre, hasta mañana.

Salió. Tomé mi vaso de leche y me puse a escribirte.

- En La Forcé, 18 de junio 1794.

Amigo mío, creo que tengo sobre la muerte la más clara idea que pueda tenerse. He dormido durante seis horas con un profundo sueño, sin pesadillas, con ausencia total del sentimiento de la vida.

Y a pesar de cualquier comparación, la muerte sólo puede parecerse a la muerte.

Si la muerte fuese un sueño, como el del que acabo de salir, nadie temería a la muerte puesto que nadie teme al sueño.

Lavoisier ha dicho que el hombre era «un gas solidificado» y no puede reducirse al hombre a una expresión más simple.

La cuchilla cae sobre el cuello y el gas se funde.

Pero el gas que ha formado al hombre, ¿para qué sirve, qué es de él mezclado de nuevo en el gran todo, es decir, cuando vuelve a su fuente?

¿Lo que era antes de nacer?

No, puesto que antes de nacer no era nada.

La muerte es necesaria, tanto como la vida. Sin la muerte, es decir, sin la sucesión de los seres, no existiría el progreso, no habría civilización. Creciendo las unas sobre las otras las generaciones agrandan su futuro.

Sin la muerte el mundo se estacionaría.

¿Pero qué hace la muerte con los muertos?

El pasto de las ideas, el abono de las ciencias.

No es demasiado divertido pensar que sea la sola cosa para la que nuestros cuerpos sirvan cuando ya seamos cadáveres.

¡Que la sublime Carlota Corday!, ¡que la buena Lucile!, ¡que la pobre pequeña Nicole, no lleguen a ser más que abono!

¡Oh!, el poeta inglés es por el contrario mucho más consolador cuando pone en boca del predicador que bendice a Ofelia en su lecho fúnebre, estos cuatro versos:

Oh, tú, que en tus días no pudiste soportar la carga, En esta humilde tumba, virgen, reposa en calma, Para que el Señor haga, en sus metamorfosis, De tu alma un ángel, de tu cuerpo rosas.

Por desgracia la ciencia moderna admite todavía que un cuerpo haga rosas, pero ya no admite que del alma salga un ángel.

Cuando el ángel está hecho, ¿dónde se le aloja?

Mientras la ignorancia astronómica ha creído en la existencia del cielo, se le alojaba en el cielo; pero la ciencia moderna ha hecho desaparecer al tiempo el empíreo de los Griegos, el firmamento de los Hebreos, el cielo de los cristianos.

Cuando la tierra era el centro del mundo; cuando, según Tales, navegaba sobre las aguas como un gran barco; cuando, según Píndaro, era sostenida por columnas de diamantes; cuando, según Moisés, era el sol el que giraba a su alrededor; cuando, según Aristóteles, había ocho cielos por encima de nosotros, el cielo de la Luna, el de Mercurio, el de Venus, el del Sol, el de Marte, el de Júpiter, el de Saturno y, por fin el firmamento, sólida bóveda donde estaban incrustadas las estrellas, podíamos, aunque fuese en un cielo pagano, colocar a Dios, a los ángeles, a los serafines, las dominaciones, los santos, las santas, igual que se entrona a un conquistador en el reino que ha conquistado. Ahora que la Tierra es después de la Luna el planeta más pequeño, que la Tierra es la que se mueve mientras el sol permanece fijo, que los ocho cielos han desaparecido para dejar paso al infinito, ¿en qué parte del infinito colocaremos vuestros ángeles, Señor?

Amigo mío, ¿por qué me enseñaste todas estas cosas, árbol de la vida, árbol de la ciencia, árbol de la duda?

Ferney y su mujer me han dicho que a menos que los agentes hayan ido a denunciarme directamente al tribunal revolucionario, puede que me olviden aquí sin entablar mi proceso.

Estarás de acuerdo en que tendría muy mala suerte.

Estoy tan cansada de la vida, más desierta, más silenciosa, más muda para mí que la muerte, que cualquier medio será bueno para escaparme de ella.

Verás lo que he pensado.

Puesto que al parecer mi proceso no va a entablarse, me pasaré sin él.

Tenemos dos recreos por día.

Los prisioneros podemos tomar parte en ambos.

El paseo en el patio: ver salir los condenados hacia la plaza de la Revolution.

En la primera hornada bajaremos, Santerre y yo, para ver marchar a los condenados. Tendré las manos atadas a la espalda, los cabellos anudados en lo alto de la cabeza.

Me deslizaré entre los condenados y subiré al carro. Y entonces, ¡por mi fe!, tendré muy mala suerte si la guillotina no quiere nada de mí.

Tengo que convencer a Santerre; creo que ahí estriba mi mayor dificultad.

Este tabernero es realmente un buen hombre. Cuando le dije que era a ti a quien amaba, cuando le dije que habían corrido a caballo tras los dos últimos girondinos en las grutas de Saint-Emilion; cuando le dije que uno de esos dos mártires eras probablemente tú, y se acordó que a él también se lo habían dicho; cuando por fin le dije que solamente podía confiarme a él, que únicamente a él podía pedir este favor, consintió llorando; pero, consintió.

Mañana habrá ejecuciones. Se han anunciado tres carretas, lo que significa dieciocho personas, por lo menos.

Una de más, una de menos, nadie se dará cuenta, ¡ni siquiera la muerte!

Te he dicho ya todo cuanto tenía que decirte, mi bienamado: voy a emplear mi noche a tratar de dormir bien.

Como el caballero de Canolles: Me pruebo.

¡Qué buena noche he pasado, mi amor!, ¡Ojalá sea la primera tan dulce! Soñé con nuestra casa de Argenton, con el jardín, con el cenador, con el árbol de la vida, con la fuente; en una palabra, he visto todo nuestro pasado en sueños.

¿Es un adelanto de vuestra eternidad, Señor? Si me lo hacéis así, ¡gracias os sean dadas, Señor!

La llegada de los carros se acerca, no quiero hacerlos esperar.

Adiós, mi bienamado, adiós. Esta vez es verdaderamente la última. Esta vez voy a ver el espectáculo entre candilejas en lugar de verlo desde el patio de butacas.

Nunca, mi bienamado, mi corazón estuvo tan tranquilo y tan alegre. Una vez más te digo: «Si has muerto, voy a reunirme contigo; si vives, voy a esperarte.» ¡Oh!, pero... ¡la nada!, ¡la nada!

Los carros entran en el patio, adiós.

Santerre viene a buscarme.

Voy.

Te quiero.

Tu Eva,

En la vida y en la muerte.

El patíbulo no me acepta. ¡Qué desgraciada soy!

¡Cómo esperaba, en el momento en que escribo estas líneas, descansar ya entre los brazos del Señor, o cuando menos, en el seno de la tierra!

¿Tendré que matarme yo misma, para por fin poder morir?

Te escribo al albur. Creo firmemente que estás muerto, mi bienamado, Jacques. He intentado averiguar los nombres de los cuatro girondinos que murieron en el cadalso de Burdeos, o despedazados por los perros en las cuevas de Saint-Emilion.

Pero es imposible conocer sus nombres: los periódicos solamente hablan de su muerte. En

fin, es posible que aún estés con vida, tal vez por ello Dios no ha querido dejarme morir. Todo ha ocurrido como esperaba, salvo el desenlace. Me había vestido de blanco; porque ¿acaso no iba a reunirme contigo, amado mío?

Cuando llegué al patio encontré varias carretas cargadas de condenados y a Santerre que me aguardaba.

Una vez más me suplicó que renunciara a mi proyecto, pero yo insistí, sonriendo. No soy capaz de expresarte la profunda serenidad que me embargaba; diríase que el azul del cielo corría por mis venas.

El día era magnífico; era uno de aquellos hermosos días de junio, en que al atardecer, enlazadas nuestras manos en la glorieta de nuestro paraíso perdido, escuchábamos el canto del ruiseñor en los macizos de siringas.

Se lo ordené y él me ató las manos. Un rosal, cuajado de flores, trepaba por el muro. Amor mío, quieres decirme, ¿dónde van a florecer los rosales?

Es verdad que las flores del que yo veía eran rojas como la sangre.

—Corte ese capullo —dije a Santerre—, y dádmelo.

Lo cortó y me lo puso en la boca. Incliné mi frente hacia él y suavemente puso en ella sus labios. Te das cuenta, amor mío, la última heredera del marqués de Chazelay recibiendo como último adiós sobre la tierra, el beso del tabernero del suburbio de San Antonio.

Subí en la última carreta, con toda facilidad. Es tan raro ver a los hombres cortejar a la muerte que todos pensaban que yo también estaba condenada.

Eramos treinta y cinco en cinco carretas; yo hacía el número treinta y uno. Inútilmente buscaba entre mis compañeros alguna cara simpática, no encontré ninguna. La guillotina se volvía cada vez más ávida y los aristócratas eran, de día en día, más raros.

La penúltima hornada, la de madame Saint-Amarante, a duras penas había provisto veinticinco nobles de un total de cincuenta y cuatro guillotinos. La última hornada, que era de treinta y cinco, tenía como única figura al hijo natural de M. de Sillery, y al pobre representante Osselin, condenado por haber escondido a una mujer a la que quería. Incluso éste era un patriota y no un aristócrata.

Mis compañeros eran treinta presidiarios, ladrones ante los que ninguna puerta se resistía, que sólo merecían la cárcel, pero que, a falta de otra cosa, eran elevados a la altura del patíbulo. ¡Pobre guillotina! ¡Lo primero que comió fue su mejor pan! Por un instante creí que la guardia me haría descender de la carreta en vista del contraste tan grande que había entre mis compañeros y yo; pero las carretas se pusieron en marcha. Dirigí una última mirada de agradecimiento a Santerre y partimos.

Las gentes que nos seguían o que encontrábamos apiñadas en nuestro camino, parecían tan extrañadas como los gendarmes al verme en medio de tan extraños compañeros; tanto más que colocada en el séptimo lugar de la carreta, que sólo tenía seis plazas, todos los condenados estaban sentados, excepto yo, que había de estar de pie.

En general, mi presencia daba lugar a murmullos, pero murmullos de piedad. El pueblo empezaba a cansarse de ver transportar por las plazas públicas esta carnicería humana. Oía voces que decían:

—Miradla, ¡qué hermosa es!

Y otras:

—Apuesto que no tiene dieciséis años. Un hombre, destacándose, gritó:

—Después de lo de Saint-Amarante creí que ya se habría terminado con las mujeres.

Y los murmullos volvían mezclándose con los insultos que dirigían a los otros

condenados. Al final de la calle de la Ferronnerie la multitud se hizo más densa y las muestras de simpatía más grandes.

Es extraño cómo la proximidad de la muerte agudiza los sentidos. Oía todo lo que se decía, veía todo lo que estaba ocurriendo.

Una mujer gritó:

—Se mata a una santa con unos bandidos para que los salve.

—Mira —dijo una joven—, tiene una flor en la boca.

—Es una rosa —dijo su compañera— que le habrá dado su amante al separarse de ella, y querrá morir con la rosa en los labios.

—¿No es un asesinato matar gente tan joven? ¿Qué es lo que puede haber hecho?

Este concierto de voces misericordiosas que se alzaban en mi favor me producían un extraño efecto; podría decirse que me elevaban materialmente por encima de mis compañeros y, precediéndome camino del Cielo, parecía que me abrían sus puertas.

Un hermoso joven de veinte años, hendiendo las olas que formaba el pueblo, se colocó en primera fila y con una mano en la parte posterior de la carreta, dijo:

—Prometedme que me amaréis —dijo—, y pondré en peligro mi vida para salvaros.

Moví lentamente la cabeza y, sonriendo, levanté mi mirada al cielo.

—¡Id a vuestra gloria! —dijo.

Los guardias que le habían visto hablarme, quisieron detenerlo pero él se defendió y ayudado por la multitud, desapareció entre ella.

Yo vivía un estado de bienestar que sólo había conocido cuando me apoyaba sobre tu corazón. Me parecía que, a medida que me acercaba a la plaza de la Revolution, me acercaba a ti. De tanto mirar al cielo, acabó por presentármese como una especie de aureola a través de la cual veía a Dios en su terrible y sublime majestad.

Me parecía que, además de los ruidos y movimientos de la tierra, empezaba a ver y oír cosas que yo sola veía y oía; oía los acordes de una armonía celestial y lejana; veía seres luminosos y a la vez transparentes, que se deslizaban por el firmamento. Al final de la calle Saint-Martin y de la calle de Lombards, me sacó de mi éxtasis un embotellamiento de coches. Un carricoche que venía de La Roquette, de Saint-Lazare, o de Biccétre, transportaba desde la otra orilla del Sena una docena de presos amontonados entre sus tablas.

En esta ocasión el Comité de salud pública había tenido suerte: todos los presos eran aristócratas.

Cuatro gendarmes los escoltaban; nuestra carreta chocó contra el carricoche; la colisión me hizo volver a tierra firme.

Entre los presos había una joven, más o menos de mi edad, morena, de ojos negros, de una belleza espléndida.

Nuestras miradas se cruzaron, nuestras almas cambiaron entre sí un efluvio de simpatía; me tendió los brazos; los míos estaban atados a la espalda... Moví el capullo de rosa que tenía en mis labios y, con toda la fuerza de mis pulmones, se lo lancé. Cayó en sus rodillas. Lo cogió y se lo puso en la boca.

Después, carricoche y carreta se separaron. Este siguió su camino hacia el Puente de Notre Dame y la carreta el suyo hacia la Plaza de la Revolution.

Este episodio del viaje obligó a mi espíritu a descender de las sublimes alturas a que lo había llevado la contemplación, más allá de las cosas vulgares de la tierra. Miré a mis desgraciados compañeros.

A mi alrededor tenía el amor a la vida y el terror a la muerte bajo todos sus aspectos.

En efecto, estos miserables desprovistos de virtudes, sin conciencia ni remordimientos, que carecían incluso de la fe política que mantenía a los condenados de esta época, estos miserables no tenían apoyo ninguno ni en la tierra, ni en el cielo. No se atrevían a levantar la cabeza, ni a mirar a su alrededor; en voz baja y ronca, de cuando en cuando, alguno preguntaba cuántos minutos de vida le quedaban.

—¿Dónde estamos?

Yo les respondía, para consolarlos.

—Camino del Cielo, hermanos.

Pero uno de ellos, dijo brutalmente:

—No preguntamos eso, preguntamos si estamos aún lejos.

—Entramos en la calle Saint Honoré —le contesté.

Un poco después, la misma pregunta otras dos veces.

—Barriere des Sergents, Palais-Egalité.

Y ellos respondían rechinando los dientes y blasfemando; mezclando maquinalmente en sus expresiones el nombre de Dios.

La carreta llegó ante el almacén de lencería de madame de Condorcet. Intenté verla por última vez, pero puertas y ventanas estaban cerradas.

—Adiós, hermana en sufrimientos —dije al pasar—. Llevaré noticias tuyas al hombre que te quiso, a la vez, como padre y como esposo.

Uno de mis compañeros, el que estaba más cerca de mí, oyó mis palabras; se dejó caer de rodillas ante mis pies y me preguntó admirado:

—Entonces, ¿tú crees en otra vida?

—Si no lo creo, cuando menos, lo espero.

—Pues yo no creo, ni espero —me dijo.

Y convulsivamente golpeaba su cabeza contra el banco en el que, un momento antes, iba sentado.

—¿Qué haces, desgraciado? —le pregunté.

El se rió, convulsivamente:

—Me demuestro, por medio del dolor, de que todavía vivo. ¿Y tú?

—La muerte me probará enseguida, con el reposo, que he dejado de vivir.

Otro alzó su cabeza y me miró con un aire extraviado y con un ojo sangrante:

—Entonces, ¿tú sabes lo que es la muerte? —me preguntó.

—No, pero dentro de un instante, lo sabré.

—¿Qué crimen has cometido para que te hagan morir con nosotros?

—Ninguno.

—Y, sin embargo, ¡vas a morir!

Después, como si esta blasfemia pudiese alcanzar al creador de todas las cosas:

—¡No hay Dios, no hay Dios, no hay Dios! —gritó.

Pobre humanidad miserable que cree en un Dios individual, que en su orgullo piensa que ese Dios no tiene otra cosa que hacer sino seguirla desde el nacimiento hasta la muerte, y que, en cada instante, para satisfacer un capricho, o para ahorrarle un sufrimiento, le ruega que con un milagro altere el orden inmutable de la naturaleza.

—Pero —dijo uno de los condenados— ya que no hay justicia divina, debiera haber una

justicia humana. Yo he robado, he roto ventanas, he echado abajo puertas, he forzado cajas, he escalado paredes; merezco la cárcel, pero no el patíbulo. Que me envíen a Rochefort, a Brest, a Toulon, están en su derecho, pero no tienen derecho a matarme.

—Anda —le dije—, cuéntaselo a Robespierre, pasamos por delante de la casa de su carpintero, y tal vez te oiga.

El condenado lanzó un gemido apagado, y poniéndose de pie, dijo:

—¡Tigre de Arras!, ¿qué haces con todas las cabezas que por ti se cortan y de toda la sangre que se vierte en tu nombre?

Un concierto de maldiciones salió de todos los coches y se mezcló con los gritos de la multitud entre la que el nombre de Robespierre empezaba a perder popularidad.

—Gracias, rey del terror, que me reúnes con el que amo.

Después que pasó esta explosión, los condenados cayeron de nuevo en su estupor y el silencio se asentó otra vez en las carretas. Por lo demás, apenas la tercera parte de estos miserables había tenido la fuerza suficiente para levantarse y gritar. El que había golpeado su frente contra el banco y que todavía seguía de rodillas, me dijo:

—¿Sabes alguna oración?

—No —le respondí—, pero sé rezar.

—Entonces, reza por nosotros.

—¿Qué queréis que le pida a Dios?

—Lo que quieras; tú sabes mejor que nosotros lo que nos hace falta.

Me acordé de aquellas vírgenes de los circos romanos que consolaban a los moribundos que les rodeaban, antes que esos moribundos tuviesen la suerte de ser mártires. Levanté los ojos al cielo.

—De rodillas, poneos de rodillas, todos —dijo el condenado—; que ella va a rezar.

—Dios mío —dije—, si existieseis como cosa distinta de la inmensidad impalpable, de la omnipotencia invisible, de la eterna manifestación de la obra sublime de la naturaleza; si, como dicen los dogmas de nuestra Iglesia, te has encarnado bajo una apariencia humana, si tienes ojos para ver nuestros dolores, y oídos para oír nuestras plegarias; si, en fin, le has reservado en un mundo superior la recompensa de las virtudes y el castigo de los crímenes de este mundo, ¡dígnate acordarte al ver a estos hombres ante Ti, que la justicia humana ha usurpado tus derechos, que, castigados ya, con exceso sus crímenes en la tierra, no pueden ser castigados otra vez en ese reino desconocido que la ciencia busca en vano y que los libros santos llaman Cielo! ¡Que descansen por toda la eternidad en recompensa de su expiación y en la gloria de tu misericordiosa justicia!

—¡Amén! —susurraron dos o tres voces.

—Pero, si por el contrario —continué—, la puerta por la que hemos de pasar todos es la de la nada, si bajo el mismo golpe todos vamos a caer en la noche, en la insensibilidad y en la muerte, si no hay nada más allá de la vida, como nada hubo antes de ella, entonces, amigos míos, demos gracias a Dios, porque la ausencia de sentimientos lleva consigo la ausencia de sufrimientos, y entonces dormiremos en la eternidad de ese sueño sin soñar que la fatiga de un penoso día, nos ha proporcionado en ocasiones, un anticipo de ese mundo.

—¡Oh, no! —gritaron los condenados—, ¡que Dios nos castigue con sufrimientos eternos antes que con la nada eterna!

—¡Señor! ¡Señor! —exclamé—. Te han hablado desde el fondo del abismo. ¡Escúchalos, Señor!

Dimos unos pasos en silencio. Después, de repente, un gran estremecimiento se extendió por toda la muchedumbre y llegó hasta los condenados, porque, como las carretas pasaban por la puerta de Saint-Honoré, aunque estuvieran sentados de espaldas y, por consecuencia no pudieran ver el instrumento del suplicio, adivinaron que habían llegado a él.

Yo, por el contrario, noté un sentimiento de alegría; me alcé sobre la punta de mis pies y vi la guillotina que elevaba por encima de todas las cabezas sus dos grandes brazos rojos hacia el cielo, al que tienden todas las grandes cosas. Había llegado a preferir incluso la nada, que tanto aterraba a estos desgraciados, a la duda en que vivía ya más de dos años.

—Hemos llegado, ¿no es así? —preguntó uno de los condenados con una voz triste.

—Dentro de cinco minutos.

—Nos guillotinarán los últimos, porque estamos en la última carreta —dijo otro de estos desgraciados hablándose a sí mismo—. Somos treinta, y a uno por minuto, todavía tenemos media hora de vida.

La multitud seguía gritando contra ellos y compadeciéndose de mí; había llegado a ser tan densa que los gendarmes que precedían a las carretas no podían abrirse camino. Fue menester que, desde la plaza de la Revolution, el general Henriot, que vigilaba cerca del cadalso, viniese en persona, con el sable en la mano y seguido de cinco o seis guardias, para abrir paso, lanzando juramentos terribles.

Lanzó su caballo con tal brutalidad, que, del empuje que le dio su jinete, atropellando a mujeres y niños, llegó hasta la última carreta.

Me vio de pie, en medio de los otros, que estaban arrodillados. —¿Por qué no estás de rodillas como los otros? —me preguntó. El condenado que me había pedido que rezase por ellos oyó la pregunta y levantó la cabeza:

—Porque nosotros somos culpables y ella es inocente, porque nosotros somos débiles y ella es fuerte, porque nosotros lloramos y ella nos consuela.

—¡Vaya! —gritó Henriot—, así que es una heroína como Carlota Corday o madame Roland; y yo que creía que nos habíamos librado de todos esos viragos.

Después, se dirigió a los carreteros: —Vamos —les dijo—, el camino está libre, ¡adelante! Y las carretas se pusieron a andar.

Cinco minutos después, la primera carreta se paraba junto al patíbulo.

Las otras se detuvieron con un movimiento sucesivo que se extendió desde la primera hasta la quinta.

Un hombre con carmañola y gorro rojo estaba al pie del cadalso, entre la escalera de la guillotina y las carretas que, una tras otra, llevaban su cargamento.

Llamó en voz alta por su número y nombre a un condenado. El condenado descendía solo, o sostenido por ayudantes, subía a la plataforma, se agitaba un instante, y después desaparecía. Se oía un golpe apagado, después todo había terminado.

El hombre de la carmañola llamaba al número siguiente. El condenado que había calculado que todavía tendría media hora, contaba estos golpes sordos, y con cada uno de ellos se estremecía y gemía.

Al sexto golpe, hubo una interrupción.

Lanzó un suspiro, movió la cabeza para hacer caer el sudor, que no podía limpiarse.

—Ha terminado la primera carreta —murmuró.

En efecto, la segunda carreta ocupó el lugar de la primera; la tercera, el de la segunda; el

movimiento llegó hasta nosotros y nos acercamos al patíbulo avanzando un puesto.

Después, los golpes siguieron cayendo, y el desgraciado continuó contándolos al tiempo que palidecía y temblaba de miedo cada vez más.

Al sexto golpe, la misma interrupción, y el mismo movimiento.

Los golpes volvieron de nuevo haciéndose más perceptibles a medida que nos íbamos acercando.

El condenado seguía contándolos; pero al llegar al número dieciocho, la voz se extinguió en sus labios, se desplomó y ya sólo se oyó como una especie de estertor.

Los golpes seguían cayendo con espantosa regularidad. La carreta que se estaba vaciando era la única que nos separaba del patíbulo.

El condenado que había pedido que rezara, levantó la cabeza.

—Ya llegó nuestra hora —dijo—, niña santa, ¡bendíceme!

—¿Acaso puedo hacerlo con mis manos atadas? —le pregunté.

—Dame la espalda —me dijo.

Hice lo que pedía y noté que con sus dientes desataba la cuerda que ligaba mis manos. Cuando las tuve libres, las puse sobre su cabeza.

—Que Dios tenga misericordia de ti —le dije—, y en lo que a una pobre criatura, que para ella necesitaría una bendición, le es permitido bendecir, ¡yo te bendigo!

—Y a mí, y a mí —dijeron dos o tres voces.

Y los otros condenados se levantaron con esfuerzo.

—Y vosotros también —les dije—, ¡ánimo, morid como hombres y como cristianos!

Con mis palabras, los hombres se pusieron de pie, y como ya estaba vacía la última carreta, la nuestra giró un poco y ocupó su lugar.

Entonces comenzó el llamamiento fúnebre.

Mis compañeros, nombrados uno a uno, descendieron de la carreta. El que había estado contando los golpes era el vigésimo noveno: hubo que llevarlo, estaba sin conocimiento.

El trigésimo se levantó por sí mismo, antes de que lo llamaran.

Lo llamaron.

—Rezad por mí —me dijo.

Y descendió tranquilo y firme.

Con mis palabras había pasado de la desesperación a la serenidad.

Antes de ponerse en la báscula fatal, me dirigió una última mirada.

Yo le señalé el cielo.

Cayó su cabeza y, a mi vez, bajé de la carreta.

El hombre de la carmañola me cerró el paso.

—¿Dónde vas tú? —me preguntó sorprendido.

—Voy a morir —le respondí.

—¿Cómo te llamas?

—Eva de Chazelay.

—No estás en la lista —dijo.

Insistí para que me dejara pasar.

—Ciudadano ejecutor —dijo el hombre de la carmañola—, hay una joven que no está en mi lista ni tiene número, ¿qué se hace?

El verdugo se acercó a la balaustrada, y mirándome, dijo:

—Devolverla a la prisión, será para otro día.

—¿Por qué dejar la cosa para otro día si ya está aquí? —gritó Henriot—. Vamos, acabemos de una vez, que me esperan para comer.

—Perdona, ciudadano Henriot —dijo el ejecutor con cierta deferencia, pero con firmeza—: el otro día, a causa de la pobre Nicole fui injuriado y amenazado, sin embargo, ella tenía su número y estaba en la lista; anteayer con Osselin, que estaba medio muerto que bien se podría haberlo dejado morir por completo y tranquilamente, me tiraron piedras, y sin embargo también tenía su número y estaba en la lista. Hoy por esta joven, que no tiene número, ni está en la lista, ¡me harían pedazos! ¡Gracias!, eso estaba bien al principio, pero no hoy; uno se cansa. Atiende, ¿veis cómo empieza a protestar la muchedumbre?

Y, en efecto, en el pueblo había ese movimiento que se hace en las olas en el momento de la tempestad.

—Pero, si yo consiento en morir —grité al ejecutor—, ¿qué importa que esté o que no esté en la lista?

—Me importa a mí, hermosa niña —dijo el verdugo—; no hago mi trabajo por entusiasmo.

—¡Diablos!, y a mí también —dijo el hombre de la carmañola—. Tengo mis cuentas con el Tribunal revolucionario, y mi encargo es de treinta cabezas y no de treinta y una. Las cuentas claras, hacen buenos amigos.

—Miserable —gritó Henriot, blandiendo su sable y dirigiéndose al ejecutor—, ¡te ordeno que acabes con esta aristócrata! Y si no me obedeces, te las verás conmigo.

—Ciudadanos —gritó el ejecutor dirigiéndose al pueblo—, apelo ante vosotros. Se me ordena que ejecute a una joven que no está en mi lista. ¿Debo hacerlo?

—¡No! ¡No! ¡No!—gritaron miles de voces.

—¡Abajo Henriot, abajo los que mandan guillotinar! —gritaron algunos espectadores.

Henriot, medio borracho, como de costumbre, lanzó su caballo hacia la multitud, por donde venían las amenazas. Entonces empezaron a llover piedras y a alzarse palos.

—Cógete de mi brazo, ciudadana —dijo el hombre de la carmañola.

El tumulto iba en aumento. El pueblo se arrojaba contra el cadalso para demolerlo; los gendarmes corrían en auxilio de su jefe. Yo quería morir, pero no quería verme hecha pedazos ni aplastada a los pies de los caballos.

Me dejé llevar.

El pueblo, que me reconoció y creyó que se me quería salvar, se abrió delante de mí gritando:

—Pasad, pasad.

En la esquina del muelle de las Tullerías encontramos un coche. El hombre de la carmañola abrió la puerta, me metió en él y subió detrás de mí.

—¡A los Carmelitas! —gritó al cochero.

El coche salió al galope, siguió a lo largo del muelle de las Tullerías, llegó al puente todo lo rápido que pudo y se metió en la calle de Bac. Al cabo de una carrera de un cuarto de hora, se paró delante del convento de los Carmelitas, convertido en prisión desde hacía dos años.

Mi compañero se bajó del coche y llamó a una pequeña puerta ante la que se paseaba un centinela.

El centinela se paró; miró con curiosidad dentro del coche, vio una mujer sola, no pensó que en ello hubiera nada de inquietante, y continuó su paseo.

Se abrió la puerta y apareció el carcelero acompañado de dos perros.

Estos perros me recordaron los de La Forcé, a los que el bueno de Ferney me hizo conocer el día de mi llegada a la prisión.

—¡Ah!, eres tú, ciudadano comisario —dijo el carcelero—. ¿Qué hay de nuevo?

—Te traigo una pensionista —dijo el hombre de la carmañola.

—Estamos que no cabemos, ciudadano comisario —respondió el conserje.

—¡Bueno!, se trata de una exnoble y puedes mandarla al mismo calabozo de los dos aristócratas que te he mandado hoy.

—Que entre —dijo el carcelero encogiéndose de hombros—; una más, una menos...

—¡Ven! —me gritó el hombre de la carmañola.

Bajé del coche y entré. La puerta se cerró a mis espaldas.

—Pasa a la celda —me dijo el carcelero.

—Dad un nombre falso —me dijo en voz baja el hombre de la carmañola.

Estaba completamente aturdida con todo lo que acababa de ocurrir a mi alrededor. Obedecía, sin darme cuenta de lo que hacía... Fue tu nombre, amor mío, el que se me vino a la boca.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó el carcelero.

—Helena Mérey —le respondí.

—¿De qué estás acusada?

—Ella no lo sabe —se apresuró a contestar el comisario—; pero todo se aclarará dentro de dos o tres días. Voy a ocuparme de ella y ya volveré.

Después, en voz muy baja, me dijo:

—Preocupaos sólo de una cosa; que no se acuerden de vos.

Y salió haciéndome un gesto de esperanza. Sin duda creía que yo amaba a la vida.

Me quedé sola con el carcelero.

—¿Tienes dinero, ciudadana? —preguntó.

—No—le respondí.

—Entonces, vivirás el régimen de la prisión.

—El régimen que queráis.

—Ven. —Os sigo.

Cruzamos el patio, después por un corredor húmedo me condujo a un calabozo estrecho y oscuro al que se bajaba por dos escaleras y que se abría por un tragaluz con reja, que daba al jardín y al antiguo monasterio. Había en este calabozo, como ya se me había dicho, dos mujeres: una de ellas era esa buena persona que encontré en el carricoche de los prisioneros en la esquina de la calle Saint-Martin; todavía tenía en los labios el capullo de rosa que le tiré.

Me reconoció, lanzó un grito de alegría y vino hacia mí con los brazos abiertos.

Le respondí con un grito semejante y la estreché contra mi corazón.

—¡Es ella!, ¿comprendes, querida Josefina? ¡Es ella! Qué alegría volver a verla cuando ya la creía guillotizada.

Esta bella criatura a la que yo había lanzado mi capullo de rosa era Teresa Cabarrus. La otra era Josefina Tascher de la Pagerie, viuda del general Beauharnais.

En el mundo aún había alguien que me quería: yo estaba de nuevo ligada a la vida.

Esta amistad naciente se extendió por hilos imperceptibles a mi amor por ti. Volvió a mi corazón un poco de la esperanza completamente perdida.

De cuando en cuando, dentro de mi pecho una voz sorda me decía: «¡Sí, no ha muerto!» Mis dos nuevas compañeras me pidieron que les contase mis aventuras. Mi vuelta había sido no sólo sorprendente, sino fabulosa. Como Eurídice, yo volvía del país de la muerte.

Después de haberme visto en la carreta de los condenados, después de haber recibido mi última herencia, el capullo de rosa cogido de la pared de una cárcel, Teresa volvía a verme viva.

Yo había pasado por debajo de la guillotina, en lugar de pasar por ella.

Les conté todo.

Las dos eran jóvenes, las dos amaban, las dos se consumían de recuerdos, de impaciencia, de deseos de vivir. Cada vez que alguien golpeaba a la puerta, se miraban temblando, sintiendo en su corazón la angustia de la muerte.

Me escucharon con tal extrañeza, que se acercaba a la incredulidad. Yo tenía dieciséis años, era hermosa, y sin embargo estaba cansada de la vida y había deseado la muerte.

Ante la sola idea de ver cómo los condenados iban cayendo uno a uno, de oír treinta veces seguidas el ruido de la cuchilla hendiéndose en la carne, estaban a punto de caer presas de convulsiones.

A su vez, me contaron su vida.

No sé por qué me parece que estas dos mujeres son demasiado bellas y demasiado distinguidas para no ser llamadas, un día, a desempeñar un gran papel en el mundo. Por ello voy a ocuparme de ellas con algún detenimiento.

Además, si yo hubiera de morir y tú volvieras, es natural que conozcas a las dos mujeres a las que puedes preguntar los últimos secretos de mi corazón.

Además, ¿qué haría yo, si no te escribiese? Escribirte es tratar de persuadirme de que tú estás vivo aún. Me digo que no es probable, pero sí es posible que un día leas este manuscrito; en cada página verás que pienso en ti, y que no he dejado de amarte ni un solo instante.

Teresa Cabarrus es hija de un banquero español; se casó a los catorce años con el señor marqués de Fontenay.

Era un verdadero exnoble, como ahora se dice, un marqués poseído de sus blasones y su escudo de armas, que creía en la imperecibilidad de sus derechos feudales, viejo, jugador y libertino.

Desde los primeros días de su matrimonio, Teresa se dio cuenta de que se había casado mal.

Los sentimientos del marqués de Fontenay estaban en cuerpo y alma con el anterior régimen y, cuando apareció la ley sobre los sospechosos, él mismo se hizo justicia y se consideró de tal manera sospechoso, que decidió emigrar a España.

Se fue, llevándose con él a Teresa.

En Burdeos, los fugitivos se detuvieron en casa de un tío de Teresa, que llevaba, como su padre, el nombre de Cabarrus.

¿Por qué se detuvieron en Burdeos en lugar de seguir su camino?

Porque su destino era el de ser arrestados en Burdeos, y toda su existencia, tal vez, debía derivarse de este acontecimiento.

Mientras está en casa de su tío, Teresa se entera de que un capitán de barco inglés, que

debía hacerse a la mar, llevando trescientos emigrados, se niega a levar anclas porque la suma de dinero que debía serle entregada, no ha sido completada. Faltan tres mil francos, los fugitivos no pueden reunidos, ni ellos mismos, ni sus amigos.

Hace tres días que viven entre la esperanza y la angustia.

Teresa, que no dispone de su fortuna, pide tres mil francos a su marido, que le dice, que, siendo él también fugitivo, no puede desprenderse de una suma tan grande. Tres mil francos en oro, en aquella época, eran una fortuna.

Se dirige a su tío, que le da una parte de la suma; vende sus alhajas por el resto y va a llevar los tres mil francos al capitán inglés, que esperaba en un mesón de la ciudad.

El capitán pregunta al dueño del mesón quién es esa bonita mujer que sale de su casa y que no ha querido dar su nombre.

El mesonero la mira mientras se aleja; no la conoce; no es de Burdeos.

El capitán cuenta a su huésped que ella acaba de entregarle los tres mil francos que él esperaba, y que va a marcharse.

Y, en efecto, paga su cuenta y se va.

El mesonero era partidario de Robespierre; corre al comité y denuncia a la ciudadana.

Quisiera decir su nombre, pero no lo sabe. Sólo sabe que es muy joven y muy bella.

Cuando volvía del Comité, cruza la plaza del Teatro y ve a la marquesa de Fontenay que pasea del brazo de su tío Cabarrus. Reconoce a la misteriosa mujer, cuenta su secreto a tres o cuatro amigos revolucionarios, como él, y todos se dispusieron a seguir a Teresa, gritando:

—¡Ahí la tenéis!, la que da dinero a los ingleses para salvar a los aristócratas.

Los revolucionarios se lanzan sobre ella y la arrancan de los brazos de su tío.

Parecía que iban a hacerla pedazos, sin necesidad de proceso, cuando un joven, de veinticuatro a veinticinco años, hermoso, que vestía admirablemente el traje de los diputados en misión de servicio, ve desde el balcón de su habitación lo que sucede en la calle, sale inmediatamente, atraviesa la multitud, llega a Teresa, la coge del brazo y dice:

—Soy el representante Tallien. Conozco a esta mujer. Si es culpable, ha de ser llevada ante los Tribunales; si no lo es, golpear a una mujer, y a una mujer inocente, es un doble crimen: sin contar, añade, lo que hay de cobarde en maltratar a una mujer. Y Tallien, devolviendo a Teresa al brazo de su tío Cabarrús, al que reconoce, le dice en voz baja:

—¡Huid!, no hay tiempo que perder.

Pero Tallien no había contado con el presidente del Tribunal revolucionario, Lacombe. Lacombe, que supo lo que acababa de ocurrir, ordenó la detención de la marquesa de Fontenay.

Se la detuvo cuando enganchaban los caballos al coche, para marcharse.

Al día siguiente de su detención, Tallien se presentó en la secretaría del Tribunal. ¿No había reconocido realmente Tallien a madame de Fontenay, o había simulado no reconocerla?

El amor propio de la hermosa Fontenay prefería que hubiera sido lo último.

En esa época yo no había visto jamás a Tallien: recibí, pues, acerca de él, las impresiones que quiso hacerme compartir la bella prisionera.

Sus relaciones hasta entonces con Tallien, habían sido toda una novela; ¿esta novela solamente había sido hecha por un capricho del azar, o por un cálculo de la Providencia?

El desenlace daría la razón a lo uno o a lo otro. He aquí lo que me contó Teresa y escribí a su dictado:

Madame Lebrun era entonces el pintor de moda para las mujeres; veía la naturaleza por el lado más bello y más gracioso. Y así resultaba que la más hermosa mujer era embellecida y agraciada por ella.

El marqués de Fontenay quiso tener, más para enseñar a sus amigos, que para verlo él mismo, un retrato de su mujer. La llevó a casa de madame Lebrun, que extasiada ante la belleza del modelo, se comprometió a hacer este retrato, pero con la condición de que se le concedieran tantas sesiones como pidiera.

Cuando madame Lebrun tenía, en efecto, que pintar a una mujer de belleza mediocre, una vez que la había embellecido, todo estaba terminado; el modelo no podía pedir más. Pero cuando el modelo era por sí misma una belleza perfecta, era madame Lebrun la que recibía, en lugar de dar, una lección de la naturaleza, y entonces no regateaba nada para alcanzar una reproducción perfecta del original que tenía ante sus ojos.

En este caso, madame Lebrun, en las últimas sesiones, aceptaba la opinión de todo el mundo, aunque M. de Fontenay, deseoso de tener por fin el retrato que tanto le hacían esperar, había invitado un día a algunos de sus amigos a asistir a la última, o al menos a la penúltima sesión del retrato que madame Lebrun estaba haciendo a su mujer.

Rivarol era uno de sus amigos.

Como casi todos los hombres, cuyo espíritu se acerca al genio, porque lo alcanza, Rivarol, chispeante en la conversación, perdía enormemente con la pluma en la mano, y sobrecargaba de tachaduras una letra de por sí indescifrable.

Había hecho para el librero Panckoucke el prospecto de un nuevo periódico, que éste acababa de publicar.

Los compositores y el director de la imprenta se habían extenuado con el prospecto de Rivarol, y no habían conseguido leerlo.

Tallien, que era corrector en la casa del ilustre librero, propuso llevar el prospecto a M. Rivarol, leerlo con él, y después de esta especie de traducción, llevarlo de nuevo, para que lo compusieran.

Como consecuencia de ello se había presentado en casa de Rivarol, había insistido en verlo y había conseguido de un sirviente la confidencia de que estaba en casa de madame Lebrun, es decir, en la casa de al lado.

Tallien se presentó, encontró la puerta abierta, en vano buscó a alguien que lo anunciara, oyó hablar en el taller y, utilizando el privilegio que empezaba a poner a todas las clases a la misma altura, abrió la puerta y entró.

Tallien, como era hombre de espíritu, hizo tres movimientos perfectamente distinguidos y perfectamente apreciables: el primero de respeto, para madame Lebrun, el segundo de admiración, para madame Fontenay; el tercero de condescendencia ante el hombre de espíritu y de reputación, para Rivarol.

Después, volviéndose hacia madame Lebrun con mucha soltura y gracia, le dijo:

—Madame, tengo mucha urgencia en consultar con M. Rivarol acerca de unas obras... M. de Rivarol es muy difícil de encontrar en su casa. Me han enviado a la vuestra, y me he atrevido, tanto por el deseo de conocer a una célebre pintora como por la necesidad de encontrar a M. Rivarol, me he atrevido a cometer esta indiscreción.

Tallien tenía apenas veinte años en esta época. También él, como Teresa, estaba en la flor de la juventud y de la belleza; largos cabellos negros, rizados naturalmente, que se separaban en la frente, enmarcaban una cara iluminada por dos ojos magníficos en los que brillaba el germen de todas las ambiciones.

Madame Lebrun, admiradora de la belleza, como hemos dicho, saludó a Tallien y

tendiendo la mano hacia Rivarol, dijo:

—Estáis en vuestra casa, aquí tenéis al que buscáis.

Rivarol, un poco herido por el juicio hecho a su escritura, quiso tratar a Tallien como a un pequeño director de imprenta. Pero Tallien, conocedor del latín y del griego, hizo notar con mucho espíritu dos faltas cometidas por Rivarol, una en la lengua de Cicerón, la otra en la de Demóstenes. Rivarol, que había creído poder hacer reír a expensas de Tallien, comprendió que Tallien había hecho reír a sus expensas y se calló.

Iba a retirarse Tallien, cuando madame Lebrun lo detuvo.

—Señor —le dijo—, acabáis de señalar tan bien a M. Rivarol dos errores de lenguaje, que no dudo habréis estudiado a Apeles y a Fidias, como yo he estudiado a Cicerón y a Demóstenes. No sois adulator, y eso es lo que necesito, porque todos los que me rodean, ante cualquier cosa que yo pueda decirles, sólo se han ocupado de ocultar los defectos de mis obras.

Tallien se acercó con desenvoltura, como aceptando la función de juez que le era encomendada.

Después miró despacio el retrato, y despacio el original.

—Señora —dijo al fin—, os ocurre lo que sucede a los pintores de mayor talento, a los Van Dyck, a los Velázquez, a los Rafael, incluso. Cuantas veces el arte puede alcanzar a la naturaleza, triunfa el arte; pero cuando la naturaleza sobrepasa lo que el arte consigue, es el arte el vencido. No creo que quede nada por hacer, jamás conseguiríais la perfección del original; pero podríais colocar la cabeza sobre un fondo más oscuro, que le daría todo su valor. Con esta ligera corrección, creo, señora, que podéis entregar el retrato a la persona que representa. Siempre que esté lejos de ella, el retrato será perfecto; solamente, si lo retocáis, si empleáis cualquier artificio artístico para lograr un mayor parecido, lo perjudicará.

Habían pasado dos años. Tallien había progresado, era secretario particular de Alejandro de Lameth.

Una tarde que la marquesa de Fontenay había comido en casa de su amiga, madame de Lameth, Tallien, sin duda, con el fin de ver otra vez a aquella cuya imagen había quedado profundamente marcada en su pecho, cogió unas cartas y fue a preguntar si estaba allí M. Alejandro de Lameth.

Las dos damas tomaban el fresco en una terraza, adornada con macizos de flores.

—Alejandro no está —dijo la condesa—, pero yo iba a llamar para que cortaran para madame de Fontenay esta rama de rosal cuajada de rosas blancas; no sois un criado, M. Tallien, pero a título de favor os pido que cortéis esta rama.

Tallien la partió con sus dedos y la ofreció a la condesa.

—No era para mí para quien yo os pedí estas flores —dijo madame de Lameth—, pero puesto que habéis hecho el esfuerzo de partir la rama, tened cuando menos el placer de ofrecérsela a la que iba destinada.

Tallien se acercó a madame de Fontenay, y, ofreciéndole la rama, cortó con la punta de los dedos una de las rosas, que cayó en las rodillas de la marquesa.

La marquesa comprendió todos los deseos que había en los ojos del joven, cogió la rosa y se la dio.

Tallien se inclinó, lleno de dicha y se marchó.

Madame de Fontenay estaba en el derecho de creer, cuando le anunciaron en su prisión de Burdeos que el procónsul Tallien quería hablar con ella, que el procónsul la había reconocido, y que disimulaba al no reconocerla.

He interrumpido mi relato para escribirte esta encantadora novela de Tallien y Teresa Cabarrus. Al otro día se presentó Tallien en la secretaría del Tribunal.

¿No crees, amor mío, que de todos los sistemas filosóficos y sociales, el sistema de los átomos ganchudos de Descartes sea el más especioso?

Tallien hizo llamar a madame de Fontenay.

Madame de Fontenay respondió que le era imposible andar y que pedía al ciudadano Tallien que bajara a su calabozo.

El procónsul se hizo llevar hasta allí. El carcelero iba delante de él, avergonzado de no haber dado mejor aposento a una prisionera que el mismo Tallien «estimaba» hasta el punto de venir a verla a su celda. No era una habitación lo que el carcelero había dado a Teresa: la había arrojado a una verdadera fosa.

Hay gentes que nacen de tal modo enemigos de la elegancia y de la belleza, que basta ser rico y bello para tener derecho a todo su odio.

El carcelero era de esta clase de hombres.

Tallien encontró a Teresa en cuclillas sobre una mesa en medio del calabozo, y como le preguntara qué hacía sobre la mesa:

—Huyo de las ratas —dijo ella—, que me han mordido los pies durante la noche.

El procónsul se volvió hacia el carcelero; sus ojos lanzaron un rayo que brilló en la noche como un relámpago.

El carcelero sintió miedo.

—Puede llevarse a la ciudadana a una habitación mejor —dijo.

—No —dijo Tallien—, no merece la pena; deje aquí su farol y envíe a buscar a mi ayudante de campo.

El carcelero intentó excusarse de nuevo; pero Tallien lo despidió con gesto que paralizaba toda idea de resistencia.

El miserable salió.

—Aquí tiene, ciudadano Tallien, cómo hemos de vernos por tercera vez —dijo amargamente Teresa—. En verdad, que nuestras dos primeras entrevistas me daban una mejor idea de la tercera.

—No he sabido de vuestra detención hasta esta mañana —dijo Tallien—, y aunque la hubiera sabido ayer, no me hubiera atrevido a venir. No puedo, entre tantos espías que me rodean, hacer nada por vos, sino a condición de que no sepa que nos conocemos.

—¡Bien, sea!, no nos conocemos; pero vais a hacerme salir de aquí.

—De este calabozo, sí, ahora mismo.

—No, de este calabozo, no; de esta cárcel.

—De esta cárcel me es imposible. Habéis sido denunciada y detenida y tenéis que comparecer ante el tribunal revolucionario.

—Comparecer ante vuestro tribunal, no; sería condenada de antemano. Una pobre criatura como yo, hija de un conde, mujer de un marqués, ¡qué casi se muere de miedo por haber dormido una noche con una docena de ratas! Yo soy, en los tiempos que corren, carne de guillotina.

Tallien se llevó las manos a la frente.

—Pero, os pregunto, ¿por qué os mezcláis en nada? ¡Y venís a Burdeos a pagar a un capitán inglés el pasaje de los enemigos de la nación!

—Yo no vine para eso. Trescientos desgraciados que se han cruzado en mi camino a los

que he podido rescatar del patíbulo por tres puñados de oro. Suponed que en vez de llevar ese sombrero con penachos y esa banda tricolor, hubieseis sido un simple ciudadano, hubieseis hecho otro tanto.

—Pero no sólo favorecéis la emigración de los otros, sino que vos misma ibais a emigrar.

—Yo, ¡oh!, ¡no faltaba más! Voy a España a ver a mi padre, al que no he visto desde hace cuatro años. ¡A esto llamáis emigrar! Vamos, haced que nos concedan la libertad, a mi marido y a mí, y que podamos irnos.

—¿A su marido? Yo creía que estabais divorciada.

—Tal vez lo esté en efecto, pero ahora que él está en prisión y su cabeza en peligro, no es el momento de recordarlo.

—Escuchad —dijo Tallien—, yo no soy dueño de la situación, no puedo liberar sino a uno de los dos, el otro quedará como rehén. ¿Queréis marcharos?, me quedo con vuestro marido; ¿queréis que se marche vuestro marido?, me quedo con vos.

—¿Y está garantizada la vida del que se quede? —dijo madame de Fontenay.

—Sí, mientras yo tenga la cabeza sobre los hombros.

—En ese caso, haced que se marche mi marido —dijo madame de Fontenay con un gesto encantador.

—Dadme vuestra mano en señal de acuerdo.

—¡Oh, no!, no sois digno de besar mi mano, después del abandono en que me habéis dejado; si acaso, mi pie, o mejor dicho, lo que de él han dejado las ratas.

Y se descalzó su encantador pie, su pie de española, grande como su mano, en el que eran visibles las huellas de los dientes de los roedores nocturnos, y se lo dio a besar.

Tallien lo cogió entre sus manos, lo apretó contra sus labios.

—Pongo en juego mi cabeza —dijo—; pero, qué importa, si ya estoy pagado de antemano.

En este momento se abrió la puerta y apareció el ayudante de campo, seguido del carcelero.

—Amaury —dijo Tallien—, espera aquí la orden de libertad de la ciudadana Fontenay. Voy a buscarla al tribunal, y cuando la hayas recibido, ella te dirá donde has de llevarla.

Un cuarto de hora después, llegaba la orden; madame de Fontenay hizo que la llevaran a casa de Tallien, y el carcelero escribió a Robespierre:

«Se traiciona a la República por todas partes; el ciudadano Tallien acaba de indultar, con su sola autoridad personal, a la noble marquesa de Fontenay, detenida por orden del comité de salud pública, incluso antes de haber sido interrogada.»

Teresa había cumplido su palabra; cuando se marchó su marido, ella quedó como rehén, no sólo de Tallien, sino en casa de Tallien.

A partir de ese momento, Burdeos respira. Es muy extraño que una mujer joven y en la flor de su belleza, sea cruel: Teresa que uniendo la gracia a la dulzura y a la persuasión, había conquistado a Tallien; conquistó a Isabeau, conquistó a Lacombe. Era una de esas naturalezas como Cleopatra y Teodora, bajo cuyas manos la naturaleza se complace en inclinar la cabeza de los tiranos.

Burdeos comprendió bien pronto cuánto debía a la bella Teresa. En los teatros, en las revistas, en las sociedades populares, el pueblo la aplaudía; creía ver en ella la Egeria de la Montagne, el genio de la República.

Teresa había comprendido que sólo tenía una excusa para su amor: consistía en ablandar al representante hurraño, al hombre implacable; consistía en arrancar los dientes y cortar

las garras al león. El descanso de la guillotina era su gloria, si frecuentaba los clubs, si hablaba en ellos, era para hacer valer su popularidad en pro de la misericordia.

Recordaba que, en una sola noche que pasó en la prisión de Burdeos, había visto sus bonitos pies comidos por las ratas; hacía que Tallien le diese las listas de los presos. «¿Qué hizo éste? ¿Qué hizo el otro?», preguntaba. Sospechosos. También yo era sospechosa. Veamos, ¿sería más fuerte la República si me hubierais guillotinado?

Una lágrima caía sobre un nombre, y lo borraba.

Esta lágrima lo ponía en libertad.

Pero la denuncia del carcelero dio sus frutos. Una mañana llegó a Burdeos un hombre de Robespierre. Tallien fue sustituido por el recién llegado. Se fue a París con Teresa.

Robespierre se equivocó en su espera; el viento, un viento desconocido soplabla en favor de la clemencia. Tallien, al que Robespierre cree impopular por su indulgencia, es elegido presidente de la Convención.

A partir de este momento estos dos hombres se tendrán un odio inextinguible.

El hombre de Robespierre, le había escrito desde Burdeos:

«Ten cuidado, Tallien aspira a jugar un gran papel.»

Robespierre, no atreviéndose a atacar a Tallien de frente, ordenó al comité de salud pública que hiciera detener a Teresa.

La detención se realizó en Fontenay-aus-Roses.

Teresa fue llevada a La Forcé.

Esto ocurría unos quince días antes de que yo fuera conducida allí.

Fue arrojada a un calabozo negro y húmedo que le recordó las ratas de Burdeos. Allí durmió acurrucada sobre una mesa, con la espalda apoyada en la pared.

Dos o tres días después se suprimió su incomunicación y fue trasladada a una habitación grande, con otras ocho mujeres.

¿A que no aciertas, amor mío, en qué se entretenían estas mujeres para acortar las largas noches de insomnio?

Jugaban al tribunal revolucionario.

La acusada, siempre era condenada, le ataban las manos, le hacían poner la cabeza entre las rejas de una silla, le daban un golpe en el cuello, ¡y todo estaba dicho! Cinco de las ocho mujeres que habían ocupado esta habitación salieron sucesivamente para representar en la realidad, en la plaza de la Revolution, el papel que habían repetido en la habitación de La Forcé.

Durante este tiempo, Tallien, envuelto en un abrigo, vagaba alrededor de la prisión en la que estaba encerrada Teresa, tratando de ver su querida silueta a través de los barrotes de una ventana.

Acabó por alquilar una buhardilla desde la que miraba al patio en el que los presos tenían permiso para pasear.

Una tarde, en el momento en que ella iba a entrar, y en el que, por una gracia especial el bueno de Fernay la había dejado un instante sola después que las otras entraron, cayó una piedra a sus pies. Para los prisioneros cualquier cosa es un acontecimiento; le pareció que esta piedra tenía un significado; la cogió y encontró una pequeña nota atada a ella.

Escondió cuidadosamente la piedra, o mejor dicho, la nota que tenía unida. No podía leerla porque era de noche y no se permitía utilizar la luz; durmió con la nota en sus manos, y al día siguiente, al romper el alba se acercó a la ventana y con los primeros rayos del alba leyó:

«Velo por vos, id al patio, no me veréis, pero estaré cerca de vos.»

La escritura estaba disimulada, no había firma, ¿pero, quién, sino Tallien había podido escribir esa nota?

Esperó con impaciencia el momento en que había de subir el padre Fernay; hizo todo lo posible por hablarle, pero su única respuesta fue poner el dedo en los labios. Durante ocho días, Teresa tuvo noticias de su protector por el mismo procedimiento. Pero sin duda Robespierre fue advertido por su policía que Tallien había alquilado una habitación cerca de La Forcé. Se dio orden de llevar a Teresa a los Carmelitas con otros ocho o diez prisioneros.

Ella salió de la gran Forcé al mismo tiempo que yo salía de la pequeña Forcé.

Únicamente la careta de los condenados había salido por la puerta de la calle del Roi-de-Sicile, mientras que el carricoche de los prisioneros había salido por la puerta de la calle de Rosiers.

Se habían juntado en la calle de Lombards, puesto que el carricoche tenía que cruzar la calle de Saint-Honoré para llegar al puente de Notre Dame.

Allí es donde yo vi a Teresa. Allí es donde yo le lancé el capullo de rosa.

Al llegar a los Carmelitas la habían puesto en la celda de madame de Beauharnais, de la que acababan de llevar a madame de Aiguillon.

Madame de Beauharnais era una mujer de unos veintinueve a treinta años, había nacido en la Martinica, en la que su padre era gobernador del puerto. Había venido a Francia a los quince años de edad y se había casado con el vizconde Alejandro de Beauharnais.

El general de Beauharnais (porque su marido sirvió desde luego a la Revolución, que lo rebasó como a tantos otros) acababa de morir en el patíbulo.

Aunque tan desgraciada en su matrimonio como madame de Fontenay, ella había hecho todo lo que pudo por salvar a su marido, pero sus gestiones sólo condujeron a comprometerla a ella misma. Había sido detenida, conducida a los Carmelitas y esperaba ser llevada de un momento a otro ante el tribunal revolucionario.

Había tenido dos niños del general de Beauharnais, uno llamado Eugenio, la otra Hortensia; pero era tan grande su miseria que Eugenio entró como aprendiz en casa de un carpintero y Hortensia, para poder alimentarse, en casa de una bordadora.

La víspera de la llegada de Teresa, habían venido a llevarse el catre de madame Aiguillon.

—¿Qué hacéis? —había dicho Josefina al carcelero.

—Ya veis, me llevo el catre de vuestra amiga.

—¿Y dónde va a acostarse ella mañana?

El carcelero se echó a reír.

—Mañana —dijo—, no necesitará ninguna cama.

En efecto, había venido a buscar a madame Aiguillon, que no había vuelto a aparecer.

El colchón quedó en el suelo.

Debía servirnos a las tres, a menos que dos prefiriesen dormir en sillas.

Hay que decir que el aspecto de nuestra celda no es alegre, amor mío; el 2 de setiembre fue escenario del asesinato de varios sacerdotes, y la sangre había manchado las paredes en varios puntos.

Además, varias inscripciones lúgubres —último grito de esperanza o de desesperación— cubrían las paredes.

Llegó la noche y con la noche las más sombrías ideas.

Las tres nos sentamos en el colchón y como yo era la única que no temblaba:

—¿No tienes miedo? —me dijo Teresa.

—¿Es que no te he contado —le contesté—, que yo he querido morir?

—Querer morir a tu edad, ¿a los dieciséis años?

—¡Ay!, he vivido tanto como una mujer de ochenta años.

—Yo —dijo Teresa—, te confieso que me pongo a temblar al menor ruido. ¡Dios mío! Tú has visto guillotinar a treinta personas; has sentido el viento de la cuchilla que pasaba como un rayo ante tus ojos, ¡y no han encanecido tus cabellos!

—Del mismo modo que Julieta veía a Romeo acostado bajo su balcón, me parecía ver a mi amor, acostado en su tumba. Yo no moría, iba hacia él. Vosotras lo tenéis todo en la vida, amores, hijos y, por eso, queréis vivir. Yo tengo todo en la muerte, por eso quiero morir.

—Pero, ahora —me dijo ella con un tono cariñoso—, ahora que tienes dos amigas, ¿también quieres morir?

—Sí, si vosotras morís.

—Pero, ¿y si no morimos?

Yo me encogí de hombros.

—No pido otra cosa sino vivir —le respondí.

—Y, si por ejemplo —me dijo Teresa apretándome contra su pecho y besándome en los ojos, ¿si tú pudieras salvarnos la vida?

— ¡Oh! —grité—, lo haría con alegría, ¿pero, cómo?

—¿Cómo?

—Sí. Yo soy una presa como vosotras.

—Sólo que, según me has contado, tú podrías salir si quisieras.

—¿Yo, cómo?

—¿No eres protegida de un comisario?

—¿Yo, protegida?

—Claro. ¿No te ha inscrito bajo nombre supuesto?

—Sí.

—¿No te ha dicho que lo volverías a ver?

—¿Cuándo? Esa es la cuestión.

—No lo sé; pero ha de ser lo más pronto posible.

—Los días pasan deprisa.

—Con que sólo supieras su nombre.

—No lo sé.

—Podríamos averiguarlo por el carcelero.

—¿No sería mejor dejar que volviese, ya que dijo que volvería?

—Sí, pero si de aquí a entonces...

—Yo podría salvaros a una de vosotras —dije—, haciéndome pasar por ella y ocupando su puesto en la carreta.

—¿Pero cuál? —preguntó rápidamente Teresa.

—Justo sería que fuese la que tiene niños, o sea, madame de Beauharnais.

—Sois un ángel —me dijo ésta, abrazándome—; pero nunca aceptaré un sacrificio semejante.

—Escuchadme, amigas —les dije—, ¿cuánto tiempo hace que estáis arrestadas?

—Yo —dijo Teresa—, unos veintidós días.

•—Y yo —dijo madame de Beauharnais—, diecisiete.

—Pues bien, es probable que no piensen en vosotras ni mañana ni pasado mañana. Así pues contamos con tres o cuatro días para hacer venir a nuestro comisario, si es que él no viene por sí mismo; durmamos, mientras tanto, la noche es una buena consejera.

Y nos acostamos en nuestro único colchón, unas en brazos de otras.

Pero creo que yo fui la única que dormí.

Pasaban los días y no había ningún cambio en esta situación. No supimos ninguna noticia de fuera. No sabíamos hasta qué grado de irritación o de lucha habían llegado los partidos.

Mis dos desgraciadas compañeras temblaban y palidecían con el más leve ruido que proviniera de las galerías.

Una mañana, se abrió la puerta y el carcelero me dijo que me llamaban a la dirección. Mis dos compañeras me miraron con terror.

—No temáis por mí —les dije—; no he sido juzgada ni condenada y por consecuencia no puedo ser ejecutada.

Me abrazaron como si no fueran a verme más. Pero yo les juré que no abandonaría los Carmelitas sin despedirme de ellas.

Bajé. Como sospechaba, me esperaba mi comisario.

—Voy a interrogar a esta joven —dijo—; déjeme solo con ella en el locutorio.

Tenía el mismo traje que la primera vez; la carmañola o chaquetilla y el gorro rojo le daban, a primera vista, un aspecto feroz; pero bajo esta máscara se veían dos ojos sinceros y buenos, y unos trazos dulces que acababan en una boca benévola.

—Ya ves, ciudadana —me dijo—, que no te he olvidado.

Me incliné en señal de agradecimiento.

—Ahora trátame como a hombre que te quiere bien y dime tu secreto.

—Yo no tengo secretos.

—¿Por qué estabas en la carreta de los condenados cuando contra ti no había habido ni juicio ni condena?

—Porque quería morir.

—Entonces, era verdad lo que me dijeron en La Forcé, que te habías hecho atar las manos y que subiste en la carreta a escondidas.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El propio ciudadano Santerre.

—¿No le acarrearé ningún mal el servicio que me ha hecho?

—No.

—Pues bien, te ha dicho la verdad. Ahora me toca hablar a mí.

—Te escucho.

—¿Por qué te interesas por mí?

—Ya te he dicho que yo soy comisario de sección. Fui yo el encargado de detener a la pobre pequeña Nicole; cuando la detuve, lloré. Su ejecución me produjo los primeros

remordimientos que he tenido en mi vida. Entonces me juré que si se presentaba la ocasión de poder salvar a una pobre inocente como ella, no la dejaría escapar. La Providencia os ha puesto en mi camino y yo os digo: ¿queréis vivir?

Me sobresalté; la vida me era indiferente para mí misma, pero reflexioné cuánto les interesaba a las dos pobres criaturas que acababa de dejar detrás de mí en la celda.

—¿Cómo os las arreglaréis —le pregunté—, para sacarme de aquí?

—Es muy sencillo. No hay ninguna acusación contra vos; lo he verificado en La Forcé; estáis inscrita con un nombre supuesto. Yo vengo a buscaros para llevaros a otra cárcel. Al pasar por el Pont Neuf o por el puente de las Tullerías, os dejo en libertad y os vais donde os plazca.

—He prometido a mis dos compañeras de celda, despedirme de ellas.

—¿Cómo se llaman?

—¿Puedo deciros sus nombres, sin ponerlas en peligro?

—¿No os dais cuenta que me estáis ofendiendo?

—Madame de Beauharnais y madame Teresa Cabarrus.

—¿La amante de Tallien?

—La misma.

—Todo el problema está hoy entre su amante y Robespierre. Si triunfa Tallien, ¿me recomendaréis a ella?

—Estad tranquilo.

—Subid a vuestra celda y volved en seguida. Vivimos unos tiempos en que se puede hacer esperar a la muerte, pero no a la vida.

Subí toda contenta.

—¡Oh! —exclamaron mis dos amigas al verme—, buenas noticias, ¿no es cierto?

—Sí —dije—, he vuelto a ver a mi comisario, se ofrece a hacerme salir de aquí.

—Acepta —exclamó Teresa saltándome al cuello—, ¡y sálvanos!

—¿Cómo?

Sacó de su pecho un puñal español fino como una aguja, mortal como una víbora; y con unas pequeñas tijeras que madame Aiguillon había dejado a madame de Beauharnais, cortó un rizo de sus cabellos y lo enrolló en el puñal.

—Toma —dijo—, vete a buscar a Tallien; le dirás que me dejas, que me has preguntado qué debías decirle de mi parte, que te he dado estos cabellos y este puñal, diciéndote: «Da este puñal a Tallien, y dile de mi parte que pasado mañana tengo que comparacer ante el tribunal revolucionario, que si dentro de veinticuatro horas Robespierre no ha muerto, ¡es un cobarde!»

Comprendí esta furia española.

—Está bien —dije—, se lo diré. Y vos, señora —continué volviéndome hacia madame de Beauharnais—, ¿no tenéis por vuestra parte ningún recado que darne?

—¡Yo! —dijo con su dulce voz criolla—, no tengo más que a Dios para defenderme y velar por mí. Pero si pasáis por la calle Saint Honoré, entrad en la tienda de lencería del número trescientos cincuenta y dos, besad en la frente a mi querida Hortensia, que devolverá este beso a su hermano. Decidle que estoy todo lo bien que se puede estar en prisión y con el corazón roído de inquietud. Añadid que moriré pronunciado su nombre y encomendándole a Dios.

Nos abrazamos. Teresa me atrajo hacia sí.

—No tienes dinero —me dijo—, y quizá por culpa nuestra lo necesites. Repartamos.

Puso en mi mano veinte luises.

Quise hacer alguna objeción.

—Perdón, perdón —dijo ella—, pero no estoy dispuesta a que en un negocio de tal envergadura, en el que se trata de nuestras tres cabezas, te arresten por un luis o dos.

Tenía razón; cogí los veinte luises de Teresa, los puse en mi bolsillo. Escondí su puñal en mi pecho y fui a reunirme con mi protector en el locutorio.

Durante mi ausencia, lo había arreglado absolutamente todo con el carcelero.

Me dio su brazo; salimos. Un coche nos esperaba.

Durante la carrera, mi comisario de policía, que parecía muy seguro de la inamovilidad de Robespierre, me puso al corriente de los acontecimientos.

Robespierre, que desde la ejecución de las camisas rojas, se había retirado a su tienda, parecía, en apariencia, dejar a Francia a su destino, pero manteniendo siempre la mano sobre el Comité de salud pública al que hacía firmar las listas por Hermán, Robespierre había vuelto el 5 thermidor.

Esperaba a Saint-Just para explotar. Saint-Just venía con las manos llenas de denuncias. Cuando el triunvirato Saint-Just, Couthon y Robespierre se reuniesen, se pedirían las últimas cabezas que indispensablemente debían sacrificarse al Terror.

Eran las de Fouché, de Collot-d'Herbois, de Cambon, de Billaud-Varennes, de Tallien, de Barréré, de Léonard Bourdon, de Lecointre, de Merlin de Thionville, de Fréron, de Pañis, de Dubois-Crancé, de Bentabole, de Barras...

Quince o veinte cabezas, eso era todo.

Después, se avendrían a la clemencia.

Faltaba por saber si aquellos a quienes se pedía sus cabezas estaban dispuestos a dejársela coger. En efecto, habían preparado por su parte una acusación contra el que llamaban «dictador».

Pero, ¿les dejaría tiempo el dictador para acusarle?

Durante el mes en que estuvo ausente, Robespierre había redactado su apología.

Hombre de la legalidad, creía que únicamente debía responder a la legalidad.

Era el 8 thermidor, todo se desarrollaría seguramente antes de tres o cuatro días.

Pregunté a mi comisario dónde podría localizar a Tallien.

Me indicó su domicilio, calle de la Perle, número 460, en Marais.

Bajé en la puerta Saint Honoré.

Allí, mi protector se despidió de mí. Le pregunté su nombre.

—Inútil —me dijo—; si tenéis éxito me volveréis a ver, y yo mismo vendré a pedir mi recompensa. Si fracasáis, nada podréis hacer por mí, nada podré hacer por vos. No nos conocemos.

Marchó con su coche por el lado de los bulevares.

Entré en la calle Saint Honoré y llegué al número 352.

Entré en la tienda de lencería. Como sabemos era la de madame de Condorcet.

Pregunté por mademoiselle Hortensia.

Me indicaron una encantadora jovencita de unos diez años, con unos cabellos y unos ojos magníficos.

«Trabajaba para ganarse el sustento.»

Pedí permiso para hablarle a solas: me lo concedieron. La llevé hasta la trastienda, le dije que venía de parte de su madre.

La pobre niña estalló en sollozos al tiempo que se echaba a mi cuello y me besaba.

Le di dos luses para su pequeña toilette. Los necesitaba.

Pedí ver a madame Condorcet.

Estaba en su taller del entresuelo.

Subí.

Al verme lanzó un grito y se abalanzó hacia mí.

—¡Oh! —me dijo—, os creía bien muerta; me dijeron que os habían visto en la carreta.

En dos palabras le conté todo.

—¿Qué vais a hacer? —me preguntó.

—No lo sé —respondí sonriendo—. Quizá sea la montaña que encierra el ratón en mi pecho; quizá sea el grano de arena donde caiga hecho pedazos el carro del Terror.

—En todo caso, os quedáis aquí —me dijo.

—Después de lo que os he dicho, ¿no tenéis miedo de mí? —le pregunté.

Sonrió y me tendió la mano.

La previne que esa misma noche tenía que hacer un recado, y le pregunté si podía tener una llave de su apartamento para poder entrar y salir cuando quisiese.

—Eso es lo más fácil —me dijo—, puesto que duermo en mi casa de Auteuil, y seréis el ama aquí.

Y en el mismo instante me entregó la llave.

La sesión de la Comisión fue tormentosa. La apología de Robespierre no había tenido el éxito que él esperaba. Su comienzo fue de lo más torpe. Barreré abrió la sesión anunciando la reconquista de Anvers, es decir, la reconquista de toda Bélgica.

Pero, fue contra Carnot, que acababa de reconquistar Anvers, que Robespierre, que no sabía esta reconquista, había dirigido su ataque.

Por desgracia, Robespierre no era tan hábil improvisador como para saber salir de semejante situación y no cambió nada de su discurso, que empezaba por estas palabras:

—Inglaterra, tan maltratada por nuestros discursos, está guardada por nuestras armas.

El discurso duró dos horas.

Lecointre, enemigo de Robespierre, viendo el poco efecto que el discurso de Robespierre había hecho, pidió a grandes gritos su impresión.

Un robespierrista no se hubiese atrevido a pedirla.

Sin embargo la Asamblea votó, por costumbre, su impresión.

Entonces un hombre se lanzó a la tribuna. Era Cambon, el hombre íntegro por excelencia. Robespierre le llamó bribón, igual que había llamado a Carnot traidor.

—Un momento —dijo—, no nos precipitemos. Antes de ser deshonrado, hablaré.

Y expuso claramente en pocas palabras su sistema de finanzas. Terminó con estas palabras:

—Ha llegado la hora de decir la verdad. Un hombre paraliza por sí solo a toda la Convención. Este hombre es Robespierre. Juzgadnos.

Entonces Billaud exclamó:

—Sí, tienes razón, Cambon, debemos arrancar las máscaras. Si es cierto que ya no tenemos la libertad de opinión, prefiero que mi cadáver sirva de trono a un ambicioso

antes que, por guardar silencio, me convierta en cómplice de su crimen.

—Yo —dijo Pañis—, le pregunto únicamente si mi nombre está en la lista de proscripción. ¿Qué he ganado con la Revolución? Ni siquiera para comprar un sable a mi hijo y una falda a mi hija.

Los gritos: «¡Retrátate, retrátate!», explotaron entonces en la sala.

Pero Robespierre con tranquilidad:

—No me retracto de nada. He tirado mi escudo; me he presentado al descubierto ante mis enemigos, ¡no he adulado a nadie, no he calumniado a nadie, no temo a nadie! Me mantengo y no tomo parte en lo que decida la Convención sobre la impresión o no impresión de mi discurso.

En todos los rincones de la sala las voces gritaron:

—¡Revoquemos la impresión!

La impresión fue revocada.

El golpe era terrible.

Desde el momento en que la Convención no aceptaba las acusaciones de bribonería, de traición, de conspiración, presentadas por Robespierre contra los comités y los representantes del pueblo en servicio, la Cámara acusaba a Robespierre de calumnias contra los representantes del pueblo y los comités.

Era a los jacobinos a los que Robespierre contaba con tomar su revancha. Esta sociedad, que le debía su fundación, su fuerza y su esplendor, era su pilar de bronce.

Decidí asistir a la sesión. Me había advertido que únicamente encontraría a Tallien en su casa a medianoche.

Me envolví con un manto de mujer del pueblo que me prestó madame Condorcet.

Se asfixiaba uno en la especie de cueva donde los jacobinos celebraban su sesión.

La Comuna estaba advertida del golpe que había recibido su héroe; se veía pasar a Henriot borracho, tambaleante sobre su caballo, como le ocurría en las grandes ocasiones. Daba órdenes para que la guardia nacional tomase las armas al día siguiente.

Hacia las nueve, Robespierre entró en medio de las aclamaciones generales. Su *cabeza* pálida, se enderezó sobre sus hombros, sus ojos verdes se iluminaron. Subió a la tribuna llevando, para leérsela a los jacobinos, su apología, que ya había leído a la Convención.

Pero Robespierre no se cansaba nunca de leer sus discursos. Fue escuchado con la religión que sienten los apóstoles hacia su dios, aplaudido con entusiasmo.

Cuando terminó, cuando la triple salva de aplausos se extinguió:

—Ciudadanos —dijo—, éste es mi testamento. Os dejo mi recuerdo, que habéis de defender vosotros. Si he de beber la cicuta, me veréis tranquilo.

—La beberé contigo —gritó David.

—Todos, la beberemos todos —gritaron los asistentes, echándose los unos en los brazos de los otros.

Y todo eran lágrimas y sollozos.

El entusiasmo llegó al frenesí.

Couthon subió a la tribuna y pidió que se suprimiese de la Convención a los que habían votado en contra de que se imprimiese el discurso de Robespierre.

Los jacobinos votaron como un solo hombre.

No se daban cuenta de que, habiendo sido votado por la mayoría la no impresión del discurso, acababan de votar la destitución de la mayoría de la Cámara.

Los ardientes partidarios de Robespierre rodearon a su apóstol.

Una sola palabra de él y harían un segundo 31 de mayo.

Robespierre, presionado, rodeado, dijo estas palabras:

—¡Pues bien!, intentadlo, liberad a la Convención, separad a los buenos de los malos.

En este momento se oyó un gran rumor en la parte más sombría de la sala. Los jacobinos acababan de descubrir entre ellos a Collot-d'Herbois y Billaud, los dos grandes enemigos de Robespierre, que habían oído todo lo que se había dicho contra la Convención, así como la autorización dada por Robespierre a sus incondicionales para separar a los buenos de los malos.

Se oyeron gritos de muerte contra ellos, y se vieron en alto los cuchillos.

Algunos jacobinos, que no querían que la sala se manchase de sangre, los rodearon, los protegieron, les ayudaron a huir.

El presidente dio por terminada la sesión.

Los dos partidos no disponían de demasiado tiempo para prepararse para la lucha del día siguiente.

Yo salí con el público. Eran más de las once de la noche. Era por tanto el momento de encontrar a Tallien en su casa.

Yo estaba detrás de Robespierre.

Robespierre salía con Coffinhal. El carpintero Duplay pasaba a su lado.

Se hablaba de la sesión del día siguiente. El triunfo de los jacobinos no conseguía tranquilizar completamente a los amigos de Robespierre.

—Nada espero de la montaña —decía éste—; pero la mayoría es joven, la masa de la Convención me escuchará.

La mujer de Duplay y sus dos hijas esperaban a Robespierre en la puerta de la calle. Al verlo, corrieron hacia él. El las tranquilizó. Juntos entraron en la avenida que conducía a la casa del carpintero. Entraron en la casa.

Yo volví sobre mis pasos; la curiosidad me había llevado detrás de este hombre, y volví a la calle de Saint Honoré yendo esta vez por el lado del Palais de l'Egalité.

Aunque era tarde las calles no estaban desiertas. Una fiebre ardiente corría por las venas de la capital. Unos salían misteriosamente de sus casas; otros entraban en ellas con no menos misterio; se cambiaban palabras de acera a acera, y señas de ventana a ventana; cuando llegué al final de la calle de la Ferronnerie, tomé la calle del Temple y llegué a la calle de la Perle.

La calle estaba mal iluminada; casi no podía leer los números de las casas. Sin embargo me pareció encontrarme delante del número 460.

Pero dudé en llamar a la puerta de una entrada tan estrecha que parecía que era la única de esta casa sombría, en la fachada de la cual no se vislumbraba ninguna luz.

De repente, se abrió la puerta y apareció un hombre vestido con una carmañola y armado con un gran palo.

Sentí miedo y di un paso atrás.

—¿Qué quieres, ciudadana? —preguntó el hombre golpeando el suelo con el palo.

—Quiero hablar con el ciudadano Tallien.

—¿De dónde vienes?

—De la prisión de los Carmelitas.

—¿De parte de quién vienes?

—De parte de la ciudadana Teresa Cabarrus.

El hombre se sobresaltó.

—¿Es verdad lo que dices? —preguntó.

—Llévame ante él y lo verás.

—Ven.

El hombre abrió la puerta. Entré en la avenida. Iba delante de mí, subió por una escalera escasamente iluminada.

Ya en los primeros escalones oí el ruido de muchas voces que parecían discutir.

La discusión era violenta, y a medida que subía los escalones, las palabras se iban haciendo más claras.

Oía los nombres de Robespierre, de Couthon, de Saint-Just, de Henriot.

Las voces provenían del segundo piso.

El hombre del palo se paró ante una puerta y la abrió.

Un haz de luz invadió la escalera, pero al verme, cesó la discusión; todas las voces enmudecieron.

—¿Qué pasa? —preguntó Tallien.

—Una mujer que viene de los Carmelitas —dijo mi guía—, y que trae, según dice ella, noticias de la ciudadana Teresa Cabarrus.

—¡Que entre! —dijo Tallien.

El hombre del palo desapareció. Dejé caer mi manto en la rampa de la escalera, y entré en la habitación, donde todos mantenían la posición en que los sorprendí.

—¿Cuál de vosotros es el ciudadano Tallien? —pregunté.

—Yo —respondió el más joven de todos.

Me dirigí hacia él:

—Acabo de dejar a la ciudadana Teresa Cabarrus. «Lleva este rizo de cabellos y este puñal a Tallien, y dile que he sido citada ante el tribunal revolucionario para pasado mañana, y que si Robespierre no muere antes de veinticuatro horas, Tallien es un cobarde.»

Tallien se apresuró a coger el rizo y el puñal. Besó el rizo de cabello y, levantando el puñal, dijo:

—Lo habéis oído, ciudadanos; sois libres de acusar o no mañana a Robespierre; pero si no lo acusáis, lo apuñalaré yo y para mí solo será la gloria de haber librado a la nación de Francia de su tirano.

Como un solo hombre, todos los presentes pusieron su mano sobre el puñal de Teresa Cabarrus.

—Juramos —dijeron— que mañana o moriremos, o Francia será libre.

Entonces, Tallien volvióse hacia mí:

—Si quieres ver algo tan grande como la caída de Apius o la muerte del César, ven a la sesión de mañana, jovencita, y podrás irle a contar a Teresa lo que has visto...

—Sí; pero si queréis triunfar —dijo una voz—, no entréis en discusiones, no le concedáis la palabra. «La muerte, pero sin palabras.»

—Bien, Sieyés —gritaron los demás—; eres un hombre de buen criterio y se seguirá tu consejo.

Tallien quiso que me acompañara el hombre del palo, que era su guardia de corps.

Volví a casa de madame Condorcet por el mismo camino que había seguido para ir a la casa del ciudadano Tallien. Tuve una extraña sensación. Tal vez acababa de ser la intermediaria entre la mano que debe golpear y el techo que ha de recibir el golpe. Dejándome llevar, había tomado parte en algo que ocurriría al día siguiente; el puñal que serviría para matar a Robespierre, el puñal que serviría para matar al mismo Tallien, en uno y otro caso, había sido entregado por mí.

Mientras había estado en mis manos, mientras había estado guiada por el deseo de salvar a mis amigas, no había pensado en ello; pero desde el momento en que el puñal estaba en las manos de Tallien, me había convertido en su cómplice. La fiebre que me había sostenido mientras estaba cumpliendo mi misión, me había abandonado cuando bajé a la calle. El ruido había cesado: sin embargo, en la gran arteria de Saint Honoré, siempre tan frecuentada, había todavía un gran número de personas, pero no grupos. Estas personas iban de una en una. Sentí la curiosidad de ir a la puerta del carpintero Duplay. Todo estaba cerrado. No se filtraba ni un solo rayo de luz.

¿Dormían con la tranquilidad de las conciencias limpias? ¿Vigilaban silenciosamente en la inquietud propia de imaginaciones turbulentas?

Di las gracias al hombre del palo; y le di una moneda de plata. La aceptó y me dijo:

—La cojo por simple curiosidad, ciudadana; hace tanto tiempo que no las veo...

Subí a mi entresuelo; cerré las celosías, pero miré a través de ellas, dejando las ventanas entreabiertas; no podía dormir. Sentía una gran inquietud por mis dos amigas.

Al día siguiente por la noche, todo estaría resuelto. Yo, que no había padecido ningún temor por mí, que sin temblar había visto la cuchilla de la guillotina, yo que había mirado sin pestañear el rayo de sol que se reflejaba en esa cuchilla, llena de la sangre de treinta personas, temblaba por dos mujeres que había conocido unos días antes, que me eran extrañas, pero que me habían abierto sus brazos cuando todos los brazos estaban cerrados para mí.

Según lo que yo había visto en la noche de la sesión de los cordeleros, había podido darme cuenta del ascendiente que tenía Robespierre sobre la multitud.

—Beberé la cicuta —dijo, tranquilo como Sócrates.

Y un coro de fanáticos había respondido:

—La beberemos contigo.

Nuestros amigos, o mejor nuestros aliados, tendrían el valor de entablar combate, pero ¿los tendrían también para mantenerlo? Y sobre todo, ¿tendrían la suficiente fuerza para impregnarse del consejo de Sieyés: «La muerte, pero sin palabras»?

Qué pocas palabras necesita el genio para expresar su pensamiento, para hacerlo comprender a sus contemporáneos y a la posteridad, para fundirlo en bronce.

Evidentemente Sieyés era el hombre de genio de la reunión; pero, como era sacerdote, no podía ser la mano ejecutora.

Hacia las tres, cerré mi ventana y me acosté.

Pero no pude dormir sino con ese sueño inquieto que provocan los sueños insensatos.

La única cosa que seguía rondando en mi cabeza, como un péndulo, era la frase de Sieyés. En esta frase estaba la verdadera condena de Robespierre.

Empezaba a dormirme cuando amanecía. Me desperté hacia las ocho o las nueve. Oí ruidos en la calle; me levanté en seguida, entreabrí la ventana.

Ya había un grupo de jacobinos (y por jacobinos yo entiendo a los habituales del club) a la puerta del carpintero Duplay. Muchos entraban y salían; sin duda iban a conocer la

consigna de Robespierre.

En medio de esta multitud se paró un hombre, dos ojos se fijaron en mí, pasó una mirada por la celosía entreabierta. La cerré rápidamente: era demasiado tarde, había sido reconocida.

Dos minutos después llamaban a mi puerta, fui a abrir sin demasiada intranquilidad.

Había reconocido al comisario de policía; le invité a entrar y sentarse.

—No la rechazo —dijo—. Estoy agotado, he estado toda la noche de pie derecho. Los partidos se enfrentan y la batalla se producirá hoy.

—¡Oh! —dije—, os confieso que me gustaría asistir a esta batalla. ¿Dónde pensáis que se producirá? ¿En los jacobinos o en la Convención?

—En la Convención, sin duda alguna. Allí está la legalidad y Robespierre es el hombre de la legalidad.

—¿Qué podría hacer para asistir a la sesión? Lucharán en las puertas de la Convención y estoy sola.

—Tomad esta tarjeta —me dijo—. La sesión empezará a las once; comed cualquier cosa que os permita sosteneros hasta el final de la discusión. Si me necesitáis me encontraréis a la salida. Ya sabéis que estoy a vuestras órdenes.

—Si dispusieseis de una hora podríais hacerme un gran favor. Acercaros a los Carmelitas y por cualquier medio, haced saber a Teresa Cabarrus que su encargo ha sido cumplido.

—Lo haré todavía mejor —me dijo—; para despistar a nuestros sabuesos, la haré cambiar de cárcel; si Tallien fracasa, la primera decisión que adoptará Robespierre para vengarse será la de poner la mano sobre la amante de Tallien. ¡Pues bien!, mientras la buscan en los Carmelitas, mientras indagan el lugar a que ha sido llevada, pasarán dos o tres días. Y dadas las circunstancias, ya es bastante disponer de unos días.

—¡Oh!, si lo logramos —le dije—, ¿qué podría hacer por vos?

—Si es que llegamos a este punto —respondió—, como todo pasará por las manos de Tallien, de Barras, y de sus amigos, la cosa no será difícil.

—¡Bien!, de acuerdo —le dije—, iros, no perdáis un minuto, y pensad que ellas deben estar viviendo las angustias de la agonía.

—¿No tenéis a nadie que os sirva? —me preguntó.

—Nadie.

—Pues bien, en cuanto baje os enviaré algo desde el café: dos huevos y un caldo.

—Me hacéis un gran favor... Hacedlo.

—No os olvidéis, en cuanto terminéis vuestro desayuno, de ir a la Convención, si no queréis perderos nada de lo que allí va a pasar hoy.

Media hora después, estaba instalada en la tribuna más próxima a la presidencia. A las once se abrió la sala; las tribunas se llenaron de público, como había previsto; pero, los miembros de la Asamblea llegaban en escaso número, lo que indicaba la profunda inquietud que tenían.

Además, de los setecientos diputados que habían proclamado la República el 21 de septiembre de 1792, faltaban más de doscientos, que habían muerto en el patíbulo.

En todos los bancos, y era cosa terrible de ver, había huecos que no eran sino tumbas.

En el centro, tan grande como una fosa común, estaba el lugar de los girondinos.

En la Montagne, el escaño de Danton, el Héroult de Séchelles, el de Fabre d'Eglantine.

Después, acá y allá, caprichos de la muerte, donde, desde que estaban vacíos, nadie se

había atrevido a sentarse.

¿Quién había creado estos vacíos acusadores?

Un solo hombre.

¿Quién había golpeado a los veintidós girondinos por medio de la palabra de Danton?

¿Quién a los veinticuatro cordeleros por la palabra de Saint-Just?

¿Quién a Chaumette?

¿Quién a Hébert?

Siempre el mismo hombre.

Interrogad a estos huecos, a estas fosas, bien sucesivamente, y todas os dirán un solo nombre:

¡Robespierre!

Para todos los conjurados estas tumbas abiertas eran terribles cómplices.

Siempre he visto, en el sangriento día de las represalias, cómo la invisible mano de los muertos, tenía más poder que la mano de los vivos.

Y la víspera, en los Jacobinos, había tenido la debilidad de prometer, o la fuerza, de ordenar una depuración.

¿A cuántos proscibiría con esta depuración? - El mismo lo ignoraba. Como Sila, Robespierre podía contestar: «No lo sé.»

Y sin embargo, poco a poco, los diputados iban a su sitio. Estaban cansados, más inquietos que cansados.

Se notaba que muy pocos de estos hombres habían pasado la noche en la cama. Unos, porque formaban parte de algún proyecto de conspiración; otros, porque habían temido ser detenidos.

Sus ojos buscaban... ¿qué?... Lo que buscan los ojos, cuando se aproxima un gran acontecimiento, cuando se amasa en el cielo una tempestad, cuando un terremoto se dispone a hacer temblar la tierra:

¡Lo desconocido!

Al volver había visto al pueblo moviéndose en la calle con la desenvoltura que da toda espera amenazadora.

Acababa de ser mediodía y todavía no había llegado Robespierre. Herido por su fracaso de la víspera, se decía que sólo entraría en la Convención a la cabeza de la Comuna armada y lo que apoyaba esta opinión es que Henriot, borracho como siempre, acababa de colocar sus cañones en batería en la plaza del Carrusel.

Tallien no había aparecido en la sala de sesiones. Pero se sabía que estaba en la sala de la Liberté con todos sus amigos, y que, como había que pasar por esta sala para entrar en la de la Convención, iba deteniendo, según pasaban, a los diputados, y retenía con él a algunos, dejando pasar a los otros hacia sus escaños con la lección bien aprendida.

¿Esperaba a Robespierre como esperaran a César Bruto, Casio y Casca? ¿Lo iba a apuñalar «sin palabras», como había dicho Sieyés?

Por fin, un murmullo anunció la entrada del que con tanta impaciencia era esperado, o tal vez por algunos con más temor que impaciencia.

Si un químico hubiera analizado este murmullo, hubiera encontrado en él un poco de todo, desde el principio de la amenaza hasta un resto de escaramuza.

Nunca, ni incluso el célebre día de la fiesta del Ser supremo, se había preocupado tanto Robespierre por su toilette. Llevaba un traje azul; el calzón claro, el chaleco de piqué

blanco ribeteado; su andar era lento y seguro. Lebas, el joven Robespierre, Cothon, sus leales, iban a su paso. Se sentaron junto a él, no miraban a nadie, no saludaban a nadie. Y sin embargo veían, con cierto desdén que no eran capaces de ocultar, a los jefes de la Paline y de la Montagne, que habiendo sido irreconciliables hasta entonces, entraban del brazo el uno del otro, sosteniéndose mutuamente.

Hubo un momento de silencio.

Entró Saint-Just, llevando en la mano el discurso que iba a leer, discurso que debía producir la caída de los comités y su renovación como hombres entregados a Robespierre. La víspera, el partido jacobino, temiendo el éxito de este joven, había exigido que leyera su discurso a una comisión antes de pronunciarlo. Pero no había habido tiempo. Acababa de escribir la última línea. Su palidez cenicienta, sus ojeras, delataban lo que se había esforzado.

Se fue derecho a la tribuna; una ola de representantes presididos por Tallien entró detrás de él. Collot-d'Herbois, el enemigo personal de Robespierre, ocupaba la presidencia. Había sido elegido ex profeso, y a su lado estaba, para ocupar su lugar, si le llegaba a faltar el valor, un hombre del que se estaba seguro que nunca decaería, un perro fiel del partido de Danton, Thuriot, que había votado, como recordarás en favor de la muerte del rey, con tanta saña, que desde entonces no se le llama Thuriot, sino Thu-matas.

Bien por negligencia, bien por desprecio, Saint-Just, sin pedir la venia, subió a la tribuna y empezó su discurso.

Pero, apenas había pronunciado las primeras palabras, cuando Tallien, que tenía su mano en el pecho, y probablemente en su mano el puñal de Teresa, dio un paso adelante y dijo:

—Señor presidente, pido la palabra que Saint-Just ha olvidado pedir.

Un escalofrío recorrió a los asistentes.

Estas palabras eran una declaración de guerra.

¿Qué iba a decir Collot-d'Herbois? ¿Dejaría la tribuna a Saint-Just? ¿Se la concedería a Tallien?

—Tiene la palabra Tallien —dijo Collot-d'Herbois.

Se hizo un profundo silencio. Tallien subió a la tribuna, sacó su mano, todavía crispada, del pecho.

—Ciudadanos —dijo Tallien—, en lo poco que acaba de decirnos Saint-Just, he oído que se vanagloriaba de no pertenecer a partido alguno. Tengo la misma pretensión, y por ello quiero hacer oír la verdad. Os extrañará, sin duda. La verdad tronará, no lo dudo, porque desde hace varios días a nuestro alrededor sólo se han difundido mentiras y confusiones. Ayer un miembro del gobierno se ha destacado y ha pronunciado un discurso en su solo nombre. Hoy, otro ha hecho lo mismo. Todos estos individualismos agravan los males de la patria, la desgarran y la precipitan en el abismo; yo pido que se alce el telón.

—Sí —gritó desde su escaño Billaud-Varennes, más pálido y sombrío que de costumbre—; sí, la sociedad de los jacobinos votó ayer la depuración de la Convención. ¿Qué es lo que han votado? Es como para no creerlo, se ha votado el estrangular a la mayoría que se negó a votar que se imprimiera el discurso del ciudadano Robespierre. Esta depuración, esta mayoría, alcanza a doscientos cincuenta de nosotros.

—¡Imposible, imposible! —gritaron de todas partes.

—Collot-d'Herbois y yo estábamos aquí, ciudadanos, y sólo por milagro hemos podido escapar a los cuchillos de los asesinos. Y ¡ahí, ahí! —dijo alargando el puño con gesto amenazador—, ahí, por encima de la Montagne, veo a uno de los hombres que alzó el cuchillo contra mí.

A estas palabras toda la Convención se levanta, y los gritos: «¡Detenedle, detened al asesino!», resonaron.

Billaud da su nombre; es un nombre desconocido para los auditores, pero conocido de los alguaciles, que se lanzan sobre él y lo detienen.

Después de su detención, queda en el aire uno de esos estremecimientos que se ciernen en las asambleas tumultuosas y en las que van a ocurrir grandes acontecimientos.

—La asamblea —continúa Billaud— no debe ocultarse que está entre dos fuegos. Un momento de debilidad, y estará perdida.

—¡No, no! —gritaron todos los miembros subiéndose en sus bancos y agitando sus sombreros—. No, es ella la que, por el contrario, aplastará a sus enemigos. ¡Habla, habla, Billaud! ¡Viva la Convención, viva el comité de salud pública!

—Pues bien, ya que estamos en la hora de las aclaraciones —prosiguió Billaud—, pido que todos los miembros de esta Asamblea contesten a lo que la Asamblea les pregunte. ¡Temblaréis de horror cuando sepáis la situación en que estáis, cuando sepáis que las fuerzas armadas han sido confiadas a manos parricidas, cuando sepáis que Henriot es cómplice de los conspiradores; temblaréis cuando sepáis que hay aquí un hombre —y lanzó una mirada sangrienta a Robespierre— que, cuando se trató de enviar representantes del pueblo a los departamentos, revisó como un dictador la lista de los miembros de la convención, y, entre más de setecientos miembros, sólo encontró veinte que fueran dignos de esta misión!

Un murmullo de orgullo herido, el más amenazador de todos los murmullos, se elevó de todos los escaños.

—Y es Robespierre —continuó Billaud— el que se atreve a decirnos que se ha alejado del comité porque allí era oprimido. No lo creáis, si se ha alejado es porque después de haber dominado al comité durante seis meses, el comité se ha rebelado contra esta dominación y ha organizado la resistencia contra él. Felizmente para nosotros, porque ha sido precisamente en el momento en que él quería hacer aprobar el decreto del veintidós de prairial, decreto de muerte que ha hecho que los más puros de nosotros nos hayamos llevado las manos a la cabeza.

Las palabras de Billaud son interrumpidas por todas partes; no para frenarlo en sus acusaciones, sino para apoyarlo.

Se produjo un instante de silencio; pero de esos silencios que encierran tantas amenazas como el silencio que precede a la tempestad.

Y de tal modo este silencio preconizaba una tempestad, que las fulgurantes miradas de todos estos hombres se cruzaron como relámpagos.

—Sí, ciudadanos —continúa Billaud-Varenes—; habéis de saber que el presidente del tribunal revolucionario, al que debiera estar prohibida toda iniciativa, propuso ayer a los jacobinos, en asamblea no sólo enemiga, sino ilegal, expulsar de la Convención y procribir a los miembros que han osado resistir a Robespierre. Pero el pueblo está aquí —continúa Billaud, volviéndose hacia las tribunas—. ¿No es verdad, pueblo, que tú vigilas a tus representantes?

—Sí, sí, el pueblo está aquí —gritan las tribunas a una voz.

—Durante algún tiempo hemos visto en verdad un extraño espectáculo; y es que los mismos hombres que hablan sin cesar de virtud y de justicia, son los que, sin cesar, conculcan la justicia y la virtud. ¡Cómo es posible que hombres que han sido apartados, que no conocen a nadie, que no se mezclan en ninguna intriga, que salvan a Francia organizando la victoria, cómo es posible, repito, que estos hombres sean conspiradores! Y

fue el mismo día en que gracias a los consejos y a un plan elaborado por ellos, Anvers fue recuperado para Francia del poder de los ingleses, cuando los conspiradores vienen a acusarlos de traicionar a Francia. Pero el abismo está a nuestros pies, y los verdaderos traidores ante nosotros: es menester que el abismo sea cubierto con sus cadáveres o con los nuestros.

El golpe ha ido a dar en pleno pecho a Robespierre; ya no puede retroceder; pálido y tembloroso, se lanza a la tribuna:

—¡Muera el traidor, muera el tirano, muera el dictador! —gritan por todas partes.

Robespierre comprende que ha llegado la hora suprema; que, como el jabalí ha de hacer frente a toda esta masa que vocifera contra él. Llega a la barandilla de la tribuna, se aferra a ella; sube a pesar de todos; alcanza la plataforma. El sudor corre por su frente; está pálido, casi lívido; un paso más y sustituye a Billaud. Abre la boca para hablar en medio de un tumulto terrible, pero quizá cuando su palabra agria se haga oír cesará el tumulto.

Tallien comprende que va a ser conquistada la tribuna; se da cuenta del peligro, y se lanza apartando brutalmente con el codo a Robespierre.

Es un nuevo enemigo, una nueva acusación. En el instante, vuelve a reinar el silencio. Robespierre mira sorprendido a su alrededor; no reconoce esta asamblea a la que estaba acostumbrado a manejar desde hacía tres años.

Empieza a comprender el peligro que corre y la lucha mortal en que está implicado.

Tallien se aprovecha del silencio y grita:

—He pedido hace un momento que se levantase el telón, y ya está; los conspiradores han sido desenmascarados, ¡la libertad triunfará!

—¡Sí! —grita la sala puesta en pie—. ¡Ya está triunfando! ¡Acaba, acaba, Tallien!

—Todo hace presagiar —continuó Tallien— que el enemigo de la representación nacional va a caer bajo nuestros golpes: hasta ahora yo me había impuesto el silencio; le permitía que tranquilamente confeccionase en las sombras su lista de proscritos, y yo no podía decir: «¡He visto, he oído!» Pero también yo estaba ayer en los Jacobinos y «he visto y he oído» y temblado por la patria. Un nuevo Cromwell reclutaba su ejército y esta mañana he cogido este puñal, que dormía detrás de la estatua de Bruto, para partirle el corazón, si la Convención no tiene el valor de ordenar una acusación contra él.

Y Tallien puso el puñal de Teresa en el pecho de Robespierre. Un rayo de sol brilló en la hoja. Robespierre ni se movió para eludir el golpe; pero ante el brillo del acero sus ojos pestañearon como los de los pájaros nocturnos ante la luz del día.

—Pero no —dijo Tallien separando su puñal del pecho que amenazaba—; somos representantes del pueblo y no asesinos; y este tirano pálido y mezquino no tiene ni el poder ni el genio de César. Francia ha puesto en nuestras manos la espada de la justicia y no el puñal de la venganza. Acusemos al traidor, juzguémosle, pero no lo asesinemos. ¡No más treinta y uno de mayo, no más proscripciones, ni incluso contra el autor del treinta y uno de mayo y las proscripciones! ¡A la justicia nacional, Robespierre!

Nunca había retumbado bajo las bóvedas de la Convención Nacional un trueno de aplausos semejantes.

—Y ahora —añadió Tallien—, pido la detención del miserable Henriot, que en estos momentos y por tercera vez apunta contra nosotros sus cañones. Primero desarmemos al dictador, después privémosle de su guardia pretoriana y por último, juzguémoslo.

Una especie de rugido se oyó en toda la Asamblea; eran dos años de odio y de terror que se manifestaban y que se expresaban por este portillo que acababa de abrir Tallien.

—Yo pido —continuó diciendo— que acordemos mantenernos en sesión permanente

hasta que la espada de David haya asegurado la existencia de la República y haya castigado a los que conspiran contra ella.

Se someten a votación todas las propuestas de Tallien y son aprobadas con entusiasmo.

Robespierre quiere hablar, no ha abandonado la tribuna a la que sigue asido, con los labios palpitando y contraídos los músculos de la cara.

Apenas es visible el rictus de su boca, tan fuertemente tiene apretados sus dientes.

De todas partes se alzan gritos de:

—¡Muera el tirano!

La consigna dada por Sieyès se ha cumplido. Robespierre no hablará. Por tanto no hará «frases».

Tallien continúa:

—No hay uno de nosotros que no pueda citar un acto de inquisición o de tiranía de este hombre; pero es por su conducta de ayer ante los jacobinos por lo que yo reclamo vuestro horror. Allí es donde se ha descubierto el tirano, por eso es por lo que yo quiero abatirlo. ¡Ah!, si yo quisiera recordar todos los actos de opresión que han ocurrido, demostraría que todos han sido cometidos desde que Robespierre ha estado al frente de la policía.

Robespierre hace un esfuerzo, llega a colocarse casi cara a cara con Tallien, y levantando la mano grita:

—¡No es verdad! Yo...

Pero renace el tumulto más terrible todavía que antes.

Entonces Robespierre se da cuenta que jamás podrá adueñarse de la tribuna, de la que es despojado por una conspiración; busca un lugar desde el que su voz pueda dominar la Asamblea. Mira a la Montagne, baja de prisa las escaleras de la tribuna, y corre hacia sus antiguos amigos y quiere hablar desde un escaño vacío.

—¡Cállate! —le grita una voz—; estás en el sitio de Danton.

Robespierre baja de nuevo al centro:

—¡Ah!, no queréis dejarme hablar, partidarios de la Montagne —dijo—, pues bien, a vosotros que sois hombres puros es a los que yo vengo a pedir asilo y no a esos bribones.

—¡Atrás! —gritó una voz desde el centro—, ¡te has colocado en el lugar de Verniaud!

Robespierre huyó de las filas de los girondinos, como si estuviera perseguido por la sombra de los que había hecho decapitar.

Ya casi fulminado, se lanza de nuevo a la tribuna, y, mostrando su puño al presidente, le gritó:

—Presidente de una asamblea de asesinos, por última vez, ¿quieres concederme la palabra?

—Cuando sea tu turno, la tendrás —respondió Thuriot que había sustituido al derrumbado Collot-d'Herbois.

—No, no —gritaron los conjurados—; se defenderá, como los demás, ante el tribunal revolucionario.

Pero se obstina; por encima de todos estos ruidos, de todo este tumulto, de todos estos gritos, se oyen los gañidos de la voz de Robespierre que de pronto se apagan en un enronquecimiento inesperado.

—¡Es la sangre de Danton que le ahoga! —grita una voz a su lado.

Bajo esta última puñalada, Robespierre se sobresalta y se retuerce como bajo la pila voltaica.

—¡La acusación! —grita una voz de los partidarios de la Montagne.

—¡El arresto! —grita una voz de los del Centro.

Toda la Asamblea lo apoya.

Robespierre, aniquilado, al borde de su fuerza, de su esperanza, cae sobre un banco.

—Puesto que acusan y juzgan a Robespierre —exclamaron al unísono dos voces—, pido ser juzgado y acusado con él.

Una de estas dos voces es la de Lebas; la otra la de Robespierre el joven.

—¡Hermano! —exclama Robespierre levantándose—, te sacrificas por mí.

Si le hubiesen dejado hablar, quizás hubiese escapado de la acusación por la puerta de la piedad; pero no, esas dos palabras: «acusación, arresto», cayeron sobre él como la roca de Sísifo.

—¡Cuan duro es abatir un tirano! —gritó Fréron—, que pide venganza por la sangre de Camille Desmoulins y la de Lucille.

El arresto tomó cuerpo en la voz del presidente Thuriot, y decretado por unanimidad.

—Todo no se reduce a votarlo —dijo una voz—: ¡que le ejecuten!

Thuriot da orden por segunda vez de ejecutar el decreto en el que están implicados Robespierre, Lebas y Robespierre el joven. Couthon y Saint-Just se colocan a su lado. Están en el primer banco de la Plaine, y un gran vacío se establece a su alrededor.

Los alguaciles dudan en cumplir con su obligación; ¿cómo van a atreverse a poner la mano sobre estos reyes de la Asamblea de los que durante tanto tiempo han recibido órdenes?

Por fin se deciden a acercarse a ellos y les comunican el decreto de la Convención.

Los cinco acusados se levantan y salen lentamente para ser conducidos ante los comités.

Toda la Asamblea respira. Esta lucha de cuatrocientos diputados contra un solo hombre indica hasta qué punto este hombre era fuerte. Mientras estaba allí, todos se preguntaban: «¿Se terminó?» Yo también respiro, yo también me lanzo.

El rumor sobre el arresto de Robespierre se ha extendido en la corte del Carroussel, y de la corte del Carroussel sobre todo París.

No sé si me hago ilusiones, pero creo que todos los corazones están alegres, que todas las bocas sonríen; gentes que no se conocían caen unas en brazos de otras, gritando:

—¡Bien!, ¿lo sabéis?

—No... ¿Qué?

—¡Robespierre ha sido arrestado!

—¡Imposible!

—He visto como le conducían ante los comités.

Y el que acaba de recibir la noticia, corre a divulgarla.

Pero a través de las puertas de encina, a través de los barrotes de hierro de las cárceles, las noticias pasan con lentitud. Busco con los ojos a mi comisario, que me ha prometido estar en el patio del Carroussel.

Mis ojos se detienen sobre un hombre que parece esperar a que le mire. Lanzo un grito: es él.

Se ha adelantado a la opinión pública; ya no lleva su gorro rojo, ha bajado su carmañola, se viste como todo el mundo. Es porque ha asistido desde la tribuna a la caída de Robespierre. Se me acerca sin afectación.

—¿Me necesitáis? —dijo.

—Quisiera anunciar el triunfo de Tallien a mis pobres amigas —respondí.

—Tened cuidado —me dijo—, y no os lancéis demasiado en el terreno de la esperanza; los comités ante los cuales ha sido llevado pueden decretar que no hay motivo de acusación y ordenar que no ha lugar. El tribunal revolucionario ante el que va a ser conducido, y que le es completamente fiel, puede declarar que no es culpable y hacerle triunfar como hizo el de Marat. Es decir, esto sólo es un primer paso.

—¡Da igual! —respondí—. Está ganado, ¿no es cierto? Ahora, vamos a por el segundo.

—Andad despacio —me dijo—, cruzad el puente, entrad en la calle del Bac; a la altura de la calle de Lille, me reuniré con vos en un coche.

Sin responder, me encaminé hacia la calle del Bac.

Cuando llegué a la calle de Lille, oí un coche que se paró detrás de mí. Subí. El comisario me esperaba.

Ordenó al cochero que siguiese por la calle de Lille, siguiendo por los muelles hasta la Gréve y conducirnos a la Forcé.

Había devuelto a las presas al lugar de donde habían salido.

Volví a ver al bueno de Ferney; volvía a encontrar a Santerre, que lanzó grandes gritos; me creía guillotinado. Les comuniqué el arresto de Robespierre.

¡Cosa extraña!, el que pareció alegrarse más con la noticia fue el carcelero.

No opuso ninguna dificultad cuando mi guía, haciéndose reconocer, le ordenó conducirme a la cámara de las dos nuevas presas.

Al verme, lanzaron un grito. Mi sonrisa les anunciaba buenas noticias.

—¡Triunfo! —les grité—, ¡triunfo! Robespierre ha sido acusado y arrestado.

—Y Tallien —preguntó Teresa—, ¿cómo ha estado?

—Magnífico de coraje y sobre todo de amor.

—El caso es que si sólo se hubiese tratado de él, se hubiese dejado cortar el cuello, ¡es tan perezoso!

—Vamos, vamos, vas a llevar un bello nombre, ciudadana Tallien —dijo madame de Beauharnais.

—Ambiciono otro más bello todavía —dijo Teresa con su orgullo español.

—¿Cuál?

—¡El de Notre-Dame-de-Thermidor!

Pero, como mi comisario tan juiciosamente me había advertido, no habíamos dado más que el primer paso, y Robespierre podía salir de ésta más fuerte que nunca.

Quedé de acuerdo con mis dos amigas en que al día siguiente seguiría con todo detalle los acontecimientos, seguramente tan importantes como los que venían de desarrollarse.

Teresa pensó entonces que sería muy difícil seguir estos acontecimientos, que quizá pasasen en medio de un enorme gentío, con un traje de mujer.

Me ofreció que cogiese de su casa de los Campos Elíseos uno de sus trajes de hombre, que tenía la costumbre de llevar, para seguir a su primer marido en las carreras de caballos y a la caza; me dio una carta para su vieja nodriza que era quien cuidaba de la casa. Al mismo tiempo debería dar noticias suyas a la buena mujer y tranquilizarla. Les conté todo lo que debía al buen hombre que me había acogido bajo su protección, previniéndolas primeramente de que si salíamos victoriosos no deberíamos olvidarle. Me prometió todo lo que quise.

El tiempo pasaba, debía dejar la prisión. No prometí volver al día siguiente, ya que si resultábamos vencedores me dirigiría directamente a Tallien para evitarle cualquier pesquisa inútil, y decirle donde encontraría a su amiga. Pero prometí escribir, palabra por palabra, hora por hora, todo lo que viese. Gracias a la intervención de mi buen comisario, estaba segura que mi carta les llegaría.

Nos abrazamos estrechamente madame de Beauharnais, Teresa y yo, y bajé, ligera y llena de esperanza, por esa escalera por la que la última vez bajé creyendo ir al patíbulo.

Encontramos el coche y fuimos derechos a casa de Teresa, situada en la avenida de Veuves. Allí encontré a la vieja española que la había educado. Empecé por darle buenas noticias de su ama, y le di la carta en la que le ordenaba dejarme elegir entre sus trajes de hombre aquel que más se aproximase a mi gusto y a mi talla. Escogí una levita marrón con cuello bajo; un sombrero de anchas alas, que ocultaba completamente mi rostro, con una hebilla de acero y un lazo negro, sin pluma; dos camisas con chorreras, dos chalecos, uno blanco y otro carmesí, un calzón de color claro y botas hasta más arriba de las rodillas.

Volvimos a subir al coche, y mi comisario me condujo a mi casa. Tuvimos gran dificultad en atravesar la calle. Había una gran multitud enfrente de la casa de Duplay.

Acababan de conocer el arresto de Robespierre y los gritos de monsieur Duplay y de la vieja madre habían atraído a los vecinos, primero, después a los paseantes, y finalmente a los que la curiosidad llevaba a esta plaza, de donde, pensaban, saldrían las mejores y más frescas noticias.

Estaba tan curiosa como cualquiera de las personas reunidas por los lamentos de estas buenas gentes; puesto que, hay que decirlo, la familia, tenía fama en el barrio, de ser la más honrada que existiese en el mundo. Puesto que mi entresuelo estaba a dos pasos de su tienda, subí rápidamente y comprendí que había llegado el momento de utilizar el traje de Teresa. Estaba poco acostumbrada a utilizar trajes masculinos, pero al cabo de diez minutos estaba convencida de que gracias al abrigo que me cubría por entero, me permitiría atravesar entre los grupos sin que me reconociesen como mujer. Bajé y me mezclé entre los curiosos. Madame Duplay, fanática de su inquilino, llamaba a la inatacable reputación de Robespierre como hombre honrado, como ciudadano incorruptible. A todos aquellos que parecían dudar, les decía:

—¡Ah!, podéis entrar, ciudadano, podéis visitar el apartamento que habita y si encontráis una pieza de plata, una joya o un asignado de cincuenta francos, reconoceré que no tengo razón y declararé que Robespierre es un hombre venal.

En efecto, entraban como en una peregrinación, y desde la entrada se notaba que era la casa del incorruptible. Desde el quicio, el patio con su hangar, los estantes repletos de sierras, de garlopas, de cepillos, parecían decir: estáis aquí en casa del obrero honrado y trabajador. Pero era al subir a la buhardilla habitada por Robespierre donde se veía clara la prueba de esta vida de trabajo, pobre y ocupada. Los papeles, colocados sobre estantería de pino, amontonados los unos sobre los otros, hablaban de estos infatigables trabajos. Y sin embargo, se notaban que allí estaban, como en el tabernáculo de un dios, los mejores muebles de la casa, una bella cama azul y blanca como la de una joven, con algunas buenas sillas; un escritorio, de pino, es cierto, pero hecho por el dueño de la casa, de acuerdo con todas las exigencias de su inquilino, estaba colocado de tal modo que éste pudiese, cuando trabajaba, hundir su mirada en el patio y distraerse con la vista de las cuatro jovencitas, del hijo y del sobrino, que componían la familia del honrado carpintero.

En una pequeña biblioteca de pino, que no estaba cerrada, había un Rousseau y un Racine, y, en todas las paredes, la mano fanática de madame Duplay y la mano

apasionada de su hija Cornelia habían colgado todos los retratos que habían podido obtener del ídolo; de tal forma, que hacia cualquier lado que se volviese Robespierre, siempre encontraba delante de él un retrato de Robespierre. Uno de estos retratos le representaba con una rosa en la mano; y, uno tras otro, la vieja madre Duplay, la mujer del carpintero y sus hijas, hacían pasar a los curiosos, diciendo:

—¿Es ésta la vivienda del mal hombre que quieren hacer pasar por tirano y que ponía su mirada, dicen sus miserables enemigos, en la dictadura o el reinado?

Una de las cuatro hijas de madame Duplay no decía nada, no se mezclaba con nada, lloraba en un rincón, sentada sobre una silla; era la mujer de Lebas, cuyo marido acababa de sacrificarse por Robespierre y había sido arrestado con él. En el momento en que salía, dos soldados guardaban la puerta y dos entraban: venían a arrestar a toda la familia del carpintero.

Admito que la vista de ese interior casi pobre, la inspección de esa modesta habitación, me produjo insensiblemente una fuerte impresión.

¿Me había equivocado? ¿Acaso las gentes que habían acusado a Robespierre no me habían dicho la verdad? Recordaba lo que tantas veces, mi bienamado Jacques, me habías repetido sobre este hombre, de la vía por la que caminaba inflexible, pero incorruptible, me decías; su inflexibilidad le ha llevado demasiado lejos, le ha convertido en el hombre sangriento, odiado por todos, y, en la hora en que estamos, es necesario que muera o que millares de cabezas tiemblen.

Se llevaron a madame Lebas, como a los demás. No se defendió en absoluto, no se lamentó en absoluto de su arresto; continuó llorando por el de su marido, eso es todo.

Entré en mi casa; tenía el corazón profundamente encogido; tenía sin cesar ante mis ojos esa modesta habitación donde los Duplay deseaban que se encontrase una pieza de plata, una joya o un asignado de cincuenta francos. Este hombre que tenía tan pocas necesidades, ¿qué es lo que ambicionaba? ¿Oro? Se veía por todas partes, escrito de todas las formas su desprecio hacia el dinero. De poder, quizá. Seguro que de orgullo. Todos los retratos en su cuarto, ese cortejo de Robespierre rodeando a Robespierre gritaban en voz alta que era la necesidad del ruido, la avidez de la fama. Era ese orgullo arrugado tanto tiempo, esa bilis derramada en el fondo de su corazón que le había hecho abatir cualquier cabeza más alta que la suya.

La madre Duplay decía que repetía sin cesar, que cualquier hombre no necesitaba más de tres mil francos para vivir. ¡Cuánto sufrimiento debía haber padecido ese corazón envidioso cada vez que miraba por encima de él!

Durante toda la noche hubo un gran ruido en la calle; en la casa sólo quedaban la más joven de las hijas Duplay y una vieja sirvienta; no cerraron la puerta; era inútil; la hubiesen tenido que abrir demasiadas veces. La niña y la vieja mujer se durmieron rotas de fatiga, dejando la casa vacía a merced del que quisiese entrar.

Había ocurrido una cosa terrible de la que no tuve noticias más que al día siguiente. En el momento en que el rumor del arresto de Robespierre se extendió por la ciudad, el grito que salió de todas las bocas, grito unánime, grito de alegría, fue:

—¡Robespierre ha muerto, se acabó el patíbulo!

De tal modo, en este terrible mes de messidor que acababa de pasar, había identificado su nombre con el de la guillotina.

Y sin embargo, como si Robespierre no hubiese sido arrestado, el tribunal revolucionario continuaba juzgando. Una acusada, al sentarse en su banco, tuvo un ataque de epilepsia; la violencia del ataque fue tal, que hasta los mismos jueces le preguntaron si estaba habitualmente afectada por ese mal.

—No —respondió—, pero me habéis hecho sentar justo en el mismo sitio donde ayer hicisteis sentar a mi hijo, ¡y condenasteis a la desgraciada criatura!

Puesto que la sesión de la Convención había terminado a las tres, como a las tres y media todo el mundo sabía en París la caída de Robespierre, el pueblo esperaba (ya que, como lo hemos dicho, era sobre todo el pueblo el que estaba harto de tanta carnicería), el pueblo esperaba que no hubiera más ejecuciones. El mismo verdugo contestaba a los que le preguntaban sacudiendo la cabeza, y cuando, siguiendo su costumbre, el tribunal revolucionario preparó su hornada cotidiana, cuando las pesadas y lentas carretas rodaron a la hora de costumbre por el patio del palacio de justicia, el ejecutador preguntó a Fouquier-Tinville:

—Ciudadano acusador público, ¿no tenéis ninguna orden que darme?

Fouquier ni siquiera se molestó en pensarlo, y respondió secamente:

—¡Cumplid la ley!

Es decir: «¡Continuad matando!»

Había ese día cuarenta y cinco condenados y lo que todavía hacía la muerte más cruel, es que habían oído decirlo todo, contarlo todo, que sabían que Robespierre estaba arrestado y que con este arresto habían tenido la esperanza de su perdón.

Pero no, de la negra arcada salieron cinco carretas cargadas de condenados que conducían a la barrera del Tróne para ser ejecutados.

Estos desgraciados imploraban perdón, levantaban al cielo sus manos atadas, preguntando, cómo, puesto que iba a efectuarse el proceso de su enemigo, su proceso, el de ellos, podía darse por bueno, si estaban condenados por aquel a quien iban a condenar.

La multitud empezó a rugir; pensaban que esas pobres gentes tenían razón, y, como ellos, pedían gracia. Algunos saltaron a la brida de los caballos, pararon las carretas, quisieron hacerlas retroceder; pero Henriot, sobre el que no se pudo ejecutar la orden de arresto dada por la Asamblea, llegó al galope con sus gendarmes, lo ensabló todo, condenados y libertadores, y el gentío se dispersó lanzando al cielo una última maldición y diciendo:

—¿Es que no es cierta la buena noticia que nos habían anunciado, que Robespierre había sido arrestado y que estábamos libres del patíbulo?

Hacia las siete de la tarde oí batir la llamada de todas partes; mi disfraz me envalentonaba e iba a salir, arriesgándome a lo que me pudiese suceder cuando, en la escalera, encontré a mi buen comisario. Estaba muy pálido.

—No vais a salir —me dijo—; lo que había previsto está ocurriendo. La Comuna se insurrecta contra la Asamblea. Henriot, arrestado en el Palais-Royal, a su vuelta de la ejecución de la barrera del Tróne, ha sido casi inmediatamente puesto en libertad; el carcelero de la prisión de Luxembourg, donde llevaban a Robespierre y sus amigos, se ha negado a abrir la puerta de la prisión, alegando que se trataba de una orden de la Comuna. Robespierre, en cambio, insistía en ser encarcelado: el tribunal revolucionario, es para él el amigo, todos los miembros fueron nombrados por él y le son fieles; por el contrario, la insurrección de la Comuna, la lucha que seguirá, el combate que deberá sostener contra la Convención, es el desconocido.

Para él era más que lo desconocido, era la ilegalidad.

Abogado como Vergniaud, estaba dispuesto a sacrificar su vida y, como Vergniaud, quería morir en la legalidad.

Viendo que el Luxembourg no quería abrirle sus puertas, Robespierre ordenó a sus guardianes que le llevasen a la administración de la policía municipal; obedecieron. Igualmente podía haberles ordenado que le dejasen en libertad, lo hubiesen hecho. Por

más preso que estuviese, su inmenso poder se contraponía al poder ejecutivo de la Convención.

He ahí donde estábamos; habría seguramente conflictos durante la noche. Mi comisario me suplicó que me quedase encerrada por lo menos hasta el día siguiente por la mañana, en que vendría a sacarme y a anunciarme lo que había ocurrido durante la noche. Era para él una cosa tan preciosa, que con gusto me hubiese puesto bajo llave. En efecto, si Robespierre triunfaba, todo lo que había hecho por mí se ignoraría, volvería a encontrarse sobre sus pies. Robespierre vencido, los favores que nos había hecho, eran para él una fuente de fortuna.

Estaba muy cansada; su posición le permitía estar mejor informado que yo: le prometí que no saldría, pero a condición que al día siguiente, por la mañana, conocería por su conducto los acontecimientos de la noche.

Se ofreció a hacerme subir la cena; acepté; no había tomado nada desde por la mañana, y era cerca de medianoche.

Dormí mal; tuve sobresaltos continuos; yo que quería haber muerto, yo que quise colocar mi cabeza bajo el hacha, yo que no creía tener ningún interés en este mundo, yo de quien la guillotina nada quería saber, me sobresaltaba al menor ruido, mi corazón batía al galope de los caballos que pasaban.

¡Extraña cosa este amor a la vida! La mía, a falta del hombre al que amaba, se había unido a dos mujeres desconocidas; seguramente hubiese dado mi vida por salvarlas todavía, pero la hubiese dado con pena.

Algunos minutos después de la marcha del comisario, me trajeron mi cena. Desde hacía unos momentos tocaba a rebato en la Comuna, como mis ventanas estaban abiertas y únicamente mis celosías cerradas, oía las vibraciones que me anunciaban que algo grave estaba sucediendo. Pregunté al chico del café el significado de este rebato. Me dijo que corría el rumor de que Robespierre había sido libertado.

—Pero —dije—, ¡libertado...! Creí que Robespierre no quería.

—Bueno —dijo el chico—, no le han pedido su parecer. La Comuna ha enviado simplemente a un auvernés llamado Coffinhal, que levantaría los tornos de Notre-Dame, con orden de llevarse a Robespierre. Coffinhal no lo ha pensado ni un momento, ha ido al ayuntamiento, y cuando vio que Robespierre no quería seguirle, ha cogido a Robespierre y se lo ha llevado. Sus amigos le siguieron encantados. No tenían la mirada penetrante de Robespierre; pero él sabía que le arrancaban de prisión para entregarle a la muerte, y gritaba a la multitud: «¡Me perdéis, amigos míos, perdéis a la República!» Tanto que en la hora actual —continuó el chico del café— el ciudadano Robespierre es dueño de París, ¡si no es rey!

Me acosté con esta noticia, que no dejó de preocuparme en toda la noche.

A la mañana siguiente el comisario fue fiel a su cita. A las ocho, ya llamaba a mi puerta. Desde las dos estaba de pie y vestida, mirando a través de mis celosías.

La noche había transcurrido en una singular situación. La Convención había permanecido tranquila y digna, arreglándose para morir con dignidad, y Collot-d'Herbois, en el sillón del presidente, decía:

—¡Ciudadanos, sepamos morir en el lugar que nos corresponde!

La Comuna esperaba como la Convención; su principal socorro debía llegarles de la sociedad de los jacobinos, pero ninguna diputación sería llegaba de la sociedad: Robespierre y Saint-Just se miraban con aire de abandono. Couthon, lisiado, que en los grandes acontecimientos se consideraba más como un estorbo que como una ayuda, se

había marchado a su casa con su mujer y sus hijos.

Como era el hombre eminente de los jacobinos, Robespierre y Saint-Just le escribieron al Hotel de Ville:

Couthon:

Los patriotas son proscritos; el pueblo entero se ha levantado; si no vienes a la Comuna, donde estamos, sería traicionarlo.

Couthon vino, Robespierre le tendió la mano, mientras Collot-d'Herbois decía a la Convención: «Sepamos morir en el lugar que nos corresponde», Robespierre decía a Couthon: «Sepamos soportar nuestra suerte.»

Tres meses antes, una situación semejante hubiese revuelto París. Los partidos se hubiesen armado, se hubiesen lanzado los unos contra los otros y hubiesen combatido. Pero los partidos estaban agotados. Todos habían perdido lo mejor de su sangre, la vida pública estaba aniquilada.

Lo que todos sentían era una lasitud inmensa, un aburrimiento universal. París pareció revivir un momento con sus comidas públicas que parecían la comida libre de la pobre ciudad agonizante. La Comuna las había prohibido.

La noche entera había por lo tanto transcurrido sin tomar medidas eficaces. Un diputado desconocido, llamado Beaupré, había hecho votar la creación de una comisión de defensa, que se contentaba con calentar a los comités. Los comités se acordaron de un cierto Barras, que había sido colega de Fréron durante la toma de Toulouse por los ingleses; le nombraron general. Pero, general sin ejército, Barras solamente pudo realizar alguna salida de reconocimiento alrededor de las Tullerías.

Cuando mi narrador llegó a este punto, oímos un gran ruido de caballería, de furgones y cañones rodantes. Nos asomamos a la ventana; era la sección del «Hombre-Armado» que convocado durante la noche a toque de tambor, había decidido que sus cañones serían enviados a la Asamblea.

Tallien era el causante de este movimiento. Como vivía en la calle de la Perle, en Marais, había acudido a esta sección y había anunciado que la Convención estaba en peligro, que la municipalidad se saltaba a la Convención nacional dando asilo a los diputados a los que ésta había dado orden de arresto. La sección del «Hombre-Armado» enviaba sus cañones a las Tullerías y recorría los barrios a fin de unir las cuarenta y siete secciones de París.

Las cosas parecían dibujarse a favor de la Convención. Obtuve que mi guía me condujese hasta la Comuna para que pudiese juzgar, con mis propios ojos, de qué lado se inclinaría la fortuna del día.

La Convención había logrado reunir, con grandes esfuerzos, unos ochocientos hombres en el patio del Carroussel. Los había puesto bajo las órdenes de Barras, su general. Les vimos cuando se dirigían a las Tullerías. Barras los alineaba en los muelles.

Era un joven gendarme de diecinueve años quien, la noche anterior, había arrestado a Henriot. Cuando Henriot quedó en libertad, casi fue asesinado, y había corrido al Comité de salud pública para anunciar la libertad de Henriot.

Encontró a Barreré a quien hizo saber que el general de la Comuna estaba en libertad.

—¡Cómo —le dijo Barreré—, le tenías y no le has saltado la cabeza! Debiera hacerte fusilar.

El joven lo tomó al pie de la letra. Su ambición era la de realizar durante el día alguna hazaña que le distinguiese de sus compañeros y le abriese las puertas de la carrera militar. Armado de su sable y de dos pistolas cargadas con varias balas, tomó el camino del Ayuntamiento donde estaban Robespierre, Saint-Just, Couthon, Lebas y Robespierre joven.

Cuando llegamos al muelle Le Peletier, vimos una gran multitud, que impedía toda circulación. Preguntamos qué sucedía, y nos contestan con voz asustada:

—¡Son ellos!

—¿Quiénes?

—Los diputados fuera de la ley: Robespierre, Couthon.

A estas palabras redoblamos nuestros esfuerzos para penetrar hasta el centro ocupado por la compañía de la Section de Gravilliers. En el suelo, sobre el asfalto, había dos hombres tendidos, perdiendo su sangre por terribles heridas. Uno de estos hombres estaba tan desfigurado por un pistoletazo que le había roto el maxilar, que no pudimos reconocerlo. Tuvieron que decirnos que era Robespierre.

No queríamos creerlo, hasta que mi compañero levantándole la cabeza, se volvió hacia mí y me dijo espantado:

—¡Es él!

¿Cómo pudo operarse semejante catástrofe? ¿Cómo podríamos encontrar en un riachuelo, rodeado de hombres feroces que gritaban: «¡Tiremos esta carroña al Sena!», dos hombres, cuya mirada, tres días antes, hacía temblar todo París?

—Escuchad —me dijo mi compañero—, no es el momento para jugar a los aristócratas. Estáis vestida de hombre, vamos a entrar en el cabaret más próximo, os sentaréis a una mesa. Pediré el desayuno, y mientras vos me esperáis, me deslizaré entre todos estos hombres y regresaré con la llave de este enigma que nos parece imposible. Como están ahí Couthon y Robespierre, es decir, las dos grandes cabezas del partido, no harán nada sin ellos. Si se los llevan, seguidles; siempre sabré a donde les han conducido, y me reuniré con vos.

Como lo que me proponía era lo mejor, acepté. Encontramos un pequeño cabaret. Subí al entresuelo; había una mesa próxima a la ventana y, sentada al lado de esta mesa, podía ver todo lo que sucedía en la calle.

—Id, y volved pronto —dije a mi compañero.

Se fue. Llamé al tabernero con el pretexto de entregarle la carta de nuestro desayuno, pero, en realidad, para pedirle una explicación de toda esa terrible tragedia. No sabía mucho más que nosotros. Robespierre, en el momento de su arresto, me dijo, se había dado un tiro con la intención de saltarse los sesos, pero había fallado, o mejor dicho, había alcanzado la parte baja de su cara, en lugar de la parte alta.

Otros decían que era un gendarme el que quiso arrestarle y que, como Robespierre se defendía, había tirado sobre él poniéndole fuera de combate.

Al cabo de un cuarto de hora, volvió mi compañero. Había ido a la fuente, es decir, al Ayuntamiento, y traía información exacta.

El joven gendarme que la víspera había arrestado a Henriot y al que Barreré había amenazado con fusilar por haberle dejado escapar, había decidido, como ya hemos dicho, dar un golpe de Estado, y vimos cómo iba armado con su sable y sus pistolas cargadas hacia el Ayuntamiento.

Su intención era arrestar a Robespierre.

Al llegar al Ayuntamiento, encontró la plaza de Gréve casi vacía. La mitad de los cañones

de Henriot se habían vuelto hacia la Comuna, los otros abrían sus bocazas en todas direcciones; pero nada indicaba la inteligencia de la defensa o del ataque en los que así habían sido abandonados.

Había dos centinelas en la puerta de la Comuna; los jacobinos más fanáticos y obstinados estaban en la escalera.

Quisieron impedir la entrada al joven gendarme.

—Orden secreta —respondió.

A estas palabras, le dejaron paso. Alcanzó la escalinata, subió la escalera, pasa por la sala del consejo, entra en un corredor, donde hay tal cantidad de gente, que no sabe cómo hacer para pasar.

Pero allí ve a un hombre al que reconoce por pertenecer a Tallien. Es Dulac, el hombre del palo, el que me había acompañado dos noches antes. El gendarme y él intercambian unas palabras.

Llegan juntos a la puerta de la secretaría. Dulac llama varias veces; la puerta se entreabre; empuja al gendarme por la abertura, tira la puerta hacia él y mira por los cristales lo que va a suceder. En esta sala era donde estaban Robespierre y sus amigos.

El joven gendarme busca un momento con la mirada, ve a Couthon sentado en el suelo al estilo turco, Saint-Just, de pie, tamborileando contra un cristal, Lebas y Robespierre joven hablan con animación, Robespierre mayor al fondo, sentado en un sillón, los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en su mano.

Apenas le ha reconocido saca su sable, corre hacia él, le pone la punta en el pecho y le grita:

—¡Ríndete, traidor!

Robespierre, que no esperaba esta agresión, se sobresalta, mira al gendarme de frente, y le dice tranquilamente:

—¡Tú eres el traidor, y voy a mandarte fusilar!

Apenas estas palabras han sido pronunciadas, se oye un tiro, el grupo sobre el que todas las miradas estaban fijas, se pierde en la humareda, y Robespierre rueda sobre el parquet.

La bala le había alcanzado en la barbilla y le había roto el maxilar inferior izquierdo. Se produce un gran revuelo y dominan los gritos de: «¡Viva la República!» Los gendarmes y granaderos que acompañaban al asesino entran violentamente en la sala. El terror se extiende entre los conjurados, que se dispersan, todos huyen, excepto Saint-Just, que se abalanza sobre Robespierre que yace en el suelo, le levanta y le vuelve a sentar en el sillón del que el tiro le hizo caer.

En este momento, vienen a decir al joven que ha originado todo este tumulto que Henriot huye por una escalera oculta.

Le quedaba todavía una pistola armada y cargada; corre a esa escalera, alcanza a uno que huye, pensando que es Henriot, tira sobre el grupo de hombres que se llevaban a Couthon; estos hombres huyen abandonando al que intentaban salvar. Los granaderos y gendarmes tiran de Couthon por los pies hasta la sala del consejo general; registran a Robespierre, le cojen su cartera y su reloj; y como creen que Robespierre y Couthon han muerto, que Robespierre está demasiado herido y Couthon es demasiado orgulloso para quejarse, los llevan fuera del Ayuntamiento, hasta el muelle Le Peletier. Allí van a tirarlos al agua, cuando Couthon, con su voz tranquila que todos los dolores que acaba de sufrir no han podido alterar:

—Un instante, ciudadanos, no estoy todavía muerto.

Entonces la cólera de los asesinos se había vuelto curiosidad; llamaban a los transeúntes,

gritando:

—Venid a ver a Couthon; venid a ver a Robespierre.

Los granaderos de la sección de Gravilliers habían rodeado entonces a los dos agonizantes, el muelle se había llenado de curiosos. Fue en ese momento cuando llegamos.

Era inútil buscar otros detalles que los que me daba mi compañero; debían ser verdad y nuestra certeza se confirmó cuando vimos llevar un cadáver y algunos heridos. El cadáver era el de Lebas. En el momento en que los gendarmes invadieron la sala, en el momento en que vio caer a Robespierre herido por una bala, sacó una pistola de su bolsillo, la apoyó contra su sien y se saltó los sesos.

Robespierre joven intentó huir, creía muerto a su hermano y ya no podía darle el ejemplo de amor fraterno que le hizo solicitar el morir con él. Se había descalzado, había saltado por la ventana y anduvo durante algunos segundos, con los zapatos en la mano, por la mampara de piedra que circunda el edificio. Pero entonces, viendo la plaza del Ayuntamiento completamente abandonada, y que, alcanzando la ventana vecina, esta ventana le conduciría a una escalera, que no tenía ninguna probabilidad de huida ni de vivir, se dejó caer del segundo piso y se estrelló contra el pavimento, pero sin llegar a matarse.

Eran estos pobres despojos, cadáveres o agonizantes, que habían recogido y que, por el muelle Peletier, llevaban a la Convención, los que reunieron a Robespierre herido y Couthon agonizante.

Únicamente Saint-Just, la cabeza alta y sin heridas, seguía a sus amigos, atado al extremo de una cuerda. Robespierre era transportado sobre una tabla; el muerto y los otros heridos arrastrados en un coche tirado a mano por unos comisionados. Seguimos a este triste cortejo.

Robespierre fue depositado encima de una mesa en la sala del Comité de salud pública. Por piedad, le pusieron bajo su cabeza una caja de pino que había contenido cartuchos de municiones.

Todo el mundo decía que estaba muerto.

Por más horrible que fuese este espectáculo, como quería llevar noticias ciertas a nuestras prisioneras, logré penetrar con mi compañero en la sala de audiencia, justo en el momento en que abría los ojos. Estaba sin sombrero; sin duda él mismo se despojó de su corbata, que debía ahogarle. Su maxilar izquierdo colgaba hasta su pecho, repulsivo de sangre y enseñando sus dientes partidos. Un cirujano, al que llamaron, le curó, colocó su maxilar más o menos en su sitio, vendó su herida e hizo colocar a su lado una palangana llena de agua.

Asistí a esta cura, que debió causarle profundos dolores; no lanzó ni un grito, no profirió una sola queja; únicamente su tez había adquirido la lividez de la muerte.

Por ese lado, todo había terminado, nada había que temer.

Pensaba que lo más urgente era tranquilizar a mis dos amigas. Mi protector no tenía ya ninguna razón, en el estado en que se encontraba Robespierre, para ocultar la protección que me acordaba. No opuso, por lo tanto, ninguna dificultad en subir al coche conmigo y venir a la Forcé, donde me esperaban, como bien se comprende, con toda la impaciencia de dos corazones que no piden más que vivir y amar y que lo único que tienen es miedo de morir.

Llegamos a la cárcel hacia las once de la mañana. Los presos, sin saber exactamente lo que ocurría, tenían alguna idea y estaban en plena revuelta. Hubiese sido difícil conducirlos al patíbulo, como había sucedido la víspera. Cada uno se había fabricado un

arma de lo que había podido encontrar; casi todos habían destrozado sus camas, y con los pies de las mismas hicieron una especie de porras. No se oían más que gritos y alaridos, y más que una cárcel política, aquello parecía un manicomio.

Encontré a mis dos compañeras encerradas en su celda, temblando por todo el alboroto cuya verdadera causa ignoraban, y abrazadas y apretándose la una contra la otra.

Al verme, por la felicidad que brillaba en mi rostro, juzgaron que ya no tenían nada que temer, lanzaron un grito de esperanza y se echaron en mis brazos. Pero apenas pronuncié la palabra «¡Salvadas!», cuando madame de Beauharnais cayó de rodillas, gritando «¡Mis hijos!», y Teresa se desvaneció.

Llamé en auxilio; la puerta se abrió, mi comisario acudió; traía un frasco de vinagre que hizo respirar a Teresa, que volvió en sí. Aproveché el momento para presentarles a mi compañero y decirles todos los favores que le debíamos.

—¡Ah!, señor, podéis estar tranquilo —dijo Teresa, que renunció en seguida a la apelación de «ciudadano»—; si algo somos, y si algo podemos en el gobierno que va a establecerse, no olvidaremos vuestros servicios. Eva va a darme vuestro nombre y vuestra dirección, y es Tallien quien se encargará de pagar mi deuda con vos.

No pude menos de echarme a reír.

—¿El nombre y la dirección del señor? —le dije—. Fue demasiado prudente para dárme los antes de saber cómo se desenvolverían las cosas; pero ahora, creo que ya no tiene ningún motivo para ocultarlos.

Nuestro hombre sonrió a su vez, se dirigió a una mesa en la que había tinta, papel y plumas y escribió:

«Jean Munier, comisario de Policía de la sección del Palais-Egalité.»

—Ahora, mis buenas amigas —les dije—, es probable que el ciudadano Tallien corra a los Carmelitas para ponerlos en libertad. En los Carmelitas, no sabrán decirle donde os encontráis, sino únicamente que os sacaron de allí ayer por la mañana; creo que lo más importante es que me reúna con él y que os lo traiga lo antes posible. Debe tener un montón de cosas que decir a Teresa, que, por su parte, no se enfadará, me lo imagino, si le devuelve su puñal.

Teresa se lanzó a mi cuello.

—Voy a ir por lo tanto en su busca —continué— y no me volveréis a ver sino con él, o, si en medio de esta horrible confusión le fuera imposible venir, con vuestra orden de puesta en libertad.

Iba a salir; madame de Beauharnais se había enganchado a mi brazo y me miraba suplicante.

—¿Qué puedo hacer por vos, querida Josefina? —le pregunté.

—¡Oh! —me dijo—, mi buena Eva, tengo dos hijos. ¿No podría ver a mis hijos antes de salir de aquí? O por lo menos, ¿no podríais darles noticias mías?

—¡Oh, por Dios!, decidme dónde están y correré a verlos.

—Mi hijo Eugenio está en casa de un carpintero de la calle de l'Arbre Sec, la tercera o cuarta casa a la izquierda entrando por la calle Saint Honoré. Mi hija está casi en frente, en casa de una gran bordadora en la barrera de los Segents. Como podrían negaros el confiároslos, puesto que no os conocen, voy a daros una nota que les tranquilice por lo menos, si es que no podéis traérmelos.

Josefina, en efecto, me puso algunas líneas que debían hacerme reconocer como una amiga del carpintero y de la bordadora donde sus dos hijos estaban de aprendices.

Como era muy probable que el ciudadano Jean Munier encontrase a Tallien antes que yo, convinimos en que se lanzase en su busca y que los esperaría a los dos en la calle Saint Honoré, en el entresuelo de madame Condorcet.

Me despedí de mis dos amigas con nuevos abrazos, cruzamos los corredores y bajamos las escaleras gritando:

—¡No más Robespierre, no más patíbulo!

Santerre, al que encontré en las gradas de la escalinata, me retuvo algunos segundos, pero le expliqué los hechos con pocas palabras.

Saltamos en nuestro coche.

La calle Saint Honoré estaba llena de gente, toda esta gente tenía un aire de fiesta y de alegría que el pueblo parisiense no había tenido desde hacía mucho tiempo. Apenas si uno podía aclararse con tanta prisa por parte de todos para preguntar las noticias y saber exactamente el desarrollo de los acontecimientos.

Mi comisario, al que en adelante podía llamar por su nombre, lo que me daba una gran facilidad para poder dialogar con él, me dejó en mi puerta y me prometió traerme a Tallien.

En cuanto a hacer entrar a los dos hijos de madame de Beauharnais en la Forcé, se encargaba de ello como de un asunto fácil.

Subí a mi entresuelo, no teniendo ya ninguna razón para ocultarme, abrí por consiguiente mis persianas y me asomé a la ventana.

La puerta de la casa de los Duplay se había cerrado, bien porque se hubiesen llevado a las dos personas que todavía quedaban en ella, bien, porque hartas de insultos y de groseras injurias, se hubiesen encerrado en ella.

No esperaba la ejecución hasta el día siguiente, oí grandes gritos del lado del Palais-Egalité, vi a la multitud empujarse, atropellarse. La cabeza y el busto de los gendarmes aparecían por encima de las cabezas de la multitud, y en las manos de estos arqueros de la muerte sus sables llameaban como la espada del ángel exterminador.

Era la abominable exhibición con la que Fouquier-Tinville y sus jueces gratificaban una vez más al público.

Los gritos «¡Aquí están!» se dejaron oír.

Y, en efecto, eran los guillotinos que, a su vez, atropellados y malditos, iban a recibir la terrible ley del talión.

Te das cuenta, mi bienamado Jacques, hasta qué punto el capricho de mi genio bueno, o malo, me hace ver todo lo que ocurre, bien sea porque me adelanto a los acontecimientos, o porque los acontecimientos se me adelantan.

Ni yo misma sabría darme cuenta de la conmoción extraña que sacude mi cerebro. No sé cómo ocurre esto, pero me parece que no soy dueña de mí misma, y que hay en mí una fatalidad más fuerte que mi voluntad, la que, en un momento dado, me empujará a pesar mío en la pendiente de una gran desgracia.

A veces tengo una especie de alucinaciones durante las que me parece que, el día en que me senté en la carreta, fui verdaderamente guillotinado. Creo a veces, en sueños, que siento el dolor del hacha pasando entre las vértebras de mi cuello; me digo que desde aquel día estoy muerta y que es mi sombra la que cree vivir y que todavía se agita sobre la tierra.

En estos momentos de visión sepulcral, te busco en todas partes. Me parece que

solamente estamos separados por espesas brumas, en las que erramos los dos, y en las que, en castigo a alguna falta de la que inútilmente intento acordarme, estamos condenados a errar continuamente, sin encontrarnos jamás.

En estos momentos, creo que mi pulso no bate más que a quince o veinte pulsaciones por minuto, que mi sangre se enfría, que mi corazón se duerme; en esos momentos, sería tan incapaz de defenderme de un hombre que quisiera quitarme la vida, como de un hombre que atacase a mi honor. Soy como esos desgraciados que caen en estado cataléptico, a los que se cree muertos, ante los que se discute la cuestión de los funerales, en qué ataúd les pondrán, de plomo o de encina; que lo oyen todo, cuyo corazón a pesar de estremecerse de terror no puede decir nada.

¡Pues bien!, cuando vi aparecer las carretas fatídicas, me encontraba en uno de esos momentos: creía estar soñando; todo lo que había ocurrido desde hacía ocho días no eran actos de la vida, sino actos de la muerte.

¡Veamos!, si algo tenía yo que ver en las heridas, en la agonía, en el suplicio de todas estas gentes, ¿podría perdonármelo nunca?

He aquí una cosa odiosa. Aquí hay muertos, agonizantes, allí seres humanos, hermanos, sí, hermanos —porque nadie puede renegar de la fraternidad humana— que son conducidos a la guillotina. Están rotos, destrozados, dislocados; uno de ellos ya ha llorado a la muerte, los otros están con un pie en el estribo, ¿y yo tengo algo que ver con este horror?... ¡Imposible! . Yo, tu Eva, Jacques, ¿lo comprendes?, yo, a la que tú llamabas tu flor, tu fruto, tu ave canora, tu fuente, tu gota de rocío, tu soplo de aire.

¡Así es! Me doy cuenta. El destino me ha llevado a una cárcel. En esta cárcel he conocido a dos mujeres hermosas como dos ángeles de luz. Ellas amaban. Una era madre y tenía niños; la otra, con un amor menos puro, amaba a un hombre que no era su marido. Las dos temían morir; yo, que no lo temía, sentía miedo por ellas. Me lancé en este laberinto político, en el que nunca había puesto los pies. Y también a mí, me había ganado la sed de sangre; dije: «Querría que muriesen estos hombres, para que estas mujeres no murieran»; y ayudaré a que unos mueran para que los otros puedan vivir. Desde entonces he olvidado que era una joven, una mujer tímida; he andado por las calles de París durante la noche; he llevado un puñal que hablaba, y que decía: «Quiero matar» y un retórico le respondía: «Mata, pero sin palabras.»

Este puñal lo he visto brillar al día siguiente en las manos de un hombre apuntando al pecho de otro hombre. Es verdad que no mató, pero dijo: «Tened cuidado, si no matéis con la palabra, yo mataré con el acero.»

Y han matado con la palabra. Por eso el puñal que yo llevaba no llegó a matar con su acero.

Por lo demás, al que empujaba a matar era un hombre maldito, execrado, un hombre cuya muerte será como una fuente de vida para miles de personas, que, si él viviese, acaso irían a morir. Pero es él el que morirá, mas él viene hacia mí.

¡Horrible, horrible, horrible!, como dice Shakespeare. Tiene la cabeza envuelta en un lienzo sucio manchado por una sangre negra. Ya llega, derrotado, doblando la frente bajo su dolor y las maldiciones que bajan su cabeza. ¿Siente remordimientos? Pero no, su altiva actitud es la misma; su ojo seco está fijo en mí. ¡Gran Dios!, ¿acaso la proximidad de la muerte le hace vidente? Adivinará bajo el disfraz en que me escondo, que fui yo la que gritó: «Muerte al tirano», que fui yo la que llevé el puñal. ¡Aparta tu mirada de mí, demonio! ¡No me mires más, fantasma!

¡Ah!, por fortuna, algo le ha hecho apartar sus ojos de mí. Mira la casa de Duplay; esta casa en la que ha habitado y que a su vista, aunque para los demás significaba horror,

significaba felicidad; allí se esperaba su vuelta con latidos de orgullo, se le escuchaba con delicia, se le aplaudía con entusiasmo. Esta casa ha vivido las únicas horas felices de su vida. La miraba al pasar y acaso no le recordaba que Dante, ese pintor de los grandes dolores, había dicho: «El mayor suplicio que hay en el mundo es acordarse, en los días de infortunio, de los días felices.»

No sólo la mira, sino que las carretas se paran ante ella. ¡Ah!, van a hacer con Robespierre lo que hicieron con Philippe Egalité, van a enseñarle por última vez su palacio.

Fue entonces cuando me di cuenta de la gran afluencia de gentes que se habían reunido en este punto. Sin duda alguna, se les había anunciado el programa de la comedia fúnebre que iba a representarse en la plaza, y los espectadores se habían agrupado en multitud. Ni una ventana que no estuviese ocupada, incluso muchas de ellas habían sido alquiladas a altos precios. Parientes de víctimas esperaban a Robespierre para representar junto a su carreta y hasta el pie del patíbulo el papel de la antigua venganza.

Fue como un arrobamiento: no sólo yo estaba de alguna manera en el suplicio de este desgraciado, era yo el grano de arena, es cierto, que había hecho inclinarse la balanza, pero, aún más, tenía algo que ver con la evocación de todo ese mundo que sale de no se sabe dónde, de esos hombres con cabellos empolvados, con trajes y calzones de seda, que hasta entonces se habían contentado con andar de noche, como falenas, en las calles de París, y que, por primera vez se atrevían a exhibirse a pleno día. De esas mujeres pintadas de rojo, tocadas con flores, a las cuatro de la tarde, semidesnudas, acodadas en las ventanas como en el día del Corpus, sobre tapices de terciopelo y chales de púrpura; si mi mal genio no me hubiese conducido a la prisión de los Carmelitas, si no hubiese llevado el puñal de la perla a Tallien, toda esta gente no estaría ahí, serían los que ahora van al cadalso los que enviarían al patíbulo a los otros.

¿Pero no podrían conducirlos a ese patíbulo, cuyo camino han abierto, sin este aumento de suplicio? La pena de muerte es la privación de la vida, eso es todo, pero no una venganza.

Se habían parado para exhibir a las víctimas; los mismos gendarmes, los esbirros de Henriot, que la víspera golpeaban con los sables a los que querían salvar a los condenados, y que pinchaban hoy a los que ayer condenaban con la punta de sus sables y decían a Couthon, postrado sobre sus paralizadas piernas: «Levántate, Couthon», y a Robespierre, roto por una horrible herida: «Mantente de pie, Robespierre.» Y en efecto, la fatiga había hecho que este último cayera sobre su banco. Pero, ante el primer llamamiento a su orgullo, se había puesto de pie, había paseado su mirada terrible por la multitud de la que yo formaba parte: me había vuelto a ver.

Pero ¿por qué no me había ido yo de la ventana? ¿Qué es lo que me tenía clavada a esta ventana?

Un poder más fuerte que mi voluntad.

Tenía que ver lo que iba a pasar: era mi castigo.

Esta maravilla sangrante había de tener su ballet: Por eso se había parado delante de la casa de Duplay.

Se hizo un corro. Mujeres, si es que a esto se les puede llamar mujeres, que se ponen a bailar en corro gritando:

—¡Robespierre a la guillotina! ¡Couthon a la guillotina! ¡Saint-Just a la guillotina!

Nunca olvidaré la mirada orgullosa y tranquila de este bello joven, el único que no trató de huir de la muerte, o que no atentó contra su vida, contemplando esta ronda de furias y escuchando sus gritos y maldiciones. Era para dudar de todo; se veía la conciencia

traspasar por sus ojos despectivos y llenos de desdén hacia la vida.

Pero no era esto todo, la fiesta había de tener su inmundo desenlace. Uno de esos horribles muchachos que salen de las alcantarillas, uno de esos hijos del arroyo, que sólo se ven, como a ciertos reptiles, los días de lluvia, estaba allí con un cubo lleno de sangre, que había cogido del matadero. Mojó una escoba en la sangre y se puso a pintar de rojo la inocente casa de Duplay.

¡Oh!, esta última injuria no pudo soportarla; bajó la cabeza y, ¿quién sabe?, de sus ojos fijos y secos, tal vez brotase una lágrima.

Pero, cuando las carretas reanudaron la marcha al grito de: «¡A la guillotina, a la guillotina!», esa cabeza lívida de la que sólo se veían los ojos, se alzó, y sus ojos se fijaron en mí.

Entonces, lo recuerdas, mi Jacques bienamado, esa balada alemana que leímos juntos, en la que un enamorado muerto se lleva a su amada viva, cuyo crimen fue el de blasfemar al saber su muerte, doquiera que pasen, a un grito lanzado por el sombrío caballero, todos los muertos levantan las piedras de sus tumbas y le siguen, obligados por una fuerza mágica. ¡Pues bien!, así fue cómo su mirada me arrancó, por decirlo así, del sitio donde estaba, y me arrastró por una fuerza contra la que mi voluntad nada podía, a seguir a este espectro viviente.

Abandoné mi ventana, bajé a la calle, seguí al cortejo. Tenía los ojos sobre la carreta, no podía apartar la mirada, había un gentío que hacía temblar, me llevó con él sin que sintiese su agobiante presión. Caminaba, y sin embargo me parecía que mis pies no tocaban la tierra.

Cuando llegué a la plaza de la Revolution, me encontré, no sé cómo, «una de las mejor colocadas».

Vi llevar a Couthon, vi subir a Saint-Just. Este murió con la sonrisa en los labios. Cuando el verdugo enseñó su cabeza al pueblo, su sonrisa no se había borrado todavía. Le tocó el turno a Robespierre. Seguro, este hombre únicamente podía aspirar a una cosa: ¡a morir! La tumba, era el puerto donde debía anclar este barco destrozado. Subió tranquilo y seguro. Me pareció que su mirada me buscaba y lanzaba una chispa de odio al encontrarme. ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!, ¿permitiréis que esa mirada de un moribundo me traiga mala suerte?

Pero, entonces, cuando menos lo esperaba, ocurrió sobre el patíbulo una cosa odiosa, infame, inaudita.

Uno de los ayudantes del verdugo, una bestia feroz —hay hombres indignos de llevar el nombre de hombre—, viendo esta rabia, oyendo estas maldiciones, quiso jugar su papel en la sinfonía infernal: sostuvo por uno de sus ángulos la servilleta que le sostenía la mandíbula y la arrancó.

Era demasiado dolor para que la máquina humana pudiese soportarlo. La mandíbula rota, cayó como la de un esqueleto.

Robespierre lanzó un rugido.

No vi nada más. Oí un golpe seco que golpeaba en la sombra. Me desvanecí.

Cuando volví en mí estaba sola en mi cuarto y acostada sobre mi cama.

Me senté en la cama, dejé resbalar mis piernas fuera de ella.

—¡Oh! —murmuré—, ¡qué sueño tan abominable!

En efecto, todo lo que en realidad había visto se me representaba bajo forma de sueño. Estaba en medio de la oscuridad más absoluta, pero veía dibujarse en la pared todo el

terrible espectáculo al que había asistido.

Las fatídicas carretas desfilaban ante mí con esos miserables, mutilados, dislocados, destrozados. En medio de ellos, sólo Saint-Just sano y salvo, mantenía la cabeza alta y la sonrisa desdeñosa. Después esa parada ante la puerta del carpintero, ese miserable crío emborronando la puerta de sangre, por fin, en la plaza de la Revolution, el ayudante del verdugo arrancando a Robespierre ese aparato que hacía conservar a su rostro una forma humana.

Oí ese grito, ese rugido ante el que caí aplastada, allí mismo, preguntándome por qué extraña fatalidad mi corazón había desfalecido ante la víctima y el verdugo.

Me apartó de esta alucinación el ruido de la puerta al abrirse. Ignoraba completamente dónde estaba; me creí en una celda y que venían a buscarme para conducirme a mi vez ante la muerte.

Lancé un grito y pregunté:

—¿Quién va?

—Yo —me respondió la voz bien conocida de Jean Munier.

—¡Luz, luz! —pedí.

Encendió una vela. Me senté en mi cama, puse la mano sobre mis ojos y después miré dónde estaba y reconocí mi entresuelo.

Entonces todo volvió a mi memoria.

—¡Ah! —dije—, ¡y bien!, ¿el ciudadano Tallien?

—Le he visto, y le he tranquilizado sobre su bella Teresa, pero le he dicho que únicamente por vos podría saber dónde se halla, no queriéndole quitar la felicidad de verle reunirse con su amiga. Por desgracia, es Presidente de la Convención. La Convención se ha declarado en permanencia; estará allí hasta la medianoche; si a medianoche ha logrado sustituir o modificar en su favor el Comité de salud pública, tendrá la orden de libertad.

—¡Pero allí! —exclamé—, ¿qué será de nuestras dos desgraciadas amigas?

—Saben que no serán guillotinas, es lo principal. Vuelvo a la Convención, Tallien me hizo prometer que volvería; le espero, y, cualquiera que sea la hora, vendré a recogeros aquí con él. Durante este tiempo, volved a poner vuestras ropas de mujer e id a buscar a vuestro chico carpintero y a vuestra aprendiz de bordados; con vuestro traje de hombre es muy posible que no os los confiasen.

Me pareció que mi buen comisario podía muy bien tener razón; en cuanto se marchó, me di prisa en transformarme y bajé para coger un coche e ir a buscar a los dos niños. Pero ya no era cuestión de coche, la calle Saint Honoré estaba en fiestas y los coches no circulaban. Había hogueras de alegría cada veinte pasos, y delante de estas hogueras, alrededor de estas hogueras, bailarines de todas las esferas sociales. ¿De dónde salía toda esta gente joven con vestidos de terciopelo, calzones de nankin, y medias de seda china? ¿De dónde salían todas estas mujeres pintadas de rojo como ruedas de carrozas, escotadas hasta la cintura? ¿Quién había dictado las palabras, quién había hecho la música de esas carmañolas monárquicas más contoneantes que la carmañola republicana? Jamás hubiese imaginado semejante locura.

Crucé toda esta orgía, rechazando veinte brazos que querían arrastrarme en estos corros insensatos. En la plaza del Palais-Egalité no se sabía dónde poner el pie; las oleadas nos inundaban, los petardos explotaban en las piernas, el pueblo resultaba, gracias a las llamas y antorchas, visible como si hubiese sido de día.

Sin esta circunstancia, seguramente hubiese encontrado las puertas de mis dos tiendas

cerradas; pero estaban abiertas de par en par, y dueños, dueñas y comensales tomaban parte en la fiesta. Las viejas sirvientas que no podían encontrar pareja, bailaban con las escobas.

Entré en la tienda de los dos Sergents; me tomaron por una cliente que, a pesar de la hora tan avanzada, quería comprar algún objeto de lencería, y me dijeron que al día siguiente. Tenían tiempo de vender, el terror había terminado, el comercio volvería a florecer.

Me di a conocer; dije el motivo de mi visita. Les informé, ya que no lo sabían, que madame de Beauharnais no había sido ejecutada en los últimos días, que todavía vivía y que esperaba a sus hijos.

La alegría de estas buenas gentes fue grande. Adoraban a la pequeña Hortensia. La llamaron a grandes gritos: se había retirado a su habitación y lloraba mientras los demás se alegraban; pero en cuanto supo que su madrecita vivía todavía y que nada le había ocurrido, se puso a saltar y a reír. Era una criatura adorable de diez a once años, con una piel satinada, bellos cabellos rubios, grandes ojos azules transparentes como el éter.

No pusieron ninguna objeción a la nota, y se apresuraron a entregarme a la niña; pero para semejante acontecimiento la dueña de la casa se empeñó en ponerla bella. Vistieron a Hortensia con su más bonito vestido y le pusieron un ramo en la mano, durante este tiempo fui a buscar a su hermano.

El carpintero, su mujer y todos los aprendices bailaban alrededor de una gran hoguera que ardía en la calle de l'Arbre Sec; me informé acerca del joven Beauharnais y me lo enseñaron acodado a un mojón mirando tristemente toda esta alegría en la que no tomaba parte.

Pero cuando me acerqué, cuando me di a conocer y le dije de parte de quién iba, él, en lugar de lanzar gritos de alegría, se echó a llorar, pronunciando solamente estas dos palabras:

—¡Mi madre, mi madre!

¿Cuál de estos dos niños amaba más a su madre? Igual el uno que el otro, pero los dos de forma diferente.

En un momento Eugenio se arregló. Era un joven alto de dieciséis años, con bellos ojos negros y hermosos cabellos negros cayendo sobre sus hombros. Me ofreció su brazo, lo tomé, nos dimos prisa en cruzar la calle para ir en busca de su hermana. Nos esperaba completamente vestida, su ramo en la mano; llevaba un vestido de muselina blanca, un cinturón blanco y un sombrero de paja redondo con un lazo azul; de su sombrero de paja se escapaban rizos de sus dorados cabellos. Estaba encantadora.

Volvimos a tomar, corriendo, la calle de Saint Honoré.

Daban las once en el reloj del Palais-Egalité; las hogueras comenzaban a apagarse y se circulaba un poco más libremente. A lo largo del camino, estuve ocupada, a derecha e izquierda, en contestar a las preguntas de los niños sobre su madre.

Llegamos a mi entresuelo, en cuya puerta había dejado la llave, pero mi comisario no había vuelto todavía. Expliqué a los niños que tenía que esperar al ciudadano Tallien que era el único que podía abrir las puertas de la prisión de su madre. Lo conocían de nombre, pero tanto el uno como el otro desconocían la historia de la Revolución, que les había llegado tamizada por el medio comercial en el que vivían.

Había dos ventanas en mi habitación, los niños se asomaron a una, yo a la otra; esperamos.

Hacía un tiempo espléndido, uno de esos tiempos que hacen pensar, cuando llegan grandes acontecimientos, que para realizarlos el cielo da la mano a la tierra. Oí al joven,

que tenía algunos conocimientos de astronomía, decir a su hermana el nombre de las estrellas.

Después, de repente, poco después de medianoche, el ruido de un coche se dejó oír, venía por la callejuela que va a lo largo de la verja de la Ascensión, y se paró frente a nuestra casa.

La portezuela se abrió, dos hombres saltaron sobre el pavimento.

Eran Tallien y el comisario.

Este levantó la cabeza, me vio a la ventana, sujetó a Tallien que iba a lanzarse por la avenida, y me llamó.

Después, se volvió hacia Tallien:

—Es inútil que pierda tiempo en subir —dijo—, ya baja.

En efecto, bajaba con los dos niños.

—¡Ah!, señorita —me dijo Tallien—, sé todo lo que os debo. Creedme que Teresa y yo no lo olvidaremos jamás.

—Os queréis, vais a volveros a ver, vais a ser felices —le dije—, será para mí una dulce recompensa.

Apretó mis manos entre las suyas y me señaló la portezuela del coche abierta; subí, puse a Hortensia sobre mis rodillas, pero nuestro complaciente comisario declaró que, para no molestarnos, subiría en el asiento de delante con el cochero.

Quizá le agradase dejarme tiempo para hablar con Tallien en el momento en que el fuego del reconocimiento no había tenido aún tiempo de entibiarse.

Si era esa su intención, acertó. Apenas se cerró la portezuela, el cochero, tomando al galope el camino de La Forcé, que atacaba el capítulo de los hechos y gestos de monsieur Jean Munier. Una palabra dicha en voz baja a Teresa, le haría añadir sus recomendaciones a las mías.

Los caballos no cesaban de ir al galope, y sin embargo Tallien, sacando su cabeza por la ventana, gritaba a cada momento:

—¡Más deprisa, más deprisa!

Llegamos a La Forcé. En la puerta todavía quedaban restos de grupos que habían estado durante el día; eran parientes y amigos de gentes que estaban encerrados en la prisión. Habían temido que, como la víspera, las carretas no dejaran de funcionar, y cada uno había venido con un arma cualquiera para oponerse en este caso, a la marcha de los prisioneros. La hora había pasado, el agrupamiento había continuado durante la noche por la sola razón de que también se había producido durante el día.

Miraron con curiosidad a las personas que bajaron del coche, y oí muy bajo murmurar el nombre de Tallien por una persona que había reconocido al exprocónsul de Burdeos.

Pero como Tallien había golpeado a la puerta como dueño y señor, la puerta se abrió rápidamente, y la puerta, rápidamente, volvió a cerrarse.

El comisario nos servía de guía. Hubiese podido hacer otro tanto, puesto que empezaba a familiarizarme con la prisión y el padre Ferney me llamaba riendo «su pequeña pensionista».

Tallien dejó en la taquilla al comisario con los papeles necesarios para la libertad de los prisioneros, y se abalanzó por las escaleras, no queriendo retrasarse con estas formalidades.

Él padre Ferney nos proporcionó a uno de los taquilleros; pero yo conocía el camino tan bien como él y era más ligera, estaba antes que él en la puerta.

—¡Somos nosotros! —grité, dando tres golpes en la puerta.

—¿Y Tallien? —dijo la voz de Teresa.

—Está aquí —contesté.

—¿Y mis hijos? —preguntó la voz de Josefina.

—¡Ellos también están aquí!

Una doble exclamación subió al cielo.

Abrí la puerta.

La llave chirrió en la cerradura, la puerta giró sobre sus goznes, la ola se precipitó en la habitación el amante hacia su amada, los hijos hacia su madre.

No era ni amada ni madre. Me senté encima de la cama, me di cuenta que estaba sola, ¡estaba sola!, y lloré.

¿Dónde estabas tú, mi amado Jacques?

Durante algunos segundos sólo se oyeron besos, gritos de alegría, palabras entrecortadas: «¡Madre mía! ¡Hijos míos! ¡Mi Teresa! ¡Mi Tallien!»

Después, egoístas a fuerza de amor, no viendo más que ellos en el mundo, los prisioneros salieron en dos grupos, sin preocuparse de la que quedaba detrás de ellos. La habitación se quedó vacía. ¡Oh!, sin duda esta habitación había visto grandes penas, había oído sin duda grandes sollozos; había visto arrancar a los hijos de los brazos de su madre, a mujeres de los de sus esposos, a las hijas de los de su padre. ¡Pero!, estoy segura, no había oído nada parecido al suspiro que lancé cayendo sobre esa cama.

Cerré los ojos; hubiese querido encontrarme muerta. Bajo esa tierra insensible tenía igual número de parientes y amigos que en este mundo de olvidadizos e ingratos. Era la segunda vez que sentía que la guillotina no hubiese querido nada de mí. Una voz conocida me arrancó de mi abatimiento.

Decía:

—¡Bien!, vos, ¿no venís?

Volví a abrir los ojos; era mi comisario que me buscaba.

El no me había olvidado.

Todavía necesitaba de mí.

Le seguí con la muerte en el corazón.

A la puerta buscamos inútilmente un coche, el que nos había llevado había desaparecido. Tallien, que, como ya he dicho, había sido reconocido al entrar, se encontró al salir con un gentío inmenso. Se sabía la parte que había tomado en la caída de Robespierre; le habían preparado una ovación. El coche que contenía a los cinco presos y a su libertador fue escoltado con antorchas; atravesó París al grito de: «¡Muera el dictador! ¡Viva Tallien! ¡Viva la República!» ¡Fue el principio de sus triunfos! Nada deja tanta oscuridad cerca de sí como la luz; nada deja tanto silencio como el ruido.

Jean Munier y yo, parecíamos dos sombras vagando en una ciudad muerta.

De cuando en cuando, oíamos a lo lejos, delante de nosotros, los hurras lanzados por la multitud.

¡Cuan feliz debía ser esa amada que volvía a la vida en medio de los gritos de triunfo de su amante! ¡Qué feliz debía ser esa madre que resucitaba en los brazos de sus hijos, a los que creía que no volvería a ver!

Cruzamos medio París, de La Forcé a la Ascensión. Allí me despedí de mi compañero,

subí a mi casa, sola y desesperada.

Me eché completamente vestida sobre la cama. No me tumbé tanto para dormir, sino para llorar.

El sueño, o mejor el desvanecimiento de mis facultades vino en medio de las lágrimas y sin que me diese cuenta, continué llorando mientras dormía.

Al día siguiente me pareció oír ruidos en mi habitación, y, en medio de un rayo de sol, vi cómo me miraba una criatura tan bella, que la tomé por un ángel del cielo. Era Teresa.

Se había acordado de mí; había acudido para buscarme y, llevarme por las buenas o por las malas, y decirme que ya no la abandonaría.

—Estoy sola —le dije—, debo permanecer sola.

Pero entonces, esa criatura toda fuego se echó sobre mí, me estrechó contra su corazón, rió, lloró, rogó, ordenó, puso al servicio de su corazón todos los recursos de su espíritu, y terminó, por fin, por hacerme levantar de mi cama y llevarme ante el espejo.

—Mírate, pero mírate —me dijo—; ¿se está sola, se tiene derecho a quedarse sola cuando se es bella como tú? ¡Oh, qué bien te sientan las lágrimas, qué bellos están tus ojos rodeados por ese círculo de bístre! ¡Yo también tuve esos ojos, yo también estuve sola, y bien sola! Mírame, ¿quedan rastros de dolor sobre mi rostro? No, una noche de felicidad lo ha borrado todo, y tú también tendrás una noche de felicidad que todo lo borrará.

—¡Ah!, yo —exclamé—, ya lo sabes, Teresa, aquél que únicamente podía darme la felicidad, ha muerto. ¿Para qué esperar a un viajero que no puede volver? Más vale ir a reunirse con él donde está, en la tumba.

—¡Oh, qué palabras tan feas! —dijo Teresa—. ¿Cómo pueden salir semejantes palabras de una boca tan joven y fresca como la tuya? La tumba, ya pensaremos en ella dentro de sesenta años. ¡Ah!, vivamos, mi bella Eva, vas a ver dentro de qué paraíso vamos a vivir. Lo primero es dejar esta habitación, donde no puedes ni respirar.

—Esta habitación no es mía —dije.

—¿De quién es?

—De madame de Condorcet.

—Pero, tú, ¿dónde vivías antes de estar aquí?

—Te lo dije: agoté todos mis recursos, para morir yo misma grité: «¡Muera Robespierre!»

—¡Pues bien!, razón de más, vas a venir conmigo. Tu habitación, o mejor dicho, tu departamento, está preparado en la Chaumiére. ¿Me dijiste que eras rica antes de la Revolución?

—Muy rica, al menos lo creo, puesto que nunca me ocupé del dinero.

—¡Pues bien! Haremos que te devuelvan tus rentas, tus tierras, tus casas; volverás a ser rica, vamos a entrar en un período de la sociedad donde las mujeres serán reinas; tú, bella como eres, serás emperatriz; primeramente vas a dejar que te vista, que te adorne, que te embellezca esta mañana; desayunaremos en mi casa con Barras, Fréron y Chenier. ¡Qué pena que su hermano Andrés haya sido guillotinado hace cuatro días! ¡Qué bellos versos te hubiese dedicado! Te hubiese llamado Nerea, te hubiese comparado a Galatea, te hubiese dicho:

Nerea, no te confíes a las olas

por miedo a ser diosa y que los marineros

no invoquen en medio de la amarga tormenta

a la blanca Galatea y a la blanca Nerea.

Y en medio de estas olas de palabras, de promesas, de halagos, me abrazaba, me acariciaba estrechándome sobre su corazón; quería hacerme creer que no estaba sola y que el reconocimiento haría, para mí, que ella se convirtiese en mi hermana.

¡Desgraciadamente!, puesto que todavía vivía, no pedía otra cosa que dejarme persuadir y tomar la vida con paciencia.

Sonreí.

Teresa sorprendió esta sonrisa; sabía que había vencido.

—Veamos —dijo—, ¿qué podríamos ponerte que realzase todavía más tu belleza? Quiero que ciegues a mis invitados.

—Pero, ¿qué quieres que me ponga? No tengo nada mío. Todo lo que hay aquí es de madame de Condorcet, en realidad, no puedo salir con el vestido que llevo puesto, usado y arrugado como está.

—Y los vestidos de una mujer filósofa de cuarenta y cinco años no pueden servirte. No, necesitas vestidos de una loca como yo. Señor Munier —dijo.

Me volví.

Mi buen comisario estaba de pie en el umbral de mi puerta.

—Señor Munier—dijo ella—, bajad, tomad mi coche; id a mi casita que está en la esquina de la avenida de Veuves y de Cours-la-Reine, y decid a mi vieja Marcelina que os dé uno de mis vestidos de mañana, que eligirá entre los más elegantes.

—¡Estáis loca, Teresa! —le dije—. ¿Por qué queréis darme la apariencia de una fortuna que no tengo? Haced de mí vuestra humilde dama de compañía, pero no me hagáis una rival en riqueza y en belleza.

—Haced lo que os digo, Munier.

El comisario había desaparecido para obedecer a la bella dictadora.

—¡Oh, pero —dijo Teresa—, vamos a hacer rabiar a todas esas mujeres, puesto que somos más jóvenes y más bellas que ellas!

—Josefina es muy bella, y sois injusta con ella, Teresa.

—Sí, pero tiene veintinueve años, y es criolla. Tú tienes dieciséis; y yo, yo... apenas si tengo dieciocho. Verás a madame de Récamier, es indudablemente muy bella, pero, pobre mujer —dijo con una singular sonrisa—, ¿de qué le sirve ser bella? Verás a madame Krüdner, también es muy bella, quizá más bella que madame de Récamier, pero de una belleza alemana. ¡Oh! Y además es una profeta que predica una nueva religión, el neocristianismo o algo así. No estoy fuerte en cuestiones religiosas. Tú, que sabes de todo, verás enseguida a través de todo esto. Verás a madame de Stael; no es bella, pero es el árbol de la ciencia.

Puse mis manos sobre mis ojos y dejé de escuchar lo que decía. ¡Oh, mi bello árbol de la ciencia!, el rey de mi paraíso de Argenton, de cuyas raíces corría la fuente que alimentaba todos los jardines, donde bebían el tallo de mis iris y las raíces de mis rosas.

¡Oh! Hacía un rato que no escuchaba lo que ella decía, cuando el ruido del coche se cruzó en mis sueños y el ciudadano Munier entró con los vestidos de Teresa.

—Esperadnos abajo, Munier —dijo Teresa—; vendréis con nosotras y os presentaré al ciudadano Barras, que será probablemente alguien en el gobierno que sucederá a éste, y que, ayudado por Tallien, podrá hacer por vos lo que deseáis.

Saludó con la cabeza, y Munier, ya acostumbrado a obedecer, se inclinó hasta el suelo y desapareció.

Teresa dedicó algún tiempo a elegir de entre sus dos vestidos el que me iría mejor: las mujeres verdaderamente bellas no temen a las bellas mujeres y opinan por el contrario que la belleza hace realzar la belleza.

Debo decir que, cuando salí de entre las manos de Teresa, estaba tan bella como podía estarlo. Subimos al coche, cruzamos la plaza de la Revolución. Robespierre ya no estaba allí, pero la guillotina todavía no había sido retirada.

Escondí mi cabeza en el pecho de Teresa.

—¿Qué tienes? —me preguntó.

—¡Ah, si hubieseis visto —le dije— lo que yo vi ayer!

—¡Ah, es verdad, les viste guillotinar!

—Y los veré siempre. ¿Por qué esta horrenda máquina está todavía allí?

—Es a nosotras, a las mujeres, a las que esto afecta; esta mañana, en el desayuno, vamos a empezar a demolerla, son nuestras manos las que deshacen las cosas que los hombres no se atreven ni a tocar.

Llegamos a una pequeña casa escondida tras un macizo de lilas, por encima del cual se balanceaban algunos álamos.

Se llamaba la Chaumiére; estaba, en efecto, cubierta con bálago, pero pintada con aceite, adornada con madera sin desvastar, y cuajada de rosas como una Chaumiére de la Opera Cómica.

Era la morada de Teresa.

Eran más de las diez de la mañana cuando llegamos: el desayuno era a las once.

Para ser una casa abandonada por su dueña desde hacía seis semanas, estaba perfectamente dispuesta por la vieja Marcelina. Tan sólo habían sido despedidos el cocinero y el cochero. Los coches estaban guardados en la cochera, dispuestos para ser enganchados; los caballos en la cuadra preparados para ser enganchados a los coches; el hogar apagado, a punto para ser encendido de nuevo.

El desayuno iba a ser servido por uno de los restaurantes de renombre.

Teresa me condujo a mi apartamento; que se componía de un pequeño gabinete, de una habitación y de un cuarto de baño.

Era de un gusto y elegancia deslumbrante.

Quise oponerme, le preguntaba en virtud de qué título iba, al instalarme en su casa, a mezclarme en su existencia y ocupar una parte de su vivienda.

Ella me contestó:

—Querida Eva, tú me has salvado la vida; si yo no te hubiese encontrado en mi camino, me hubieran guillotinado, muy probablemente, en lugar de Robespierre. Te lo debo todo, por eso tengo un derecho absoluto sobre ti. Además, me atrevo a decirte que esto no será muy largo, que tu fortuna te será devuelta en quince días, y que serás tú la que pueda ofrecerme un apartamento en tu propia casa.

Entonces fuimos a su habitación; mientras daba el último toque a su *toilette*, entró Tallien suavemente, de puntillas. Como estaba vuelta hacia la puerta lo vi entrar.

Teresa también lo vio por el espejo en el que estaba mirándose.

Se volvió rápidamente y abrió los brazos.

—También él me ha salvado la vida —dijo—, pero después que tú, Eva.

—Acepto complacido el segundo lugar que me otorgas, querida Teresa, y estaría encantado de ceder siempre mi puesto a una mujer tan bella —contestó Tallien—, pero

ella os dirá que, cuando entró en mi casa con vuestro encargo, ya estaba decidida la muerte de Robespierre.

—Sí, pero reconoceréis que mi puñal y mi opinión contribuyeron en algo a la resolución que ya habías tomado?

—¡Desde luego Teresa, desde luego! La idea de que podíais ser víctima de ese monstruo, si yo tardaba un día, una hora, un momento, me decidió no sólo a derribar a Robespierre, sino a precipitar su caída. A ti debe Francia el haber respirado tres o cuatro días antes.

—La queremos mucho, ¿no? —dijo Teresa señalándome a Tallien y prosiguió—: Además, hay que hacer que le devuelvan sus bienes, lo más pronto posible. Es una Chazelay. Su casa era noble y rica. La nobleza no han podido quitársela. Pero podían arruinarla y lo hicieron.

—¡Bien! No es difícil; no ha emigrado y ha sido víctima del Terror porque estuvo a punto de morir en el patíbulo. Hablaré con Barras y entre los dos arreglaremos esto. Claro que —añadió riéndose—, como es una cosa justa, se tardará un poco más y será más complicado que si fuera una arbitrariedad.

La vieja Marcelina comunicó que el ciudadano Barras acababa de llegar.

—Ve a recibirlo —dijo Teresa—. Enseguida iremos.

Tallien bajó después de haber cambiado con Teresa una mirada de inteligencia con respecto a mí. Unos minutos después que él bajamos nosotras.

El salón estaba lleno de flores, y se llegaba a él por unos corredores adornados con flores al igual que el resto de la casa. En unas horas Tallien había conseguido cambiar el aire de tristeza de la casa, por la ausencia de Teresa, en un día de fiesta.

Se diría que la alegría y el amor habían abierto las ventanas a un espléndido sol de julio.

Como ya he dicho, Barras nos esperaba en el salón.

Era un hombre verdaderamente hermoso, más elegante quizá que hermoso, con su uniforme de general de la Revolución de solapas azules bordadas en oro, con su chaleco de piqué blanco, su banda tricolor, su pantalón ceñido y sus botas vueltas. Al ver a Teresa le abrió los brazos.

Teresa se le colgó del cuello como un amigo íntimo y se apartó para hacerme sitio.

Barras pidió permiso para besar la bella mano que tan bien sabía correr los cerrojos de las cárceles. Tallien le había contado en dos palabras todo lo que yo había hecho.

Me habló del agradecimiento de su amigo, y me dijo que él mismo aceptaba gustosamente el placer de demostrármelo, agradeciendo a Tallien el haberle hecho posible encargarse de esta tarea. Después me pidió que le diese una nota sobre mi fortuna antes de la Revolución.

—¡Ay!, ciudadano —le dije—, me pedís algo totalmente imposible. No crecí en casa de mis padres; sólo sé que mi padre era rico. Pero me sería imposible dar ningún detalle acerca de su fortuna.

—Ciudadana, no es necesario que nos deis esos detalles; es mejor averiguarlos por un tercero. ¿Tenéis un hombre de confianza que pueda ir a Argenton y hablar con el notario de vuestra familia?

Iba a decir que no, cuando me acordé de mi valiente comisario Jean Munier. Era el hombre inteligente que necesitaba, y al mismo tiempo sería éste el medio de ofrecerle un pago por los servicios que me había hecho.

—Ciudadano —respondí con un gesto de agradecimiento—, buscaré a ese hombre y tendré el honor de enviároslo, para que con un salvoconducto que vos le deis pueda

cumplir su misión en la que de seguro tendría dificultades si no estuviese avalado por vos. Como hombre de mundo, Barras comprendió que mi gesto significaba que la conversación había durado demasiado.

Me saludó y se fue con Josefina y sus niños, que acababan de llegar.

¡Ay!, los tres estaban vestidos de luto.

Madame de Beauharnais supo al salir de la prisión que ocho días antes había sido ejecutado su marido; venía a hacer a Teresa su visita de viuda y declinar la invitación que le había hecho la víspera.

Barras y Tallien conocían la noticia, pero no habían creído conveniente hacérsela saber.

Recibió el pésame de Barras y de Teresa y después vino hacia mí.

—¡Oh!, mi querida Teresa —dijo—, discúlpenos por el abandono en el que la dejamos ayer. Creía que os seguiría viendo, tanta es la felicidad que me habéis proporcionado. La felicidad ciega. Cuando me di cuenta de que ya no estabais con nosotros, ya estábamos demasiado lejos. Y además, querida Eva, ¿cómo podría yo ofrecer hospitalidad en una posada? Mis hijos y yo fuimos a dormir al hotel de «La Egalité», en la calle de Loi.

—Así que —le dije—, estáis en la misma situación que yo. He perdido a mi padre, al que fusilaron por ser un emigrado; vos habéis perdido a vuestro marido, que lo han decapitado por ser un aristócrata.

—Así es. Los bienes del señor vizconde de Beauharnais están embargados; toda mi fortuna personal está en las Antillas; voy a vivir de préstamo hasta que el ciudadano Barras haga que me devuelvan las propiedades de mi marido. ¿Creéis que si no hubiera sido absolutamente necesario hubiese dejado a mis queridos hijos uno en casa de un carpintero y otro en casa de una bordadora? ¡Oh, no! Pero ya no se separarán de mí.

Josefina llamó con un gesto a Hortensia y a Eugenio, que corrieron hacia ella y la rodearon de tal forma que ella parecía la Cornelia antigua.

Estuvieron así un momento besándola y recibiendo besos en medio de lágrimas; después disculpándose una vez más de la tristeza que su presencia nos causaba, se marcharon cruzándose con Fréron, quien también conocía la muerte del general y se inclinó ante este triple dolor.

Puede imaginarse lo elegante que debió ser una comida servida por Beauvillers a tres refinados sibaritas como Barras, Tallien y Fréron.

En esta clase de reuniones, en que las mujeres no cuentan, ellas lo son todo hasta el espíritu que las anima. El espíritu es en el terreno moral, lo que el perfume de las flores en el físico. Aunque yo no tenga ninguna idea de lo que es la glotonería, comprendo desde el primer momento la diferencia de sabor que hay entre una comida vulgar y una comida de tres mujeres jóvenes y bellas y tres hombres que eran considerados entonces como los más finos de París.

Se hablaba del distinguido Barras, del distinguido Tallien, del elegante Fréron.

Hay que recordar que Fréron iba a dar su nombre a toda una juventud que se llamaría la juventud dorada de Fréron.

Me iniciaba en un aspecto de la vida que ignoraba totalmente. La vida sensual. La comida se sirvió con toda la distinción que debía suceder a la época brutal de la que acabábamos de salir. El vino se escanciaba en copas de mousseline cuya finura permitía que los labios casi se juntaran al beber. El café se servía en tazas traídas del Japón tan delicadas como una cascara de huevo, y adornadas con figuras y plantas afiligranadas de colores caprichosos y brillantes.

Hay una especie de embriaguez en el exceso de lujo. No hubiera bebido sino agua en estos vasos y en estas tazas, en medio de este ambiente perfumado, si mi espíritu no hubiera estado un poco turbado.

Estaba sentada entre Barras y Tallien.

Tallien estuvo pendiente sólo de Teresa; Barras se ocupaba de mí.

Como entre las dos mujeres había un complot para que Barras me fuera propicio, se trataba de que yo apareciese bien ante los ojos del futuro dictador.

Los perfumes ejercen una gran influencia sobre mí. Al terminar la comida, yo estaba pálida, mas a pesar de mi palidez brillaban mis ojos.

Pasé ante un espejo; me miré y me detuve sorprendida ante la extraña expresión de mi cara. Las aletas de mi nariz se dilataban para captar los olores, mis ojos se agrandaban tratando de ver, como si los perfumes fueran algo tangible. Extendí los brazos y los acerqué a mi pecho como para depositar en mi corazón el aroma de todas estas plantas, de todos estos vinos, de todos estos licores y manjares que apenas había tocado.

No pensaba sentarme ante un piano. Teresa levantó la tapa y me encontré con mis dedos en las teclas; entonces, no sé cómo ocurrió, recordé aquel día en que, excitada por la tempestad, repetía para mí misma las primeras melodías que tú me hiciste oír; mis dedos se deslizaban por el marfil, no diré con una ciencia, pero sí con un vigor, una agilidad y una «morbidezza» que me sorprendieron. Temblaba y me estremecía ante las melodías desconocidas que despertaban mis dedos; no eran notas, eran llantos, suspiros, sollozos, retorno a la alegría, a la vida, a la felicidad, un himno de gratitud a Dios; ya no vivía mi vida vulgar, sino una vida convulsiva y febril en la que se resumía como una sensación todo lo que yo había pasado, sentido, sufrido durante un mes. De alguna manera improvisaba con mis dedos la terrible narración de los acontecimientos que acababan de ocurrir.

Yo era el coro y los personajes a la vez de una misma tragedia antigua.

Por fin cerré los ojos, lancé un grito y me desvanecí en los brazos de Teresa.

Volví en mí entre un estallido de risa nerviosa; habían hecho salir a los hombres para poder prestarme los cuidados que exigía mi desvanecimiento.

Estaba medio desnuda. Teresa me apretaba contra su corazón y yo no quería desasirme. Me parecía que si me soltaba, caería en un abismo.

Estuve jadeante un buen rato hasta que por fin recobré la conciencia y el dominio de mí misma; después, sintiendo, no una indisposición, sino un extraño bienestar, pregunté dónde estaban nuestros convidados.

En un momento me arreglé y volvieron.

Se dieron cuenta perfectamente que mi desvanecimiento no había sido simulado; que había sucumbido al peso de una excitación nerviosa más fuerte que yo.

Barras vino hacia mí, me tendió las manos y me preguntó si ya me encontraba mejor; sus manos estaban frías y temblorosas. Se notaba que él había sufrido una fuerte emoción; la misma emoción, pero de diferente grado, se traslucía en los semblantes de Tallien y de Fréron.

—Pero, ¡Dios mío! ¿Qué os ha ocurrido? —me preguntó Barras.

—Ni yo misma lo sé. Estas damas acaban de decirme que me he encontrado mal después de haber tocado no sé qué fantasías en el piano.

—¿Llamáis a eso una fantasía, mademoiselle? Pero, si es una sinfonía que ni Beethoven en sus mejores días logró componer. ¡Ah! ¡Si hubiese habido un estenógrafo musical, con qué obra de arte habríais enriquecido ese repertorio tan escaso, que en lugar de hablar al

alma con la voz, habla con el corazón a todos los sentidos!

—No sé —le dije, encogiéndome ligeramente de hombros—, no recuerdo nada.

—¿Entonces, si os rogáramos que volvierais a empezar...? —preguntó Barras.

—Sería imposible —contesté—. He improvisado, al menos así lo creo, y en mi recuerdo no ha quedado ni una de las notas que habéis oído.

—¡Oh, mademoiselle! —dijo Tallien—, espero que nuestros salones van a reformarse con la tranquilidad que ha reaparecido. No somos una sociedad de tigres como pueden haberos hecho creer los últimos seis u ocho meses que acaban de pasar. Somos un pueblo ilustrado, espiritual, accesible a todas las sensaciones; sin duda habéis sido educada en el mejor ambiente. ¿Quién es el maestro que os ha enseñado a componer tales obras de arte? Sonreí tristemente porque solamente pensaba en ti, mi Jacques bienamado.

Estallé en sollozos.

—¡ Ah —grité—, mi buen maestro querido ha muerto!

Y me arrojé en los brazos de Teresa.

Señores, déjenla tranquila —dijo ella—; ¿no veis que todavía es una niña, que todavía no ha tenido maestro de nada, sino una naturaleza exuberante y pródiga que le ha dado con la belleza el sentimiento de la belleza? Dadle un pincel, pintará; desgraciadamente es una de esas criaturas reservadas a todas las delicias de la vida y a todos sus dolores.

—A todos sus dolores, ¡oh, sí! —exclamé.

—Imaginad —dijo Teresa—, que se encontró joven y bella, tan abandonada por todo, que quiso morir, y que, no queriendo matarse, sin duda, por respeto a esa obra de arte que la naturaleza había hecho de ella, gritó, durante la ejecución de Saint-Amarante: «¡Abajo el tirano! ¡Muerte a Robespierre!» Imaginad que, no encontrando la muerte suficientemente rápida en la prisión donde se hallaba, subió a la carreta del patíbulo. Allí fue donde me encontró en la carreta que me conducía a mí misma a los Carmelitas; allí fue donde me sopló el capullo de rosa que llevaba en la boca, y que recibí como el último presente de un ángel que va a morir. Bajó la última de la carreta fatal, y se encontró con que falseaba la cuenta de cabezas dadas al verdugo. La echó del patíbulo. Un buen hombre, al que vamos a presentaros enseguida, la condujo a los Carmelitas, donde ya estábamos reunidas Josefina y yo. Allí, nos contó su vida, una novela sublime como la de Pablo y Virginia. Sabéis los favores que le debemos; ella fue mi mensajero acerca de vos, Tallien, y anoche, para agradecérselo, fuimos muy ingratas, Josefina y yo, la olvidamos en la prisión de La Forcé. Fui yo, quien esta mañana, marché a buscarla en el pequeño entresuelo de madame de Condorcet. Esta criatura, que había nacido con cuarenta o cincuenta mil libras de renta no tenía un solo vestido, y la veis aquí con un traje mío.

—¡Oh, señora! —murmuré.

—Dejadme decir todo esto, niña. Es necesario que lo sepan puesto que son ellos los que tienen que reparar los reverses de la fortuna. Su padre fue fusilado como emigrado en Mayence, un Chazelay, una nobleza de las cruzadas. ¿De qué ha sido ella acusada? De haber gritado: «¡Abajo el tirano! ¡Abajo Robespierre!» Todo esto que era un crimen digno de la muerte hace ocho días, es hoy un acto de virtud digno de recompensa. ¡Pues bien, Barras! ¡Pues bien, Tallien! ¡Pues bien, Fréron!, es necesario que hagáis devolver sus bienes a la que me ha devuelto a vosotros. Sus tierras y castillos están enclavados en el Berri, cerca de la pequeña ciudad de Argenton. Haréis abrir un sumario con todo esto, ¿no es cierto, Barras? De modo que pueda liberarse lo antes posible de esta postura de huésped, que con gran trabajo he logrado hacerle aceptar, y ante la que todavía se ruboriza.

—¡Oh!, no señora, no me ruborizo —exclamé—, no pido que me devuelvan toda esa fortuna, sino únicamente algo con que vivir en la pequeña ciudad de Argenton donde fui educada, y mi pequeña casa, que compraré, si está en venta.

—Es necesario, mademoiselle —dijo Barras—, es necesario que nos ocupemos de ello lo antes posible; va a haber cantidad de reclamaciones semejantes a la vuestra, no tan sagradas, lo sé, pero debemos estar prevenidos. ¿Tenéis algún hombre de negocios, no es cierto, a quien podamos dirigirnos para hacer allí el balance de vuestras propiedades, para saber si están todavía bajo embargo o si han sido vendidas?

—Tengo, señor —respondí—, al buen hombre que me recogió en la plaza de la Revolución en el instante en que el verdugo me repudió. Había visto cómo lancé a Teresa la flor que tenía en mi boca; creyó que la conocía, cuando no era una mujer, sino a la estatua de la belleza, a quien se la lanzaba. Era comisario de policía; me condujo a los Carmelitas sin hundirme, pensando que la prisión era el asilo más seguro para mí. Es él, el que desde entonces, no me ha abandonado, el que me condujo ayer noche de La Forcé al entresuelo de madame de Condorcet; fue él quien me ayudó a encontrar a monsieur de Tallien para entregarle el recado que tenía de Teresa; fue él quien, en fin, estaba esta mañana en mi casa cuando Teresa vino a buscarme, y es en él en quien he pensado cuando Teresa me dijo que necesitaría de un hombre inteligente para que fuese a Argenton a examinar la lista de mis bienes.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó Barras.

—Está aquí, mi querido ciudadano —contestó Teresa.

—¡Pues bien!, si lo permitís, vamos a hacerle subir —dijo Barras—, y a hablar con él de este asunto.

Llamaron a Jean Munier, que subió inmediatamente.

Barras, Tallien y Fréron le examinaron uno a uno y encontraron en él un hombre lleno de inteligencia.

Era exactamente el hombre que necesitaban para un asunto semejante.

—Ahora —dijo Barras—, ¿qué podemos hacer? No tenemos ninguna posición constituida, no podemos dar órdenes.

—Sí, pero podéis dar un certificado de civismo a un hombre encargado por vos para ir a realizar una encuesta en el departamento de la Creuse. Vuestros tres nombres son hoy el mejor pasaporte que pueda llevarse consigo.

Barras miró a sus dos amigos, que hicieron cada uno un gesto de adhesión.

Entonces, cogió del secreter de Teresa una hoja de papel perfumado sobre la que escribió:

«Nosotros, abajo firmantes, recomendamos a los buenos patriotas, amantes del orden y enemigos de la sangre, al nombrado Jean Munier, que nos ha prestado ayuda y asistencia en la última Revolución que acaba de operarse, y que ha llevado a Robespierre al patíbulo.

»Se trata únicamente de hacer pesquisas sobre la fortuna real del exmarqués de Chazelay, y saber si esta fortuna ha sido simplemente embargada o si los bienes muebles e inmuebles han sido vendidos.

«Rogamos a los magistrados, enviándoles nuestro agradecimiento, que ayuden al ciudadano Jean Munier en su búsqueda.

»París, a 11 thermidor, año II.»

Firmaron los tres.

No era de extrañar que fuesen Fréron, el hombre de Lyon; Tallien, el hombre de Burdeos, y Barras, el hombre de Toulon, los que hiciesen una llamada a los buenos patriotas enemigos de la sangre derramada.

Jean Munier se marchó al día siguiente.

A las tres, un cochero con levita burguesa trajo dos magníficos caballos que engancharon a una calesa. Fréron tenía negocios, nos dejó; Teresa, Tallien, Barras y yo, subimos solos.

Hacía un tiempo magnífico; los Campos Elíseos estaban llenos de gente; las mujeres llevaban en la mano ramos de flores, los hombres, ramas de laurel, en recuerdo de la victoria conseguida cuatro días antes.

Hubiese sido difícil decir de donde salía tal cantidad de coches como se encontraban, cuando ocho días antes bien se hubiese podido pensar que no había en París más que la carreta del verdugo.

París ofrecía un aspecto tan diferente al que había visto hacía unos días, que uno no podía impedir el participar en el nerviosismo general. En medio de todos los coches, el nuestro era lo suficientemente elegante para no pasar desapercibido.

Muy pronto, no pasó únicamente desapercibido, sino que los ocupantes fueron reconocidos.

Entonces los nombres de Barras, de Tallien, de Teresa Cabarrus se extendieron inmediatamente y la multitud empezó a rugir. Hay algo del tigre entre la multitud; igual ruge de amor como de ira.

Cinco minutos más tarde, el coche estaba rodeado, y solamente podía continuar al paso.

Los gritos de: «¡Viva Barras, viva Tallien, viva madame Cabarrus!», estallaron, y en medio de todos estos gritos se oyó una voz de mujer, que gritaba:

—¡Viva Notre-Dame-de-Thermidor!

Este nombre fue adjudicado a la bella Teresa.

Nos condujeron hasta la choza de la avenida de Veuves con estos gritos frenéticos, puesto que nos fue imposible continuar nuestro paseo. Esto no fue todo; el gentío se estacionó delante de la puerta y continuó con sus gritos hasta que Barras, Tallien y madame Cabarrus, salieron a ella.

Esto continuó hasta que pidieron un poco de reposo para Teresa, que se encontraba, dijeron un poco indispueta.

En cuanto a mí, estaba embriagada de un sentimiento particular, en el que había más extrañeza que entusiasmo.

Barras no me dejó en toda la noche, sin que me fuese posible, una vez se hubo marchado, acordarme de una sola palabra de las que me había dicho o de lo que le había contestado.

Cuando se marchó Barras, Teresa se adueñó de mí. La conversación recayó sobre Barras. ¿Qué me había parecido? ¿No le encontraba alegre, espiritual, encantador?

Es cierto, era todo esto.

Teresa me condujo a mi habitación; no quiso dejarme hasta que no me hubiera preparado mi *toilette* de la noche, al igual que había hecho mi *toilette* de la mañana.

Con las luces, mi habitación era todavía más coqueta que durante el día. Todo servía de reflector de las velas: los cristales de los candelabros, los jarrones del Japón y de China, los espejos de Venecia y de Saxe puestos a lo largo de la pared. Mi cama, de tela de seda gris perla, con capullos de rosa, hacía tan gran contraste con el camastro de los Carmelitas

y de La Forcé, y la cama de madame de Condorcet, la de mi habitación que había dejado por no poder pagarla más tiempo, que yo la acariciaba con la mano y la mirada, como los niños lo hacen con un juguete.

Después, y en medio de todas estas riquezas, esta criatura tan bella, tan elegante, tan valiente, a la que todo un pueblo había aclamado cuando se mostró ante él, queriendo desuncir su coche; que decía que quería hacer de mí su amiga, que no la abandonara nunca, que viviera continuamente con ella, hacer mi fortuna, unir su lujo al mío para llevar una gran existencia, todo esto, lo confieso, era tan opuesto a los malos días que yo acababa de vivir, a mi displicencia por la vida, a las tentativas de morir que había hecho, que cuando pensaba en mi pasado, creía salir de un sueño febril e insensato, o, más aún, haber entrado en una nueva vida que no tenía ninguna razón de ser y que iba a esfumarse como las decoraciones de los jardines encantados y de palacios espléndidos, en un cuento de hadas.

Me dormí con las caricias de Teresa.

Le siguieron sueños encantadores.

Cuando me desperté, vi flores, árboles, oí el canto de los pájaros: todavía estaba yo en Argenton.

¡Ay, no!; estaba en París en la avenida de Veuves, en los Campos Elíseos.

Una camarera, verdadera doncella de la Opera Cómica, entró en mi aposento, risueña, coqueta, andando de puntillas, para recibir mis órdenes.

Comeríamos a las once, pero, ¿deseaba tomar algo, café, chocolate, hasta esa hora?

Pedí chocolate.

Cuánto debió pesar la vida de la cárcel, tan dolorosa para mí, en estas mujeres acostumbradas a este lujo cotidiano, y comprendí que Teresa me agradeciera tanto el haberle ayudado a recuperar todo esto.

Estábamos en la mesa después de la comida, cuando se hizo anunciar Barras, con el pretexto de hablar de negocios públicos con Tallien.

Nos presentó sus respetos como de costumbre, y afirmó que yo estaba más bella, en *negligé* de mañana, que en *toilette* de la noche.

¡Ah!, amigo mío, yo no estaba acostumbrada a este lenguaje, nunca me habían hablado así; nunca me habías alabado mi belleza, ni mi espíritu; te bastaba con decirme:

—Qué contento estoy de ti, Eva.

Después, de cuando en cuando me cogías la mano, me mirabas y me decías:

—Te quiero.

¡Oh!, si yo pudiera verte, aunque fuera en sueños, mirarme así; si pudiera notar que me cogieras la mano y oír que me dijeras: «Te quiero», todo este espejismo que me rodea se esfumaría y yo me salvaría.

Al terminar de estar con Tallien, vino Barras con nosotras.

—Ya me he ocupado de vos —me dijo—, y creo haber encontrado, en uno de los barrios elegantes de París, una pequeña casa que os convendrá en todos los aspectos.

—Ciudadano Barras —le dije—, me parece que vais muy de prisa.

—Ocurra lo que ocurra —respondió Barras—, seguiréis en París y será menester que os acomodéis.

—En primer lugar —respondía—, no sé si me quedaré en París, y, en todo caso, para que yo compre una casa y pueda vivir en ella, necesito una fortuna independiente, que todavía no tengo.

—Sí, pero pronto tendréis la vuestra —dijo Barras—. Acabo de ver a Siyés y de hablar con él; es, como sabéis, un hábil jurisconsulto; me ha dicho que nada impedirá la restitución de vuestros bienes, y voy a tener todo preparado para que, una vez que os sean devueltos, no tengáis que esperar a nada. No es que Teresa no esté a gusto con teneros en su casa el mayor tiempo posible, pero comprendo vuestra violencia por estar en una casa que no es la vuestra.

Barras tenía siempre cincuenta motivos para venir tres o cuatro veces al día a casa de Tallien; y cuando no los tenía los inventaba.

Los días pasaban rápidamente y yo me unía cada vez más a Teresa, abandonada por madame de Beauharnais, la que, en los primeros días de su viudedad, estaba completamente entregada a su dolor.

Su matrimonio con el vizconde, no había sido feliz, pero sentía tan dolorosamente su pérdida, sucedida precisamente en el momento en que ella, como otras, iba a salvarse con la muerte de Robespierre, que, ignorando los designios de la Providencia, que habían de cumplirse para que su marido la dejase viuda, sentía en su amor por sus hijos, más que en su amor por su marido, una gran pena en cuanto al presente y una gran duda en cuanto al futuro.

Pasaron quince días sin que Barras dejara pasar uno solo sin hacerse presente dos o tres veces.

Como se había supuesto, los thermidorianos estaban dispuestos a heredar la potencia que habían derribado. Era evidente que, con el primer cambio que se realizase en la forma del gobierno, llegarían al poder.

Tallien y Barras seguirían siendo, en ese caso, jefes del partido.

Al cabo de ocho días tuve noticias de Jean Munier. Me decía que los bienes habían sido embargados, pero no vendidos. Había averiguado su valor y prometía llegar tan pronto como hubieran sido tasados por el tasador y el notario.

Por fin, llegó al cabo de quince días.

Los bienes, que consistían en casas, castillos, campos y bosques, podían alcanzar un valor de millón y medio, en estos tiempos de depreciación. En otros, hubieran valido dos millones, es decir, unas sesenta mil libras de renta.

Eran noticias excelentes, y confieso que saltaba de alegría. Si desde lo alto de la esperanza a que había llegado, hubiese tenido que descender al plano de este dolor, de este olvido de todo, de este abandono de uno mismo, que me habían hecho buscar la muerte, no sé si hubiese tenido el mismo coraje.

Contigo, mi bienamado Jacques, me sentía con fuerzas para soportarlo todo, pero sin ti, con tu ausencia, mi pobre corazón perdía todas sus fuerzas. ¡Oh!, Jacques, has prestado más cuidado a mi cuerpo que a mi alma, tuviste tiempo para hacer de este cuerpo tal belleza, que, se dice, ciega la vista; pero ¿y el alma?, ¡el alma!, la has dejado débil y no has tenido tiempo para insuflarle tu poderoso aliento. Barras, con las pruebas de mi propiedad en la mano, con el expediente de la muerte de mi padre, que había recibido de Mayence, empezó las gestiones necesarias. Bien lejos estaba de sentir antipatía por el movimiento que acababa de producirse, porque lo había perdido todo y estuve a punto de perder la vida bajo el gobierno de los jacobinos.

El favor, como es costumbre, empezaba a ayudar a las víctimas de la revolución, e incluso aquellos que habían sido de los más furiosos demagogos empezaban, como Fréron, a dejarse llevar a los excesos más opuestos.

En cuanto a mí, salía todos los días con Teresa y Tallien. Por virtud de la ley del divorcio,

ella había podido casarse de nuevo, aunque su primer marido todavía vivía, y, extraña cosa que caracteriza perfectamente a las españolas, había querido casarse ante un sacerdote, y ante un sacerdote no consagrado.

Barras no hacía sino acrecentar sus atenciones conmigo. Era fácil ver cómo le invadía una irresistible pasión. Por mi parte, bien fuera por la esperanza de los servicios que había de hacerme, bien porque yo fuese cediendo poco a poco y a mi pesar al encanto que le rodeaba, bien fuera, en fin, amigo mío, que la ausencia produce sus efectos habituales en un alma vulgar, había tomado tal costumbre de verlo que, si venía una vez menos que de costumbre, estaba inquieta por la noche y le esperaba con impaciencia.

Pasaron dos meses. Un día vino Barras a buscarme con un bonito coche tirado por dos caballos. Decía que tenía algo que enseñarme.

Dada la amistad que me unía a él, no vi ningún inconveniente en que saliéramos los dos solos.

Me condujo a una pequeña casa de la calle de la Victoire, enclavada entre un patio y un jardín; un ayuda de cámara esperaba en la entrada.

Me enseñó la casa desde la planta baja hasta el segundo piso. Era imposible ver una joya más encantadora, todo era de una elegancia perfecta, de la que el lujo formaba parte sin que fuera posible adivinarlo bajo el buen gusto que tan pocas veces le acompaña. En el salón había dos encantadores cuadros de Greuze. En un dormitorio un Cristo apareciéndose a la Magdalena, de Prudhon. El dormitorio tenía el aspecto de un gabinete tallado por un colibrí en el capullo de una rosa.

Abrió un secreter que estaba colocado entre las dos ventanas, y me enseñó el acta que dejaba sin efecto el embargo de mis bienes, que estaba debajo de los títulos de propiedad; por fin, como yo quisiera volver al coche para irme con él, me dijo:

—Quedaos, señora, ésta es vuestra casa; ha sido pagada en su mitad con los cuatro años de rentas que vuestro padre no había cobrado. Tenéis una riqueza de un millón y medio y vuestras deudas ascienden a cuarenta mil francos, que es lo que os queda por pagar del precio de esta casa; sólo pongo una condición: Tallien, su mujer y yo vendremos hoy a tomar con vos la primera cena. El coche y los criados os pertenecen. No hay que decir que, si después de la cena no nos ha satisfecho el cocinero, lo despediremos.

Y con la soltura y elegancia que estos hombres sabían poner en todas las cosas, Barras cogió mi mano, la besó y se marchó.

Su coche lo esperaba en la puerta.

El mío estaba preparado en el patio.

Una joven y bonita camarera vino a preguntarme qué deseaba, abrió dos o tres armarios llenos de elegantes vestidos, que habían sido encargados por Teresa y cuyas medidas eran las suyas.

Estaba turbada.

Mi primer impulso fue volver a abrir el armario en el que estaban los documentos de mis asuntos. Encontré el contrato de la casa firmado en mi nombre por Jean Munier, mi representante. Había costado setenta mil francos, en estos tiempos de depreciación mobiliaria. No era ni la mitad de lo que valía.

Se había pagado con las rentas atrasadas de mi padre, que no habían satisfecho los granjeros, los cuales no habían sabido a quién tenían necesariamente que rendir cuentas en los últimos cuatro años.

Debajo del contrato de compra, estaban las notas pagadas al tapicero que había provisto del mobiliario, las cuales ascendían a cuarenta mil francos; después venían las de los

pintores, comerciantes de objetos de fantasía, esas mil naderías encantadoras que adornan las chimeneas y las consolas; todo esto estaba totalmente pagado por mí, como me había dicho Barras, con el dinero de mis rentas, y la única cosa que se atrevió a ofrecerme era un reloj incrustado en una pulsera, que marcaba la hora en que yo había entrado en la casa.

Satisfecho mi orgullo nativo con este retorno, no dudé en aceptar una cosa que había pagado con el dinero de mi familia y de la herencia de mi padre; encontré además mil luises encerrados en un pequeño cofre en el que estaban escritas estas palabras:

«Resto de las rentas de mademoiselle de Chazelay durante los años 1791,1792,1793 y 1794.»

Las facturas de las ropas, también pagadas, estaban aparte. Me las entregó la camarera que me preguntó de nuevo:

—¿Tiene algo que ordenarme la señora?

—Sí —le dije—, vístame y dígame al cochero que no desenganche el coche.

Me vistió, porque pensé que habiendo dejado a Teresa sin decirle nada, lo menos que exige la educación es que fuera a renovarle la invitación que sin duda le había transmitido Barras para que viniese con su marido a mi casa a cenar.

Cuando estuve arreglada, subí al coche y ordené al cochero que volviese a la avenida de Veuves, a la Chaumiére, a la misma puerta en que me había recogido.

Un portero, que no tenía la pretensión de ser suizo, pero que no tenía más que cambiar de traje para serlo en los días de ceremonia, abrió los dos batientes de la puerta y los caballos emprendieron la marcha.

Diez minutos después estaba en los brazos de Teresa.

—Bien, querida, ¿estás contenta? —me preguntó.

—Maravillada —le dije—, sobre todo de la forma tan delicada en que ha sido hecho todo esto.

—¡Oh! —dijo Teresa—, puedo contestarte a eso. He sido consultada para todo y acerca de todo he dado mi opinión.

—Pero, ¿es que conoces la casa? —le pregunté.

—¡Ingrata! —dijo—, ¿no has reconocido en los menores detalles la mano de una mujer y de una amiga, de una amiga un poco egoísta, porque habrás visto que tu coche sólo tiene dos plazas. No quiero que, cuando vayamos juntas de paseo, haya entre nosotras otra persona que nos impida hacernos las más íntimas confidencias.

—¡Bien!, ¿quieres que empecemos ya? Mi coche está abajo, tú estás arreglada y yo también; vamos pues a dar un paseo.

Subimos al coche y nos fuimos.

He de confesar que este primer paseo, en un encantador coche, que era mío, con la más bonita mujer de París, se realizó bajo el imperio de un encanto incontable.

¿No era yo acaso esa niña idiota hasta los siete años, en cuya creación trabajaste hora a hora, día a día, durante otros siete; que arrancaron un día de tu lado para ir a vivir con una tía caprichosa; en una calle sombría de la vieja ciudad de Bourges; que enviada por su padre al extranjero llegó a Mayence para leer allí el expediente de su ejecución, que no sabiendo que en el momento de la muerte había autorizado mi matrimonio contigo, fue a encerrarse con su tía hasta la muerte de ésta en una triste casa de Viena; que se marchó en cuanto pudo con la esperanza en el corazón y vino a buscarte y a ponerse bajo la protección de Francia? Tú te habías marchado, estabas en el extranjero, tal vez muerto.

Medio muerta por estas noticias, he seguido viviendo acercándome cada día más a la miseria y a la tumba. Ningún ser vivo ha puesto nunca, más cerca que yo el pie en el sepulcro. Salí de él por un milagro, y ese mismo milagro me ha devuelto la libertad, la fortuna, la vida y todo lo que hace brillar en sociedad.

¿No era para volverse loca una pobre niña idiota, como ya te he dicho, durante estos siete años?

Dios ha sido muy bueno conmigo.

Perdóname, Jacques, que me engañe cruelmente.

Mi bienamado Jacques, no sé si cuando leas estas líneas, comprenderás lo que pasaba en mi alma cuando yo las escribía. Mi espíritu estaba extrañamente turbado, como el de un hombre que, encerrado en una habitación donde se manipulaban licores fuertes, se hubiese embriagado con sus vapores sin haber llevado una gota a sus labios. Había algo de inconcreto en mi espíritu y en mis ojos, que me llevaba a hacer consideraciones que no entendía.

El día que celebramos mi entrada en mi casa de la calle de la Victoire, me obligaron a improvisar en el piano cosas que me parecían sin sentido, pero que, entusiasmaron a los que las escuchaban.

No hay veneno más sutil, ni que se infiltre más profundamente en las venas que la adulación. Nadie sabía destilar este veneno gota a gota, como lo hacía Barras. La música tenía sobre mí tal influencia fatal que me privaba del resto de la razón. Cuando caía en ese estado cataléptico que era casi siempre la consecuencia de mis improvisaciones, estaba literalmente a merced de aquellos con los que me encontraba. Las ocupaciones del día, por lo demás, me predisponían demasiado a este estado peligroso.

Todos los días los pasaba de fiesta en fiesta. Todo París parecía haber escapado del patíbulo y quería hacer de la vida un gozo eterno. Por la mañana los amigos se visitaban y se felicitaban de encontrarse vivos. A las dos, íbamos a pasear; allí veíamos gentes de las que no nos habíamos atrevido a pedir noticias, se detenían los coches uno al lado de otro, se pasaba de un coche a otro, se daban las manos, se abrazaban, se prometían volverse a ver, se invitaban a bailes, a saraos, para olvidar todo lo que se había sufrido.

Todas las noches había una gran reunión o en casa de madame de Récamier, o de madame de Stael, o de madame de Krüdner, y bailes donde nunca mujer alguna había puesto los pies y que ahora estaban saturados de mujeres de mundo.

Se sentía no sólo la alegría de vivir, sino la necesidad absoluta de ser feliz. Mujeres, con una vida de la que los peores espíritus nunca se hubiesen alegrado, iban con hombres que se tomaban por sus amantes, sin que nadie se hubiese molestado lo más mínimo en averiguarlo.

Muchas uniones se hicieron en esta época, sin que nadie se inquietara por ellas, que un año antes o después, hubieran escandalizado a todo el mundo. Además había afición por la literatura, cosa desconocida durante los últimos cinco años. De un amor humano sacado del seno de Dios surgían nuevos héroes que no se parecían a ningún otro y que se llamaban «Rene, Chactas, Atala»; había poemas nuevos, que en lugar de llamarse los «Abencerrajes, los Numa Pompilius», se llamaba el «genio del cristianismo» o los «Mártires».

El oro, ese metal miedoso que huye o que se esconde cuando se acercan las revoluciones, parecía volver a París por caminos nuevos y desconocidos. A la vista del oro, los comerciantes parecían maravillados y presas de la fiebre de vender; aún dando las cosas al precio corriente, parecía que las vendiesen por nada. Entonces las mujeres se cubrían de joyas, de encajes, de objetos inventados para las épocas de lujo. Sucedió algo parecido

a lo que cuenta Juvenal de los tiempos de Mesalina y de Nerón.

Se preguntaba en voz alta a las jóvenes y a las mujeres casadas por sus amantes. Era una singular mezcla de ingenuidad y de impudor.

¿Dónde encontraron apoyo las personas bastante felices para haber escapado a la influencia de estos días de inmoralidad? Sin duda tenían creencias o supersticiones que les proporcionaron fuerzas bastantes para resistir.

Toda mi fuerza eras tú.

Pero tú no estabas allí. No sabía si te volvería a ver. Te quería, pero con un amor solitario y sin esperanza que más me irritaba que protegía. Recuerdo haberme despertado con frecuencia en plena noche, por el sonido de mi voz que te llamaba en mi auxilio. No estabas allí y yo me volvía a dormir rota por una lucha de la que ni siquiera me daba cuenta.

A menudo contaba a Teresa este estado extraño de mi cuerpo y de mi alma; ella sonreía, me abrazaba, pero jamás alzó el velo que me impedía ver en mí misma, jamás me dio un consejo que yo pueda reprochar.

Todos los hombres elegantes de la época parecían haberse citado dondequiera que yo iba; en cualquier lugar que me encontrara se producía con mi llegada el mismo zumbido de admiración. Mujeres cuya reputación nunca había tenido la menor mácula, en esta época se entregaban a placeres propios de artistas o de danzarinas. Teresa era una admirable actriz de comedia. Madame de Récamier bailaba la famosa danza del chal que ha sido llevada al teatro y que ha hecho furor. A mí, me hacían cantar o improvisar con el piano, pero mis inspiraciones musicales sólo podían dar una idea de lo que ocurría en mí; ningún canto, ninguna palabra, ninguna poesía, podían expresar el tumultuoso estado de mi corazón. Siempre oía decir a mi alrededor: «¡Qué pena que una persona tan bien dispuesta para el teatro sea una mujer rica! Ah, ¿por qué os han devuelto vuestra fortuna? Estaríais obligada a acudir a vuestro talento y entonces, en lugar de no perteneceros más que a vos misma, nos hubieseis pertenecido a todos.»

Incluso yo empezaba a lamentar el no haberme lanzado a la vida ardiente y fogosa del arte. Cuando menos mi alma hubiese tenido algo que devorar, y hubiera combatido, luchado y sufrido.

¿Lo comprendes, amigo mío? Yo que había sufrido tanto, aún tenía necesidad de sufrir.

Por desgracia Teresa vino, sin saberlo, a ayudarme en esta aspiración de amor y de sufrimiento. Era moda en esta época, la de representar comedias y aún tragedias. Barras y Tallien estaban unidos con Taima; ella les pidió que le presentaran al gran artista, al que, dijo ella, quería pedir consejos para representar tragedias. Hecha la invitación, Taima no se hizo de rogar. Vino a casa de Teresa. Entonces estaba en la plenitud de su talento, de su juventud y de su belleza. Era un hombre distinguido en todos los aspectos. Yo nunca había visto de cerca a un comediante, por eso para mí fue objeto de una particular atención.

Fue grande mi sorpresa al encontrar en él toda la cortesía, la educación y las aptitudes del hombre de mundo. Al ver a dos jóvenes como Teresa y yo, él creyó que se trataba de dos jovencitas caprichosas que querían hacer todavía más el ridículo, representando comedias.

Madame Tallien estaba haciéndose la *toilette* cuando Barras le introdujo en el salón en el que yo estaba. Dejó a Taima conmigo y subió para que Teresa se diese prisa, lo que no era poco pedir.

Yo estaba muy emocionada, no por la idea de encontrarme ante un comediante, sino por la de tener que responder a un hombre de genio. Se acercó a mí, me saludó graciosamente y me preguntó si era yo la que quería recibir lecciones de él.

—De un hombre como vos, señor Taima —le respondí—, no se piden lecciones, sino consejos.

El hizo una reverencia.

—¿Me habéis visto actuar? —me preguntó.

—No, señor —le respondí—; incluso voy a haceros una confesión extraña para una persona de mi edad ávida de instrucción y de placeres: jamás vi un espectáculo.

—¡Cómo, mademoiselle! —dijo Taima—. ¿Que no habéis estado jamás en un espectáculo? Si no acabáramos de salir de una revolución, os preguntaría si no acabáis de salir de un convento.

Me eché a reír.

—Señor —le dije—, yo jamás me hubiese atrevido a llamaros, dado lo ignorante que soy en cuestiones de arte; Teresa es la culpable; mi educación difiere completamente de la de las demás mujeres. Nunca he estado en un convento, ni nunca en ningún espectáculo. No os diré que las obras de arte de nuestros grandes maestros me sean desconocidas, ¡oh, no!, las sé de memoria, aunque no me satisfagan.

—Perdón —me dijo Taima—, pero me pareéis todavía muy joven, mademoiselle.

—Tengo diecisiete años.

—¿Y ya tenéis ideas personales?

—No sé, señor, a qué llamáis ideas personales; juzgo por mis sensaciones; creo que en el teatro las grandes emociones vienen de las grandes pasiones. Me parece que el amor es una de las pasiones más trágicas. Pues bien, creo que nuestros poetas dramáticos expresan el amor de tal manera que tiene más de retórica amorosa que de verdad cordial.

—Perdonadme, mademoiselle —contestó Taima—, pero habláis de arte como si cultivaseis el verdadero arte.

—¿Es que existe un arte verdadero y un arte falso? —le pregunté.

—Casi no me atrevo a confesarlo, yo que he de representar a Comeille, a Racine y a Voltaire. ¿Habláis algún idioma además del nuestro, mademoiselle?

—Hablo el inglés y el alemán.

—Pero, ¿cómo habláis el inglés y el alemán, como una colegiala?

Me ruboricé ante la duda que tenía el gran artista que tenía acerca de mi filología.

—Hablo inglés y alemán como una inglesa y como una alemana —le contesté.

—¿Y conocéis autores que han escrito en esas dos lenguas?

—Conozco a Shakespeare, Schiller y Goethe.

—¿Y creéis que Shakespeare no dice bien el lenguaje del amor?

—¡Oh!, al contrario, señor, hay tanta verdad en su lengua que esto probablemente me hace injusta con los autores que han hablado después de él.

Taima me miró con sorpresa.

—Bien —le pregunté.

—Bien —dijo—, estoy sorprendido de encontrar esta precisión en el razonamiento de una joven de vuestra edad; si no fuera demasiado indiscreto os preguntaría si habéis amado mucho.

—Yo os respondería que he sufrido mucho.

—¿Sabéis de memoria algo de Shakespeare?

—Sé todos los pasajes notables de Hamlet, de Ótelo y de Romeo y Julieta.

—¿Podéis decirme en inglés algo de Romeo?

—¿Entendéis vos el inglés?

—He representado esa tragedia en inglés antes de representarla en francés.

—Pues bien, voy a deciros el monólogo de Julieta en el momento en que el fraile le da el narcótico que la va a hacer parecer muerta.

—Escucho —dijo Taima.

Empecé un poco emocionada al principio, pero, en seguida, el poder de la poesía me ganó y con cierto lirismo dije estos versos:

¡Adiós!

El Señor sólo sabe si nos veremos más.

En mi frente el terror infunde el desconcierto,

Y mi sangre en mis venas se detiene, se estanca.

(Se vuelve hacia donde salen la nodriza y la señora Capuleto)

Si pudiera llamarlas para calmar mi espanto.

¡Oh!, nodriza, ¡oh!, señora...

Pobre loca, ¡silencio!

¿Qué han de hacer aquí ahora tu madre o tu nodriza?

Que sin testigo alguno se realice el asunto:

¡Veneno, ven a mí!

(Dudando)

Y si mi alma flaquea,

Ya seré para el conde; pero ¡no!, ¡eso nunca!

Conozco cómo puedo eludir esa suerte.

Puñal, último auxilio, esperanza suprema,

Permanece a mi lado.

(Dudando, otra vez)

¿Y si fuera un veneno,

Que el fraile, con traición, haya puesto en mis manos,

Temiendo que descubran mi primer matrimonio?

¡Pero, no! Todos creen que es un hombre muy santo

Y, además, es amigo de mi amado Romeo.

¿Qué puedo, pues, temer?

(Con espanto)

Pero si en una tumba,

Sola, con mi sudario, en la sombría morada

Me despertara en medio de los muertos que yacen

¡Antes de que llegara a buscarme Romeo!

Este aire que los vivos no podrían respirar,

*Hollando al mismo tiempo mi nariz y mi boca
 Llenaría de mortales miasmas mis pulmones,
 Y me ahogaría antes que mi amado Romeo,
 Vencedor de la muerte, me llevase en sus brazos.
 ¡Y si mis ojos vieran ese horrible espectáculo!
 ¿No es esta cueva, acaso, el viejo receptáculo
 Donde están las cenizas de antepasados muertos
 Hace miles de años, que ahí están hacinados?
 Donde Thybaldo, el último que ha llegado a esta cueva,
 Con boca amenazante, lívido y frío me espera.
 Cuando suenen, ¡Dios mío!, las doce de la noche
 ¿No es cierto que despiertan los que están en sus tumbas?,
 Para, horribles, unirse y bailar sonos fúnebres
 ¿Haciendo que sus huesos choquen en las tinieblas?
 ¿No es cierto que en la noche dan gritos espantosos
 Que ahuyentan la razón del alma de los vivos?
 ¡Oh! si me despertara bajo estos tristes arcos
 En el momento mismo que reviven las sombras;
 Si viniendo hasta mí, a mi sepulcro oscuro,
 Los muertos me mancharan con su impuro contacto,
 Llevándome a sus ojos, que aborrece la luz,
 Y estuviera privada, cuando llegue la aurora.
 Siento que si lo pienso mi razón me abandona.
 ¡Oh!, Romeo, ¡huye, huye!; veo cómo lentamente,
 Para herirte, se alza Thybaldo de su fosa;
 Su descarnada mano blande brillante espada,
 Su sangrante costado señala con el dedo,
 Y quiere que te quedes para siempre con él.
 ¡Asesino, detente! En el nombre del cielo, yo te digo ¡detente!*

Taima no me interrumpió mientras hablaba. No me aplaudió cuando acabé; pero dándome la mano me dijo:

—Sencillamente maravilloso, mademoiselle.

Teresa y Barras entraron cuando Taima terminaba de alabarme.

—¡Ah!, ciudadano Barras —dijo—, ciudadana Tallien, cómo siento que no hayáis llegado antes.

—¿Ya se ha terminado la lección? —preguntó riéndose Teresa.

—Sí, ya terminó —respondió Taima—, pero me la han dado a mí. Hubierais oído a mademoiselle decir versos como muy pocas veces he tenido ocasión de aplaudir.

—¡Cómo! Mi pobre Eva —dijo Teresa riéndose—. ¿Acaso eres tú una trágica sin saberlo?

—Mademoiselle es una trágica, una cómica, una poetisa, todo lo que se puede ser con un

corazón excelso y un alma amante. Pero dudo que jamás consiga dar en francés la entonación prodigiosamente natural que ha logrado en inglés.

—¿Entonces hablas inglés? —preguntó Teresa.

—Admirablemente —dijo Taima—. Ciudadano Barras, me rogasteis que viniera a dar consejos a estas damas; no tengo nada que enseñar a mademoiselle, ni consejos que darle; le diría: «Decidlo como lo sentís y lo diréis siempre bien.» En cuanto a madame Tallien, le rogaría que primero oyese a su amiga y después, si quiere seguir estudiando, me pondré a su disposición.

—¿Y dónde y cuándo oiremos a mademoiselle? —preguntó Teresa.

—En mi casa, cuando monsieur Taima quiera.

—Mañana por la noche —dijo Taima— no actúo. ¿Sabéis la escena de Romeo y Julieta en el balcón?

—Sí.

—Pues bien, la repasaré; no me considero lo suficientemente fuerte para representarla con vos sin estudiarla de nuevo; que solamente vengan unos cuantos amigos, porque se dice que yo no soy demasiado bueno en las escenas de amor.

—Entonces —dijo Barras—, ¿comemos juntos mañana en casa de mademoiselle?

—¡Oh, no! —dijo Taima—, cuando actúo por la noche, como a las tres de la tarde y ya he cenado.

—Pues bien —Dijo Barras—, entonces cenaremos en casa de mademoiselle.

Y dio mi dirección a Taima.

He retrasado todo lo que he podido, mi bienamado Jacques, la terrible confesión que voy a hacerte, pero es necesario que al fin la aborde; ¡abur!

Cuando por azar se celebraban en mi casa fiestas de esta clase, Barras era el que hacía todos los preparativos. Nadie como Barras sabía preparar esas fiestas inmensas a las que asisten quinientas personas en sus palacios y jardines, o esas pequeñas fiestas en mi opinión más difíciles, a las que sólo asisten quince o veinte amigos y en donde hay que ingeniárselas para que todo el mundo se vaya contento.

Pared por medio estaban mi salón y mi dormitorio; la ventana, situada en un ángulo de la habitación, servía perfectamente para simular la puerta del balcón; en esta ventana, pusimos enredaderas, madreselvas y jazmines.

Reflectores ocultos, colocados en el techo de mi habitación, que también estaba oculto tras un macizo de naranjos, iluminaban la ventana del mismo modo que hubieran podido hacerlo los rayos de la luna.

Un andamio levantado en el jardín, hacía que pudiese estar de pie junto a la ventana y que pudiera apoyarme en una barra adornada de plantas trepadoras, de igual manera que hubiera podido hacerlo en un balcón.

A las siete, me trajeron un encantador vestido de Julieta, diseñado por Isabey; era un obsequio de Teresa. Sabía mejor que yo el estilo y los colores que me realizaban.

La cita era para las ocho.

Yo no conocía a nadie en París y por tanto los que habían de hacer las invitaciones eran Tallien y Barras.

Me acuerdo sólo que estaba Ducis, que veintitrés años antes, había traducido Romeo y Julieta, si es que todavía, este débil esquema de magníficos cuadros puede llamarse una traducción.

A las ocho en punto llegó Taima.

Cuando entró en el salón, se quitó el abrigo y apareció con su traje de Romeo, copiado del pequeño libro veneciano dibujado por el primo de Ticiano.

Aunque un poco pequeño, y ya algo grueso para el personaje, este traje le caía bien.

Barras y Tallien se habían preocupado de que se encontrase con los de siempre: Chenier, el ciudadano Arnault, Lagouvé, Lemerrier, madame de Staél, Benjamín Constant, Trénis, el hermoso bailarín; en fin, personas que yo no conocía pero que se conocían unas a otras.

Yo había encargado a madame Tallien que fuera ella quien me hiciese los honores en el salón. Para vestirme me ayudó la camarera de mademoiselle Mars y de mademoiselle Raucourt. Estas dos me esperaban en el gabinete que estaba al lado de mi dormitorio.

La puerta que comunicaba el salón con el dormitorio, es decir, la sala con el escenario, estaba cerrada con un paño de terciopelo rojo que se corría por los dos lados, así como las cortinas de las camas o de las ventanas.

Cuando estuve vestida, bajé al jardín y subí por el andamio.

Hacía una noche de verano; quedé maravillada cuando al encontrar mi habitación convertida en un parterre de flores.

Disculpa que cuente todos estos detalles; pero cuando se va a confesar una gran culpa, es necesario que busque en la naturaleza algo que excuse mi debilidad.

Mi habitación parecía una especie de tienda que se hubiese puesto junto a la casa; estaba pintada al estilo de principios del siglo xvi.

La ventana había sido sustituida por otra en forma de ojiva que se adaptaba perfectamente a la primera.

Cuando llegué al balcón, estaba cerrada, para abrirse hacia mí, es decir, del lado opuesto al que se abría normalmente.

A través de los cristales pintados, vi entrar a Taima. Se detuvo un instante, no sabiendo donde poner los pies, pues el suelo estaba completamente lleno de flores; después vino a ocupar su sitio al pie del balcón.

Una mano invisible dio tres golpes.

La cortina de la puerta se abrió.

Todos los espectadores que estaban en el salón lanzaron un grito de sorpresa, porque nadie esperaba encontrarse con el encantador cuadro de Miéris que ofrecía mi ventana, iluminada desde dentro y engalanada artísticamente con ramas de clematis, de jazmín y madreselvas.

Este grito se transformó en un aplauso general, que sólo cesó cuando vieron que se iluminaba mi ventana y que yo aparecía detrás de las vidrieras pintadas.

Iba a hablar Taima, y todos se callaron para escucharle. El gran artista se había arreglado con gran coquetería, y hacía gala de toda la magia de su voz aterciopelada. Empezó a decir en inglés:

¿Qué luz inesperada entra por la ventana?

¿Eres tú o el amor que se va a presentar

Mi Julieta, ángel rubio, que en Febo engendra envidia?

Vete tú, ¡oh, sol!, que eres mucho menos brillante

Que esta pálida reina que sobre su alba frente

Luce una esplendorosa corona de diamantes.

Huye, Febo, en tu carro, que viene el astro de oro,

*Es mi ángel, es mi amor, mi virgen, mi tesoro.
 Tus labios que se mueven no articulan palabras
 ¿Están mudos, Julieta, porque te escucho en vano?
 Que tus ojos me hablen, aunque sin voz, amor
 Y sabré responderte con la misma palabra.
 Tus ojos no son ojos, son como dos estrellas
 Que en vano apagar quiere la noche en el azul
 Y que lanzando lejos su fuego al horizonte
 Incitan a los pájaros a cantar la creación.
 Ved como su mejilla reclinada con gracia
 Busca un flexible apoyo en su mano derecha,
 Que acaricia con mimo el carmín de esa flor.*

Abrí la ventana en medio de los aplausos dedicados a Taima, que aumentaron con mi presencia.

Tenía que contestarle con una sola palabra:

¡Ay!

ROMEO

*Al fin dijo algo. Cállate inquieta brisa.
 Deja que hasta mí llegue la voz de mi Julieta;
 Mensajero del cielo con palabras de miel,
 Enviado por Dios, que cruzas con más brillo
 Los aires que el relámpago, que es espada de fuego.*

JULIETA

*¡Oh! Romeo, ¿por qué ése ha de ser tu nombre?
 ¡Oh!, ¡renuncia a tu nombre, tan terrible y tan bello!
 Renuncia a tu familia o dime que me quieres,
 Y entonces yo, amor mío, renunciaré a mi nombre
 Y ya no seré más, nunca más, Capuleto.*

ROMEO (para sí)

¿He de callarme ahora, o es momento de hablar?

JULIETA

*Tu nombre es el que causa un daño sin quererlo
 Y no obstante, ¡Dios mío!, qué me importa tu nombre;
 Si te llamaras Sánchez, ¿me habrías de querer menos?
 Ninguna de las cosas que nos hacen personas
 Residen en el nombre, que nos dan nuestros padres.
 Tu nombre no es tu mano, ni tu voz, ni tus ojos,*

*Tu nombre no es tampoco tu dulce corazón.
 Porque si, en fin Romeo, denominamos rosa
 Al beso matutino que estalla en el arbusto,
 ¿Sería otro su perfume, si otro fuera su nombre?
 Y la pobre luciérnaga, que en la más negra noche
 No deja de lucir; si otro fuera su nombre ¿se privaría de luz?
 Y si Romeo quisiera ya no ser más Romeo
 ¿Sería menos valiente, sería menos hermoso?
 Cambiaría tan sólo la funda, no la espada.
 Cierto es que cuerpo y alma seguirían siendo idénticos.*

ROMEO (dejándose ver por Julieta)
*En lugar de llamarme con este nombre odiado
 Llámame simplemente amor, fidelidad.
 Y viniendo de ti lo tendré por bautismo
 Al menos tan sagrado que el que viene de Dios.
 ¿Quién eres tú que vienes espiando mis penas
 A contestar tan rauda a mis quejas?...*

ROMEO
*Yo soy
 Un hombre cuyo nombre está maldito, amor,
 Porque ese nombre evoca temor en tu familia;
 Y que renunciaría a ese nombre siniestro
 Firmando para siempre su dicha sin final.*

JULIETA
*Apenas hube oído entre ruidos inanes
 Unas cuantas palabras dichas por esta voz,
 De acento conocido ya por mi corazón
 ¿Acaso no eres tú, Romeo, tú, mi amor?*

ROMEO
No, no, no soy Romeo, te lo puedo jurar.

JULIETA
*Tu presencia es injuria a estos lugares, joven
 ¿Qué buscas?, dime, dime ¿qué te trae al jardín?
 ¿Por qué vienes de noche, a estas horas?, ¿por qué?
 Cómo te fue posible franquear el alto muro.
 Culpa tuya sería sufrir una desgracia:
 Que si alguien de los míos te descubriera aquí*

No tendría para ti compasión ni piedad.

ROMEO

*La llama del amor me ha prestado su luz;
Sabes que ante su impulso no hay barrera insalvable;
Sus alas me han traído a este lado del muro
Sus llamas alumbraban el camino a seguir.
Y antes que la presencia de tus parientes, más
Que el peligro de verlos furiosos frente a mí,
Mucho más que su espada brillante de rencor,
Temo ver en tus ojos una dulce mirada.*

JULIETA

*¡Oh! por nada del mundo, por nada admitiría
Que a estas horas te vieran en mi aposento, amor.*

ROMEO

*¡Oh!, no temas, te digo; de los que me persiguen
Me escondo bajo el manto de la noche sin luz.
Y además, una muerte lamentada y cercana
Es mejor que una vida con tu odio, sin tu amor.*

JULIETA

*¿Qué propósito, dime, te ha impulsado en la noche
A venir hasta mí?*

ROMEO

*Es el amor, Julieta,
El amor que domina el corazón, cual viento
Que gobierna las olas; y que por sólo verte hasta el confín del mundo
Arrostraría los riesgos de rayos y tormentas
Y surcaría los mares para llegar a ti.*

JULIETA

*Si el velo de la noche no ocultase mi cara
Verías que reflejaba un pudor natural,
Que el rubor coloreaba mis mejillas, que, raudo,
Subido había hasta ellas desde mi corazón.
Sin embargo, Romeo, si me quieres, escucha
Y dime «Sí, te quiero», jurándome tu amor.
Puede dudar quien ama de veras, quien entrega
A su amado su cuerpo, su alma y su corazón.*

*De Júpiter se dice que, rey de la impostura,
 Sonríe a los amantes que perjuran su amor.
 ¿Qué nos importa Júpiter, un dios de los paganos?
 El Dios que nos escucha, el que se hace guardián
 De cuantos juramentos se prestan almas nobles,
 No es un dios adversario de las mujeres, ¡no!
 Es un buen Dios, que ama, que con misericordia
 Entre tu alma y mis ojos ha creado el amor.
 En tus ojos lo ha puesto, para que así mi alma
 Lo pueda respirar, y en mi alma lo ha puesto
 Para que así tus ojos lo puedan descubrir.
 Y si declaro esto tan deprisa, recuerda
 Que fue en este jardín, no sabiéndote cerca,
 Donde dejé salir del corazón, cual urna,
 El secreto que en fiebre me hacía pasar las noches.
 Lo que has oído ahora, dicho en breves palabras,
 Me lo decía en las largas noches de soledad.
 No me creas aturdida y como apresurada,
 Movida por impulsos de un amor insensato.*

ROMEO

*Te juro por la reina que vaga por el cielo
 Y va hacia el horizonte creciendo silenciosa.*

JULIETA

*¡Oh, no! Romeo, no jures por la luna, que, infiel,
 Cada noche presenta una cara distinta;
 Porque tu amor sería, así, tan poco firme
 Como la cara pálida de la reina del cielo.*

ROMEO

*¿Qué dios quieres, entonces, que tome por testigo
 Del amor que me quema la sangre de las venas?*

JULIETA

*¡Ninguno! Mejor es no jurar; sólo
 «Te amo», de veras, y fiada en tus palabras
 Escucharte de nuevo como dices «Te quiero».
 Amor, yo te diría: «júrame por ti mismo
 Y así me sobrarían anillo y sacerdote
 Y desde hoy Romeo sería mi corazón.»*

ROMEO

Gracias, Ángel de amor.

JULIETA

*Ahora tú, alma mía,
Cuando mi corazón ha lanzado una llama
Que no puede igualarla la del rayo celeste,
Que se extingue en seguida en el aire que rasga.*

ROMEO

*¡Que el sueño te posea con toda la dulzura
Con que la abeja liba el polen de la rosa!*

Cayó el telón después de estos últimos versos, pero inmediatamente después gritos de «Julietta y Romeo» se oían en medio de una explosión de aplausos. Se reclamaba nuestra presencia como ocurre con los grandes éxitos de los actores, cuando se siente la necesidad de volver a ver a los que acaban de impresionarnos profundamente.

Yo me abandonaba a la embriaguez; ya no era Eva, ni mademoiselle de Chazelay, era Julieta; los versos de Shakespeare habían puesto en mí todo el vértigo del amor y del triunfo.

No había un solo hombre que no quisiera besarme la mano, ni una sola mujer que no quisiera abrazarme.

En medio de estas demostraciones de admiración, se abrió la puerta de par en par y el maitre del hotel gritó:

—Madame, la mesa está servida.

Me cogí del brazo de Taima, era lo menos que podía hacer por el gran artista al que debía el único momento de felicidad perfecta que había gozado desde que te perdí, y fuimos al comedor.

Hice que Barras se sentase a mi derecha y Taima a mi izquierda. Barras, que conocía todas las relaciones de los asistentes, había ido asignando a los demás sus lugares correspondientes, con el fin de que todos estuvieran contentos.

Nunca había visto una reunión tan espiritual, una tan perfecta fusión de sentimientos, un estallido tan brillante del espíritu francés.

Después, todo hay que decirlo, llegó esa hora de la noche en que se han olvidado las preocupaciones del día, el corazón se siente más esponjado, la imaginación más viva, y por tanto es la hora de las ocurrencias más alegres.

He de decir que yo casi no estaba en toda esta macedonia de palabras, de dulces sentimientos y de graciosas ocurrencias; estaba ensimismada, y, como un ave canora, el recuerdo me hablaba de la seductora sinfonía de la vanidad satisfecha; fue entonces cuando me di cuenta de que los demás habían notado el interés que Barras mostraba hacia mí.

Barras también lo observó, temió que me hiriera esta indiscreción incipiente y alabando el lujo con que había sido servida la mesa, dijo:

—Señores, al menos habéis de conocer a vuestra anfitriona; os voy a contar la vida extraordinaria de la persona que esta noche os ha proporcionado tan intenso placer con su

arte, y que además ha querido completar nuestro sarao ofreciéndonos una espléndida cena.

No sabía que conociera tantos detalles de mi vida, que había averiguado por madame Cabarrus, a la que yo me había confiado en la cárcel.

Barras, que era elocuente en la tribuna, era también un encantador conversador de salón.

Nadie sabía contar las cosas con más gracia y delicadeza que él. Algo herida en mi intimidad por lo que se había dejado entrever acerca de nuestras relaciones, me sentí aliviada por la dulce lluvia de justificaciones elogiosas que salían de los labios de Barras.

Veinte veces oculté mi rostro con mis manos, al notar que me invadían las lágrimas o el rubor. Nadie conocía la participación que yo había tenido en el 9 de thermidor. Fue terrible Barras cuando contaba la desesperación que me había lanzado a subir a la carreta a pesar de no haberme llegado el turno.

Fue maravilloso cuando contó la primera entrevista en los Carmelitas de Teresa, Josefina y yo. Estuvo dramático al narrar cómo cumplí el encargo que Teresa me había hecho de hacer llegar su puñal a las manos de Tallien.

Y madame Tallien, por su parte, como si se hubiera prometido no aturdirme totalmente, apoyaba a Barras, añadía a los detalles que él contaba esas naderías seductoras que despiertan hasta el colmo la simpatía.

Imaginad una reunión de poetas, de artistas, novelistas e historiadores ante los que se descubre mi vida hasta en sus accidentes más íntimos, y podréis haceros una idea de lo que yo sentía durante esta narración, que Barras terminó con la enumeración de los bienes de mi familia que había conseguido hacerme devolver, cuya cuantía exageraba para realzar mi posición.

Después vinieron los elogios a las cualidades que desconocían, a mi extraña aptitud para improvisar una música que parecía hecha con mis dedos, a rasgos ignorados que eran la primera vez que se decían.

Estaba temblando, cogió mi mano y la besó diciéndome:

—¡Oh! Si os desvanecéis cada vez que oís cómo os elogian, mi joven y bella amiga, os vais a desvanecer muy a menudo, porque nadie podrá veros y conoceros sin adoraros.

Todas las fuerzas de las que hice acopio para levantarme, marcharme de la mesa, huir de estos elogios enternecedores desaparecieron con un suspiro y una lágrima; caí de nuevo en la silla y abandoné mi mano en la suya.

¡Oh! Nunca debéis dejar vuestra mano en la mano del hombre que os ama y a quien no amáis. Hay en ese poder masculino una fuerza magnética que enerva vuestra resistencia.

A los diez minutos de haber puesto mi mano en la de Barras, ya ni veía.

La cena había terminado; me condujo al salón y sin dejarme vacilar me hizo sentar ante el piano que abrió él.

Ya se sabe en qué estado de exaltación magnética caía desde el momento en que entraba en contacto con este instrumento.

La primera vibración de las teclas, por suave que fuera, hacía correr por mis venas un temblor febril. La escena en que Romeo baja del balcón después de haber pasado su primera noche de amor con Julieta se hizo presente en mi espíritu, y con este tema, que se unía a la escena del balcón, empecé a bordar una sinfonía de emociones desconocidas, puesto que nunca había vivido una noche parecida a la noche de los dos amantes.

No sé lo que tocaba; me sería imposible reproducir una sola nota de esta improvisación. Pues, del mismo modo que Vulcano —en la antigua fábula— había conseguido unir en un solo haz, el trueno, los relámpagos y la lluvia, así conseguí yo unir el placer, la felicidad y

las lágrimas.

Tantas veces me han hablado de esta improvisación que sin duda debió ser algo extraordinario. Como siempre me dejó exangüe.

Pero madame Tallien y Barras, que en dos o tres ocasiones habían podido ver el efecto que me producía, lejos de sentirse inquietos, dijeron que había que dejarme sola, que eran suficientes los cuidados que me prestara mi camarera y que me despertaría al día siguiente más lozana y bella.

Entonces oí el ruido que producían las damas al coger sus chales y sus sombreros.

Algunos labios femeninos se posaron en mi frente. Se despidieron; por su parte Barras lo hizo dándome la mano; creo que también yo le apreté la suya.

Oí como los coches abandonaban el hotel, después la voz de mi camarera que me preguntaba si deseaba acostarme.

Me apoyé en su brazo jadeante, con la cabeza abatida y fuimos a mi habitación.

Las flores habían desaparecido, pero quedaba el perfume. Era una mezcla de olores enervantes; rosas, jazmines y madreselvas habían mezclado sus aromas. Mi camarera me quitó el vestido de Julieta y me acostó.

Mi cama estaba impregnada de olores embriagadores, proseguí con mis sueños medio despierta, mis ojos se fijaron en la ventana en la que Julieta esperaba a Romeo.

De repente se abrió la ventana, reconocí a Barras. Extendí la mano hacia la campanilla, quise lanzar un grito, pero mi mano fue detenida por otra mano, y mi grito fue ahogado bajo la presión cálida de sus labios ardientes. Caí inerte y fuera de mí en la cama.

Y yo que decía todas las mañanas: «¡Oh, Dios mío! Haz que vuelva a verlo un día», al día siguiente gritaba entre lágrimas y sollozos: «¡Oh, Dios mío, haz que no lo vea nunca más!»

Capítulo diez

La vuelta de Eva

Hemos visto en qué condiciones se produjo este retorno, una noche, con un tiempo húmedo y frío. La vieja Marta había reconocido por la voz a Eva, después, abierta ya la puerta, las dos mujeres se abrazaron.

Si hubiera sido de día y hubiera hecho buen tiempo, Eva se hubiese lanzado al jardín, y hubiera querido volver a ver en la realidad todos los objetos que desde hacía tres años.

El árbol de la ciencia del bien y del mal, el arroyo que se filtraba por sus raíces, la ruta de las hadas, el cenador, etc.

Pero en esta noche negra, con esta lluvia helada y fina era imposible hacer una visita semejante.

Subió directamente a su pequeño dormitorio, blanca y pura como si la hubiese dejado la víspera y como si hubiese estado atendida continuamente. Allí tuvo que responder al torrente de preguntas que le hacía Marta. Esta vieja mujer también tenía su pasión; quería a Jacques Mérey con un amor distinto del de Eva, pero tan profundo y casi tan apasionado.

Sin embargo se dio cuenta que Eva, agotada por la fatiga y por el sueño, necesitaba quedarse sola.

Quiso desnudarla y acostarla como lo hacía antes.

Eva, que no deseaba otra cosa que volver a sus antiguas costumbres, se dejó hacer. Pero sólo exigió que cuando Marta se marchase de la habitación dejase encendida una vela. Los ojos de Eva sentían la necesidad de pasar revista a todas las cosas que le fueron familiares en su infancia, de las que estaba llena la habitación y ante las cuales, en presencia de Marta, su corazón no se hubiera atrevido a esponjarse como lo haría en la soledad y en el silencio.

Apenas había salido Marta, los ojos de Eva se abrieron y volvió a ver con embeleso su boj bendito traído por Bautista y su cristo de marfil, para el que su boj era una especie de cuna.

Eva pensaba con qué pureza de alma había sido arrancada de esta habitación bendita y en todo lo que había visto, vivido, y en todo lo que había sufrido desde que había salido de aquí.

No había ni un recuerdo que combatir o que rechazar de todos los que ella tenía de esta habitación; era el lado blanco y radiante de su vida. Cuando pasó el umbral de esta habitación y se cerró a sus espaldas la puerta de la calle, entonces fue cuando comenzó para ella la vida de dolor, de tristeza y de remordimientos.

Al salir Marta, se levantó, cogió la vela, fue mirando todos los objetos que casi no tenían nombre y que eran su mundo, los besó, los saludó, como se saluda al regresar, se arrodilló ante su cristo, aunque no supiera rezar oraciones corrientes, para verter ante el hombre del sacrificio, ante el Dios del dolor, el vaso rebosante de su alma.

Quiso abrir la ventana y mirar al jardín, pero el viento apagó la vela; además la densa lluvia que caía y la ausencia de la luna le impedían distinguir nada, como si ese pasado al que pretendía volver estuviese cerrado para ella.

Se volvió, cerró la ventana, llegó a tuestas a la cama, se acostó empapada y tiritando y se cubrió la cabeza con las sábanas como si fuera un sudario.

Allí, en esta tumba anticipada, los objetos empezaron a confundirse unos con otros y a esfumarse lentamente en su espíritu. Vivió otra vez la sensación glacial que tuvo, cuando llevada por las olas del Sena había creído que iba a morir, y con una semejante insensibilidad creciente, le pareció deslizarse por la pendiente rápida de la vida hacia la muerte.

Hubo un momento en que no tenía más que esta sensación dolorosa en el corazón, que desaparecía poco a poco y que al desaparecer no dejaba paso ni siquiera a una sensación de vida.

Creyó que estaba muerta: dormía.

Al día siguiente, por no haber cerrado las contraventanas, la despertó un dulce rayo de sol que vino a acariciar su rostro. Este sol, sol de marzo todavía pálido y mortecino llegaba a través de las ramas de los árboles sin hojas, todavía en letargo y apenas vueltos a la vida. Entre estos árboles y ella había una semejanza: a pesar de los recuerdos del pasado era una especie de renacimiento titubeante lo que ella experimentaba.

Pero en fin, este sol, muy pálido aún era un rayo de esperanza, la certeza de que todavía existía. Eva abrió la ventana: ya no llovía, hacía uno de esos días revueltos de primavera en los que el aire está cargado de vapores que difícilmente entra en los pulmones y en los que el pecho, al respirar se siente como oprimido por una atmósfera muy pesada.

El jardín estaba igual salvo que parecía un poco descuidado y que hubiera por tanto crecido al azar como la tristeza en el corazón; la hierba estaba alta y mojada, el arroyo crecido por la lluvia se había salido de madre, el árbol de la ciencia no tenía hojas ni frutos y el viento mecía su espesa cabeza; el cenador agobiado por los tortuosos troncos de la parra, parecía una cuna devastada, por cuyo enrejado caían sarmientos lánguidos, casi muertos.

No cantaba ningún pájaro, su ruiñeñor y sus doce curucas aún no habían vuelto, y tal vez no volverían jamás, o lo harían como ella, tristes y silenciosos.

De todos los hermosos días vividos en esta pequeña casa tan querida, Eva sólo recordaba los alegres días de la primavera, los cálidos días del verano y los poéticos días del otoño; había olvidado los melancólicos días del invierno, en los que a su jardín no le daba ni sol, ni sombra, y en los que ella lo animaba con sus alegres gritos y su retozante juventud.

Tuvo que cerrar la ventana y volver a la cama; pronto oyó unos pasos: era la vieja Marta que en su prisa por volver a verla venía a averiguar si ya estaba despierta. Llamó.

La vieja mujer entró, fue a abrazarla en la cama, y se dispuso, como antes, a encender el fuego.

¡Ay! Entre ese antes y este ahora nada había pasado para ella, salvo los días de tal modo parecidos que confundía el verano con el invierno, o más aún, que para ella sólo eran una especie de crepúsculo que se extendía desde la época en que Jacques y Eva se marcharon hasta el día en que había vuelto a ver a Eva con la promesa de volver a ver a Jacques.

Encendido el fuego, se volvió y miró a la cama; Eva respondió a esta mirada con una sonrisa triste.

—Querida mademoiselle —dijo moviendo la cabeza—, no sois la misma que erais cuando vivíais aquí, sois desgraciada; ¿pero qué os puede hacer desgraciada si nuestro querido señor vive, si lo seguís amando y probablemente él os sigue amando?

—Pobre Marta —dijo Eva—, cuánto ha cambiado todo.

—Sí —dijo la vieja Marta—, aquí hemos sabido que habéis perdido a vuestro padre y que vuestra tía murió; que después de estas dos desgracias, os fue confiscada toda vuestra fortuna porque vos erais, ¿quién lo hubiera dicho?, aunque una niña tanto tiempo sin voz

y sin pensamiento, una de las más ricas herederas del país. Pero también se ha dicho que con la protección de uno de esos nuevos grandes señores que han sustituido a los antiguos, os han sido devueltos todos vuestros bienes y toda vuestra fortuna.

—¡Oh! No me hable de eso. No me hable jamás de eso, querida Marta. Vuelvo más pobre, más desgraciada, y más desprovista de todo que nunca.

—¿Y *Escipión*? —preguntó Marta—. No me atrevo a preguntaros sobre él. El pobre animal lo dejó todo por seguimos. ¡Ah! Si nuestro pobre dueño hubiera podido, aunque era hombre hubiera hecho como *Escipión*; porque eran él y el pobre perro los que más os querían y yo después.

—*Escipión* ha muerto, Marta, y siento vergüenza de decirlo, en medio de todo el duelo que pesa sobre mí, el de mi pobre *Escipión* ha sido uno de los más duros de soportar.

—Pero en fin —dijo Marta, ante cuyos ojos la situación no se aclaraba—, nuestro querido dueño ¿os sigue amando?

Eva estalló en sollozos.

—¡Oh! No me hable más de su amor —gritó—. Me veríais llorar si todavía me quisiera. ¿Hay en el mundo alguna cosa distinta de su amor que merezca la tristeza o la alegría, la sonrisa o las lágrimas? ¡Oh! Si todavía me amase, si yo creyera que un día su corazón puede volver a mí, ¿no estaría yo a la puerta de la calle esperándolo?

Marta bajó la cabeza; se notaba que toda la inteligencia que había en la pobre vieja se inclinaba ante estas incomprensibles palabras.

—¡Todavía vive, pero no la ama!

Ella que había visto a través del corazón de su dueño como a través de un cristal, no comprendía cómo ese corazón, al que únicamente el amor hacía latir, podía seguir viviendo sin el amor; pero desde hacía mucho tiempo ella era pobre y como todas las personas sometidas a la voluntad de otra, era resignada. Era una nueva desgracia gratuita, como esas tantas otras que había visto caer sobre la pobre humanidad. Inclino la cabeza y se dijo:

—Si es así, así tenía que ser.

Y como en todas las circunstancias de la vida en las que la desgracia la había señalado, inclinó una vez más la cabeza y una vez más se resignó.

Miró a Eva que se había llevado el pañuelo a los ojos y que movía las sábanas con las palpitations de sus senos; después, para no añadirle a ella su propio dolor, se marchó de puntillas para no ser oída.

Pero ninguno de estos sentimientos, por delicados que fueran, habían pasado inadvertidos para Eva. En el dolor, todos los sentidos alcanzan la perfección de la agudeza y la buena Marta había manifestado sus pensamientos de tal modo que no fueran claros para Eva, sino ocultos como ella los había guardado tanto tiempo en el fondo de su corazón.

Eva siguió inmóvil y poco a poco se fue calmando el lado punzante de su dolor; que la pregunta de la vieja Marta había removido, pero las lágrimas son como la sangre: una vez agotadas, hay que abrirles de nuevo el camino para que puedan salir. Eva oyó dar las nueve al reloj de la iglesia. A esa hora, en otro tiempo, Marta entraba en la habitación con la última campanada, los días que Eva aún no había bajado, para decirle:

—Querida mademoiselle, el desayuno está servido.

Aún estaba sonando la última campanada, cuando Eva oyó los pasos de Marta, se abrió la puerta de la habitación y la voz de la buena mujer le dijo, acaso con un tono más triste, pero sin modificar la fórmula ordinaria:

—Querida mademoiselle, el desayuno está servido.

—Bien, Marta. Voy —respondió Eva.

Marta cerró la puerta. Eva se vistió rápidamente y bajó.

En el comedor nada había cambiado: la mesa y las sillas ocupaban los mismos lugares, la mesa camilla en la que durante siete años se había sentado Eva frente a Jacques ¡permanecía en el mismo sitio!

Ahora sólo había un cubierto, pero en esta ocasión el desayuno era el de siempre: mantequilla, miel, huevos y leche.

Marta no había averiguado si en su ausencia Eva había cambiado de costumbres y por eso había servido el desayuno de otros tiempos; para ella, Eva, joven todavía, bella todavía, seguía siendo la misma Eva.

Cada una de las cosas que veía le producía una sensación nueva: la vieja que entraba a la misma hora, anunciándole con las mismas palabras que el desayuno estaba servido; Eva bajando por la misma escalera, entrando en el mismo comedor, pero encontrándose sola ante la mesa en la que estaba servido el desayuno, era una mezcla de sentimientos a la vez dulces y crueles. Aunque estos sentimientos le privasen de ese apetito juvenil que convertía en una fiesta esta comida frugal, no quiso entristecer a Marta, se sentó a la mesa como de costumbre y se esforzó en comer.

Marta la miraba con satisfacción. En los espíritus vulgares, el apetito e incluso la apariencia del apetito es un síntoma de convalecencia para los dolores físicos y para los morales.

Una vez que Eva hubo terminado el huevo, y tenía mediado el tazón de la leche, empezó a comer la miel, después de probar la mantequilla recién hecha y bebido la mitad del tazón de leche, Marta, que no había advertido que todo este esfuerzo había sido hecho en consideración a ella, se decía alegremente en voz baja: «Bien, bien, no todo está perdido.»

A pesar del deseo que tenía Eva de visitar el jardín, todavía no era posible hacerlo; pero el sol, que se iba levantando y calentando cada vez más, hacía esperar que estaría seco antes de terminar el día.

Por otra parte Eva tenía en la casa otras muchas cosas que ver y que le eran tan queridas como las del jardín; tenía que ver, pero cuando pensaba en ello sentía una viva emoción, el laboratorio de Jacques Mérey...

Este laboratorio, que constituía su estancia la mayor parte del día, y en el que hubiese querido adivinar mirando por la alta y estrecha ventana la luz, la luz de aquella lámpara que miraban los que venían por la tarde o por la noche en demanda de los cuidados del doctor.

Mientras lucía esta lámpara, nadie dudaba en llamar; es verdad que, aun estando apagada, aunque dudándolo, si bien el doctor respondía con la misma rapidez.

En ese laboratorio estaba el piano con el que Eva tomó sus primeras lecciones de música y con el que, por primera vez, después de una espantosa tormenta, por la revolución que en ella produjo el trueno que cayó a unos treinta pasos de ella, había tocado continuamente y de manera notable un pasaje que Jacques había intentado inútilmente durante tres meses hacerle repetir.

A este laboratorio subía Bautista normalmente, cuya proximidad ella descubría por el ruido singular que su pata de palo, hacía al golpear los escalones, y como si ninguno de estos antiguos recuerdos le faltase, en el mismo momento en que había vuelto a subir al laboratorio, cuya puerta abrió con una ansiedad supersticiosa, al igual que le parecía que iba a encontrar de nuevo a Jacques haciendo alguno de sus misteriosos experimentos, Eva miraba con tristeza las mudas y polvorientas teclas del piano que nadie había mirado

hacía tres años, y oyó llamar a la puerta y, un momento después oyó el ruido de la pata de palo de Bautista, que se acercaba.

Por fin se abrió la puerta y apareció Bautista en el quicio, con el mismo aire, igualmente alegre, y complaciente.

—¡Ah!, querida mademoiselle —dijo juntando las manos y mirándola con su habitual admiración—, hace cinco minutos que he sabido que habíais vuelto esta noche, y he venido corriendo a saber noticias vuestras y de nuestro querido amo el ciudadano Jacques. Puesto que si hubiese venido después de lo ocurrido, no era esto una prueba de que vos volveríais. Pero siendo vos la que ha vuelto, nada impedirá, si todavía está vivo, que también vuelva él. Tenéis los ojos enrojecidos y habéis llorado. ¿Es que acaso ha muerto él?

—No, amigo mío, ¡gracias a Dios! —respondió Eva.

—¡Ah!, nos habían dicho tantas cosas rasas en esta maldita ciudad —dijo Bautista—. Se había dicho que habíais muerto en una revuelta, después que había sido estrangulado en no sé qué cavernas; ¡en fin, que se había refugiado en América! Desde hace dieciocho meses no habíamos oído hablar más de él. Pero habéis llegado y con vos la esperanza de volver a verlo. ¿Volverá?, decídmelo, y yo podré dar esa alegría a todas las personas que le siguen queriendo. ¡Ah!, lo que los señores llaman la canalla es algo que tiene corazón, que tiene recuerdos: no es como los aristócratas que sólo se acuerdan para causar penas. No digo esto por vuestro padre, mademoiselle, aunque también pudiera aplicarse a él.

—¡Mi pobre Bautista! —dijo Eva, tendiéndole la mano y poniendo en la suya un luis que en esta época valía siete u ocho mil francos en billetes.

Bautista miró el luis, miró a Eva, besó al luis y de una voz triste, dijo:

—¡Qué buena sois, mademoiselle!

Eva se llevó el pañuelo a los ojos.

—¡Y desgraciada —añadió—, que es lo propio!

—Mi buen Bautista —dijo Eva—, el doctor vendrá dentro de tres o cuatro días; espero que volveréis a la costumbre de verlo todas las mañanas.

—¡Oh, sí!, mademoiselle, y Antonio también. ¿Por qué no está todavía aquí? Lo he encontrado en la calle y me ha dicho que venía.

En efecto, se abrió la puerta del laboratorio y apareció Antonio.

Dio un golpe con el pie, según su costumbre, y gritó:

—¡Dios es justo!, ¡Dios es verdadero! Todavía sois bella y joven, mademoiselle Eva, ¡qué bien!

—Buenos días, querido Antonio, ¿cómo estáis?

—Sigo siendo el profeta —dijo Antonio—, el enviado para hacer saber la palabra del Señor.

—¿Y cuál es esa palabra del Señor que me traéis? —dijo Eva suspirando.

—Las personas honradas tendrán su momento —respondió Antonio—, los desgraciados serán felices y consolados los afligidos.

—Dios os oiga —dijo Eva. Le puso un luis en la mano, como había hecho con Bautista.

Los dos viejos tendieron sus manos hacia ella como para bendecirla. Después, apoyados uno en otro, se marcharon y Eva pudo oír la pata de palo de Bautista que se alejaba poco a poco, del mismo modo que la había oído acercarse.

Entonces se sentó delante del piano, sus dedos acariciaron las teclas y una dulce sinfonía salió de ellas; podría decirse que la predicción del insensato Antonio había despertado en

su corazón esa clase de esperanza tan dispuesta a este inhibirse, y que era esa esperanza, huidiza como la razón del que la había formulado, la que llenaba las teclas de una luz sobre la sombría melodía que hacía saltar el eco mudo desde hacía tres años, en este laboratorio abandonado.

Después de estas excitaciones musicales, Eva caía invariablemente, o en un éxtasis doloroso o en un acceso de alegría ingenua.

En esta ocasión, los sonidos se extinguieron poco a poco, su cabeza se inclinó melancólicamente sobre su pecho, no se produjo ninguno de esos accidentes ordinarios.

Cuando despertó de esta especie de sueño el sol parecía haber recuperado toda la fuerza de los mejores días, y las gotas del rocío, que todavía no se habían secado, brillaban en la hierba y en las hojas, como si fueran diamantes.

Capítulo once

La vuelta de Jacques

No hay momentos más dulces en la vida moral, ni en la vida física, como aquellos que, después de una total desesperación, renace un poco la esperanza, y como aquellos en que, después de la tempestad y del rayo, clarea el cielo y recupera su color azul.

Pues bien, Eva se encontraba en esos momentos, la predicción que le había hecho el loco había producido su efecto moral y la vuelta del sol le produjo el efecto físico. Bajó por la escalera, abrió la puerta del jardín y adelantó su pie en tierra firme.

Como hemos dicho, algunas gotas de lluvia todavía se conservaban en la hierba, pero se notaba ese dulce olor que emana de todas las cosas mojadas cuando la naturaleza y el sol empiezan a triunfar sobre la tormenta y la lluvia.

Se detuvo un momento en el umbral; desde allí su mirada abarcaba a todo el recinto. En la atmósfera se notaba ese algo de virginal que anuncia la llegada de la primavera. Marzo, el mes precursor, a pesar de sus borrascas de lluvia y de granizo, es a veces uno de los encantadores meses del año.

La lluvia y el granizo de octubre anuncian el invierno; la lluvia y el granizo de marzo anuncian el retorno de las dulces brisas y de los días dorados.

Eva se adentró en el césped que dos horas antes estaba mojado, y que dos horas de sol habían secado.

En este césped, se veían con la cabeza inclinada algunas perezosas margaritas, algunos tímidos botones de oro. Las orillas del arroyo resurgían, tapizándose con un musgo primaveral en el que temblaban los primeros átomos de la vida vegetal.

El cauce que iba haciendo el agua estaba todavía revuelto pero, poco a poco, el agua se iba filtrando y empezaba a hacerse transparente. En fin, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el bello manzano que estaba en el punto culminante del jardín, ya apuntaba sus primeras flores, casi antes de aparecer las primeras yemas. Si se hubiera puesto el oído en la tierra, sin duda alguna se hubiera oído, en el seno de esta madre común, cómo surgía la vida y cómo se preparaban las flores de la primavera y los frutos del verano.

Eva se acercó al manzano y besó sus ramas. El manzano, cuyos frutos ella había visto madurar, el arroyo en el que se había mirado por primera vez cuando iba a beber sus aguas como *Escipión*, eran sus dos más viejos amigos. Después miró en la gruta de las hadas ese estanque de agua límpida al que iba a buscar el frescor del baño en los ardientes días del verano, y donde había sentido por primera vez el pudor, que anunciaba, no sólo que se estaba haciendo inteligente, sino que estaba llegando a ser mujer.

Bajó hasta el cenador de la parra; allí todavía no aparecía ninguna señal de vida: la parra, que tiene esa sangre vegetal que tanto se parece a la nuestra, es el último de los arbustos que se despierta; los matorrales de siringa donde venía a cantar el ruiseñor, todavía estaban sin hojas.

Pero, a falta del ruiseñor, que es el virtuoso de la primavera, habían dado cobijo al colorín, cantor rústico encargado de dar consuelo a las chozas con su presencia y su chachara, en ausencia del sol y del silencio de los otros pájaros.

Con frecuencia Eva se entretenía mirando los pájaros que pasaban sobre ella, o mirando a ese huésped familiar y amistoso, para el que todo es objeto de curiosidad y que, con su mirada viva y espiritual como la de la curuca o del ruiseñor, examina al hombre en el que no puede acostumbrarse a ver un enemigo.

¿Era un nuevo habitante del jardín, o era un gentil pájaro que la había conocido en sus días de felicidad? Se acercó tanto a ella, que sintió un gran deseo de creer que la reconocía y que quería alegrarse de su vuelta.

Eva había vuelto a encontrar su paraíso, pero su paraíso, que su culpa había hecho triste y desierto, y en el que ella esperaba, temblando más de miedo que de amor, no era el de Adán, cómplice de su culpa, era el del ángel con la espada flamígera que venía para perdonarla o para castigarla en nombre de Dios.

Estos suaves rayos de sol, ¿eran la sonrisa de un Dios inteligente o el dulce calor de un astro insensible, realizando su obra?

Todo lo interrogaba bajo ese gran misterio del perdón: el globo luminoso que avanzaba palideciendo hacia el occidente; la nube que se cubría de púrpura cuando pasaba ante sus últimos fuegos; la flor que nacía antes que la hoja; todo, incluso el pequeño pájaro que se aproximaba a ella en estos momentos de reposo y de silencio y que se alejaba de ella al menor movimiento y al más ligero suspiro.

En ningún sitio estaba la afirmación del bien y del mal, en todas partes la duda.

El «¿Qué sé yo?» de Montagne se extendía como un velo sobre toda la naturaleza y se alzaba, más espeso cada vez, entre ella y el futuro.

Una voz la llamó.

Era la de Marta: la noche había llegado, tocaban las cuatro, y Marta, puntual como el mismo reloj, venía a anunciar que la cena estaba servida.

Allí la esperaba una soledad aún mayor. Le pasaba a menudo que, entregada a sus trabajos, persiguiendo un problema que se creía a punto de resolver y que se le escapaba sin cesar, como todo lo que el hombre cree agarrar, Jacques rogaba a Eva que comiese sola puesto que él no bajaría; pero en ese caso, Jacques estaba siempre allí, y Eva sabía que un simple tabique la separaba de él.

Pero a la hora de la cena, Jacques estaba siempre presente, era su hora de esparcimiento, la hora en la que volvía a encontrar a Eva, separada materialmente de él por la ausencia e intelectualmente por su pensamiento que se detenía en un nuevo trabajo reclamando toda su atención.

Entonces, le miraba de nuevo a los ojos, se unían de nuevo sus corazones, y su cara, como la de un niño, turbado un momento por el estudio, recuperaba toda la serenidad de la felicidad.

No estaba allí; no era un trabajo absoluto, sino su voluntad lo que lo mantenía lejos de ella. ¿Volvería alguna vez? ¿Cuándo volvería? ¿Con qué sentimientos volvería?

Era la eterna pregunta que Eva trataba de arrojar fuera de su corazón, como la roca de Sísifo y que, como la roca de Sísifo volvía constantemente a su corazón.

Del mismo modo que había reconocido la comida, reconoció la cena. Era exactamente la misma que hubiese tenido que compartir con Jacques, sólo que, al faltar el cubierto de él, se notaba que Jacques estaba ausente.

Marta no se dio cuenta de ello, hasta que no quitó la mesa.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—, qué poco habéis comido, querida mademoiselle.

—No es que haya comido poco —respondió Eva—, es que he comido sola.

—¿Qué voy a hacer con todo lo que sobra? —preguntó Marta.

—Llamad mañana a una pobre y dádselo para ella y para sus niños.

—¿Tendremos que continuar sirviéndoos la misma cena?

—Sí —dijo Eva—, los pobres comerán su parte y estad tranquila, querida Marta; él no se

quejará de este dispendio, que, como veis, no será en vano.

—Tenéis razón, mademoiselle, ¡era tan bueno!

—Hoy todavía es mejor, Marta.

—¡Oh!, no es posible —gritó la buena mujer.

—Espero que lo sea —dijo Eva alzando los ojos al cielo.

Después de la cena subió al laboratorio y colocó una vela de tal modo que pudiera ser vista desde fuera.

—Van a creer —dijo Marta—, que ha llegado el señor doctor.

—A los que vengan habréis de decir que todavía no ha llegado, pero que llegará y las pobres gentes sabrán que van a tener un protector contra todos los males que les amenazan y aun contra el bien que no saben apreciar, contra la muerte.

—¿Por qué decís semejantes cosas desde que habéis vuelto, mademoiselle? —preguntó Marta—; antes de vuestra marcha nunca os las oí decir.

—Marta, yo no me marché, me llevaron. Marta, he estado tres años sin ver a la persona que era todo para mí, mi dios, mi dueño, mi rey, mi ídolo, el único hombre que he querido y que querré jamás.

Iba a añadir «y que no me quiere» pero el pudor ahogó estas palabras.

Colocó la vela donde Jacques solía colocar su lámpara, después siguió soñando en el laboratorio escasamente iluminado.

Y sin embargo la estrella de los pobres ya había sido vista por ellos; antes que Eva bajase, oyó llamar a la puerta de la calle dos o tres veces.

Eran los pobres que acudían al faro salvador y que se iban medio consolados al saber que el doctor no había vuelto todavía, pero que llegaría pronto.

Eva bajó dejando lucir su bujía y guiada tan sólo por los rayos de la luna, que esa noche era espléndida, exactamente lo contrario que la noche anterior. Y encontró a Marta que la esperaba en la habitación.

Marta no reconocía a la alegre y normal niña en la joven triste y fantástica que había regresado.

Dos o tres veces había estado a punto de contar su secreto a Marta. Sin duda era el secreto de su tristeza y Marta hubiera querido saberlo, porque estaba segura de que la consolaría.

No era Eva la que ya no quería a Jacques, su amor por él se había transformado casi en un estado religioso, pero tampoco era Jacques el que no podía amar a Eva. ¿Cómo no amar a esta adorable criatura que estaba más atractiva que nunca?

Marta esperó a que le fuese confiado el secreto. No tardaría demasiado porque Jacques llegaría de un momento a otro. Eva le pareció más tranquila que la víspera y la buena vieja atribuyó a la vuelta de Jacques, que se aproximaba, este cambio en el carácter de su joven amiga.

Eva le preguntó por sus antiguos conocidos y especialmente por las jóvenes sin fortuna y las viejas pobres.

La caridad seguía siendo, como antes, el móvil de sus acciones. Se informó acerca del número de niños que era posible reunir en una escuela gratuita de chicos y chicas. Indagó el número de viejos de uno y otro sexo que vivían de la caridad pública. Nadie mejor que Marta podía decirle todo esto.

Eva le rogó que evocase todos sus recuerdos en el transcurso de la noche y que le ayudara al día siguiente a hacer una lista de los desgraciados que necesitaban ser socorridos.

Como se ve, Eva no necesitaba que hubiese vuelto Jacques para empezar su piadosa

misión.

Marta la dejó a la una de la madrugada; durmió tranquilamente y, al día siguiente, en la misma mesa en que había servido la comida, encontró papel, pluma y tinta para hacer las listas.

En este trabajo se empleó todo el día, que por eso pasó rápidamente.

Al llegar la noche, se había averiguado que había sesenta viejos, hombres y mujeres, que había que llevar a un asilo; de cincuenta a cincuenta y cinco niños aproximadamente necesitaban ir a la escuela y treinta o cuarenta personas precisaban auxilio en su domicilio.

Después de este trabajo, Eva visitó de nuevo su jardín. Le pareció que, desde la víspera, las hierbas ya estaban secas, que se habían abierto las flores de su manzano, que las orillas de su riachuelo habían reverdecido y que su colorín era más alegre y más familiar.

Como la víspera, recibió a la hora de costumbre la visita de Bautista y de Antonio, que le anunciaron que en la ciudad habría fiesta para los pobres con la vuelta de Jacques Mérey.

Eva se preguntó, pero sin poder contestarse, por qué eran siempre los pobres los que querían a las buenas personas y, cómo, las gentes llamadas «comme il faut» no sentían entusiasmo por los verdaderos filántropos.

Por la noche, más de cincuenta personas esperaban la vuelta de Jacques. Una vez más la espera resultó fallida y se dejó la fiesta para el día siguiente.

Eva no creyó que fuera conveniente esperar la llegada de Jacques para dar principio a su oficio de dama de la caridad. ¿No le había dejado Jacques una bolsa de veinticinco luises y no podía, con la mitad de esta suma, satisfacer muchas necesidades?

Se puso una capa y, seguida de Marta, visitó una docena de casas en las que era necesaria su presencia.

El invierno del 96 al 97 había sido muy frío, y por consecuencia, la miseria había sido mayor.

Esta primera visita de Eva dejaba una huella de bienestar en la gente pobre. El panadero recibió órdenes de llevar sesenta panes a domicilio y el vinatero sesenta botellas. Tomó nota de los niños que no estaban bien vestidos a tenor de su escasa edad y encargó quince o veinte trajes de las telas más cálidas que hubiera.

Pasó el día con una rapidez de la que Eva no tenía ni idea; ¡empezó a darse cuenta que el ser bienhechora era una de las mayores distracciones del corazón que podía imaginar. Se encontró con la dirección de dos o tres asilos y casas de caridad y observó que lo que se había impuesto como una expiación, era una suprema felicidad. En medio de todo esto, preguntaba, inquiría, descubría, los rudos secretos de la miseria que hacen saltar de gozo a los corazones que pueden y quieren aliviarla.

Como no se trataba de inspirarle una piedad rebelde, nadie pretendía engañarla. Le contaban las cosas tal y como eran y las cosas le parecían casi siempre dignas de su interés y de sus lágrimas.

Había llegado a Argenton dos días antes y ya no había una casa que no supiera que la pupila del doctor había vuelto y que el doctor volvería también.

Los que la habían visto decían que estaba más guapa que nunca, pero también más triste.

En efecto. Ante los ojos de los que ignoraban en qué condiciones había vuelto, ella había perdido a su padre y había visto cómo le confiscaban su fortuna; este secuestro era sobre todo lo que daba lugar principalmente a gran número de conjeturas en los que la veían cómo hacía numerosas limosnas, cómo pagaba todo e incluso cómo daba las limosnas con monedas de oro.

Como siempre se había ignorado en Argenton la verdadera fortuna del doctor, y se le había visto vivir con la economía propia de un hombre de cien luises de renta, empezaban a rumorearse las más extrañas historias.

Se decía, y era verdad, que había estado en América y que allí había hecho una fortuna. No había hecho fortuna, solamente había aumentado la que tenía.

Se decía que había encontrado un tesoro en las cuevas de Saint Emilion, donde había tenido que refugiarse en la época de la proscripción de los girondinos.

Se decía que se había hecho amigo de un rico yanqui que le había dejado su fortuna.

Pero en fin, la opinión de todos era que volvía rico y que volvía a Argenton para repartir su fortuna con los pobres. En cuanto a mademoiselle de Chazelay, como hacía algún tiempo que habían visto llegar a Jean Munier para tomar datos de sus bienes muebles e inmuebles, no habían pensado que fuera para devolvérselos a su legítima propietaria, se la creía completamente arruinada y que vivía de la caridad de Mérey.

Pero era seguramente de Jacques Mérey del que recibía todas las informaciones necesarias y se la sabía buena y no dudaban de sus intenciones.

Bautista y Antonio, que habían sido consultados por ella y que la habían ayudado a completar sus listas, contribuían con sus indiscreciones a extender el rumor de los futuros proyectos filantrópicos del doctor y de su pupila.

Por fin llegó la hora de la llegada de la diligencia.

Como la víspera, el día anterior y el precedente, una parte de los pobres de Argenton esperaban a la llegada.

Esta vez la espera no fue en vano.

Cuando vieron descender al doctor del coche los gritos de «¡Viva Mérey!» se oyeron por todas partes. Antonio por un lado, Bautista por el otro, llevando cada uno una antorcha en la mano y seguidos por todo un pueblo cargado de teas, rodearon al doctor y, siempre acompañado por los mismos gritos le llevaron por las calles de Argenton hasta su pequeña casa.

Desde hacía tiempo Eva y Marta oían esos gritos, pero únicamente Eva adivinaba su significado. Sin embargo, cuando se acercaron a la casa, Marta llamó a la joven para que saliese a la puerta y viese lo que sucedía.

Pero Eva lo había adivinado todo; temblando como el día en que lo volvió a ver, temiendo presentarse ante él, temerosa de alejarle por miedo a las conjeturas, esperaba detrás de la puerta a que esa puerta se abriese y a que su juez se presentase ante ella.

La vieja Marta había comprendido por fin que era a su amo al que aclamaban; había abierto la puerta, y feliz ante el umbral de esa puerta, levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Oh, es nuestro amo!, ¡nuestro querido amo el doctor! Pero, ¿dónde estáis, mademoiselle? ¡Venid, mademoiselle! ¿Qué va a decir si no os ve?

Mas para Eva esta voz llena de ternura y simpatía era la voz del arcángel lanzando el terrible grito: «¡Tierra, arroja tus muertos!»

¡Oh!, sí, en ese momento hubiese querido confundirse entre los millares de muertos que aparecían ante el Señor más blancos que los sudarios en los que estaban envueltos.

Oyó cómo Jacques, emocionado, daba las gracias a todo ese honrado pueblo. Cada sonido de esa voz amada hacia vibrar una fibra de su alma. Después, la puerta se cerró. A medida que avanzaba, ella subía una por una, de espaldas, los tramos de la escalera.

—¿No habéis visto a Eva? —preguntó por fin con una voz calmada y como si hiciese la

pregunta más indiferente del mundo.

—Sí, por cierto, mi querido amo —dijo Marta—; estaba aquí hace un momento; es ella quien en seguida ha adivinado que todas esas voces anunciaban vuestro retorno, casi se ha desmayado y la vi apoyarse contra la pared para no caer. Sin duda, ha debido sentirse mal en algún sitio, en vuestro laboratorio, que casi no ha abandonado desde su regreso.

Jacques arrancó la vela de las manos de Marta y subió rápidamente a su laboratorio.

Apoyada exteriormente contra la puerta, encontró a Eva de rodillas en la posición de la Magdalena de Canova; se paró, a pesar suyo puso la mano en su corazón, para mirarla.

—¡Señor, Señor! —dijo ella—, quisiera poseer todos los aromas de Arabia para perfumar vuestros pies; pero sólo tengo mis lágrimas. Aceptadlas.

Y se abrazó a las rodillas de Mérey, besándolas en un transporte en que era imposible decir si había más humildad que amor o más amor que humildad.

Jacques Mérey inclinó su cabeza y la miró con una profunda piedad; pero como ella curvaba su cabeza hacia el suelo, no pudo ver esa expresión de su rostro; después, al cabo de un momento de silencio, le tendió la mano:

—Levantaos —dijo—, e id en paz.

La abrazó sobre la frente, más bien con los labios de un padre que con los de un amigo, entró en su laboratorio y cerrando la puerta, la dejó en la escalera.

A pesar de que había una gran dulzura en el acento de su voz, a pesar de que sus movimientos fuesen más tiernos que irritados, el corazón de Eva se hinchó, y entró en sus habitaciones con ríos de lágrimas.

No durmió nada durante las dos o tres primeras horas de la noche, y, durante todo el tiempo que duró su insomnio, oyó andar a Jacques Mérey por encima de su cabeza con el paso mesurado de un hombre soñador.

Capítulo doce

La cabana de Joseph, el cazador furtivo

Al día siguiente la vieja Marta invitó en nombre de Jacques a Eva a subir al laboratorio.

En el momento de volverle a ver, volvió a encogersele el corazón, y sintió de nuevo las lágrimas saltársele a los ojos; pero reprimió este primer movimiento, enjugó sus ojos, los limpió con su pañuelo y subió sonriente al lado de Jacques.

Viéndola aparecer, Jacques se le adelantó, la besó en la frente con ese beso tranquilo y frío que la noche anterior la había dejado helada, y le indicó un sillón.

Eva echó una mirada sobre la cama de Jacques, vio que no estaba desecha.

Jacques no se había acostado.

Se arrodilló ante su cama, murmuró una corta plegaria, y vino en seguida a sentarse cerca de él, en el mismo sitio que le había indicado.

—Eva —dijo Jacques—, estamos de vuelta en Argenton; henos aquí de nuevo en esta pequeña casa, que según decía, nos es más querida que todos los países del mundo. He vuelto creyendo en vuestra pomesa. ¿La mantendréis?

—La mantendré.

—¿Por completo?

—Por completo.

—Me autorizasteis a vender la casa de la calle de Provence, número veintiuno.

—Sí.

—La he vendido.

Jacques guardó un momento de silencio.

—No me preguntáis en cuánto he vendido todo.

—¡Qué importa! —dijo Eva—, ¿no tenía ya una finalidad ese dinero?

—Sí, estaba destinado a fundar un hospital. Pero aún debíais cuarenta mil francos del precio de esta casa.

—Es verdad.

—Una vez pagados estos cuarenta mil francos, os quedan noventa mil francos. No es bastante para construir y fundar un hospital de cuarenta camas.

—Tomad lo necesario de cualquier otra de mis propiedades.

—He pensado una cosa; el castillo de Chazelay sólo os trae recuerdos sombríos; en una noche de baile, vuestra madre se quemó.

Eva tendió su mano como para rogar a Jacques que no le evocase este recuerdo.

—No lo habéis habitado nunca, según me habéis dicho, si no es para llorar nuestra separación.

—Así es, os lo juro.

—Una vez realizados todos nuestros proyectos, apenas nos quedará de que vivir. El castillo no es precisamente el de una reclusa, no es tampoco para una mujer sino para una familia mundana. ¿Qué haríais sola en él?

Eva se sobresaltó.

—No quiero vivir sola —dijo—, quiero quedarme con vos, a vuestro lado.

—¡Eva!

—Os he dicho que no os hablaría de amor y os lo repito. Haced lo que queráis con el castillo de Chazelay.

—Recogeremos de él el retrato de vuestra madre y, cualquiera que sea la habitación que ocupéis, en ella estará ese retrato.

Eva tomó la mano de Jacques y la besó sin que él tuviera tiempo de impedirlo.

—Es agradecimiento —dijo ella—, no es amor. ¿No hemos convenido que no es bastante con que yo me arrepienta, sino que es menester que me recupere?

—Sin embargo un día tendremos que separarnos, Eva.

Eva lo miró con terror, pero su mirada no encerraba ningún reproche.

—Yo no os abandonaré, Jacques, a menos que me expulséis. Cuando estéis cansado de mí, me diréis: «Vete», y me iré. Únicamente habéis de buscarme o hacerme buscar, y no os costará mucho encontrar mi cadáver. ¿Pero por qué habríais de expulsarme?

—Si alguna vez me caso —dijo Jacques.

—¿Acaso no lo he previsto todo, aun esa hipótesis? —dijo Eva con una voz apagada—. ¿No hemos convenido que si vuestra mujer quiere tenerme a su lado, seré su dama de compañía, su lectora, su camarera? Dejad que decida ella, yo le rogaré que me acepte.

—Volvamos al castillo de vuestro padre. ¿Encontráis algún inconveniente en que hagamos de él un asilo? Ya está construido y, vendiendo los muebles, conseguiremos bastante dinero para poder constituir una renta. Me han dicho que hay en él cuadros de gran valor, un Rafael, un Leonardo da Vinci, tres o cuatro Claude Lorrain; vuelve la atracción por el lujo y por las artes y por eso fácilmente podremos conseguir trescientos o cuatrocientos mil francos sólo con la colección de cuadros.

—Oí decir a mi padre que había un Hobbema por el que habían ofrecido cuarenta mil francos, dos o tres encantadores Miéris y un Ruysdaél que no tienen par en los museos de Holanda.

—Bien, ya está resuelto lo del castillo. Si no tenemos bastante con la venta de los cuadros, venderemos tierras. ¿Recordáis que me dijisteis que no retrocederíais ante ningún peligro, que estabais dispuesta a cuidar mujeres, niños, y que aunque padeciesen fiebres contagiosas practicaríais la caridad, incluso con peligro de vuestra vida?

—Lo dije e incluso añadí que esperaba que cumpliendo este deber piadoso pudiese contraer alguna enfermedad contagiosa; que entonces vos me cuidaríais y que moriría en vuestros brazos, y que, convencida de que ya no podría volver a vivir, me abrazaríais y me perdonaríais.

—¿Y lo mantenéis? —dijo Jacques.

—Me preguntáis si lo recuerdo y os he de probar que así es en efecto.

—Bien —dijo Jacques—. Tengo que montar a caballo, no me esperéis hasta la cena. Si no vuelvo hoy, no os preocupéis, me habré entretenido.

—Gracias, Jacques —dijo Eva con dulzura.

Se levantó, se marchó mirando a Jacques y volvió a su habitación.

Poco después oyó el galope de un caballo. Se lanzó a la ventana y vio como Jacques Mérey doblaba la esquina de la pequeña calle por la que se iba al castillo de Chazelay.

Eva se equivocaba, porque Jacques no iba directamente al castillo.

Primero se dirigía a la cabaña de Joseph el leñador. Le costó algo llegar con el caballo a la cabaña, porque el bosque había crecido mucho.

Por fin lo descubrió. Joseph estaba sentado a la puerta y reajustaba su viejo fusil. Jacques lo reconoció, pero Joseph estaba tan lejos de pensar en el doctor, que éste tuvo que decir

su nombre para que volviera su recuerdo al bosque del cazador.

—¡Ah!, ¿sois vos, señor doctor? —gritó el buen hombre—. Estoy solo, mi pobre mujer ha muerto.

—Pero, ¿seguís bien, Joseph? Me parece que no habéis renunciado a vuestro antiguo estado.

—¿Qué queréis? Mientras vivió el señor marqués de Chazelay esperaba llegar a ser el guarda de todas sus propiedades, pero el pobre diablo fue fusilado y no quiso que yo fuera fusilado con él, quería que fuese a la guerra; pero hacer la guerra a mi país, ¡nunca! Soy un pobre campesino, pero tengo a Francia muy dentro de mi corazón.

—Así pues, según decís, amigo mío —preguntó Jacques—, toda vuestra ambición consistía en llegar a ser guarda de las tierras de monsieur de Chazelay.

—Sí, señor doctor. Ahora que no se ahorca a los cazadores furtivos, los propietarios inteligentes, harán de ellos sus guardas. Nadie tiene que decirnos por donde pasan las liebres y los conejos, sabemos donde se colocan los lazos, donde se tienden las redes, y el que tenga confianza en mí tendrá a su servicio a un hombre que no se dejará engañar.

—¿A quién pertenece este bosque en que vivís?

—Creo haberos dicho ya otra vez que pertenecía al señor marqués.

—Entonces —preguntó Jacques—, ¿forma parte de su herencia?

—Así es.

—¿Y acaso no os gustaría dejar este bosque y esta cabaña para ir a otro mejor?

—¡Oh! —dijo el cazador moviendo la cabeza con un gesto melancólico—, desde que la pequeña Helena se ha marchado, desde que ya no está *Escipión*, desde que ha muerto la madre, lo cambiaría por un alfiler.

—Entonces, todo se puede arreglar —dijo Jacques—. Estoy encargado por mademoiselle de Chazelay de vender los bienes de su padre y al que los comprase, le pondría como condición que os nombrara su guarda jurado. En cuanto a dinero, ¿cuánto queréis?

—El señor doctor lo sabe muy bien, nadie puede cumplir su oficio sin estar pagado.

—Sí, lo sé, amigo mío, por eso es por lo que os pregunto cuánto queréis.

—Señor doctor, un buen guarda no tiene precio. Pero vamos a tirar por lo bajo. Un buen guarda vale por lo menos ochenta francos por mes; tiene que matar dos conejos diariamente y una liebre cada domingo.

—Yo me encargo de conseguiros eso y de haceros construir en el paraje que preferáis una bonita casa de piedra en lugar de esta cabaña.

—Ya os he dicho, señor doctor, que no me importa el paraje. Todos me son indiferentes, sólo que éste es más triste que los otros, y si hubiera sabido dónde ir ya lo hubiese abandonado. Bien decidido estaba a marcharme de aquí, incluso de la región, ante la primera oferta que me hubieran hecho, pero en el país se me teme, no sé por qué, porque no soy un hombre malo. Es verdad que hubo un tiempo en que dije que mataría como a un perro al que intentara hacerme salir de esta cabaña, pero eran otros tiempos, cuando la niña jugaba con el pobre *Escipión* y la vieja nos hacía la sopa a los tres.

—¿Cuánto puede tener aproximadamente este bosque? —preguntó Jacques.

—Dos hectáreas, con dos o tres magníficos nacimientos de los que podría hacerse un bonito riachuelo.

—¿Pero no hay carretera para venir aquí?

—Está el camino del castillo, señor doctor, que pasa a medio cuarto de legua de aquí. Habría que empedrar un camino, eso es todo: sólo sería cuestión de algunos cientos de

francos.

—Pero —dijo Jacques—, pensaba encontraros rico.

—¿Yo rico? ¿Cómo?

—Me parece que el marqués de Chazelay hubiese podido legaros una decena de miles de francos por haber encontrado a su hija.

—¡Oh! No hubiese tenido que empujarle mucho; pero creedme, si queréis, señor Jacques Mérey, cuando vi volver a la pobre niña al castillo, tan desgraciada y triste, en vez de ir en busca del señor marqués, en cuanto le veía me iba a otro lado. Además, como os he dicho, renuncié a irme con él, dije que estaba de acuerdo con el nuevo orden de las cosas, todo acabó entre nosotros y creo que supo que me había hecho cargo de una carta que su hija me dio para vos; desde ese momento todo se acabó.

—Sí —dijo Jacques—, ya sé que le hicisteis algún favor a la pobre pequeña, tomad, he aquí un año de vuestra paga como guarda general, pagada de antemano.

Le entregó un pequeño saco de piel en el que había contado, antes de salir de Argenton, mil francos.

—Si vienen por aquí gentes con grandes papeles, cartones y pinceles: y estas gentes os dicen que son arquitectos, les dejaréis hacer.

—Todo lo que quieran, señor doctor.

—Ni una palabra —añadió Jacques—, sobre lo que hemos hablado, pues todo quedará en nada.

—Pero si no digo nada, todo seguirá igual, ¿no es cierto? »

—Sí, amigo mío.

—Señor Jacques, cuando se ha hecho un negocio sin firma, se sella con un apretón de manos; entre gentes honradas vale más que una firma. Dadme la mano, señor doctor.

—Hela aquí de todo corazón —dijo Jacques apretándosela cordialmente—. Ahora, ¿cuál es el camino más corto para ir al castillo?

Joseph fue delante y le llevó por un sendero que Jacques no había visto nunca hasta conducirlo al lindero del bosque.

—Mirad —dijo—, ¿veis esas veletas?

—Sí.

—¡Pues bien! Son las del castillo de Chazelay. ¡Pobre marqués! ¡Le gustaban tanto sus veletas! ¡Qué tontería! Ahora que está a seis pies bajo tierra ya no las oye chirriar.

Y Joseph se encogió de hombros con un gesto de profunda filosofía.

Capítulo trece

El castillo de Chazelay

El doctor continuó al trote de su caballo por el sendero que le había indicado Joseph. Se encontraba efectivamente a un cuarto de legua del castillo, y a mitad del camino de herradura que le conducía hasta allí y que, en efecto, pasaba a trescientos o cuatrocientos metros del pequeño bosque.

El guardián del castillo era el mismo Jean Munier, antes comisario de policía, que se había hecho intendente del territorio de Chazelay.

En el momento en que sus bienes fueron devueltos a Eva, había preguntado al buen hombre si prefería un trabajo tranquilo con seis o siete mil francos de sueldo a un puesto en París que podría perder en cualquier momento. Se sentía inquieto en este puesto de intendente, puesto que había oído decir que el castillo y todas sus dependencias iban a ser vendidos.

Vio acercarse con cierto temor a Jacques Mérey, al que tomaba como un comprador.

En efecto, las primeras preguntas de Jacques, que pidió ver el castillo con todo detalle, no le tranquilizaron, y a partir de entonces trató de crearse un protector en el recién llegado.

Preguntó a su vez:

—No creo —dijo Jacques—, que este castillo sea vendido, pero tendrá seguramente otro fin; si mademoiselle de Chazelay os ha prometido, como decís, encargarse de vuestro futuro, le recordaré su promesa. Decidme vuestro nombre y no os arrepentiréis de haberme encontrado en vuestro camino.

—Señor, me llamo Jean Munier.

Era el nombre del comisario de policía que había recogido a Eva al pie del patíbulo.

Le miró fijamente.

—Jean Munier —dijo—, en efecto, mademoiselle de Chazelay os debe muchos favores; si no le salvasteis precisamente la vida, se la habéis conservado en circunstancias terribles.

—¿Sabéis eso, señor?

—Sí... Y quizá la hayáis oído pronunciar mi nombre.

Jean Munier miró al desconocido con una nueva curiosidad.

—Me llamo Jacques Mérey —respondió el doctor fijando su profunda mirada en el intendente.

Jean Munier se sobresaltó, juntó las manos; y con una expresión de alegría sincera sobre la que no había dudas:

—¡Ah, señor! —exclamó—, os ha vuelto a encontrar.

—Sí —respondió fijamente Jacques.

—¡Ah! ¡Qué feliz debe ser, mi querida señorita! —exclamó el antiguo comisario de policía—. ¿Que si os ha nombrado? ¡Ah, ya lo creo! En todo momento os llamaba con gritos de dolor, con lágrimas. ¿Sabéis dónde la encontré, señor? —Continuó el buen hombre cogiendo el brazo del doctor.— La encontré al pie del patíbulo, donde quería morir porque os creía muerto. Y es un milagro que no haya pasado por él como los otros. ¡Veinte cabezas cayeron ante sus ojos! Afortunadamente el padre Sansou sabía llevar su cuenta y no quiso oír nada, estaba empeñada en morir. No está muerta, gracias a Dios, vive, es rica. Vais a casaros con ella, ¿no es cierto?

Jacques empalideció como un muerto.

—Enseñadme el castillo —dijo.

Jean Munier cogió las llaves y, sombrero en mano, condujo a Jacques Mérey a la escalera principal.

Jacques no había visto el castillo de Chazelay más que por fuera. Cuando el marqués vivía, siempre se había negado a entrar, aunque tres o cuatro veces fueron a buscarle, bien por indisposición de los dueños de la casa, bien por enfermedades de las gentes del señor marqués.

Era un castillo, como creemos haber dicho, del siglo xvi, con restos de torres, de murallas y de puentes levadizos. Tenía la formidable envergadura de los castillos de aquellos tiempos de guerra, y aún así, hubiese podido en rigor contener un asalto. Como todos los castillos de esa época, la entrada tenía una sala de armas tan grande como una casa de las de ahora; de esta sala de armas se pasaba a los salones, a las habitaciones, a los gabinetes, que se extendían a lo largo de tres fachadas, y estaban iluminados por ochenta ventanas. Una magnífica vista dominaba todos los alrededores. Una sola de estas habitaciones que parecía haber sido un dormitorio estaba totalmente desamueblada y conservaba, como único adorno, un gran retrato de una mujer parecida a Eva.

Era la habitación donde su madre se quemó la noche del baile. Este retrato era del que hablaba en el manuscrito y ante el cual, en sus días de tristeza, se ponía de rodillas y rezaba.

Después de esta habitación se sucedían los apartamentos amueblados, como ya hemos dicho, espléndidamente amueblados.

Ahí, en esas habitaciones, en esos gabinetes, Jacques encontró los cuadros de los que también le había hablado. El Rafael, que representaba a santa Genoveva hilando con un huso entre un cordero y el perro pastor; allí encontró los Claude, Lorrain, los Hobbema, los Ruysdaél, los Miéris, un Leonardo da Vinci maravilloso; en fin, todo un tesoro de pinturas italianas y flamencas.

Anotó todos estos cuadros en un cuaderno, dio la lista a Jean Munier y le ordenó ponerlos en cajas. En las chimeneas encontró miniaturas de Petitot, Latour, d'Isabey y de madame Lebrun, tres o cuatro Greuze, encantadoras telas de gabinete, viejas joyas de sajonia tan frecuentes en las chimeneas de los viejos castillos a orillas del Rhin. Había también una fortuna en estas pequeñas cosas inútiles que son las primeras exigencias del lujo. Todo esto fue anotado por Jacques con orden en las cómodas y secreteres de Boule y de palo de rosa que llenaban las dependencias del castillo.

Candelabros, espejos venecianos, lámparas con millares de cristales tallados, candelabros caprichosos como sueños de la Pompadour o de la Dubarry; los dinteles de las puertas de Boucher, de Watteau, de Vanloo, de Joseph Vernet, colecciones de esmalte de Limoges, tesoros a los que Eva no había hecho el menor aprecio, bien porque ignorara su valor, o porque estuviese demasiado triste para ocuparse de demasiadas bagatelas.

En el segundo piso, toda una colección de muebles Luis XVI que en aquella época sólo valían su precio de compra, pero que hoy hubiesen arruinado a un coleccionista. Se hubiese necesitado no de un solo día, sino de un mes para visitar todas las habitaciones y todos los salones apreciando sus riquezas; había tapices de Beauvais y D'Arras maravillosos. Habitaciones enteras tapizadas en telas de la China, cuyos muebles, adornos y porcelanas venían de la China; hubiese necesitado tres generaciones de ricos amantes y coquetas amadas, para poder reunir lo que había en este gigantesco templo de granito.

Como todos los emigrados, el marqués de Chazelay, pensaba que su ausencia no duraría más de cuatro o cinco meses, por lo tanto había dejado en sus estuches, en sus cajas, los

objetos más preciosos; el embargo había conservado todo intacto. Sólo con lo que Jacques Mérey iba a coger del castillo de Chazelay, se podían amueblar cuatro casas y dos castillos de los que se construían entonces. Los terrenos que rodeaban el dominio estaban dedicados a huertos frutales, a parques con paseos como empezaban a hacerlos en Francia, según la moda inglesa; pues bien, también había uno de esos parques cuyas avenidas sin fin parecían conducir a los confines del universo.

Solamente con talar los árboles superfluos se podrían reunir más de cien mil francos.

En el fondo de la meseta sobre la cual estaba situado el castillo había una pequeña ribera que después de formar dos o tres remansos rebosantes de peces iba a entregar sus aguas al Creuse.

No hay nada más pintoresco que estos molinos que semejaban las fábricas que el arquitecto de María Antonieta había construido en el pequeño Trianon y que dieron origen a la mayor parte de los calumniosos rumores que persiguieron a la pobre reina durante su vida, y que aún la perseguían.

Cada una de estas edificaciones podía servir de retiro para un poeta, para un pintor, para un compositor. Por cada una de las ventanas arregladas artísticamente, se veía un panorama diferente, siempre bien elegido, unas veces terrible, otras gracioso.

El administrador que encontró Jacques en el castillo, al que por lo demás iba todos los días para cerciorarse de que todo seguía bien, vivía en uno de esos pequeños retiros con su mujer, que todavía era joven, y con sus dos niños.

Jacques le dijo lo que había hecho en favor de Joseph, el leñador.

Jean Munier conocía al hombre, pero ignoraba lo que había influido en la vida de Eva y de Jacques.

Sin decirle más de lo que ya sabía, sin presentir lo que quería hacer con el bosque en donde estaba la cabaña del leñador, Jacques le recomendó que fuese bueno con él y que le permitiera cazar todo lo que quisiera.

A cada paso que daba en su regreso, Jacques encontraba un recuerdo. Aquí había curado a un niño que se había caído de un árbol en el que buscaba un nido; un poco más allá era una madre que había contraído la difteria cuando cuidaba de su hija, allí era un viejo paralítico con el que por primera vez había intentado la cura por medio de venenos, es decir, con estricnina y glucina. Un campesino cuyo fusil había reventado se había mutilado la mano y gracias a los meticulosos cuidados que el doctor le había prestado, lo vio cómo trabajaba con la mano que otro hubiese amputado y que él le había conservado para ayudarle a alimentar a su familia.

Al reconocerlo, todas estas personas lo paraban, le hablaban de él, sin que ninguno lo dejase ir sin hablarle también de Eva, reproduciéndole siempre un dolor creciente cada vez que pronunciaban su nombre.

Por lo demás, ¿no estaba más presente que nunca ese nombre en su pensamiento? ¿No seguía el mismo camino por el que había vuelto el día en que él llevaba a Eva envuelta con su abrigo? Hacía casi diez años de todo esto y cada uno de los detalles del camino todavía le eran actuales como si hubiese ocurrido ayer, acompañado de *Escipión* que corría delante de él y que volvía a su encuentro saltando alrededor del abrigo en el que iba envuelta su pobre amada.

Entregado a sus pensamientos, dejaba ir a su caballo a paso de andadura, agradeciendo a Dios que el hecho de no poder el hombre adivinar el futuro era un supremo bien, cuando, con el fin de realizar no sólo una buena acción, sino de hacer progresar a la ciencia, llevaba ese cuerpo inerte y mal formado, sin esperar verlo llegar a un desarrollo tan perfecto como el que había conseguido a costa de tantos cuidados.

Estaba lejos de adivinar la influencia que aquella niña enmudecida, desvaída, desprovista de inteligencia y casi sin aliento, habría de tener en su destino.

El hombre tenía escrita ya su historia en el libro del universo, en el que el hombre, sorteando al azar todos los accidentes de su camino, cada uno de los cuales lo impulsaban a derecha o izquierda, cambiaba en algo su futuro tan desconocido para Dios como para el propio hombre.

¿Qué hubiera hecho él con ese ser informe que entorpeció su marcha? ¿Si hubiera sabido que de él nacería esa fuente de dolor en la que bebería y en la que durante seis años había creído beber todas las delicias de la vida!, sin duda la hubiera abandonado en cualquier punto del camino, o cuando menos la hubiese devuelto a la fétida paja en la que la encontró. ¡Pues bien!, no, ¿cuántos sombríos misterios guarda el corazón?, la curiosidad hizo acaso que esta pequeña criatura le fuera más querida y más interesante cuando supo de qué instrumentos se servía la desgracia para sondear su inagotable bondad. ¡No!, la conservó viva y por los momentos de felicidad que le había dado este encuentro inesperado, hubiera estado dispuesto a correr el riesgo de grandes torturas, que, estaba obligado a confesarse a sí mismo había padecido no sin una amarga dulzura.

Dominado por estos pensamientos entró en Argenton. Desde lejos vio la pequeña casa con su mirador, en el que lo esperaba Eva, y con un sentimiento de dolor, que por otra parte deseaba vivir, se dijo que iba a encontrar de nuevo la bella flor salida de la raquílica planta que allí había sembrado.

A unos veinticinco pasos de la casa se encontró con Bautista, que vino hacia él con cara alegre. Había ido a ver al doctor y no lo había encontrado, pero había encontrado a Eva. Con aire familiar puso su mano en el cuello del caballo de Jacques y lo acompañó agradeciéndole por centésima vez haberle salvado la vida.

—¿Eres feliz?, mi buen Bautista —preguntó Jacques.

—Claro que sí, señor doctor —respondió éste— y en verdad creo que hay una Providencia para los pobres.

—¿Por qué para los pobres, Bautista?

—¡Ah!, porque se necesitan muchas cosas para contentar a los ricos, señor Jacques, mientras que, para los pobres, con tres o cuatro días que se asegure el pan, ya estamos contentos. La menor cosa que nos cae del cielo nos satisface. Hace tres días yo no tenía ni un céntimo, ni un pedazo de pan; me enteré que había llegado mademoiselle Eva, me alegro con la noticia, y ya tengo para comer; voy a verla, me da un luis, ya tengo para diez o doce días y dentro de diez o doce días, conseguiré una parte de la pensión que me habéis concedido.

Mérey lanzó un suspiro. Eva empezaba a ejercitar, por sí misma, y sin ser impulsada la caridad que él le había inculcado como un deber.

Entregó su caballo a Bautista, sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta y entró en la casa.

Era la hora de comer. Jacques Mérey se fue directamente al comedor.

Al pasar ante la habitación de Eva la encontró abierta y vio la sombra de la joven proyectándose en la habitación.

La mesa estaba servida, pero había un solo cubierto. Llamó a Marta con un tono más brusco que de costumbre.

—¿Dónde está Eva? —preguntó.

—En su habitación —respondió Marta—, donde sin duda espera a que la llaméis.

—¿Quién ha ordenado poner un solo cubierto en la mesa?

—Ella.

—¿Por qué?

—Porque ha dicho que no sabía si le permitiríais comer con vos.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas del doctor.

—¡Eva! —gritó con un movimiento irreflexivo.

—Aquí estoy, dulce dueño mío —dijo Eva.

—Poned el cubierto de mademoiselle —dijo el doctor a Marta, volviéndose para ocultar la alteración de su rostro.

Capítulo catorce

El arquitecto Fontaine

¡Orgullo!, látigo de víboras, manojos de flores con el que la suerte, más por su capricho que por orden de un dueño soberano flagela o acaricia al hombre.

Móvil de todas las grandes acciones, fuente de todos los grandes crímenes que perdieron a Satán, que glorificaron a Alejandro. A veces obstáculo, a veces medio, que encontramos en todos los caminos, en todos los instantes, bajo todas las formas para ayudar al hombre en sus esperanzas y contrariarlo en sus proyectos.

Pero de todos los orgullos el más poderoso es seguramente el que se esconde en lo profundo del corazón como en un tabernáculo bajo el nombre sagrado del amor. Ser amado por una bella mujer es una superioridad sobre los otros hombres; ser olvidado o desdeñado por ella es una caída que nos pone por debajo de ellos, y el odio que inspira la traición de la que o del que amamos, es mucho mayor, más duradero, más perseverante, que cualquier aproximación entre los dos corazones heridos, es un recuerdo surgido del error, mejor dicho, de la ingratitud que uno de los dos ha cometido.

Cuanto más se aproximan los dos cuerpos, más tienden a confundirse las dos almas, más se buscan sus labios y más una voz interior os grita:

—¡El otro, el otro, el otro!

Y entonces este amor dispuesto a entrar en vuestro ser, a adueñarse de nuevo de vuestra persona, se vuelve un sentimiento de odio, y en lugar del bálsamo que ya teníais para poner sobre vuestra herida os clavan un puñal flamígero y emponzoñado como el de Malais.

¡Oh, Oteló! Sombrío espejo que el más grande poeta que nunca haya existido ha presentado a las miradas del hombre, sed nuestra eterna admiración.

Nada desarma a los celos. ¡Una caricia! Otro ha recibido la misma. ¿Una lágrima? También ha llorado por otro. ¡Te amo! Se lo ha dicho a otro igual que a ti.

¿Está triste?, recuerda ¿Está alegre?, olvida. Dos culpas tan grandes la una como la otra a los ojos del corazón ulcerado que bajo las miradas ardientes hace estallar uno tras otro, todos los sentimientos del corazón que lo ha engañado.

La humildad de Eva era enternecedora:

«¿Querrá que coma en la misma mesa que él?» Jacques estuvo a punto de explotar, de abrirle los brazos y de arrastrarla a una noche lo suficientemente oscura para no verla. Pero no viéndola, la hubiese sentido apoyada contra su pecho, hubiese sido demasiado pronto, puesto que ella, aunque sólo una vez, se había apoyado en el pecho de otro.

No, hay que dar tiempo al tiempo. Es necesario que la herida se cierre, es necesario que donde estuvo las carnes se endurezcan por el esfuerzo de la cura, y que ese lugar que fue el más doloroso de todo nuestro cuerpo mientras la carne sangrante ha estado en contacto con el aire, se vuelva el más insensible bajo el callo de la cicatriz.

Hay que dar tiempo al tiempo.

El tiempo que estuvieron en la mesa el uno al lado del otro no fue más que un largo y constante dolor, quizá más agudo, sin embargo, mucho más soportable que si hubiesen estado separados el uno del otro.

Jacques Mérey se levantó el primero, era sin duda el que más sufría. Sonrió al dar las buenas noches a Teresa. ¡Había tal tristeza en esta sonrisa, tantas lágrimas en este adiós!,

que apenas se cerró la puerta, Eva estalló en sollozos.

—¿Qué tiene nuestro amo? —gritó Marta entrando toda asustada—. Sube llorando a su habitación y os encuentro a vos llorando.

Eva cogió las manos de la buena mujer.

—¿Lloraba? —preguntó—. ¿Estáis segura que lloraba?

—Lo he visto como os veo a vos —dijo Marta extrañada.

—¡Oh! ¿Yo? Yo no lloro —dijo Eva.

Y enjugó sus ojos que en efecto brillaban como dos estrellas iluminadas por un rayo en la noche oscura.

Eva subió a su habitación, dichosa por este primer momento de felicidad que había tenido desde que encontró a Jacques. El hombre que adoraba, por el que hubiese dado su vida, sufría tanto como ella, puesto que lloraba tanto como ella.

Al día siguiente, un desconocido, que parecía un artista y que había llegado la víspera en la diligencia, se hizo anunciar por Marta a Jacques con el nombre de monsieur Fontaine, arquitecto.

Jacques se encerró con él, se hizo servir la comida en su laboratorio y pasó todo el día trabajando con él.

Eva comió y cenó sola, o mejor dicho, ni comió, ni cenó. El momento de alegría del día anterior se había borrado. Sus proyectos de separación eran más fuertes que nunca, puesto que el hombre que contribuía a ellos había llegado.

Al día siguiente, salieron los dos, pero esta vez en coche.

Iban a visitar el bosque de Joseph y el castillo de Chazelay. Fueron en coche hasta el límite más cercano al coche. Allí les esperó el coche, y fueron andando hasta la cabaña de Joseph.

Entraron y encontraron al cazador contento todavía por la conversación que había tenido con el intendente de mademoiselle de Chazelay, que le había asegurado que, ocurriese lo que ocurriese, su puesto no haría sino mejorar.

Jacques indicó a monsieur Fontaine el lugar preciso donde había encontrado a Eva, y que tenía que convertirse en el centro de una bella mansión, mitad quinta, mitad castillo, con todas las características que los ingleses y americanos imprimen a sus casas.

Monsieur Fontaine, hombre clásico de la escuela griega, no comprendía que la casa tuviese una terraza con un frontón, como la de Júpiter Stator. Puso dificultad tras dificultad, hasta que Jacques cogió un lápiz y en un cuarto de hora esbozó su pensamiento sobre el papel; después, al lado de este encantador dibujo, que revelaba a un hábil paisajista, hizo el plano interior de la casa.

—Pero, monsieur Mérey —le dijo monsieur Fontaine—, debierais haberme dicho que vos también erais arquitecto.

—Sí señor, arquitecto amateur —respondió riendo Jacques—, simplemente diseñador, lo suficientemente hábil en este arte, que he practicado mucho, puesto que he viajado mucho. Hace tiempo que soñé con esta pequeña edificación considerándola la más apropiada para las necesidades de un matrimonio que posea cuatro caballos, dos coches y seis criados.

—¿Cuánto pensáis que podrá costaros esta fantasía? —preguntó el arquitecto.

—Lo que queráis, señor —respondió Jacques.

El arquitecto cogió un lápiz y empezó a hacer números.

—Os costará —dijo al cabo de unos diez minutos—, entre ciento veinte y ciento treinta

mil francos.

—Sea —respondió Jacques—. Ahora dibujaremos el parque.

—¡Bien, señor!, continuad con lo que habéis empezado —dijo el arquitecto.

—Con mucho gusto —dijo Jacques.

Sacó de su bolsillo un plano de un pequeño bosque en medio del que colocó su construcción, proporcionándola a la medida del plano; alrededor de la casa indicó los árboles que necesitaban traer, los que debían derribar; se aprovechó de los accidentes del terreno para rodearla con el agua de los riachuelos que corrían por esa parte del bosque. Eligió la situación de las puertas y ventanas de tal manera que coincidieran con las vistas más pintorescas. Sacó partido del castillo, de la pequeña ciudad de Argenton, y del valle de la Creuse que se extendía hacia un horizonte azulado.

—Esto dará muchos trabajos de cimentación, señor —dijo el arquitecto.

—Pongamos setenta mil francos para estos trabajos —dijo Jacques.

—¡Oh, será más que suficiente! —respondió monsieur Fontaine.

—Pues bien, firmemos un presupuesto de doscientos mil francos —dijo Jacques—, pero no quiero ocuparme de nada, y quiero que en el mes de junio esté todo terminado.

—Es posible —dijo monsieur Fontaine—, pero como habrá que pagar la rapidez, quizá nos excedamos en unos diez mil francos.

—Pongamos diez mil francos para imprevistos —dijo Jacques.

—¡Pardiez!, señor —dijo el arquitecto—, arregláis ampliamente las cosas, da gusto tratar con vos.

Jacques cogió una hoja de papel y escribió:

Ruego al señor Ainguerio que pague a monsieur Fontaine, arquitecto, bien sea en un solo pagaré o en varios, y según su criterio, la suma de doscientos mil francos a mi cuenta.

Jacques Mérey.

—Ahora —dijo Jacques—, oídllo bien, señor, voy a daros los detalles de los adornos interiores. No quiero ocuparme de esto más que para visitar los trabajos una o dos veces al mes. Dispondréis de un hombre del que ya hablaremos más tarde y que vigilará a los trabajadores.

Después escribió sobre otra hoja de papel:

Me comprometo a dar a monsieur Jacques Mérey la pequeña casa del bosque de Joseph, así como el parque diseñado al estilo inglés según el presupuesto realizado por mí, en el plazo de cuatro meses, por la suma de doscientos diez mil francos, que reconozco haber recibido al contado.

Pasó el papel a monsieur de Fontaine, éste lo firmó, Jacques Mérey lo dobló y lo guardó en su cartera.

—Ahora —dijo—, ya no tenemos nada que hacer aquí. ¿No es cierto?

—No —contestó el arquitecto.

—Pues bien, vayamos al castillo.

Los dos volvieron al coche que les esperaba en el borde del camino, y cinco minutos más tarde se encontraban en el castillo de Chazelay.

Fue ante la vista de este castillo donde el odio clásico que monsieur Fontaine sentía hacia las construcciones de la Edad Media estalló con toda su fuerza y se rebeló contra las torres, contra los puentes levadizos, contra los arcos, contra las ventanas ojivales, contra los muros de diez pies de espesor. Demostró cómo con los materiales inútiles que se habían empleado en este castillo se hubiesen podido construir tres más, y sintió del modo más elocuente, dejando aparte los años 1793, 1794, 1795 y 1796, los años de barbarie en los que los señores necesitaban levantar semejantes fortalezas contra sus vecinos.

De igual modo que monsieur de Fontaine tan sólo aceptaba la construcción griega, sólo admitía los muebles antiguos; no comprendía cómo podían sentarse en una silla, si no tenía forma de curul, sobre un sillón, si no estaba tallado como el de César o de Popea. Todos los muebles encantadores Luis XV y Luis XVI, le hacían enfurecerse contra el mal gusto de la época.

—De estos muebles, no os ocupéis —le dijo Jacques—. Ya están destinados, amueblarán mi casa del bosque de Joseph y mi casa de París, puesto que tendréis, señor arquitecto, que construirme una casa en París.

Esta promesa contentó un poco a monsieur de Fontaine del lamentable espectáculo que tenía ante sus ojos.

—Y de esto —preguntó—, ¿qué pensáis hacer?

—Primero, ¿a qué llamáis esto?

—A esta anticualla de castillo.

—De esta anticualla de castillo, monsieur Fontaine, haremos un hospital.

—¡Ah! —dijo el arquitecto—, por cierto es para lo único que vale.

—¿Pensáis que los enfermos se encontrarán bien aquí?

—No es el aire lo que les faltará —dijo el arquitecto.

—El aire—dijo Jacques—, es uno de mis medios curativos.

—¿Sois médico, señor?

—Médico aficionado, sí.

—Espero que me expongáis vuestros puntos de vista personales para la construcción interior de este hospital —dijo el arquitecto—; he construido más castillos que hospicios.

—Es decir —respondió sonriendo Jacques—, que habéis construido más cosas inútiles.

—¿Ciudadano y filántropo? —preguntó monsieur Fontaine.

—¡Afiicionado, sí señor! En cuanto a los jardines no creo que haya nada que cambiar —continuó Jacques—, tienen grandes avenidas de tilos donde hay frescor bajo el sol más ardiente, y lugares descubiertos donde uno puede calentarse al menor rayo de sol de diciembre o de enero.

—Pero con esta sala de armas en la que cabría el Louvre con todos sus retratos de familia y sus armaduras, ¿qué pensáis hacer?

—Un paseo de invierno, bien caldeado para mis enfermos. ¿Pensáis que se encontrarán mal aquí?

—Pero habrá que poner una estufa en cada rincón —observó el arquitecto.

—Las estufas son malsanas, pero esta inmensa chimenea —preguntó Jacques—, ¿creéis que está aquí como simple adorno?

—Tendréis que quemar encinas enteras en vuestra chimenea.

—Las quemaremos —dijo Jacques—. El castillo de Chazelay tiene dos hectáreas de bosques, por lo tanto algo así como diez mil encinas para quemar. Pero me gustan las

cosas, ya lo sabéis, bien hechas, necesito de setenta a ochenta habitaciones para los enfermos. Sitúadlas en el bajo y otras tantas para mis pobres en el primero.

El arquitecto puso manos a la obra de cálculo, midió, distribuyó, y al cabo de dos horas durante las cuales Jacques Mérey se había quedado pensativo y soñador, los ojos hacia Argenton, redactó su presupuesto.

—Sirviéndonos de todos los medios —dijo—, y tabicando con simple madera blanca o con yeso, sesenta o setenta mil francos serán suficientes.

—Os daré setenta mil francos, querido monsieur Fontaine —dijo Jacques.

Escribió:

Suplico al señor Ainguerio pague a monsieur Fontaine de una sola vez o en varias, según su voluntad, la suma de setenta mil francos, con la condición de que el castillo de Chazelay quede transformado en hospicio a finales de junio del presente año.

Y firmó.

Por su parte, monsieur Fontaine entregó a Jacques su compromiso de acabar en la fecha prevista.

Monsieur Fontaine tenía que marcharse esa misma noche a París. Jacques Mérey le condujo directamente a la diligencia.

—¿Y de vuestra casa de París —preguntó monsieur Fontaine— no hablamos?

—Os escribiré —dijo Jacques—. No la necesito hasta el invierno.

Con estas palabras, monsieur Fontaine se despidió de Jacques, subió al coche y partió.

Capítulo quince

«*Ecce Ancilla Domini*»

El mes de marzo y la mitad del mes de abril pasaron sin que nada cambiase la postura que los dos jóvenes mantenían.

Sobre todo Jacques Mérey mostraba una enorme rigidez en sus relaciones con Eva. Era amable en todo, en sus palabras, en el sonido de su voz, en sus miradas; pero nunca tierno y enamorado. Había adoptado un diapason del que no se apartaba jamás.

Por parte de Eva, era la gama de la humildad, de la sumisión y de la ternura la que servía de base a todas sus palabras. Ya no se ocupaba de la música ni del dibujo; en cuanto Jacques salía, y salía a menudo con el pretexto de visitar a sus pobres, ella se sentaba a la rueca e hilaba.

Marta la enseñó a hilar.

Entregada, tal y como lo había prometido, a las miserias humanas, había sustituido los trabajos útiles, los trabajos domésticos, por los talentos de la mujer de mundo, de un mundo al que había renunciado.

Un día Jacques Mérey entró más pronto que de costumbre, y la vio como a Margarita sentada ante su rueca. Se acercó a ella, la miró un instante con una atención llena de indulgencia; después, con un ligero movimiento de cabeza:

—¡Bien, Eva!—dijo.

Y se retiró a su laboratorio sin añadir ni una sola palabra.

Las dos manos de Eva cayeron en su regazo, su cabeza se desplomó sobre el respaldo de su sillón, sus ojos se cerraron y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Los primeros bellos días de la primavera, todavía esperada, se anunciaban en el horizonte. A ciertas horas del día, tintes rosas y azules tamizaban las nieblas fugitivas del invierno. En los últimos soplos de abril, se anunciaban las dulces brisas de mayo, y ya en algunos árboles más aplicados que los otros las aterciopeladas yemas estallaban y dejaban adivinar las puntas verdes de sus primeras hojas.

Bajo este soplo tibio y cordial, el jardín de la pequeña casa volvía a recobrar todo su encanto y toda su juvenil virilidad.

Las flores brotaban, no diseminadas entre los charcos o los islotes de nieve, sino agrupadas en macizos. El árbol del bien y del mal no solamente estaba cubierto con sus flores estrelladas, sino que sus hojas acudían a socorrer a sus flores de las heladas de la primavera.

El riachuelo había recobrado su murmullo y su transparencia, y hacía unos días que el cenador empezaba a cubrirse con sus hojas todavía menudas.

Los primeros cantores de la primavera, los colorines, los paros, los pinzones buscaban un lugar para construir sus nidos; de vez en cuando se oían dos o tres notas melodiosas escaparse de la garganta de la curuca. El ruiseñor intentaba ensartar sus notas como si fuesen perlas, pero de pronto se callaba, un frío tardío ahogaba su canto melodioso y le forzaba a cesar.

Las golondrinas habían vuelto a aparecer.

Ninguno de estos síntomas de retorno a la vida y al amor escapaban a Eva; era más un pájaro que una mujer, más un ser sensitivo que razonador. El viento, el sol, la lluvia se reflejaban en ella; sentía los cambios de la naturaleza. A veces sorprendía a Jacques

Mérey con la mirada fija sobre todas estas transformaciones vegetales y animales que acompañan al despertar de la naturaleza. Seguramente encontraba el mismo encanto que ella; pero, como si hubiese condenado a su boca a no sonreír ante estas dulces emociones, en cuanto se sentía espiado lanzaba un suspiro y entraba. Sin embargo, de vez en cuando, discutía con Eva durante largo tiempo. Le contaba entonces cómo había convertido el castillo de Chazelay en un hospital modelo donde los ancianos, las mujeres y los niños pobres podrían disfrutar del aire puro, de buenos alimentos y sol. Eva le pedía entonces ver y seguir estos trabajos filantrópicos, pero Jacques le respondía siempre:

—Os conduciré cuando llegue su momento, y tendréis todo el tiempo para dedicaros a esta santa ocupación.

Hacia el fin del mes de mayo, Eva vio volver al mismo hombre de la cartera que ya había venido una vez. Era monsieur de Fontaine que venía a comprobar con sus propios ojos que sus trabajos se realizaban con puntualidad e inteligencia.

Uncieron los caballos al coche y Jacques Mérey y él se marcharon, como ya lo hicieron otra vez.

La pequeña casa del bosque Joseph estaba completamente terminada, y Jacques iba a recoger los ramos que los albañiles ofrecían a los propietarios cuando ya no les queda nada por hacer en la obra ejecutada.

Jacques se había preocupado mucho, aunque no se lo dijese a monsieur de Fontaine; por lo tanto no había un solo detalle en la escultura y la arquitectura que no armonizase.

A pesar de su antipatía hacia los techos puntiagudos el arquitecto había comprendido que en nuestra bella Francia, donde nieva las tres cuartas partes del año, donde llueve la otra, los techos aterrazados no sirven más que para formar depósitos en los tejados de las casas. Todas las maderas habían sido talladas y esculpidas a la vez que se construía la casa, por lo tanto no hubo más que colocar los goznes en los huecos y encajar las puertas y ventanas.

Jacques Mérey eligió el color de los papeles. Monsieur Fontaine se encargó de enviarlos desde París con obreros especializados en colocarlos, no por medio de rodillos, sino por largas tiras.

Se marchó encantado de como había ido el trabajo prometiendo volver después de quince días para ver la casa en su conjunto final.

Jacques Mérey le hizo al mismo tiempo el plano de la casa de París y le había encargado que adquiriese un terreno del lado del Faubour Saint Honoré o de la calle de l'Arcade.

Cuatro o cinco días después, los obreros y tapiceros llegaron, de modo que en diez días papel, cortinas y puertas estuvieron colocados.

Jacques había elegido papeles oscuros para hacer resaltar los cuadros, y cuando monsieur de Fontaine regresó tuvo que reconocer que no había en el mundo más que un solo pintor llamado Rafael, pero que la escuela flamenca, la veneciana, y la napolitana, la florentina, la española, la holandesa y así como la escuela francesa tenían su mérito.

Jacques Mérey no había empleado para su casa del bosque Joseph más que los dos tercios de los cuadros que le proveía el castillo de Chazelay, le quedaba el doble de los que había utilizado para su casa de París, había reservado todos los cuadros de santos para la pequeña iglesia del hospital. Había cuidado especialmente una habitación de la pequeña casa del bosque Joseph: era en la que había colocado, enfrente de la cama, el retrato de madame la marquesa de Chazelay, la madre de Eva, la que tan desgraciadamente había sucumbido devorada por las llamas.

Los más bellos muebles, los de palo de rosa y ébano con incrustaciones de marfil, los

muebles de Boule más finamente acabados, estaban reunidos en esta habitación. Los jarrones de la chimenea y el péndulo eran sajones ingeniosamente elaborados; los marcos de los espejos también eran sajones, e incluso la chimenea era de porcelana de Dresde. Todo ello resaltaba admirablemente, incluso el retrato de la marquesa de Chazelay, sobre una tapicería de terciopelo granate.

No es necesario decir que los tapices de las habitaciones armonizaban perfectamente.

Esta habitación, que se encontraba en el mismísimo centro del edificio, justo encima del lugar donde Jacques, guiado por *Escipión*, había encontrado a la pequeña Elena, y miraba hacia el encantador paisaje que hemos descrito y que el castillo de Chazelay se ofrecía en su horizonte de la izquierda y el valle de la Creuse en el de la derecha.

Enfrente de estas dos ventanas del centro había un gran claro a través del bosque que permitía percibir Argenton y con un catalejo distinguir la casa del doctor con su laboratorio.

Por el contrario, la habitación del doctor que comunicaba con la que acabamos de describir por un lado por un gabinete y por Otro por un corredor, era de una gran austeridad. Era la de Cicerón, realizada en Cumes e inspirada en los más bellos modelos encontrados en Pompeya. A un lado una biblioteca y al otro un salón moderno amueblado completamente estilo Luis XV, con todos los objetos de esta época que le había provisto el castillo de Chazelay. Las pinturas del gabinete, imitación de las de Pompeya, fueron realizadas por alumnos de David.

Había un comedor de invierno en un invernadero lleno de flores exóticas, y un comedor de verano daba a un encantador parterre de nuestras más vivas y perfumadas flores que crecen en occidente.

Jacques había ideado la casa de tal manera ubicada en el centro del bosque, que no se advertía ninguna diferencia, ninguna sorpresa al trasponer sus umbrales.

Las obras del hospital estaban tan avanzadas como las de la casa de campo. Todas las separaciones estaban hechas, todo estaba pintado al temple gris perla enmarcado con color cereza. En cada celda sólo había un crucifijo que las ventanas al abrirse inundaban de luz. Las celosías, que se abrían y cerraban a voluntad, marcaban el grado de luz que el médico juzgaba necesario para el enfermo.

Tenían ya sitio para cuarenta o cincuenta camas: una veintena de celdas vacías estaban dispuestas para el caso de que estas cuarenta camas resultasen insuficientes.

El bueno de Jean Munier vigilaba todo esto con un cuidado a la vez egoísta y agradecido.

Las celdas vacías contenían por el momento la parte de muebles y cuadros que no habían sido empleados. Ya hemos dicho que los cuadros de santos estaban reservados para la iglesia. Porque, aunque las iglesias estuviesen cerradas en París, no ocurría lo mismo en provincias. Algunas localidades más religiosas que otras —conocemos la sinceridad de los Berrichons por su culto— no habían conservado únicamente sus iglesias, sino también sus párrocos.

El párroco del castillo de Chazelay, un buen hombre, hijo de un campesino a quien monsieur de Chazelay había costado una educación religiosa, no se había inquietado por la proscripción de los sacerdotes, ni por el juramento que de ellos se había exigido. Nadie le había pedido que prestase el juramento constitucional, y él no había ido a ofrecérselo a nadie; se había quedado con los servidores del castillo conservando su hábito, mitad eclesiástico, mitad paisano, y nadie se había preocupado de él. No era tan importante, para bien o para mal, para que nadie pensase en denunciarlo; su poca importancia le salvó.

Cuando le dijeron que los bienes del castillo de Chazelay serían entregados después de la

muerte del marqués a su hija, la visitó y fue a felicitarla, pidiéndole que siguiese unido a la casa en las mismas condiciones en las que había estado anteriormente.

Eva se acordaba perfectamente de este hombre digno; lo había visto durante la breve estancia en que estuvo en el castillo. Se había acercado a ella y le había ofrecido los socorros de la religión; ella se los agradeció, ignoraba en qué, los socorros de la religión podrían ayudarla a soportar una desgracia que consideraba irreparable, puesto que se creía separada para siempre del hombre a quien amaba.

—Primero —le dijo durante la visita que él le había hecho en Argenton—, el castillo está destinado a convertirse en hospicio, y en un hospicio, más que en un castillo se necesita de un buen párroco que hable la lengua simple e inocente de la religión, ya que se dirigirá a campesinos, es decir a hombres simples e inocentes.

En sus viajes al castillo Jacques Mérey había hablado varias veces con él y le había encontrado siempre indulgente y paternal; eran a su parecer las dos grandes cualidades que debía reunir un sacerdote. Por lo tanto, igual que a Joseph el cazador, y que a Jean Munier, el intendente, le prometió que en nada cambiaría su situación si no era para mejorar. El estaba encargado de visitar todos los pueblos circundantes y de hacer una lista de las gentes verdaderamente pobres que debían recibir socorros a domicilio, y de aquellos que no teniendo domicilio no podían recibirlo más que en el hospital.

Aquel día Jacques Mérey se encerró con él y hablaron largo tiempo.

Era sin duda de Eva y de sus futuros proyectos de lo que estos dos hombres se ocuparon, puesto que en cuanto terminó la conversación el párroco ensilló un pequeño caballo que le servía en sus obras piadosas y tomó el camino de Argenton.

Dos horas más tarde Jacques Mérey se marchó a su vez, y a una legua de Argenton encontró al abate Didier, era el nombre del buen hombre que volvía al castillo.

—¡Bien! —le preguntó—. ¿Qué ha respondido?

—Ha respondido: «Que su voluntad y la de Dios sean hechas.» Después ha unido sus manos y ha rezado. ¡Esta mademoiselle Eva es una santa!

—Gracias, padre —dijo Jacques.

Y continuó su camino.

Era fácil ver que se había impuesto una nueva penitencia a Eva, él soportaba muy dolorosamente una parte de esta penitencia, por ello a medida que se acercaba a Argenton, su frente se oscurecía, y, cuando puso la mano en el picaporte de la puerta de la pequeña casa, como si hubiese querido anunciar su presencia y no aparecer de golpe con ayuda de su llave, su mano temblaba.

Llamó sin embargo, y Marta vino a abrirle.

—¿No ha ocurrido nada extraordinario durante mi ausencia? —preguntó Jacques.

—No, señor —contestó la vieja Marta—. El cura del castillo, el abate Didier, ha venido. Ha hablado durante diez minutos con mademoiselle Eva; creo que ha llorado, y se ha ido a su habitación.

Jacques Mérey hizo un signo con la cabeza. Dudó un momento entre entrar a la habitación de Eva o subir a su laboratorio sin pasar por allí; pero cuando llegó al primero se adelantó dulcemente hasta la puerta, escuchó, y llamó.

—Entrad —dijo la voz de Eva, que, sabiendo que Jacques Mérey no llamaba normalmente a la puerta de la calle, no le había reconocido y creyó que se trataba de un extraño.

Apenas había abierto él la puerta cuando Eva lanzó un grito, vayó de rodillas y dijo abriendo las manos y los brazos:

—*Ecce Ancilla Domini.*

Capítulo dieciséis

La canastilla de bodas

Jacques la levantó.

—Dudaba en veros —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Eva, levantando sus ojos claros hacia el doctor.

—Temía —contestó éste— que vuestra entrevista con monsieur Didier os hubiese impresionado demasiado.

—¡Oh! —dijo Eva—, me habíais desacostumbrado a las cosas crueles, Jacques. ¿Pensáis que la impresión es menos violenta porque no estallo en sollozos, porque no caigo a vuestros pies?... Os equivocáis, amigo mío. Si me habéis encontrado de rodillas es porque no quise esperaros sentada y no tenía la fuerza suficiente para esperaros de pie. Además, no estaba ya prevenida, no soy yo la que os dije: *Ecce Ancilla Domini*. Si os casáis, no me alejéis de vos por esa causa. El párroco ha venido a anunciarme vuestra boda, pero me ha dicho al mismo tiempo que me guardaríais como a una hermana y como a una amiga. No esperaba tanto, me habéis hablado de expiación; hasta ahora, Jacques, no he expiado nada, no he hecho más que seguir los deseos de vuestra voluntad por el camino que yo hubiese tenido que andar sola. Habéis empleado una parte de mi fortuna en obras de caridad, es lo que yo hubiese hecho; ningún gran dolor que pueda compensar el que yo os causé ha alcanzado realmente mi corazón. Empiezo a partir de hoy a andar por entre pinchos y espinas, sobre piedras punzantes. ¿Pero qué os dije? Que no os daríais cuenta de mis sufrimientos, puesto que tendría demasiado miedo de cansaros si me dejase llevar por mi dolor, por mis lamentos y mis sollozos. Os agradezco haber elegido a un hombre de paz y de perdón para anunciarme esta noticia; pero en cuanto me dirigió la primera palabra lo adiviné todo, lo comprendí todo, y os di las gracias desde el fondo de mi corazón por haberme dedicado esta última atención inútil. Hubiese preferido saberlo todo de vuestros labios. Temíais mis lágrimas, dudabais que pudiese contener mis gemidos, creíais que iba a haceros reproches, no tengo nada que reprocharos. ¡No!, os hubiese escuchado con la misma voluntad y la misma sonrisa que tengo sobre mis labios al escucharos en este momento. Lo he prometido, amigo mío, y llegaré hasta el final.

—Gracias, Eva —dijo Jacques.

Le cogió la mano y se la besó.

Pero apenas sus labios rozaron la mano de la joven, cuando ésta lanzó un grito, empalideció como una muerta y cayó desvanecida sobre una silla.

Tenía suficientes fuerzas para soportar el dolor, pero no para una caricia.

Jacques aprovechó que estaba con los ojos cerrados para mirarla con una inconmensurable expresión de amor. Poco le faltó, puesto que sus brazos se abrieron, para que no la cogiese entre sus brazos y la estrechase contra su corazón.

Pero él también tenía una fuerte voluntad y había jurado llegar al final.

Sacó un frasco de su bolsillo y se lo hizo respirar.

Por muy dolorosa que fuese su herida la acompañaba su bálsamo. Eva volvió a abrir los ojos. Sus labios no pronunciaron ni una palabra, pero un doble reguero de lágrimas rodó por sus mejillas y musitó:

—¡Oh, qué feliz soy! ¿Qué ha ocurrido?

—Os dejo sola Eva, acordaos, no lo olvidéis.

Salió.

Eva y Jacques no se vieron hasta la hora de la cena y no hablaron más del asunto que había conducido a monsieur Didier a Argenton. Únicamente el círculo de bistro que se había formado alrededor de los ojos de Eva se agrandaba. Su palidez se volvía más mate, y dos o tres veces Jacques Mérey fue de puntillas a escuchar a su puerta y la oyó llorar.

Entonces él mismo quiso llevar la conversación sobre este asunto. Aparentó nerviosismo ante Eva, balbució algunas palabras que no acabó como si temiese causarle un daño demasiado grande y preguntarle algo más allá de sus fuerzas; fue ella quien vino a adelantarse a sus deseos.

Una noche en la que parecía más inquieto que de costumbre, ella se arrodilló ante él y, cogiéndole las manos:

—Amigo mío —le dijo—, tenéis algo que decirme y no os atrevéis. Veamos, hablad, decidme todo, aunque fuese mi sentencia de muerte. Ya lo sabéis, todo lo que sale de vuestros labios me es querido.

—Eva —dijo Jacques—, tendremos que separarnos por algunos días.

Se sobresaltó y sonrió tristemente.

—Jacques —dijo—, nuestra verdadera separación data desde el día en que dejasteis de amarme, y...

—Y sin embargo—continuó Jacques—, si lo deseais no nos separaríamos más, ni aun por esos pocos días.

—¿Cómo? —dijo vivamente.

—Voy a París a hacer algunas compras; la «persona» es huérfana, no tiene parientes que puedan guiarme en las cosas que son agradables a una mujer.

—Bien, Jacques —dijo Eva con el corazón lleno de sollozos, pero dominando su emoción—, ¿para qué estoy aquí?

—El hecho es, Eva, que si quisierais acompañarme en este viaje, me haríais un gran favor.

—Ya está. Salgamos; cuanto más me hagáis sufrir, Jacques, antes Dios y vos me perdonaréis.

—Pero —contestó Jacques rápidamente—, ¡si este sacrificio supera vuestras fuerzas!

—No hay más que una sola cosa que supere mis fuerzas: es el dejar de amaros.

—¡Eva!

—Perdón, de todas las promesas que os he hecho, ésta es la más difícil de mantener. Debéis ser indulgente conmigo sobre esta cuestión. ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana por la noche, si lo deseáis.

—Mi voluntad es la vuestra; mañana por la noche estaré lista.

Jacques mandó reservar las tres plazas de la diligencia y al día siguiente por la noche, después de haber echado una ojeada durante el día al castillo de Chazelay y a la casa del bosque Joseph, dispuesta a recibir a sus amos, partió con Eva a París.

En esa época todavía se tardaban dos días en ir de Argenton a París.

Jacques llegó a las siete de la tarde.

Era entre el quince y el veinte de junio, es decir, en los más bellos días del año; había luz como en pleno mediodía. Jacques llamó a un coche, hizo subir a Eva, subió detrás y dijo al cochero:

—Hotel de Nantes.

Eva se sobresaltó, miró a Jacques de una forma que quería decirle: «¡No me ahorráis ningún dolor!»

Jacques pareció no darse cuenta de esta mirada, pero le cogió la mano, se la apretó cordialmente diciéndole:

—Eva, sois una buena persona; se puede confiar en vuestra palabra como en la de un hombre.

A pesar de los esfuerzos que Eva hacía para dominarse a medida que se acercaba al hotel, esa especie de sobresalto que había tenido al oír dar esa dirección, se transformó en un temblor que no podía controlar.

Jacques pidió las dos habitaciones que ya habían ocupado. Estaban libres.

Al pie de la escalera las piernas de Eva le negaron su apoyo. Como ya había hecho una vez, Jacques la tomó en sus brazos y la llevó hasta el entresuelo.

—¡Oh, aquí —dijo ella entrando en la habitación—, aquí fui muy feliz! Creí morir.

Y fue a sentarse encima de la cama, las manos sobre sus rodillas, la cabeza baja, los ojos llenos de lágrimas.

—Perdonadme —dijo a Jacques—. ¿Por qué me habéis traído aquí?

—Porque es el hotel al que siempre vengo —respondió Jacques—, y ya tengo mis costumbres.

—¿Por nada más? —preguntó Eva—. ¿No ha sido por hacerme sufrir?

—¿Por qué decís esto, Eva? Estas habitaciones no son más que habitaciones. ¿Qué queda de lo que aquí ha ocurrido?

—Tenéis razón, Jacques, pero no podéis impedir que yo lo recuerde. Un gran fuego ardía en la chimenea. La alfombra estaba completamente empañada. Por todos lados había ropas rasgadas. No me amabais, pero al menos no me odiabais.

—Nunca os he odiado, Eva; os he llorado, los reproches que os he hecho me los hacía a mí mismo, he cuidado demasiado la admirable perfección de vuestro cuerpo. No he desarrollado las fuerzas de vuestra alma. Esta es mi culpa, mi culpa, mi gran culpa. Pero no pensemos más en esto. ¿Qué queréis hacer esta tarde? ¿Queréis salir, queréis quedaros en esta habitación mirando como pasa la gente?

—Quiero quedarme en esta habitación —dijo Eva— mirando mi alma. No temáis que me aburra; está poblada de recuerdos para siglos. Pero ya está bien, Jacques, os estoy fatigando y se me parte el corazón. ¿Habéis tomado las medidas de las cosas que deseáis encarar?

—No, pero intentaré encontrar a una persona que sea más o menos de su talla.

—Si tuviera la suerte de parecerme en algo a esa feliz persona, os diría: «Estoy a vuestra disposición.» Seros de alguna utilidad sería para mí una gran alegría.

Jacques miró a Eva como si sólo pensara en esa posibilidad.

—¡Ah, a fe mía! —dijo—, sois exactamente de la misma talla, estoy seguro que vuestras medidas le irían admirablemente a ella.

—Disponed de mí, Jacques; ¿no soy algo que os pertenece y de lo que podéis hacer uso como queráis?

—Pues bien, mañana citaré a las modistas, a las costureras y a los comerciantes de chales y de telas.

Al día siguiente Jacques salió muy de mañana, pidiendo a Eva que estuviese preparada para las nueve. Volvió a las ocho y media, se hizo servir el desayuno y fue todo lo alegre y amable que pudo con Eva, en cuyas habitaciones los comerciantes de modas, las

modistas, las costureras empezaron a llegar hacia las diez.

Entonces, con el corazón apretado, pero con la sonrisa en los labios, Eva eligió telas para los vestidos, modelos de sombreros, cachemires, después vinieron los detalles de las peinadoras, de las enaguas, de todo ese mundo femenino, como dice Juvenal.

Después llegó su turno a las alhajas, anillos, collares, relojes, peinetas; después se pasó a los guantes, que compraron por docenas; a la lencería que Jacques recomendó a Eva que eligiera lo más bello posible, y Eva, con un vestido de primavera, sin una sola alhaja en los dedos ni en el cuello, con uno de esos gorros que llevan las mujeres por la mañana, eligió alhajas por valor de unos diez mil francos, chales por veinte mil, lencería por doce o quince mil, sin manifestar un solo instante tristeza o envidia al ver que iban a ser para otra todos estos tesoros de toilette.

La tarde se empleó en los mismos detalles de una toilette femenina elegante en extremo: medias de seda, enaguas, puntillas, etcétera. Tuvo que armonizar todo esto con la blancura de la tez, con el color de los ojos, con el matiz de los cabellos.

En este sentido, Jacques la proveyó de todos los datos con tal exactitud que oprimía cada vez más el corazón de Eva, porque demostraba el recuerdo fiel que él tenía de la persona para la que había hecho todas estas compras, y Eva, estaba claro, tenía prisa por dejar París; pero era imposible que todas estas toilettes fueran entregadas antes de tres o cuatro días.

Eva permaneció en su habitación del hotel de Nantes.

Todo estuvo listo al tercer día. Jacques pidió cajas.

—¿Adonde lleváis todo esto? —preguntó Eva.

—A provincias —respondió Jacques.

—¿No os vais a casar aquí? —preguntó la joven titubeando.

—No, me caso en Argenton.

—¿Viviréis... en Argenton? —articuló Eva.

—De cuando en cuando —respondió Jacques—. Pero tenemos una casa de campo para el verano y una casa en París para el invierno.

—¿Se me permitirá quedarme en Argenton —preguntó Eva—, en la habitación de nuestra pequeña casa?

Y al decir «nuestra pequeña casa», se le saltaron las lágrimas a su pesar.

—Podéis quedaros donde queráis, buena Eva —le dijo Jacques.

—¡Oh!, bien oculta, pero cerca de vos.

—Estad tranquila —dijo Jacques.

Al día siguiente se marcharon a Argenton, con un canastillo de bodas, que hubiera hecho feliz a una princesa.

Capítulo diecisiete

La vuelta al paraíso

A su vuelta a Argenton, Jacques estaba feliz de haber sido tan bien ayudado por Eva en sus compras y ella parecía triste por su gran parecido con la mujer que iba a tomar Jacques, de tal modo, que había podido medir los vestidos de la una, de acuerdo con la talla de la otra.

Mientras el día de la boda estaba lejano, Eva lo contemplaba con bastante filosofía; pero, a medida que la fecha se aproximaba, ante la idea de que otra mujer iba a instalarse en la casa y a apoderarse materialmente del hombre que amaba más que a su vida, y por el cual había querido morir dos veces, se apoderó de ella un sufrimiento imposible de superar. Esa dulce quietud que era el fondo de su carácter había dejado paso, poco a poco, a una sensibilidad nerviosa, que no la dejaba tranquila un solo instante.

En el momento en que menos se esperaba, saltaba de su sitio, iba de un lado a otro del salón, apoyaba su cabeza contra un mármol o contra un cristal, se retorció los brazos, lanzaba un grito, se lanzaba al jardín bajo el manzano o el cenador, permanecía horas enteras rendida por su dolor.

Con la llegada del verano, el ruiseñor recuperó su más dulce voz. Por la noche, se levantaba de la habitación donde Jacques estudiaba un plano de la casa, salía como una insensata, iba a sentarse bajo el mirador, y de pronto, en medio de esas dulces melodías, como si estuviese hastiada de ese himno a la felicidad, se levantaba y le forzaba a salir volando y volvía a la casa llorando.

Jacques le dijo que su prometida llegaría el primero de julio, por lo tanto, le quedaban todavía ocho o diez días de respiro.

Todos los días, al levantarse, tachaba con una raya negra el día que comenzaba. Faltaban todavía tres o cuatro días para el momento fatal, cuando el abate Didier se presentó en la pequeña casa del doctor con una joven que quería entrar en el hospital como hermana de la caridad.

Era bella, tenía dieciséis años, era huérfana; nunca había sentido su corazón latir bajo ninguna pasión, y, feliz con la vida que llevaba hasta ese momento, deseaba continuar viviendo bajo la misma calma y la misma serenidad.

Mientras el abate Didier y la joven permanecían en el laboratorio de Jacques, Eva abrió la puerta e hizo una seña al abate Didier, indicándole que tenía algo que decirle.

El abate Didier preguntó a Jacques con los ojos; éste le dio permiso con un gesto y el abate siguió a Eva a su habitación.

Un momento después entraba llevando con él a la joven hermana, que había sido bien recibida por Jacques.

En algunas ciudades, esas dulces e inofensivas congregaciones habían sido abolidas, como las demás órdenes religiosas; pero, en ese piadoso rincón de Francia, llamado el Berri, seguían subsistiendo, y los desgraciados no habían sido privados de esos cuidados físicos que procuran las blancas y dulces manos, de esos consuelos espirituales que dan jóvenes y dulces voces.

De las cuatro hermanas que debían repartirse los cuidados y los pobres y enfermos del hospicio de Chazelay, tres habían sido ya aceptadas, era la tercera que salía de casa del doctor, con la promesa formal de ser recibida.

Durante el resto del día, Eva pareció más tranquila. En lugar de huir ante la presencia de

Jacques, parecía querer encontrarle; a su vez, se notaba que tenía algo que decirle, algo que pedirle, pero que no se atrevía.

Por su parte, Jacques parecía resuelto a no preguntarle nada; no huiría ante una explicación, pero no se adelantaría a ella. La mañana y la tarde, pasaron así. A las diez, Eva, pálida, el pecho sobresaltado, se levantó y se encaminó directamente hacia Jacques con intención de hablarle; pero le faltaron las fuerzas, contentándose con tenderle la mano, darle las buenas noches, y salir rápidamente; pero el sollozo que llevaba dentro de su pecho, se negó a ir más lejos sin estallar.

Jacques oyó este sollozo.

Desde hacía dos días se daba cuenta de lo que ella sufría, y sufría tanto como ella; pero quería que fuese su confianza en él lo que le abriese los labios, y no un ruego o una orden de su boca.

Se quedó por lo tanto con el ojo fijo y la oreja tendida hacia la puerta.

Comprendió que ella se había parado al oír el ruido de su llanto, que, en vez de alejarse por el camino que conducía a su habitación, seguía llegando del descansillo.

—Eva —preguntó—, ¿por qué lloráis hoy más amargamente que ayer o anteayer?

Eva volvió a abrir la puerta, entró tambaleante y cayó a sus pies.

—Hoy lloro más amargamente que los demás días —dijo—, porque siento que me será imposible sostener hasta el fin la promesa que os hice. Quería, pasase lo que pasase, quedarme a vuestro lado, mi buen Jacques, pero únicamente seré para vos una fuente de problemas. ¿Qué mujer, por muy santa que fuese, podría soportarme cerca de vos, viendo que mis ojos buscan vuestros ojos, mis manos vuestras manos? Siempre habéis sido bueno para vuestra pobre amiga, no la rechazáis, y ¿qué mujer, si os ama, no se sentiría celosa de mí y os haría desgraciado por estos celos?

—No tenéis nada que temer a ese respecto —contestó Jacques—; le he dicho todo; me he acusado a mí mismo. Nunca, podéis estar segura, recibiréis una observación de su parte.

—Respondéis de ella, Jacques, y os creo, pero entonces seré yo la que no pueda soportar el espectáculo que tendré sin cesar ante mis ojos. Me equivocaba, os mentí a vos y a mí misma cuando os dije que podría vivir a su lado, bajo el mismo techo que ella, que podría ser su dama de compañía, su amiga, y si fuese necesario, su esclava. Si existiese una mujer capaz de semejante abandono de sí misma, creedme, Jacques, ésa sería yo; pero lo que yo no pueda, nadie lo podrá, ¡no!, es necesario, sin alejarme de vos, Jacques, es necesario que os deje. ¡Oh mi pobre pequeña casa! ¡Oh mi pobre nido, tan dulce a mi cuerpo herido! ¡Oh, queridos objetos que mis ojos se han acostumbrado a ver y que ya no verán más! Mañana deberé deciros adiós, puesto que ella llega pasado mañana.

Y besaba el parquet, y extendiendo los brazos cogía los pies del buró que estrechaba contra su frente y andando dos pasos iba hasta el piano, sobre cuyas teclas apoyaba sus labios.

Jacques extendió el brazo, cogió su mano y la atrajo hacia él; volvió a caer de rodillas, apoyada en el brazo de su sillón.

—Pero cuando me decís eso —repuso él—, es porque habéis albergado en vuestro espíritu algún proyecto. ¿Cuál es?

—Escuchad —dijo Eva—, esa joven que ha venido hoy con el abate Didier me ha abierto los ojos sobre lo que debo hacer. Quisiera, como ella, vestir el santo hábito de las sirvientas; quisiera, como ella, entregarme al servicio del hospital fundado en el castillo donde he nacido. Exigid de mí lo que puedo dar, o pedidme mi vida, sufriré mi nuevo destino, ya que no tengo el valor de expiar.

—Es sobre esto que habéis consultado hoy al abate Didier, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y qué os ha dicho este santo hombre?

—Me ha dicho que era una inspiración del Cielo, que me sostendrá, que me animará en el camino de la esperanza. Y me ha dicho sobre todo, y es lo que me ha decidido a pedir os gracia para el resto de una penitencia que no tengo la fuerza de hacer, que por lo menos una vez por semana vendréis a visitar a los pobres, y que, entonces, podré veros.

—Pero sabéis, Eva, que las religiosas no pueden poseer nada, y todavía sois rica en más de un millón...

—¿Cómo hacer, Jacques, para desembarazarme de toda esta fortuna? ¿No sois mi procurador? Dadlo o vendedlo todo, haced lo que queráis. Lo que hagáis estará bien hecho, con tal de que en la soledad pueda entregarme a los pobres, a Dios y a vos.

—Reflexionad, Eva, si os arrepintieseis después de haber vestido el santo hábito de las Hijas del Señor, sería demasiado tarde.

—No me arrepentiré, estad tranquilo. Esta vez estoy segura de mí, lo quiero.

—Escuchad, reflexionad hasta mañana a las cinco. Mañana a las cinco cogeremos el coche, os llevaré hasta el castillo de Chazelay; allí, por última vez, pediréis consejo al abate Didier, y seguidamente haré por vos lo que vos deseéis que haga.

—Gracias, Jacques, gracias —dijo ella, cogiendo la mano de Mérey y dándole ardientes besos.

Después se fue a su habitación, pasó parte de la noche rezando y sólo se durmió al amanecer.

Cuando se despertó, Eva preguntó por Jacques Mérey, le dijeron que había salido muy temprano, pero que había encargado que la advirtiesen que pasaría a recogerla a las cinco.

A las cinco, en efecto, el coche se paró ante la puerta de la pequeña casa.

Eva había pasado el día despidiéndose de sus recuerdos más queridos. Cogió hojas de todos los árboles, flores de todas las plantas; había besado, uno tras otro, todos los muebles de su habitación y del laboratorio de Jacques. Su intención fue primero la de pedir que le llevasen su habitación completa. Pero el abate Didier le contestó que era imposible, dado que ello establecería una diferencia entre ella y el resto de las hermanas. No había insistido y únicamente había cogido de su cuarto el cristo de marfil que le había dado Jacques.

El momento de la despedida fue cruel; no podía arrancarse de los brazos de la buena Marta, quien, por su parte, lloraba con todas las lágrimas de su cuerpo. Por fin, con el pañuelo sobre sus ojos, se lanzó hacia el coche y los caballos partieron al galope.

No había vuelto al castillo desde el día en que lo había dejado con su tía para ir a Bourges; por lo tanto, éste no le traía más que tristes recuerdos, y no echaba de menos ninguno de los adornos señoriales que el hospital había arrebatado a la castellanía.

En la puerta, parecían esperarla dos personas; una era Jean Munier, a quien tendió dulcemente la mano; la otra era Joseph, el cazador furtivo, a quien extendió las dos manos y a quien dijo humildemente:

—Abrazadme, padre mío, puesto que sois como un padre para mí.

—¿Y él? —preguntó Joseph señalándole a Jacques Mérey.

—¡El! —dijo ella besándole la mano—, ha sido más que un padre, ¡ha sido un dios!

Jacques estaba ya en tierra. Tendió la mano a Eva, que saltó a su lado.

—¿Queréis visitar el establecimiento del que sois fundadora, mi querida Eva? —preguntó

Mérey.

—Con mucho gusto —respondió apoyándose en su brazo, porque tantos diferentes sentimientos se agitaban en ella que su cabeza daba vueltas y sus piernas se negaban a sostenerla.

Había ya en el hospital quince o veinte enfermos, y en el hospicio que ocupaba la primera planta, una docena de madres, viudas con sus hijos. Todos estos enfermos y estos desgraciados estaban prevenidos de su visita como antigua propietaria del castillo, del que había hecho un refugio por misericordia y como renuncia a los bienes de este mundo.

Todos la rodearon, tanto los enfermos que se encontraban en cama como los otros; todos la siguieron colmándola de bendiciones. Atravesaron sucesivamente todas las salas ocupadas de los dos pisos.

Eva interrogaba a las viudas sobre sus desgracias y a los enfermos sobre sus sufrimientos. Encontró a la joven hermana que había estado el día antes con el abate Didier, la reconoció y la abrazó. Se alejó de ella mirando su hábito tan pintoresco y a la vez tan triste.

Eva preguntó cuál era la dependencia que estaba iluminada en el interior.

Le contestaron que era la iglesia.

—Vamos ahí —dijo ella.

En el mismo instante los niños se dispersaron por el jardín, recogieron flores; las madres cortaron ramas para que imitaran los ramos; los niños diseminaron sus flores desde la puerta de la iglesia hasta el pie del altar; los hombres y las mujeres formaron un arco de follaje bajo el que pasaron Eva y Jacques.

El abate Didier, vestido de oficiante, estaba delante del altar; tenía los pies sobre un cojín. Eva no dudó que la estaba esperando para hablarle sobre los deberes del estado que iba a abrazar; humildad. Apartó el cojín y se puso de rodillas sobre la piedra.

Entonces, con gran extrañeza por su parte, Jacques se arrodilló a su lado.

—Padre —dijo—, no solamente os traigo una santa, sino una mártir. La quiero y deseo que ante todas estas gentes que le deben el reposo y la tranquilidad nos unáis a los dos por el sagrado sacramento del matrimonio.

Eva lanzó un grito, que más asemejaba un grito de dolor que un grito de alegría; después, levantándose de golpe cogió su cabeza entre sus manos:

—¿Es que me vuelvo loca? —dijo ella—. Ante todos vosotros, ¿no acaba de decirme este hombre que me ama?

—Sí, Eva, os amo —repitió Jacques—. No tanto como merecéis ser amada, pero tanto como un hombre puede amar a una mujer.

— ¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó Eva.

Y palideciendo cayó sin conocimiento sobre el pavimento de la iglesia.

Cuando volvió en sí, se encontraba en la sacristía. Jacques Mérey estaba a sus pies y la apretaba contra su corazón.

El aire resonaba por los gritos de:

—¡Viva el doctor Mérey! ¡Viva mademoiselle de Chazelay!

Conclusión

Los desmayos producidos por la alegría, no son, a pesar de lo que se diga, ni largos ni peligrosos.

A los diez minutos, Eva había recuperado el dominio de sí misma, salvo que dudaba que todo fuera un sueño.

A la puerta de la iglesia la esperaba el coche. Pero Eva se encontraba tan débil, que Jacques tuvo que llevarla en brazos. El cochero sabía donde tenía que ir; no pidió ninguna orden, y, en medio de los gritos:

—¡Viva Jacques Mérey! ¡Viva mademoiselle de Chazelay!

El coche se alejó y todo volvió a la oscuridad y al silencio.

Eva miró a su alrededor, solamente vio a Jacques; lanzó un grito de júbilo, se echó a sus brazos y se fundió en lágrimas.

Desde aquella insuflación después de la asfixia, que había terminado por un beso, ninguna caricia de amantes se había intercambiado entre Jacques y Eva.

Quedaron enlazados el uno en brazos de otro; Eva pidió al Cielo que si era un sueño que este sueño no terminase nunca.

De repente se abrió la portezuela. Una viva luz obligó a Eva a abrir los ojos y se encontró rodeada por criados que sostenían antorchas.

Jacques la ayudó a bajar del coche; ignoraba completamente donde se hallaba.

Eva había calculado que el coche rodó por espacio de unos cinco minutos y se había detenido ante esta casa desconocida que nunca había visto en los alrededores del castillo de Chazelay.

Subió la escalinata adornada con flores, entró en un vestíbulo adornado con candelabros y jarrones de China, cuya forma le era conocida sin que pudiese recordar sin embargo donde los había visto, si no en lo más profundo de un sueño.

A continuación entró en el salón, también adornado con muebles Luis XV; del salón, por dos puertas, se entraba en dos dormitorios.

Uno era la habitación granate que como ya hemos dicho tenía como único adorno un gran retrato de mujer con una plegaria debajo.

A la vista de este retrato, Eva exclamó:

—¡Mi madre!

Cayó de rodillas ante la plegaria. Jacques la dejó rezar un momento, y envolviéndola con su brazo la levantó a la altura de sus labios:

—Madre —dijo—, tomo a tu hija, pero me obligo a hacerla feliz.

—Pero, ¿dónde estamos? —preguntó Eva mirando a su alrededor y viendo a través de los cristales de las ventanas, en las que rutilaban las luces de Argenton.

—Estás en la casa del bosque Joseph o en tu mansión *Escipión*, como prefieras. Esta habitación, que por el retrato de tu madre adivinarás que es tu dormitorio, se encuentra justo en el lugar donde se levantaba la cabaña del cazador Joseph, que es el guarda general de tus bosques.

—¡Ah! —dijo Eva, echándose al cuello de Jacques—, no te olvidas de nada. Y de cada recuerdo haces una cosa sagrada.

Sabemos que por medio de un corredor los dos dormitorios se comunicaban entre sí. Mérey condujo a Eva por el de su habitación a su dormitorio.

Eva no había visto nunca nada que se le pareciese, era puro pompeyano. Las pinturas que cubrían las paredes retuvieron un instante su atención, después pasó a los dos gabinetes que parecían gemelos, tan iguales eran, excepto por los cuadros pertenecientes unos a la escuela lombarda y otros a la florentina.

Después había una galería adornada con cuadros pertenecientes a todas las escuelas.

La visita terminó con los dos comedores. Una mesa con dos cubiertos estaba servida en el comedor de verano, y la noche era luminosa, las ventanas estaban abiertas, y desde el sitio donde debían sentarse se divisaban a la vez las flores, las hojas de los árboles y las estrellas del cielo.

Jacques indicó a Eva que se sentase, la besó la mano y se sentó enfrente de ella.

Ella cenó sin darse cuenta de que estaba comiendo. Las emociones del día la habían debilitado, nada produce más apetito que las lágrimas. Mientras son desgraciados, los desgraciados no quieren reconocerlo; pero cuando ya no lo son, es una verdad que confiesan.

Fue entonces cuando Jacques Mérey puso a Eva al corriente de sus negocios. El hospital había sido construido e inaugurado; la mansión *Escipión*, o la casa del bosque Joseph estaba completamente terminada; en el mes de octubre, un hotel les esperaba en París, y de la fortuna de Eva, así como de la de Mérey, tan considerable la una como la otra, quedaban todavía cien mil libras en rentas.

Eva había querido cerrar los oídos a todos estos cálculos, pero Jacques había juzgado necesario informarla sobre todas estas cosas.

Cuando terminaron la cena, Jacques condujo a Eva a su habitación.

—Aquí —dijo— estáis completamente en vuestra casa; las puertas cierran únicamente por vuestro lado. Cuando las dejéis abiertas, es porque me estará permitido entrar.

Eva le miró tiernamente.

—Jacques —dijo—, un íntimo ruego: volvamos esta noche a Argenton.

—¿Por qué, querida amiga? —preguntó Jacques.

—Porque me parece que sería una ingratitud pasar la noche más feliz de mi vida lejos de la casa donde me creaste, donde me liberaste.

Jacques tomó a Eva en sus brazos.

—Eres tú quien no olvida nada —dijo él—. Salgamos hacia Argenton. Marchemos ahora mismo.

Una hora después la puerta de la pequeña casa se cerró tras las dos criaturas más felices de la creación.

FIN